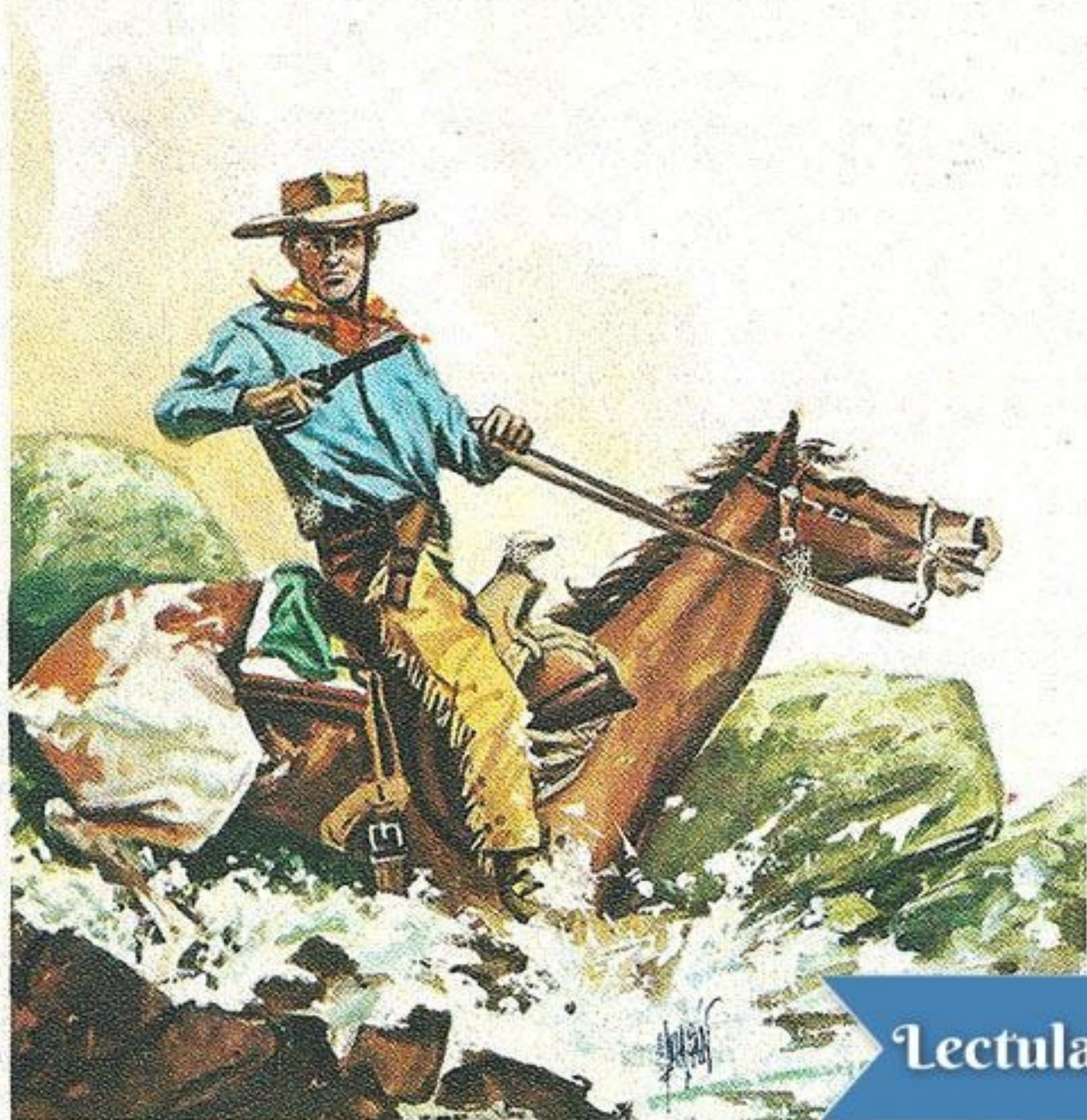


**JAMIES O.
CURWOOD**

El bosque en llamas



Lectulandia

David Carrigan, de la Policía Montada del Canadá, se interna en el desierto canadiense para capturar al negro Roger Audemard, un notorio asesino. En su viaje es emboscado y tomado como rehén por la bella Jeanne Marie-Anne Boulain sin explicación alguna. Su encantadora raptora solo le dirá que todo se explicará una vez que se encuentren con su líder, St. Pierre Boulain.

Llegando a un acuerdo con los hombres de Boulain, David se embarca en un viaje de cientos de kilómetros, atravesando ríos y senderos hacia la reunión prevista. Aunque aparentemente es libre, es bastante consciente de que los hombres Boulain lo están vigilando.

¿Capturará David Carrigan al negro Roger Audemard y escapará de sus captores? ¿Ganará el amor de la ilusoria y posiblemente peligrosa Jeanne Marie-Anne Boulain o se verá obligada a arrestarla y capturarla?...

Después de haber pasado años en el desierto canadiense a principios de la década de 1900, James Oliver Curwood encarna de manera auténtica la salvaje dureza de la tierra y la gente en sus historias y personajes eternos. El bosque en llamas está lleno del amor de Curwood por la vida y el aire libre; Con aventura, misterio y romance...

Lectulandia

James Oliver Curwood

El bosque en llamas

ePub r1.0

Titivillus 20.01.2019

Título original: *The Flaming Forest*
James Oliver Curwood, 1921
Traducción: Editorial Juventud

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Capítulo I

HACÍA una hora que, bajo el maravilloso dosel del cielo azul del Norte, David Carrigan, sargento de la Real Policía Montada del Noroeste, estaba meditando y dando gracias a Dios por hallarse aún con vida. En sus adentros había bendecido a Mac Vane, superintendente de la «División N» de la región de Atabasca, por haberle encomendado la misión a cuyo cumplimiento se encaminaba.

Se alegraba de hallarse solo viajando y de que en la selva profunda su aventura hubiera de llevarle, durante largas semanas, a una compenetración cada vez mayor con el Norte que tanto amaba. Mientras preparaba el té del mediodía en una fogata encendida a la orilla del río, rodeado casi totalmente por el tumulto de la flora selvática que parecía una inundación, llegó a la consecuencia, casi por centésima vez, de que encontrarse solo en el mundo es una cosa bella, precisamente porque se veía metido en lo que sus compañeros de Atabasca solían llamar «un mal encargo».

—Si me sobreviene alguna desgracia —había dicho Carrigan a Mac Vane—, no hay necesidad de participárselo a nadie, pues estoy desentendido hace tiempo de toda relación familiar.

No era hombre que acostumbrara hablar de sí mismo, ni aun con el superintendente de la «División N», y, sin embargo, eran muchos los que sentían afecto por David Carrigan, y no pocos los que depositaban en él sus confidencias. El superintendente Mac Vane conocía una historia que pudo haber contado, pero la calló siempre, presintiendo instintivamente que era cosa sagrada. El mismo Carrigan ignoraba que aquello que nunca saliera de sus labios hubiese llegado a oídos de Mac Vane.

También había estado pensando en esto hacía una hora. Era ello la causa que, ante todo, le llevaba al Norte. Y aunque había tenido que pisar fatigosamente mucha tierra, encontraba en lo mismo una compensación, pues había llegado a amar al Norte con apasionado fervor. En cierto modo lo había convertido en su divinidad. Le parecía que nunca había gozado una existencia anterior a aquélla, bajo los cielos abiertos. Tenía a la sazón treinta y siete años y algo de filósofo, con la filosofía que se siente al influjo de un aire limpio, purificado por el sol. Era un fraternal sentimentalista de la humanidad; fraternal aun cuando esposaba las muñecas de otros hombres. El cabello se le agrisaba junto a las sienes. Era, ante todo, un enamorado de la vida, un amante de la vida que adoraba aquélla, para él, patria de Dios.

Así, pues, había estado durante una hora sentado en lo más profundo de la selva, a ciento cincuenta kilómetros al norte de la región del Atabasca, alegrándose de las actuales circunstancias que rodeaban su vida. Trescientos kilómetros más adelante

estaba situado Fort Mac Murray; a trescientos cincuenta más allá se levantaba Cbipewyan, y aún más lejos, el río Mackenzie con sus dos mil kilómetros de ruta hacia la costa ártica. Se felicitaba de que apenas existieran límites para él en un mundo en que le agradaba que hubiera pocas gentes, pero gentes que le eran gratas. Durante aquella hora había estado contemplando cómo avanzaban despacio por el río, contra corriente, dos naves de York, dos embarcaciones como las estrechas y largas galeras de la antigüedad, las cuales, procedentes de la bahía de Hudson, llegaban a aquellos parajes a lo largo de los ríos Churchill y Clearwater. Cada barca llevaba ocho remeros. Iban cantando. Su voz resonaba por las espesuras de la selva. Sus brazos y hombros desnudos brillaban al sol. Remaban como *vikingos*^[1], y se le antojaba que eran un símbolo de la libertad del mundo. Estuvo mirándolos hasta que desaparecieron cauce arriba, pero las canciones tardaron mucho en ir extinguiéndose.

Luego se levantó al lado de su pequeña hoguera, y se desperezó hasta hacer crujir sus músculos. Era una agradable sensación la de percibir el curso de la sangre, roja y fuerte, por sus venas a la edad de treinta y siete años. Lo que experimentaba Carrigan era el estremecimiento de aquella época del año en que surgían los vigorosos hombres del Norte, de aquellos días en que la gloria de junio presidía la tierra, y en que en la mañana selvática, surcada por los Tres Ríos, se producía la gesta de un pueblo casi olvidado, de un pueblo de hombres y mujeres valerosos y de sangre ardiente que reían y cantaban traficando con los guardianes de avanzada de un mundo más joven y progresivo. Era la latitud cuarenta y cinco por donde las aguas de un continente corrían hacia el océano Ártico. Pronto los pies podrían hollar el rojo de las fresas; los rosales de la selva estaban en flor; corolas de fuego escarlata encendían el camino; los jacintos silvestres, las violetas pintadas de oro jugaban al escondite con las miosotas pradeñas, y el firmamento era una irradiación de azul aterciopelado. Era el Norte triunfante en los linderos de la civilización, el Norte triunfante, mas rindiendo su tributo. Lo rendía porque, pasadas aquellas lindes, estaban esperando las sociedades de los *Upper Ten Thousand*^[2], y de los elegantes *Four Hundred* con toda una humanidad femenina que apetecía y solicitaba este tributo a su sexo; las sedosas pieles de un lejano país, el trabajo, la sangre, la vida de una tierra que se halla a una infinita distancia de las albas gracias de los salones, de las veleidades de la moda.

En estas cosas pensó Carrigan durante la hora que estuvo sentado al margen del primero de los Tres Ríos, el gran Atabasca. Por los otros dos, el Slave y el Mackenzie, las flotas de peleteros habían comenzado a subir desde las primicias del deshielo. Incansablemente, de semana en semana, el Norte había ido llenándose de una pintoresca marea de vida rumorosa, de recias musculaturas, de risas y cantos, de riqueza, en suma. Durante largos meses de crudo invierno, en diez mil cabañas, tiendas y chozas se había rimado la historia de aquel mes de junio, como los hados venían rimándola cada invierno desde hacía más de cien siglos. Se trataba de la historia del triunfo de lo más fuerte, historia ya de lágrimas, ya de felicidad; ora de hambre, ora de plenitud; de vida nueva, de muerte brusca; historia de hombres y

mujeres vigorosos nutridos en la fe de sus antecesores, y por cuyas venas todavía circulaba la sangre excelente de una rancia Inglaterra y una antigua Francia.

También durante los meses de invierno los grandes directores del tráfico habían hecho preparativos en la ciudad de Edmonton para cuando llegaran las expediciones fluviales. Los doscientos cincuenta kilómetros de ruta entre el puesto avanzado de la civilización, que es esta ciudad, y la región de Atabasca, puerta abierta al Norte, estaban muy frecuentados por cargamentos tirados por yuntas y narrias arrastradas por perros, cargamentos que representaban el importe de un año más de vida para los moradores de los bosques que riegan los Tres Ríos, esas comarcas que abarcan desde aquella región hasta el océano Ártico. Competían con ellos los conductores de Revillon Brothers y de la bahía de Hudson, traficantes y aventureros. El valor de aquellos transportes, que debían llegar al comienzo de la navegación fluvial, aumentaba a cada kilómetro. Había, por tanto, empezado con las primeras nieves. No cesaba la corriente que a medio invierno estaba en su apogeo a pesar de que la temperatura atería los miembros. La mano que empuñaba el látigo de los amos del tráfico marítimo de Edmonton, Winnipeg, Montreal y Londres no se daba punto de reposo. No era la suya una labor de filantropía. Aquellos hombres no se preocupaban, por razón de humanidad, de si Juan, o Jacqueline, o María estaban bien nutridos o padecían hambre, de si vivían o sucumbían. Pero París, Viena, Londres y las demás grandes capitales del globo no pueden prescindir de las pieles; y si no se procurara la vida de las gentes del Norte, no podría contarse con las afelpadas ofrendas que han de cubrir los blancos hombros del mundo. Los escaparates de Navidad quedarían vacíos a los dos años. Subiría entonces a los cielos un femenino lamento de amargura, pues las mujeres necesitan esas pieles, a cambio de las cuales Juan, Jacqueline, Pedro y María reciben el fruto de su trabajo. Así el péndulo de la realidad continuaba oscilando lo mismo que durante más de un siglo, tocando de un lado el lujo, la tibieza, la fortuna, la hermosura; del otro, el frío y la crudeza de la intemperie, las altas nieves y los cielos abiertos: y entre ambos extremos, siempre la compensación del trabajo.

Aquel año, antes de que allí existieran el ferrocarril y el vapor, aparecía la gloria del verano, y aquellas gentes rudas acudían en busca de su premio. Los Tres Ríos — Atabasca, Slave y Mackenzie, unidos luego en una sola vía navegable de dos mil kilómetros— se conmovían mientras aquellas gentes conducían por ellos su salvaje impulso y aliento de vida. El «*Gran Padre*^[3]» había enviado el dinero convenido y las tonadas de los cree y las canciones de los *chipewyanos*^[4] se mezclaban con las tradicionales melodías de los franceses y los mestizos.

Incontables canoas pasaban delante de los lanchones alijadores, lentos y altos; grandes naves de York, con doble fila de remos, avanzaban esforzadamente como las antiguas galeras romanas; balsas construidas con apretados haces de troncos, y gigantescas almadías formadas de varias balsas iban dispuestas para una larga deriva hacía países desprovistos de bosques. Un mundo entero se aglomeraba en aquellos

dos mil kilómetros de camino fluvial. Era el Nilo del Norte, y todos los puertos y altos establecidos a lo largo de la ribera estaban convertidos en metrópolis casi salvajes, arcaicas, llenas de intensidad, de sangre ardorosa, de claridad de miradas, de simplicidad de almas que aprendían la palabra de Dios en las brisas y en los árboles.

Y arriba y abajo del inmenso caudal de tráfico selvático iba el espíritu rumoroso de la música, como la voz de una divinidad formidable que se manifestara bajo los astros, en el viento.

Pero hacía ya una hora que David Carrigan había estado reproduciendo en su imaginación vívidamente estas evocaciones a la margen del gran río, ¡y cuántas cosas pueden sobrevenirle al hombre en una hora a partir de un momento cualquiera de su vida! Una hora antes, su único y gran propósito había sido echar la mano a Black Roger Audemard, vivo o muerto; Roger Audemard, el espíritu infernal de la selva que en un arrebato de ciega pasión vengativa destrozara media docena de vidas quince años atrás. Durante diez años fue creencia general que Black Roger había muerto; pero ciertos rumores misteriosos acerca de él habían llegado recientemente desde el Norte. Estaba vivo. Se le había visto. La realidad confirmó las suposiciones. Su existencia era evidente. La ley emprendió una vez más su azarosa pista, y David Carrigan era el mensajero a quien se había confiado semejante misión.

—Tráelo vivo o muerto —fueron las últimas palabras del superintendente Mac Vane.

Pensando estaba Carrigan en aquel mandato de despedida, cuando súbitamente hizo crujir los dientes riendo a pesar de que, bajo el ardiente sol de la tarde, un sudor mortal humedeció su rostro. Era que al cabo de una hora de haber tomado el té, sobrevino algo feroz, horrible, tan imprevisto como un rayo que rasgara el azul de los cielos.

Capítulo II

OCULTO tras una roca poco mayor que su cuerpo, rebulléndose en la mullida y blanda arena, cual la tortuga al anidar para sus huevos, Carrigan se repetía sus propósitos, sin rectificar nada, antes añadía, como para alivio de su alma, que su situación era peligrosa. Tenía descubierta la cabeza, sencillamente porque una bala le había arrebatado el sombrero. Se le había llenado de arena el rubio cabello. Tenía el rostro sudoroso. Pero sus ojos azules estaban iluminados por una expresión humorística, aunque sabía que se hallaba en trance de morir, a menos que se le agotaran las municiones al que le disparaba.

Veinte veces en otros tantos minutos miró a su alrededor. Estaba en medio de una superficie llana y arenosa. A unos quince metros el río murmuraba dulcemente, saltando por vetas de arenisca y alfombras de guijarros. Al lado opuesto, también a quince metros, se alzaba la muralla verde y fresca del bosque. El sol, jugueteando entre las ramas, parecía reírse; era una especie de alegría fantástica producida por la broma descarada que le jugaba la suerte.

Entre el río, los árboles balsámicos y los abetos no había otra cosa que la roca tras la cual rastreaba como el conejo temeroso de brincar a campo raso. Y la roca no era más que un saliente de la fuerte capa pizarrosa que había bajo la arena que la cubría como una alfombra, la cual no tendría más de diez o doce centímetros de espesor. Por tanto, no podía ahondar en ella para protegerse, y el enemigo que a unos cien metros de distancia estaba vilmente decidido a acabar con él, era el tirador más formidable que Carrigan viera en su vida.

Tres pruebas hizo para convencerse de ello, pues tenía intención de ir en una rápida salida a ampararse en el bosque. Tres veces sacó la copa del sombrero por lo alto de la roca, y tres veces la puntería del otro lo perforó pronta y limpiamente. El tercer proyectil le llevó el sombrero a cuatro metros de distancia. Cuando mostraba un pedazo de sus ropas, una bala replicaba con infalible precisión. Dos veces le hicieron sangre, y la expresión humorística desapareció del rostro de Carrigan.

No hacía mucho que se había gozado en la grandeza y magnificencia de aquella tierra que consideraba como suya, donde los hombres eran fuertes y se encontraban mano a mano, frente a frente. También existían gentes que por sus aviesas intenciones hacían muy peligrosa la profesión de policía; mas de puro sabido lo olvidaba cuando se hallaba embargado por las maravillas de la selva. Sin embargo, aquella situación no tenía precedentes en sus anteriores encuentros con gentes situadas al margen de la ley. Había arrojado peligros. Había luchado. Había caído, alguna vez casi muerto. En cierta ocasión, Fanchet, el mestizo que robó doce trineos de correos, estuvo a

punto de darle caza y dejarlo fuera de servicio. Fanchet era un hombre arrojado y sin escrúpulos. Pero ni el mismo Fanchet —antes de ser cogido— habría acorralado a un enemigo con la innobleza sanguinaria con que tenían en aquellos momentos acorralado a Carrigan.

No tuvo grandes dudas sobre las intenciones del otro. No se trataba de herirle para dejarlo fuera de acción, sino de matarle. Fácilmente pudo convencerse de ello. Con sumo cuidado, para no exponer el brazo ni el hombro, se sacó un pañuelo blanco del bolsillo, lo ató al extremo del rifle y mostró la bandera de rendición a un metro sobre la roca. Y luego, con la misma precaución, ofreció como blanco poco a poco un pedazo de pizarra que a la distancia de cien metros podía parecer su cabeza o un hombro. Apenas la asomó diez centímetros, se oyó el estampido del rifle, y la lámina saltó en mil pedazos.

Carrigan arrió la bandera y se acurrucó cuanto pudo. La seguridad de aquella puntería era aterradora. Sabía que, si se exponía un instante a usar el rifle o el pesado automático que llevaba en la pistolera, caería muerto antes de poder apretar el gatillo. Y se sintió, con todo, seguro de que semejante momento llegaría fatalmente, tarde o temprano. Se le contraían cada vez más los músculos. No podría estar mucho tiempo doblado como una navaja de cuatro hojas, detrás de su a todas luces insuficiente trinchera.

Su verdugo estaba escondido a la entrada del bosque, no directamente opuesto a él, sino a unos cien metros hacia el río. Se preguntó lo menos veinte veces por qué razón no se internaría en el bosque para tomar una buena posición desde donde podría dispararle directamente, aprovechando la trayectoria de los últimos árboles balsámicos y abetos y la roca donde él se hallaba. Formando este ángulo, Carrigan no podría ocultarse totalmente. Pero el hombre que estaba apostado a unos cien metros no movió un solo pie de su escondrijo desde que disparó el primer tiro. Éste —que pudo haber sido su muerte— le pasó a dos centímetros de la sien derecha, dejándole una sensación de fuego, cuando cruzó el claro del bosque de arena blanda y blanca. Veloz como el mismo tiro se dejó caer tras la única defensa que tenía y que era aquella roca formada por la capa de pizarra.

Estuvo haciendo esfuerzos durante más de un cuarto de hora para desatarse la abultada mochila, sin exponerse a un golpe decisivo. Por fin logró desatársela. Experimentó un gran alivio al arrojarla junto a la roca, casi doblando con ello la superficie de protección. Instantáneamente sonaron, uno tras otro, dos impactos de arma de fuego en la mochila. Oyó que produjeron un ruido seco de cacharro roto, y dudó que en adelante sus bártulos pudieran utilizarse.

Por fin le fue posible enjugarse el sudor del rostro estirarse un poco. También pudo comenzar a pensar. Carrigan tenía una fe inquebrantable en la infalibilidad de la inteligencia. Su lema era éste: «Todo se puede con el pensamiento, Vale más el ingenio que un buen fusil».

Sintiéndose un poco aliviado físicamente, comenzó a asociar sus ideas dispersas. ¿Quién era aquel ser extraño que con tan terrible saña disparaba contra él, desde el escondite de la parte baja? ¿Quién podía ser?

Cortó desagradablemente este razonamiento otro choque de plomo en la vajilla de hojalata. Sucedió esto tan cerca de su cabeza, que retrocedió un poco, y entonces, en la arena que alcanzaba su mano, comenzó a escarbar para amontonarla, aumentando así su defensa. Siguió un largo silencio a este tercer golpe siniestro dado en sus útiles culinarios. Aun en semejantes momentos de peligro mortal, había algo temperamental en David Carrigan que le trajo nuevamente a los ojos un fulgor de humorismo. Hacía calor, un calor sofocante en aquel horno de arena, bajo el sol despejado y vertical. De buena gana habría arrojado una piedrezuela a una agachadiza, ave zancuda de ojos alegres, que se mecía adelante y atrás sobre sus largas patas, acompañando sus movimientos con un canto leve, acompasado, zumbón. Todo era amable en torno suyo. Detrás, el río borbotaba y murmuraba frescos cantares. Al otro lado, el bosque, aún más lleno de frescura, era un paraíso de sombra y contentamiento que agitaba en sus adentros su oculta vida. Era la estación en que las aves anidan, y llegaba a sus oídos el gorjear de los pájaros. Un diminuto y pardo cantor alado cruzó hasta posarse en el extremo de una rama de plateado abedul, y tan intenso era su canto que a David le pareció que se le rompería la garganta. El cuerpecito de aquella avecilla de color vulgar, que no abultaba mucho más que una nuez, se hinchaba como una bola en el esfuerzo de superar con el suyo a todos los gorjeos.

—¡Bravo, amiguito! —murmuró Carrigan ¡adelante!

Aquel delicado animalito al cual David podría, de caer en su mano, haber aplastado entre el índice y el pulgar, le infundió una gran dosis de valor.

El enano concertista hizo un alto para respirar. Entre tanto Carrigan oyó la disputa de dos chovas del Canadá, aves de vivos colores que andaban por dentro del bosque altercando crónicamente, sin motivo alguno. Se parecían a muchas personas conocidas de Carrigan, de natural pesimista, que siempre tenían algo de que quejarse, aun en sus días de amor.

Días de amor eran aquéllos. Éste fue el raro pensamiento que tuvo Carrigan en aquellos momentos en que, tendido casi de bruces en el suelo, ocupaba sus manos en ir haciendo con cuidado una aspillera entre la roca y la mochila. Eran días de amor aquéllos en que, a lo largo de los grandes ríos, los hombres y las mujeres cantaban de alegría, y los niños jugaban olvidando los duros e interminables días de invierno. Y este espíritu de amor triunfaba igualmente en el llano, en las aguas, en las cumbres... Era el tiempo en que todas las aves se emparejan. Sonaban en innumerables nidos los píos y los gorjeos de la vida naciente. El sentimiento maternal enseñaba a los nuevos seres a nadar y a volar; todo un mundo de hijuelos con piel o con pluma, con garras o con pezuñas, aprendía a vivir en toda la extensión de la selva. El día del nacimiento anual de la Naturaleza había pasado, y la puerta de la escuela de los elementos se abría de par en par. El armonioso cantorillo pardo que se había posado en el extremo

de la rama del abedul volvía a proclamar tanta gloria, y desafiaba a todo el mundo a que superara sus elogios.

Carrigan creyó que podía mirar por la aspillera abierta entre la mochila y la roca, hacia donde el otro cantor se esmeraba y donde su enemigo acechaba para matarle. Era correr un albur. Si un movimiento descubría la aspillera, sus minutos estaban contados. Pero se movió con suma cautela, centímetro a centímetro, y confiaba en que por el momento aún no había sido descubierto su intento de contraataque. Creía saber en qué sitio estaba escondido el hombre aproximadamente. Junto al grupo de bálsamos había un cedro derribado. Estaba seguro de que los disparos procedían de detrás de aquel tronco.

Luego, acaso con mayor precaución que la empleada en abrir la estrecha mirilla, comenzó a encañonar el rifle por la aspillera. Entre tanto pensaba en Black Roger Audemard. Mas tan pronto como le acudió esta sospecha, la ahuyentó de la mente. No podía ser Black Roger ni uno de sus camaradas el que se hallaba detrás del cedro caído. Había que rechazar esta idea, teniendo en cuenta la reserva con que se había llevado el asunto de su misión en la región del Atabasca. Ni de sus íntimos amigos se despidió. Como quiera que Roger se había salido con la suya los años anteriores, Carrigan lo buscaba sin llevar el uniforme. Nada había en él que pudiera descubrirle. Por otra parte, Black Roger debía de estar a dos mil kilómetros más al Norte por lo menos, a no ser que le hubiera seducido la idea de seguir los ríos por donde iban las brigadas en primavera. Para ser lógico, solamente podía llegar a una conclusión: el que le acechaba no podía ser más que un bribón mestizo, codicioso de su equipo y de cuanto de algún valor llevara consigo.

Un nuevo impacto en el paquete de sus comestibles y material culinario le hizo rectificar en su falsa idea de la situación. La persona que hacía fuego, fuera quien fuese, no mostraba respeto por la mochila, ni parecía esperar, al conseguir su intento, apoderarse de buen armamento y grandes provisiones. Un chorro de pegajosa leche condensada corría por la mano de Carrigan. No estaba seguro de si había quedado una lata entera de su reserva.

Después del cuarto disparo permaneció un rato inmóvil, con el rostro en el suelo. Tenía los ojos vueltos hacia el río, y cerca de la orilla opuesta, a una distancia como de medio kilómetro, tres canoas llegaban de prisa, contra corriente. El sol fulguraba en sus húmedos costados. El brillo de los remos goteantes semejaba el del aleteo luciente de ciertas aves plateadas, y por el agua se deslizaba un ruido que parecía el eco del disparo del rifle. Ocurriósele a David la posibilidad de enviar una voz, haciendo bocina con las manos; pero la distancia era grande y por tanto no había probabilidad de que fuera oída su demanda de auxilio. Por otra parte, teniendo ya más segura su protección, gracias a la mochila, le parecía humillante la idea de mostrarse cobarde. Como las cosas le salieran bien, no tardaría muchos minutos en ajustar las cuentas con el que le acechaba desde el tronco.

Insistió en la lenta operación de introducir el cañón del rifle entre la roca y la mochila. La avecilla zancuda que Carrigan había visto allí cerca acababa de descubrirle y parecía hallarse muy interesada en la operación. Avanzó aún doce pasos. Erguía la cabeza y balanceaba el cuerpo sobre sus largas patas al observar con impertinente curiosidad el desusado movimiento de vida que se notaba detrás de la roca. Había cesado en sus gorjeos, y en vez de ellos emitía de vez en cuando agudos gritos quejumbrosos. Carrigan le habría retorcido el cuello. Aquel grito le decía al otro que allí estaba él moviéndose, vivo todavía. Parecióle un siglo el tiempo que tardó en pasar por la ranura el cañón, y de un momento a otro esperaba un nuevo proyectil. Se tendió a la manera india y miró a lo largo del cañón. Estaba seguro de que su enemigo le observaba, pero no le era posible divisar nada que pareciese la cabeza de un hombre detrás del tronco. A un extremo había un grupo de árboles de densa frondosidad. Era indudable que había notado allí un ligero y súbito movimiento, y, con la emoción del momento, sentía impulsos de disparar una bala en aquel sentido. Pero ahorró el proyectil. Comprendía la enorme importancia que tenía el estar o no estar seguro. Si disparaba una vez y no acertaba, perdería la ventaja de la aspillería. Se le convertiría, al contrario, en una mortal amenaza. Ya lo era, si la próxima bala enemiga acertaba a entrar por aquella abertura.

Este pensamiento le produjo desagrado, y a pesar suyo, un estremecimiento aprensivo le recorrió la espalda. Se le acrecentó el deseo de retorcerle el cuello a la entrometida zancuda, que había descrito un semicírculo y se había detenido enfrente de él para permanecer allí moviendo la cola e inclinando la cabeza como si su único deseo insensato fuese medir la hondura del cañón. El pájaro le estaba delatando. ¡Oh, si el otro sujeto tuviese en listeza la mitad de facultades que como tirador poseía!

Súbitamente, todo el sistema nervioso de David Carrigan se crispó. Era evidente: había descubierto la silueta de una cabeza humana y unos hombros entre el ramaje. Oprimió levemente el gatillo de su Winchester. Sin volver a respirar habría disparado. Pero un tiro enviado desde la espesura se le anticipó en una fracción de segundo. En tan preciso tiempo perdido, la bala enemiga entró rozando la mochila. Carrigan sintió el golpe, y en el espacio de tiempo infinitesimal transcurrido entre el impacto material y el efecto mental del choque, su cerebro le informó del horrible suceso que acababa de sobrevenirle. Lo sentía en la cabeza, lo sentía en el rostro, como si los hubiera sumergido de repente en agua hirviendo, y dentro del cráneo parecía agitársele el tumulto y el ímpetu de una inundación. Levantóse vacilante, oprimiéndose el rostro con las manos. El mundo se retorció negro alrededor suyo, como algo en vertiginosa rotación... Y todavía la imaginación, luchando en su mente, le mostraba un ave zancuda, de ojo picaresco, tan monstruosamente agigantada como una casa. Luego se desplomó sobre la arena, el rostro vuelto hacia la espesura en donde se hallaba su asesino.

Ya ni la roca ni la mochila protegían su cuerpo; pero no volvieron a dispararle desde el recio tronco del bálsamo. Todo, momentáneamente, permaneció inmóvil. El

concertista del bosque piaba, como preguntando la causa del súbito cambio que notaba en el amigo que había conocido detrás del saliente de pizarra. La zancuda, espantada, saltó hasta la margen del río y emprendió una carrera velocísima a lo largo de la arena mojada. Y la pareja de chovas pendencieras sacó a las afueras del bosque sus querellas.

El notar la reyerta de aquellas bestezuelas dio a Carrigan conciencia de que no se hallaba muerto. Tal fue su emocionante descubrimiento, al cual contribuyó la clara visión de una superficie de arena alumbrada por el sol. No se movió. Pero abrió del todo los ojos. Pudo ver el bosque. En la trayectoria de su vista estaba el grupo de bálsamos. Estaba así mirando cuando vio que la maraña de ramas se abría y que de allí surgía una figura. Carrigan respiró profundamente. Esto no le producía mal. Enclavijó los dedos de la mano que le había quedado debajo de su cuerpo, y se encontró con que estaba oprimiendo la culata de su pistola automática. Todavía vencería, como Dios le concediera unos minutos de vida.

Su enemigo avanzaba. Cuando estuvo cerca, Carrigan cerró los ojos fuertemente. Convenía no abrirlos; tenía que parecer muerto cuando el otro se le acercara. Y luego, cuando aquel canalla dejara su rifle, cosa que naturalmente era de esperar, la suerte sería suya. Pero si un parpadeo le traicionaba...

Insistió en cerrar apretadamente los ojos. Comenzó a invadirle el vértigo, y el ardor del cerebro volvió a intensificarse. Oyó pasos en la arena que se detuvieron a su lado. Entonces percibió una voz humana. No pronunció palabras inteligibles, sino que emitió unas sílabas en un extraño grito que no parecía natural. Carrigan realizó un formidable esfuerzo para concentrar toda su energía. Se le antojaba que se incorporaba ligero; pero su movimiento era lento, penoso... Su esfuerzo era el de un hombre que agoniza. La pistola automática pendía torpemente de su mano, embocada a la arena. Levantó los ojos queriendo transformar en acción el extraordinario peso de su arma. Y en aquel momento, a pesar de su impotencia física, sus labios pronunciaron una exclamación de asombro y maravilla.

Su enemigo, iluminado por el sol, estaba derecho, mirándole de hito en hito, con sus ojos negros llenos de horror. Aquéllos no eran ojos de hombre. En semejante trance, el más pasmoso de su vida, David Carrigan se encontraba contemplando el rostro de una mujer.

Capítulo III

DURANTE veinte segundos —aunque a Carrigan le pareció el tiempo mucho más largo— la vida de aquellos dos seres adquirió la expresión de una pintura brillante e inolvidable. David vio la mitad del cuadro: el cielo azul, el sol deslumbrador, y en medio la joven. Cayósele pistola de la mano ya inerte, y su cuerpo se tambaleó pesadamente sobre el codo. Hallábase mental y físicamente a punto de desvanecerse, y aun en tal estado, todos los detalles del cuadro se trazaban en su cerebro como pinceles de fuego. La joven estaba destocada. No se viera nunca rostro, vivo ni muerto, tan blanco como el suyo; sus ojos como lagos mostraban reflejos de lumbre. Percibió el brillo de su cabello, el ritmo de su leve cuerpo; su espanto, su asombro, su horror. Notó estas cosas a pesar de que su cerebro rodaba vertiginosamente hasta que la mayor parte de la visión comenzó a desvanecerse. Pero el rostro es lo que más tardó en esfumarse. Más bien se volvía más claro como un camafeo engarzado en los colores del iris: una bella cara que miraba fijamente, que mostraba su espanto entre las ondas brillantes del cabello de azabache que parecía un velo. Notó que llevaba los cabellos revueltos, como después de una lucha, o como si los hubiese agitado la brisa de la ribera.

Hizo grandes esfuerzos por retener la aparición femenina, por articular alguna palabra, por ejecutar algún movimiento. Pero se le agotaban todas las facultades. Cayó de espaldas, y su garganta emitió un sonido extraño. Ya no pudo advertir el grito que lanzó la muchacha al arrojarse junto a él de rodillas en la blanca arena para elevar una implorante oración. Tampoco notó nada cuando ella le levantó la cabeza y la apoyó en un brazo, mientras que con una mano le sacudía el cabello lleno de arena para encontrar el sitio de la herida. Ni menos pudo enterarse de que ella echó a correr hacia el río.

La primera sensación que percibió Carrigan fue de un fresco aliviador que caía sobre sus ardorosas sienes y su rostro. Era agua. Subconscientemente se percató de ello, y asimismo comenzó a pensar. Pero le era difícil asociar los pensamientos, los cuales persistían en saltar en torno suyo como una tropa de insectos danzarines; y cuando alcanzaba uno y buscaba otro, el primero se le escapaba. Comenzó a apoderarse de los más visibles, y le acudió el deseo de decir algo. Pero sus ojos y sus labios estaban fuertemente sellados, y para abrirlos acudía un ejército de gnomos que salían de la oscuridad por detrás de su cabeza, y que armados de palancas comenzaron a forcejear briosamente. A lo cual siguió una vislumbre de caridad, un resplandor consciente.

La joven estaba ocupada en curarle. Pudo advertirla y sentir sus movimientos. El agua le rociaba aún el rostro. Luego oyó una voz cercana que decía algo entre sollozos, mas no la pudo comprender.

Realizó un supremo esfuerzo y abrió los ojos.

—¡Gracias a Dios que vuelve usted en si! —oyó que decía una voz afrancesada, como llegada de muy lejos—. ¡Está vivo, está vivo!

—Estoy queriendo vivir —murmuró él roncamente al experimentar una sensación de gozo—, estoy queriendo...

Habría maldecido a los gnomos que le abandonaban, pues en cuanto desaparecieron con sus palancas, volvieron a cerrársele los ojos y los labios: al menos él se imaginaba que así había sucedido. Pero comenzó a percatarse de las cosas sensibles de una manera rara. Alguien le arrastraba. La arena le rozaba el cuerpo. Transcurrieron unos intervalos cuando el arrastre terminó, por fin oyó unas voces, dos voces confundidas algún momento en un solo rumor. Le sobrevinieron entonces extrañas visiones. Antojábasele ver a la joven de radiante cabellera negra y ojos oscuros, ir suavemente transformándose en una muchacha de cabeza áurea. Era otra doncella. No se parecía a la que en su extraviada mente llamaba Lindos Ojos. Esta segunda aparición era un pedazo de sol fulgente, cuyos cabellos flameaban como el astro y cuya faz era distinta de la anterior. David se alegraba cada vez que la segunda figura se esfumaba para dar lugar a Lindos Ojos.

Aquella aventura podría parecer a David Carrigan que duraba una hora, un día, un mes y aun un año, pues le producía el efecto de que había tratado siempre a Lindos Ojos. Era como si la hubiese conocido íntimamente desde hacía mucho tiempo. No se acordaba en cambio de la larga lucha que había sostenido bajo el ardor del sol, ni del río, ni del pájaro solista, ni de la impertinente zancuda descubridora de la trayectoria recorrida por el último proyectil. Había entrado en otro mundo en el cual todo era vago e irreal, a excepción de aquel rostro hermoso y pálido, de ojos oscuros, enmarcado en la negra cabellera. La vio varias veces con maravillosa claridad, pero siempre volvía a sumergirse en la tiniebla, mientras llegaba a sus oídos una voz que iba extinguiéndose en la distancia.

Y llegó un momento de caos total y silenciosa negrura. Se hallaba en un abismo donde hasta la subconsciencia se le extinguía bajo una abrumadora opresión, Por fin comenzó a vislumbrarse en aquel abismo una estrellita, pálida, confusa, lejana. Ascendía sin tregua por las sombras eternas. Y cuando más se aproximaba, tanto más se disipaba la oscuridad de la noche. La estrella se convirtió en sol, y con el sol vino el alba. En aquel amanecer oyó los trinos de un pajarillo y el pajarillo estaba encima de su cabeza.

Cuando Carrigan, recobrado el conocimiento, abrió los ojos, vio que se encontraba debajo del plateado abedul donde se había posado el cantor alado del bosque.

Tardó un buen rato en preguntarse cómo había llegado a verse en aquel lugar. Estuvo mirando al río y a la blanca franja de arena. Allí estaban la roca y la mochila, juntamente con el rifle. Instintivamente volvió la mirada hacia el grupo de bálsamos. Ardía como una hoguera de sol. Pero en el lugar en donde él se hallaba —no sabía a punto fijo si sentado, o tendido, o de pie— reinaba una fresca penumbra. Le rodeaban el verdor del cedro, del abeto y de los bálsamos, y la plata y el oro del abedul de espeso ramaje. Descubrió que estaba reclinado en el apoyo que le prestaban el tronco del abedul y un retoño de abeto. En el hueco que le dejaban para descansar la cabeza había un montón de mullido musgo recién arrancado. Y al alcance de la mano tenía su propio vaso de campo lleno de agua.

Movióse muy cautelosamente y se llevó una mano a la cabeza. Sus dedos tropezaron con una venda.

Después permaneció un par de minutos inmóvil, como si sus sentidos trastornados buscaran el porqué de las cosas. Ante todo estaba vivo; pero el mismo hecho de su existencia era menos sorprendente que lo demás que acababa de sucederle. Recordó los últimos instantes del duelo desigual. Su enemigo había vencido. ¡Y el enemigo era una mujer! Luego de haberle medio roto la cabeza y dejarlo inválido, en vez de abandonarle sobre la arena, le había arrastrado hasta aquel fresco rincón y le había vendado la herida. Era difícil dar crédito a semejante versión; pero el vaso de agua, el cabezal de musgo, la venda y la reiteración cerebral de ciertas visiones le convencieron de que era cierto. Una mujer le había herido. Se las había compuesto como el mismo demonio para matarle. ¡Y después se dedicó a curarle para salvarle la vida! Carrigan hizo un gesto. Tenía la prueba decisiva de que su mente no le engañaba. Únicamente una mujer podía haber procedido tan absurdamente. Un hombre habría sido consecuente hasta la consumación de sus propósitos.

Empezó a buscarla con la mirada por toda la extensión blanca de arena. Y en esto vio un brillo de plata gris que era el plumaje de la agachadiza, aquella incansable zancuda que viera antes. Se rió entre dientes, pues se sentía perfectamente a gusto y regocijado al enterarse de que el animalito andaba por allí, y de que él no había sucumbido. Si la agachadiza hubiera sido una persona, la habría llamado para darle un apretón de manos. Pues de no haber sido por ella, el final habría podido ser más desastroso. Estremecióle pensar en lo mucho que se había esforzado por enviar un proyectil al centro del grupo de bálsamos, y acaso al centro del corazón de una mujer. Tomó el vaso y bebió. No sentía malestar. El vértigo había desaparecido; su mente, súbitamente despejada, podía prestar atención. Como el agua estaba caliente, comprendió que hacía rato que había sido cogida del río. Observó como habían cambiado el sol y las sombras. Sacó el reloj guiado del instinto del hombre que acostumbra observar todos los detalles. Eran cerca de las seis. Más de tres horas habían transcurrido desde que la agachadiza se había situado enfrente de su fusil.

Ni siquiera intentó ponerse de pie. Escudriñó, mirando más indagatoriamente la margen del bosque y la orilla del río. Había estado sumido en confusiones mientras

defendía su vida detrás de la roca, pero se hallaba ahora mucho más confundido todavía. Nunca había sentido tan vivos deseos de algo como en aquellos momentos de recuperar el sentido, y lo que vehementemente apetecía era volver a ver a aquella mujer. Acudió en el acto otra vez a su imaginación, como un relámpago, la imagen de la otra. Recordaba, como volviendo de un sueño, las dislocaciones caprichosas de su cerebro enfermo, que le habían hecho desdoblarse en dos una sola aparición. Había visto el brillo de sus ojos negros, la lumbre solar agitada al aire en sus cabellos oscuros, la nivea palidez de su rostro, la esbeltez de su cuerpo, cuando la tuvo delante, llena de horror, y hasta recordaba como se llevó la blanca mano a la garganta. Un momento antes había hecho lo posible por matarle. Y luego, Carrigan levantó los ojos y la vio de aquella manera. Debía de ser forzosamente un engaño de su fantasía la transformación en oro que sufría a veces aquella cabellera.

Siguió con la mirada un rastro que había a lo largo de la arena desde el lugar en donde él estaba tumbado al apoyo del árbol caído, hasta donde estaban la roca y la mochila. Era el rastro marcado por su cuerpo al ser arrastrado por ella hasta el amparo y frescura del bosque. A pesar de que uno de sus mayores cuidados físicos había sido siempre hacer ejercicio para no exceder del peso de setenta y cinco kilos, se extrañaba de que aquella mujer hubiera podido mover su cuerpo exánime. El esfuerzo tuvo que ser enorme. Veía claramente por las huellas marcadas en la arena los sitios donde debió detenerse para descansar.

Carrigan se había distinguido como el espíritu más analítico de la «División N». Mac Vane no solía prescindir de su opinión en ningún asunto delicado. Poseía una gran penetración para descubrir el proceso de la mente de un criminal, y era su norma observar los actos de omisión antes que los hechos realizados. Pero si alguna vez se encontraba con que el personaje principal de un drama gozaba de una mentalidad normal en vez de tener un pensamiento pervertido, entonces se veía en un brete, como figura de jaque mate. Era una partida emocionante, y en aquella ocasión se vio ante un rompecabezas, hasta que gradualmente fue repasando todas las omisiones cometidas en aquel paso de su aventura. La mujer que, oculta en la espesura, le había hecho fuego, había obrado, de propósito y de hecho, como un asesino. Matarle fue su intento. No había tenido en cuenta la bandera blanca con que él pidiera misericordia. Su puntería fue verdaderamente diabólica. Hasta disparar el último tiro, se había mantenido como un asesino en el intento y en la acción.

El cambio se operó al verle en la arena, sangrando, sin auxilio. La joven debió pensar indudablemente que el herido estaba expirando. Mas ¿por qué dio gracias a Dios, al cabo de un rato, viendo que él abría los ojos? ¿Qué causa produjo tan repentina transición? ¿Por qué se había esforzado en salvar una vida contra la cual, momentos antes, había atentado con saña atroz?

De haber sido un hombre el agresor, es posible que Carrigan hubiera podido darse una respuesta. No le habían robado, luego el robo no fue el móvil. «Una confusión de identidades», se habría dicho, «un engaño de los ojos».

Pero teniendo en cuenta la circunstancia de que sus reflexiones recaían sobre una mujer, semejante contestación no podía ser satisfactoria más que en parte. No le era fácil ahuyentar la evocación de aquellos ojos: su belleza, su miedo, la manera que habían tenido de mirarle. Dijérase que la mujer sufrió una súbita reacción, como si, al contemplar su sanguinaria obra, la sensibilidad femenina de su alma se hubiera revelado, abierta al arrepentimiento... al arrepentimiento y a la compasión.

«He aquí la conducta propia de una mujer, especialmente de una mujer que ostenta unos ojos como los suyos», pensó Carrigan.

No le quedaban más que dos conclusiones: o se trataba de una confusión que la mujer quiso reparar, horrorizada, al descubrirla, o Carrigan había caído realmente en una celada, en medio de la franja arenosa, tendida por un agente de Black Roger Audemard cuyo corazón era demasiado tierno.

Había descendido el sol durante una hora por el azul, cuando Carrigan se aseguró, tras una serie de intentos cuidadosos, de que no podía sostenerse de pie. Necesitaba varios objetos que estaban en la mochila, como las mantas, el espejo metálico y el termómetro de su botiquín. Empezaba a apurarse por saber cómo se encontraba. Sentía agudos dolores encima de los ojos. Le ardía el rostro y tenía una sed abrasadora. Era la calentura, y él sabía lo que esto significaba, encontrándose solo. No tenía ya esperanza de que la mujer volviera, Después de un ataque a muerte como el que había sostenido, no era razonable esperarla. Le había vendado y reclinado la cabeza, y después de ponerle el agua al alcance de la mano, le abandonó para que procurara por sí mismo llevar a cabo la curación. Pero ¿por qué no le habría acercado la mochila?

Comenzó a marchar a gatas hacia ella. Notó que el movimiento le producía dolor y que, si persistía en moverse, le sobrevendrían náuseas. Eran dos males unidos, Pero importaba mucho su curación, y si pudiera con el rifle y una manta hacer una señal de auxilio, le vería más fácilmente quien acertara a pasar por el río. Avanzando desigualmente, ya un metro, ya medio, gateó por la arena. Hundió los dedos en las huellas que habían dejado los pies de la misteriosa tiradora. Le pareció bien su medida: eran pies estrechos y breves, no mucho más largos que la mano abierta de Carrigan, y calzaban zapatos en vez de mocasines.

Se le antojó interminable el tiempo invertido hasta alcanzar su meta. Al llegar, le pareció que dentro de su cráneo oscilaba un péndulo golpeante. Se tendió, con la mochila por cabezal, para descansar un poco. Pero los minutos se precipitaban. El sol se deslizó detrás de unas nubes, próximo al ocaso. Comenzaba a hacer frío, y no obstante, una sed abrasadora consumía a Carrigan. Oía el murmullo del agua corriente, que se convertía en risas al retozar entre los guijarros a pocos metros de distancia. Entonces apeteció más el río que las mantas, el botiquín y el rifle. Aquel rumor cantarín que le invitaba y le tentaba, fue desvaneciendo de su imaginación toda otra idea. Y continuó arrastrándose. El péndulo que parecía oscilar en su cabeza

golpeaba más recio; pero el ruido del río se percibía más cercano. Llegó por fin a la arena húmeda; cayó de bruces y bebió.

No se sintió luego animado para retroceder. Se quedó como un ovillo, con la cara vuelta hacia lo alto. La arena mojada bajo su cuerpo resultaba fresca y confortante. Se extinguió el fuego que le abrasaba el cerebro. Comenzó a oír nuevos rumores del lado del bosque, músicas crepusculares. Eran ya débiles los gorjeos de los cantorcillos de la selva, pues la densidad de la sombra los ahogaba entre los copudos bálsamos y cedros, al puntear medroso el grito de las lechuzas. Sonó un crujido muy cerca. Sería que un puerco espín se abría paso entre los arbustos, en busca de agua, o que un ciervo llegaba también sediento, o que un oso se acercaba a la orilla para ver si la casualidad le deparaba algún pez muerto. A Carrigan le agradaba aquel género de ruidos, a pesar de que el péndulo continuaba como un badajo agitándose en su cabeza. Eran para él como un remedio, y estaba con los ojos muy abiertos y los oídos alerta para recoger, uno tras otro, todos los sonidos y voces que rimaban el paso del día a la noche. Oyó las notas del somormujo, su timbre acariciador de las horas de luna de miel. Sonó una especie de fragor, entre rugido y aullido, a través de la corriente del agua. Carrigan sabía que se trataba no de un lobo, sino de un coyote, cuya raza había ido extendiéndose por la parte del norte de la región pradeña.

Todo se cubrió de sombra densa, pero la oscuridad no resultaba como en las noches de la tierra distante del Sur. Era el alba de los países en donde el sol sale a las tres, enviando todavía su claridad rubicunda a los cielos del Oeste a las nueve de la noche, donde a simple vista se observa como las yemas de los álamos se despliegan en hojas; donde las fresas, verdes por la mañana, aparecen ya rojas por la tarde; donde un poco avanzada la estación, podría leerse el diario al resplandor del sol hasta medianoche; donde entre la aurora y el crepúsculo transcurren dieciocho o veinte horas diurnas. Era el anochecer en el maravilloso país del Norte, país crudo y de hielos, teatro de dolor y muerte en invierno, que se convierte en verdadero paraíso terrenal en llegando el mes de junio.

Semejante hermosura colmó el alma de Carrigan, aunque se hallaba en aquella situación, echado de espaldas sobre la arena mojada. El vapor y el ferrocarril iban acercándose del lejano Sur, y pronto el mundo se daría cuenta de que en el círculo ártico sería próspero el cultivo del trigo, de que ciertos vegetales alcanzaban allí extraordinario desarrollo, de que las flores cubrían el suelo y las bayas lo adornaban de negro y rojo. Carrigan había temido los días —que él llamaba del «gran descubrimiento»— en que una muchedumbre civilizada se percatara de como la flora respondía a la influencia de veinte horas diarias de sol, a pesar de que, ahondando con el pico y la pala cuatro pies debajo de la superficie, se encontrase la tierra perpetuamente helada.

Aquella noche la oscuridad se adelantó porque el poniente estaba nublado. Reinaba una solemne calma. Hasta la brisa había cesado de moverse a lo largo del río. Y mientras Carrigan prestaba oído a todo, gozoso de sentirse aliviado de la fiebre,

gracias a la frescura de la arena húmeda, percibió un ruido nuevo. Al momento se imaginó que sería el chapoteo producido por un pez; pero al repetirse una y otra vez el ruido, comprendió que era de unos remos.

Le sacudió un estremecimiento, y se incorporó apoyándose en un codo. La oscuridad cubría el río, y nada pudo ver. Pero oyó unas voces sordas cuando se hundían los remos. Al cabo de un rato distinguió entre ellas una voz de mujer.

El corazón le dio un vuelco.

«¡Ya vuelve! —se dijo—, ¡ya vuelve!».

Capítulo IV

EL primer impulso de Carrigan, casi tan súbito como el estremecimiento que le había sobrecogido, fue el de llamar a voces a los ocupantes de la embarcación invisible. Acudieron las palabras a sus labios, pero no las pronunció. Aquella gente no podía dejar de dar con él; tenían que pasar al alcance de su voz... y esperó. Además, era prudente guardar ciertas precauciones. Fue arrastrándose otra vez para buscar el rifle, pues el moverse no le producía ya tanta molestia. Y entre tanto no dejó de estar atento a los ruidos del río. Las voces se ahogaban y el «*chaf, chaf*» de los remos iba acercándose cautelosamente. Por fin oyó hasta como goteaban, al aproximarse la canoa. Había en todo ello una furtividad secreta. ¿Habría cambiado de criterio la mujer de ojos bellos y cabello luciente, y volvía para rematar su obra?

Esta sospecha aguzó sus sentidos. Vislumbró en la oscuridad del río una sombra algo más densa que iba corporeizándose; algo rechinó sobre la arena y los guijarros, sonaron levemente unos pies que andaban donde el agua era poco profunda. Alguien empujaba la canoa hacia la orilla. Otra sombra se acercó a la primera. Avanzaron algunos pasos y se detuvieron. En seguida una voz dijo, sin alzar mucho el grito:

—¡*M'sieu!* ¡*M'sieu* Carrigan!

La voz tenía un dejo de ansiedad; pero Carrigan no respondió. Entonces oyó que la mujer decía:

—Estaba aquí, Bateese; estoy segura.

Aumentó la ansiedad de su voz. Sus palabras temblaban de pena.

—Bateese, si ha muerto, debe de estar allí, cerca de los árboles.

—¡No está muerto! —dijo Carrigan levantándose un poco—. Está detrás de la roca otra vez.

Corrió la mujer en seguida al sitio en donde él se hallaba volviendo a ella su pálido rostro y empuñando fuertemente el frío cañón de la pistola que acababa de encontrar en la arena. Otra vez se vio preso del fulgor de aquellos ojos, y a la tenue luz precursora de las estrellas y la luna le sorprendió hallar a aquella criatura aún más hermosa que a plena luz solar. Un sollozo brotó de la garganta de la joven, la cual, arrodillada junto a él, le palpó los hombros, mientras su rápida respiración revelaba cuán tiernamente su corazón latía.

—¿No está usted gravemente herido? —preguntó.

—¿Qué se yo? Hizo usted un blanco magistral. Creo que he perdido en parte la cabeza. Por lo menos me ha desposeído usted de mi equilibrio, pues no puedo tenerme en pie.

Le pasó la mano por la cara y la oprimió sobre la frente. A Carrigan le dio la sensación de que era un contacto de fresco terciopelo. Luego ella llamó al hombre llamado Bateese. Cuando le vio acercarse, Carrigan pensó en los chimpancés, porque era un tipo corto de tronco y largo de brazos. La penumbra le hubiera hecho parecer un animalazo torpe que por casualidad andaba sobre dos pies. Los dedos de Carrigan apretaron más fuertemente la culata de la pistola. La mujer se puso a hablar quedamente en una especie de jerga, mezcla de francés y *creole*^[5]. David se hizo cargo del sentido de aquellas palabras. Le había dicho que lo llevase a la canoa con sumo cuidado, pues *m'sieu* estaba gravemente herido. Subrayó que el mal estaba en la cabeza y que por consiguiente tuviera con ella mucho cuidado.

David guardó la pistola en el cinto cuando Bateese se inclinó hacia él. Envió un deseo de sonrisa a la mujer en señal de agradecimiento por su solicitud... ¡después que por poco lo mata! Iba notándose un creciente resplandor en la noche, y Carrigan empezó a distinguir a la joven con más precisión. En medio del río se encendía una ruta de luz. La luna ascendía pálida pero triunfalmente, gracias a que las nubes habían anticipado una hora la puesta del sol. Entre él y la ruta de luz vio la cabeza de Bateese. Era una testa salvaje, tocada a lo pirata con uno de esos pañolones de la bahía de Hudson. Bien podía ser Bateese el propio Jack Ketch^[6] en persona, en actitud de dar la última vuelta al garrote para acabar con una víctima. Deslizó por la espalda de David sus largos brazos. Suavemente y sin gran esfuerzo lo puso en pie. Luego, tan fácilmente como se maneja a un niño, lo cogió en brazos y se lo llevó corriendo por la arena.

Carrigan no hubiera esperado semejante cosa. Le sorprendió y le pareció impropio. La idea de que lo llevaran en brazos como a un chiquillo era sumamente molesta, aunque quien presenciara la escena fuera la causante de tal situación. Bateese cumplió la orden con su bestial sencillez. Se dijera que Carrigan era un niño que no pesaba nada, y Bateese todo un hombre. Habría preferido ir tambaleándose o a gatas, y gruñó a Bateese mientras lo llevaba a la canoa. Sentía que aquella situación reclamaba justificarse y que valía la pena analizarla. Aun después de haberle dejado medio muerto, la mujer continuaba adquiriendo una despótica ventaja sobre él. Al menos hubiera podido darle la satisfacción de confesar su equivocación y decir que lo lamentaba. Pero no le dijo una palabra más. Tampoco volvió a dirigirse a Bateese; y cuando el mestizo lo colocó en medio de la nave, cara a la proa, ella, detrás, permaneció en pie, silenciosa. Bateese trasladó a bordo la mochila y el rifle de David Carrigan, y le puso debajo aquélla para que pudiera incorporarse. Después de lo cual, sin esperar más indicaciones, tomó en alto a la mujer y la trasladó a la proa por encima del agua de la orilla, evitando que se mojara los pies.

Al coger otra vez el remo, la joven volvió el rostro hacia David y le contempló largamente.

—¿Piensa decirme usted quién es y adónde vamos? —le preguntó él.

—Soy Juana María Boulain —contestó—. Mi brigada está más abajo, en el río, señor Carrigan.

Éste se asombró de lo fácilmente que le hizo aquella confesión, pues como factor activísimo que era del poderoso brazo de la policía, por confesión tomaba aquellas palabras. Nunca se imaginara que después de haber atentado contra su vida con tanta sangre fría, le declarara su nombre. ¡Y con qué tranquilidad habló de su «brigada»! David ya tenía alguna noticia de la brigada Boulain. Era un nombre asociado a Chipewyan, si no recordaba mal, o a Fort Mac Murray. No sabía con certeza en qué punto las barcas de Boulain recogían la carga de las embarcaciones de la parte alta del río, pero estaba seguro de que hasta aquel año no habían llegado nunca tan al sur hacia Atabasca. «¡Boulain, Boulain!», se repetía mentalmente. Bateese impulsó la canoa, y el remo que empuñaba la mujer comenzó a sumergirse y a surgir del agua que ya cabrilleaba a la luna. Pero Carrigan, durante un buen rato, no pudo acallar el machaqueo de aquel nombre en su cerebro. No era sólo por haberlo oído otras veces. Algo de particular tenía aquello. Algo que le movía a buscar entre sus recuerdos remotos. «¡Boulain!» seguía murmurando entre sí, con los ojos fijos en la esbelta figura de la mujer que, delante de él, se inclinaba graciosamente a cada movimiento con que impulsaba el remo. Pero no se le ocurrió nada. Se apoderó de él un sentimiento de indignación, y maldijo de su flaca fortaleza mental. Y otra vez le llenó la cabeza el hervor morboso del vértigo.

—De algo conozco yo ese nombre —dijo. Sólo un par de metros les separaban, y Carrigan habló con manifiesta claridad.

—Es posible, señor, que lo haya usted oído.

Su voz era diáfana y exquisita como la de un pájaro, pero tan tenue y suave su pronunciación, que no parecía que hablaba. Y aquella manera de responder se le antojó a Carrigan que era una evasiva en tales momentos. Él quería hacerle decir algo. Ante todo quería saber qué causa la había llevado a atentar contra él. Tenía derecho a pedir una explicación. Y era su deber conducirla a la región de Atabasca, donde la policía se haría cargo de ella. La joven debía estar al corriente de todo esto. Únicamente podía haber averiguado quién era él y cómo se llamaba, leyendo los documentos de identidad que llevaba cuando perdió el sentido. Así, pues, no sólo estaba enterada de su nombre, sino también de que se trataba del sargento Carrigan, de la Real. Policía Montada del Noroeste. Se veía, no obstante, que el saberlo no la inquietaba. No estaba asustada, ni revelaba la menor agitación.

Él quería hacerle decir algo más. Se inclinó hacia ella, pero el movimiento de balanceo le produjo tan vivo dolor entre los ojos, que estuvo a punto de lanzar un grito, mas se dominó e hizo un esfuerzo por hablar.

—Usted ha querido matarme, y casi lo ha logrado. ¿No ha de decirme nada de ello?

—Nada por ahora, señor, sino que fue una equivocación y que lo deploro de veras. No debe usted hablar. Necesita reposo y silencio. Temo que se le haya

fracturado el cráneo.

¡Temía haberle roto el cráneo, y lo decía con el mismo tono sin importancia con que podría lamentarse de un dolor de muelas! Carrigan volvió a reclinarse sobre la mochila y cerró los ojos. Posiblemente la joven tenía razón. Aquellos accesos de vértigo y náuseas eran sospechosos. Le llenaban de peso la cabeza y le hacían desear tumbarse en cualquier sitio. Mas conservaba el juicio claro y era consciente de todo, hasta de su lucha contra la debilidad, por lo cual, en los momentos en que no sentía el dolor, le parecía fuera de propósito pensar que tuviera el cráneo fracturado. Si así lo creía ella, ¿por qué no le trataba con un poco más de consideración? Bateese, con la fuerza de toro que tenía en los brazos, no necesitaba ayuda; así es que ella podía haberse sentado frente a Carrigan para atenderle, aunque rehuyera la conversación, en vez de ponerse a remar.

¡Un error, dijo ella, y lo lamentaba! Le había dado una explicación de una manera natural, aunque con voz que más bien era música. Hablaba correctamente el inglés, pero sus palabras tenían la inflexión y la suavidad aterciopelada que les debía prestar una sangre originariamente francesa. ¡Se llamaba Juana María Boulain!

Carrigan, apretando los párpados, se llamó, para su capote, estúpido, por pensar en aquellos momentos en semejantes cosas. En primer lugar él era un cazador de hombres que iba investido de una importante misión, y se encontraba con que allí mismo, dos mil kilómetros antes de llegar al sitio donde se hallara Black Roger Audemard, el gran asesino a quien perseguía, había también materia para poner en práctica su profesión. Juraría que Black Roger nunca se había entregado tan deliberadamente al propósito de asesinar como lo había hecho Juana María Boulain contra su víctima de detrás de la roca.

Pero todo eso había pasado. El caso era que él continuaba con vida, y que ella lo conducía adonde él ignoraba, tan fría y tranquilamente como si regresaran de una excursión dominguera. Carrigan cerró más fuertemente los ojos, y se preguntó si estaba pensando cuerdamente. Creía que estaba gravemente herido, pero no, le cabía duda de que tenía la mente muy despejada. Continuó recostado sobre la mochila, con los ojos cerrados; esperando que el frescor del río le aliviara de su malestar.

Sentía el ligero movimiento de la canoa, aunque no lo notaba materialmente. Gracias a la corriente y al hábil manejo de los remos, la nave marchaba a seis o siete millas por hora. Oía el rumor del agua, semejante a veces a un tintineo que cuanto más se escuchaba tanto más parecía de menudas campanas. Este campanilleo llegó a fundirse para él en una sola nota a la cual se sumó otra nota del rumor de la corriente y luego otra, hasta que del murmullo del río fue surgiendo un estribillo que decía: «¡Boulain, Boulain, Boulain!»... Este nombre se convirtió en una obsesión. Algo significaba. Y él lo hubiera sabido si hubiera podido hilvanar sus recuerdos. Pero no podía. Cuando procuraba concentrar sus facultades mentales, le taladraban los dolores de cabeza.

Hundió una mano en el agua y se la llevó a los ojos. Estuvo media hora sin levantar la cabeza. Entre tanto no cruzaron una sola palabra. Entre los habitantes de la selva no era aquella hora propia para hablar. La luna había ascendido ligera y las estrellas estaban apagadas. Lo que antes había sido oscuridad se convirtió en un mundo inundado de luz de plata y oro. Comenzó ésta a filtrarse por los dedos de Carrigan, el cual abrió por fin los ojos y se sintió más rítmicamente balanceado.

Juana María Boulain estaba enfrente. La cortina de sombra que los separaba se había alzado, y la joven estaba plenamente iluminada de resplandor lunar. No continuaba remando, sino que miraba adelante. Carrigan encontró que era una figura exquisitamente infantil. Llevaba la cabeza al descubierto como la primera vez que la vio, y el cabello flotaba sobre su espalda como un ondeo aterciopelado de piel de marta, al fulgor de luna y las estrellas. Algo fue a decir a Carrigan, pue, volvió hacia él su mirada. Otra vez se cubrió éste los ojos con la mano, dejando un espacio entre los dedos. Lo había adivinado. Ella estaba ahora de cara a la luna, mirándole a él de cerca, con una mirada que le pareció de ansiedad. Aún se inclinó un poco más, con lo cual pudo verla claramente. Pero se volvió como antes y se puso a remar otra vez.

Carrigan estaba un poco envanecido. Supuso que le habría mirado muchas veces como entonces durante la última media hora, que estaba algo trastornada y sufría por él, y que la idea de ser una mujer criminal comenzaba a horrorizarla. A pesar de la belleza de sus ojos y su cabello, y del frágil encanto de su cuerpo, no le inspiraba compasión. Carrigan se confesaba que daría gustoso un año de vida por tenerla, allá, en Barracks en aquel momento. Aunque viviera cien años, nunca le sería posible olvidar aquellos tres cuartos de hora mortales pasados detrás de la roca. Y si su vida se salvaba, le haría pagar cara la hazaña, por más que la joven superaba en gentileza a Venus y a todas las Gracias juntas. Se indignaba consigo mismo pensando que había sido capaz de admirar tan neciamente el brillo de marta de sus cabellos alumbrados por la luna, lo mismo que sus ojos. ¿Para qué diablo contaba en aquella ocasión la hermosura? La hermana de Fanchet, el desvalijador de correos, era preciosa, mas sus hechizos no le valieron para nada. La justicia se hizo cargo de él, sin tener en cuenta las lágrimas de los negros y grandes ojos de Carmina Fanchet; y en aquella ocasión Carrigan había sido el representante de la ley. Y no era menguada la hermosura de Carmina Fanchet: era misteriosamente hermosa. El mismo corazón del inspector había sido víctima del hechizo de aquella mujer. «¡Qué vergüenza! —dijo éste a Carrigan—. ¡Qué dolor!».

Pero el bribón de Fanchet pendió de la horca hasta morir. Carrigan se incorporó pesadamente hasta quedar sentado. Se preguntó en sus adentros qué es lo que diría Juana María Boulain si le contara el caso de Carmina. Pero mediaba un abismo entre los nombres de Fanchet y Boulain. Los Fanchet procedían de los teatros cantantes de Alaska. Ambos eran perversos. Por lo menos este juicio se tenía de Carmina Fanchet, que iba siempre con su hermano. En cambio, Boulain...

Cayendo su mano a un lado, fue a dar con la culata de la pistola. Ni Bateese ni la joven habían pensado en desarmarle. Les tenía muy sin cuidado, a no ser que Bateese le estuviera vigilando por la espalda.

Una especie de frío recorrió las venas de Carrigan. Comenzó a caer en la cuenta de lo impropriamente que Juana había desempeñado el papel; aquella muchacha era quien le había herido, ella quien apareció en pie a sus ojos cuando realizó el último esfuerzo por recobrar la pistola, ella quien tuvo el propósito de matarle, si bien se le enterneció el corazón al ir a rematarle. Pero debía ocultarle que estaba al tanto de todo esto, a fin de poder obrar mejor, cuando fuera el caso. Todavía estaba a tiempo de reparar su desacierto. Y volvió a inclinarse hacia ella, resuelto a intentar un esfuerzo.

—Quisiera pedirle perdón —dijo—. ¿Me lo permite?

Su voz la sobresaltó como si el punzante extremo de un látigo le hubiera sacudido en su cuello. Él sonreía cuando ella volvió el rostro. Entonces ella sintió un alivio que no trató de disimular.

—¿Temía usted que me muriera? —añadió sonriente—. Pues no es así, señorita Juana María. Estoy resucitado. ¡Todo fue por la maldita fiebre! Insisto en suplicarle que me perdone. Creo, estoy seguro de que la he acusado de haber disparado contra mí, pero eso es absurdo. Nunca hubiera pensado semejante insensatez estando en mis cabales. Estoy seguro también de conocer al pícaro mestizo que ha disparado de esta suerte. Usted, llegando oportunamente, lo ahuyentó, salvándome así la vida. ¿Me perdona usted y acepta mi agradecimiento?

En los brillantes ojos de la joven vio un reflejo de su propia sonrisa. Parecióle que los labios de la mujer se estremecían ligeramente antes de responderle.

—Me alegro mucho de que se encuentre usted mejor, *m'sieu*.

—¿Mas me perdona usted que le haya dicho cosas tan brutales?

Ella era un puro hechizo cuando sonreía, y en aquel instante estaba sonriéndole.

—Si usted quiere, puedo perdonarle la mentira que acaba de decir —replicó—. Y lo hago porque sé que el mentir, en ocasiones, es un deber. Fui yo quien pretendió matarle, *m'sieu*, y usted no lo ignora.

—Pero...

—No hable usted más, *m'sieu*. Le hace daño. Bateese, ¿quiere decir a *m'sieu* que no hable?

Carrigan notó un movimiento a sus espaldas.

—¿Quiere usted, *m'sieu*, callarse de una vez, o le rompo la cabeza con este remo? —dijo torpemente Bateese aproximándosele a un hombro, y añadió—: Me parece que usted comprende bien mis palabras, *m'sieu*.

—Le comprendo, amigo —refunfuñó Carrigan—, a los dos les he comprendido.

Y volvió a reclinarse sobre la mochila, fijando otra vez la mirada en Juana María Boulain que, con su encantadora esbeltez, tranquilamente, continuó remando en la proa.

Capítulo V

DURANTE unos minutos, después de la eficaz e inesperada intimación de Bateese, un nuevo elemento interesante intervino en la situación de David Carrigan. Su carrera de cazador de hombres había sido de repetidos éxitos, no porque tuviera más talento que todos sus compañeros, sino porque tenía sentido del humorismo y no solía zaherir con vanidades. Siempre estaba en acción porque le atraían las hazañas. Se mantenía fiel a su deber; pero no era un idólatra de las leyes, ni le movía la codicia de la recompensa metálica que por tal lealtad a la justicia percibía. Como individuo que era de la policía roja, especialmente incorporado a la «División N» amaba aquella profesión que le hacía sentir el latido el estremecimiento de la vida. Y cuando más intensamente vibraba era al lanzarse en busca de un hombre que fuera tan listo o más que él.

Pero en aquella ocasión se trataba de una mujer, acaso, de una niña. Todavía no había podido reflexionar acerca de ello. Su voz limpia y musical, su aire y la calma segura de su rostro encantador le hicieron creer al momento que se trataba de una mujer. Mas viendo luego la esbeltez puberal de aquella figura que iba a la proa, aún más rejuvenecida por la cabellera casi destrenzada, no acertaba a comprender si era una doncella de dieciocho años o una dama de treinta. Sería necesaria la plena luz del día para saberlo. Ahora bien, niña o mujer, con tanta habilidad lo había tratado, que el disgusto de los primeros hechos comenzaba a ceder ante la admiración que le inspiraba su inteligencia.

No sabía lo que pensaría el superintendente de la «División N» si viera al último perseguidor de Black Roger Audemard apuntalado en medio de la canoa para no caer, y prisionero de una peligrosa beldad femenina de aterciopelada cabellera, y de un mestizo de cuello de toro y brazos de chimpancé.

Bateese acabó de convencerle de que iba prisionero, aunque ambos estaban empeñados en salvar su vida. ¿Por qué tanto afán en salvar aquella vida que pocos momentos antes uno de ellos había deseado destruir? A esta pregunta solamente podían responder los acontecimientos. No quiso, pues, torturarse por resolver tal cuestión. Bastante era lo que estaba pasando, y había que pensar en nuevos y próximos sucesos importantes que no ofrecerían menor interés. La conducta de Juana María Boulain y su compinche piratesco lo hacían presumir. Bateese le había amenazado con romperle la cabeza, y podría jurar que había visto a la joven sonreírse en señal de aprobación. Con todo, no sentía rencor por Bateese. Antes bien, comenzó a sentir una extraña inclinación de simpatía por él, lo mismo que se sentía impotente para resistir a la sugestión cada vez mayor que ejercía sobre él Juana María. La

existencia de Black Roger Audemard fue convirtiéndose en un concepto sumamente vago. Black Roger estaba muy lejos, en tanto que Juana María y Bateese se hallaban allí mismo. David comenzó a pensar en ella por cuanto era Juana María. Le gustaba este nombre. Pero el apellido Boulain le intrigaba con irritante insistencia.

Desde que comenzó a avanzar la canoa, no había tendido la mirada más allá de la oscura y brillante cabeza de la esbelta figura que iba a la proa. La noche era espléndida. A lo lejos, el río se prolongaba como una cinta reverberante de plata fundida. A medio kilómetro, a ambos lados, se levantaban las frondas de la selva, como tendidos tapices orientales. El firmamento parecía acercarse con el peso de las estrellas, y la luna, con paso casi perceptible, ascendía al cenit, transformándose de roja en suavemente dorada. El alma de Carrigan se exaltaba siempre ante la gloria de las maravillas del Norte. La juventud y la pujanza, se decía en sus adentros, siempre tienen ámbito bajo aquellas limpias luces de los mundos superiores, aquellas silenciosas vidas astrales que le habían aleccionado mucho más que la palabra de los hombres. Existían para alentar su religión, su fe, su creencia en otros seres superiores a la insignificante chispa que animaba su cuerpo. Eran más asequibles en medio del reposo. Y aquella noche era propicia. Tan solemne calma reinaba, que el gotear de los remos parecía música del silencio. Ningún rumor llegaba del bosque. Sin embargo, era cierto que allí había seres vivos, criaturas de mirada abierta, escrutadora, criaturas que se movían sobre afelpadas plumas o callosos pies, de la misma manera que Juana María, el mestizo y él se movían en la canoa. Habría costado un esfuerzo decidirse a lanzar una voz en la paz de aquella hora, pues parecía que una mano suprema e invisible hubiera impuesto silencio a la tierra.

Entonces comenzó a llegar a sus oídos un ruido zumbando a través de la calma, y al mismo tiempo las orillas fueron aproximándose suavemente, estrechando el caudal hasta que aparecieron unas gigantescas masas de roca gris en lugar de la verde espesura de bálsamos, abetos y cedros. Aquel sordo rumor aumentaba y las rocas trepaban al cielo hasta empinarse en inmensos precipicios. Sólo de una manera podía explicarse tan repentino cambio: estaban en el Saint-Esprit Rapide (El rápido del Espíritu Santo). Carrigan estaba asombrado. A la hora del mediodía se había imaginado que se hallaba de treinta a cincuenta kilómetros atrás de aquel lugar. Estaban embocando el rápido, y veía que Juana María y Bateese se disponían a pasar, natural y tranquilamente, aquella peligrosa vía de agua. Por instinto se agarró fuertemente, con ambas manos, a los tablones de la embarcación, cuando el rumor del caudal se convirtió en trueno ronco y ensordecedor. Vio a lo lejos, a la luz de la luna, que los cantiles de roca se aproximaban hasta que la corriente pasaba oprimida entre dos verticales despeñaderos, entre los cuales la luna y las estrellas alumbraban una estrecha lengua de agua que suspendió el aliento de Carrigan. Él habría evitado aquel paso aun a la luz del día.

Miró a la joven que continuaba en la proa. Su delicada silueta se había erguido un poco, levantando la cabeza. En aquel momento le hubiera gustado verle el rostro,

sorprender un algo maravilloso que debió animar sus ojos al bogar audazmente hacia las fauces del peligro. Adivinaba que no tenía miedo, que arrostraba aquel trance con gran entusiasmo, encontrando que ello la estremecía hasta hacer que el curso de su sangre rimara, gota a gota, con la impetuosa carrera de la corriente. Tolvaneras que soplaban entre las grietas del tajo agitaban su cabellera suelta sobre la espalda como un luciente velo. Carrigan vio luego la larga mata de cabellos colgando a un lado hasta el agua. Lo cual le hizo temblar de miedo, y estuvo a punto de gritar a Bateese que era una locura exponer la vida de la joven de aquella manera. Pero no debía olvidar que él era el único inválido que iba en la canoa, y que una protesta podía significar su perdición, mientras Bateese y su compañera podrían continuar bregando. Tenía los ojos fijos en ella y en algo que se acercaba. Era esto una masa de espuma como un montón de nieve, en la cual se sumergió la canoa con velocidad en un instante. Por fin salvaron el peligro, y Carrigan se imaginó que oía la sonora risa de la joven que ocupaba el sitio de proa. Pero en seguida se calificó de insensato. Había terminado la carrera, y la joven aparecía triunfante de vida, marcando pausadamente el vaivén del remo y entonando leves voces que despertaban en Bateese una especie de estribillo, en respuesta, que parecía el croar de las ranas. Los cantiles pasaron fugazmente; las ondas surgían y se hundían; las negras crestas de las rocas, coronadas de espuma, parecían precipitarse contra corriente, con aspecto de formas vivas. El bramido se convirtió en ahogada voz, y luego —como arrebatado por unas alas más raudas— se perdió prontamente a sus espaldas. Delante se dilataba mansamente el agua. El cauce se ensanchaba; la luz lunar hacía más claro el caudal, y Carrigan vio que a la joven le brillaba el mojado cabello, y que los brazos le chorreaban.

Por primera vez se volvió y miró al herido. El mestizo gesticulaba como un *gato de Cheshire*^[7].

—Son ustedes una pareja singular que sorprende —gruñó Carrigan.

Y volviéndose hacia Juana María Boulain la vio tan despreocupada como si el haber salvado el rápido del Espíritu Santo, al resplandor de la luna, hubiera sido un simple pasatiempo.

Le era imposible evitar que el corazón acelerara su marcha cuando la contemplaba, por más que procurase enviarle siempre la más profesional de sus miradas. No quería olvidar que era una mujer malvada y cruel que por poco lo asesina. Camina Fanchet era asimismo un ángel caído; pero no era la simpatía, el sentimiento a lo que debía dar entrada en su ánimo Carrigan, tratándose de empresas semejantes. Al mismo tiempo se le hacía irresistible aquel doble hechizo de audacia y valor, y al pronto se encontró con que estaba haciéndose para su capote la sorprendente pregunta de cuál debía de ser el lazo de relación existente entre ella y Bateese. Se le ocurrió pensar, con disgusto, que había habido algo de dominio en la manera que tuvo el mestizo de cogerla en brazos para pasarla por la arena, y que Bateese no había vacilado luego en amenazarle con romperle a él la cabeza si no desistía de hablar con ella. Dudaba que Bateese fuera un Boulain.

Los breves minutos de excitación en las hirvientes aguas del Saint-Esprit Rapide obraron en Carrigan el efecto de un remedio. Le parecía que algo pesado abandonó su cabeza, librándole de la opresión que había sentido antes como un aro de hierro que le oprimiera fuertemente el cráneo. Quería evitar que Bateese sospechara este alivio, y se reclinó, más bajo aún, en la mochila, sin apartar los ojos de la figura de la joven. A cada momento le era más difícil dejar de contemplarla. Reanudó ella la tarea de remar, mientras Bateese realizaba formidables esfuerzos a cada brazada, de suerte que la breve almadía de abedul iba disparada, como un dardo, por la arrolladora corriente del río. A unos centenares de metros más abajo, el cauce doblaba; y al virar la canoa, tomando la curva de la arena con pasmosa celeridad, apareció enfrente, en línea recta, un ancho brazo de agua. Más allá Carrigan descubrió resplandores de hogueras.

El bosque quedó atrás, lejos del río, dejando en su lugar una *tundra*^[8] rota de pizarra y granito, una ancha franja de arena negra que bordeaba la corriente. Carrigan reconoció en ella un levantamiento del terreno de sílice alquitranado, tan abundante en las regiones norteñas. Allí comenzaba aquel tesoro de la tierra que un día había de convertir al extremo boreal del continente americano en uno de los «*El dorados*»^[9] del mundo. Las hogueras iban acercándose, y súbitamente se alteró el silencio nocturno por un salvaje cantar humano. David oyó a sus espaldas una ahogada voz de la garganta de Bateese. De los labios de la joven brotó una dulce palabra, y a Carrigan le pareció que la cabeza de la mujer se había erguido, iluminada por la luna. Las canciones se hacían más recias. Era la melodía rítmica, vibrante, selvática que a través de un siglo y medio venía levantándose de los pechos humanos en el país de los Tres Ríos. Este himno emocionó a Carrigan al hacerse próximo. No era un canto parecido a lo que se canta en los pueblos civilizados, sino una explosión de arrebatado gozoso de la voz del hombre liberada, enardecida de amor a la vida, rebelde de alegría. Era el gozo cordial de los ribereños, que entonaban su pensar y su sentir como los antepasados del tiempo de Radisson y del buen príncipe Ruperto. Su júbilo, su regocijo, su libertad, su optimismo ascendían, en aquella forma, hasta las más distantes estrellas. Al entonar estos cantos cada cual esforzaba su voz para exceder a la del vecino, bramando igual que el toro, en un delirio súbito de entusiasmo. Luego cesó el clamoreo, tan prestamente como se había alzado. Un solo grito llegó al río. Carrigan creyó que era el sordo rumor de una risotada. Sonaron dos cacharros de estaño golpeados. Aulló un perro. La parte ancha de un remo tamborileó una retreta en el costillar de una barca. A esto siguió el alarido de una sola garganta. Y volvió la noche a hundirse en su reposo.

Era la gente de la brigada de Boulain, que se dedicaba a cantar a tales horas de la noche, cuando debiera estar durmiendo, si es que debía levantarse con el alba. Carrigan miró enfrente. La aventura que estaba corriendo iba bien pronto a tomar otro giro. Algo sucedería cuando atracaran a la ribera.

El brillo característico de las hogueras le había llenado de inquietud. Pero comenzaba a caer en la cuenta de lo que era aquello. Los hombres de Juana María Boulain acampaban al borde de las arenas alquitranadas, y habían encendido una porción de surtidores naturales de gas. Muchas veces había visto fuegos semejantes llameando a la vera de los Tres Ríos. Él mismo los había encendido algunas veces, y hasta se había preparado la comida a su calor, divirtiéndose luego en apagarlos a fuerza de baldes de agua. Pero como aquellos que ardían a sus ojos en aquel instante nunca los había presenciado. Las hogueras eran siete sobre una extensión de cincuenta metros en cuadro chorros de llamas amarillentas que ardían como gigantescas antorchas hasta cuatro y cinco metros en el aire. Pronto vislumbró Carrigan, entre las luminarias, un vivo bullicio y actividad. Agitábanse alrededor muchas figuras. Le parecieron enanos al principio, gnomos que jugaban en un pequeño mundo forjado por arte de encantamiento. Pero al paso que Bateese iba acercando la canoa, con vigorosas brazadas, las figuras iban creciendo lo mismo que los chorros de fuego. Entonces se percató de lo que sucedía. La gente de Boulain aprovechaba las horas frescas de la noche para alquitranar.

Olía a brea, y se veían las barcasas de York dentro del área que alcanzaba el resplandor amarillo. Había una media docena de embarcaciones, y varios hombres; con el torso desnudo, se ocupaban en embadurnar el casco de las naves con alquitrán hirviente y pez. En el centro, una enorme caldera enviaba su vapor a un surtidor de gas, y entre aquella caldera y los barcos, otros hombres trajinaban, trayendo y llevando pozales. Más próximos a la enorme caldera, había más hombres que llenaban una hilera de cubos de la inestimable materia negra emanada de las entrañas terrestres, formando por doquiera charcos negros que Carrigan vio fácilmente brillar al fulgor de unas lucernas de gas. Calculó en treinta el número de los trabajadores. En efecto, seis grandes barcasas de York estaban vueltas quilla arriba en la negra arena. A la margen del río, fuera del área iluminada, había una sola chalana.

Hacia aquella barca dirigió Bateese la canoa. Y al llegar al alcance de una pedrada del lugar donde estaban los hombres, el aspecto salvaje de la escena impresionó hondamente a Carrigan. Nunca había visto una tripulación semejante. No había entre ellos ningún indio. Delgados, de movimientos ágiles, descubiertas las cabezas, los brazos y los hombros, lustrosos al resplandor de la fantástica iluminación, iban de acá para allá trasegando la brea hirviente y la pez de la caldera. No se percataron de la llegada de la canoa, y Bateese, en vez de llamarle la atención, silenciosamente arrastró la nave de abedul hasta la sombra de la gran chalana. Varias manos se aprestaron para asirla y amarrarla. Carrigan no pudo sorprender más que una vislumbre de los rostros. La joven pasó con ligereza a bordo de la chalana, y Bateese se inclinó sobre el herido. Otra vez los brazos simiescos del mestizo le levantaron como a un niño. A la luz de la luna pudo observar la chalana, que era mucho más grande que las que viera en la región superior del río. Las dos terceras partes de la nave las ocupaba al parecer un camarote, en el cual lo introdujo Bateese,

y allí lo tendió en medio de la oscuridad, sobre algo que Carrigan supuso que era una yacija preparada junto a la pared. No hizo ruido, mas se dejó caer suavemente. Escuchó a Bateese que anduvo a su alrededor, y cerró los ojos cuando encendió una cerilla. Al cabo de un momento oyó el ruido de la puerta al salir el mestizo. Por fin abrió los ojos y se incorporó.

Se encontraba solo. Y lo que vio al momento, le hizo prorrumpir en una exclamación de asombro. Nunca había visto un camarote semejante en los Tres Ríos. Medía unos diez metros de longitud por dos y medio de anchura. Las paredes y el techo eran de cedro barnizado. El suelo, perfectamente entarimado, también era de cedro. Lo que atrajo más poderosamente la atención de Carrigan fue la exquisita labor del maderamen. Luego sus ojos fueron observando con asombro otros detalles. A sus pies se tendía una mullida alfombra de felpa verde oscura. Entre el sitio donde estaba él y el extremo de la estancia había dos magníficas pieles de oso blanco. Las paredes estaban adornadas con cuadros, y las cuatro ventanas estaban provistas de cortinas de encaje de ganchillo, forradas de damasco. La lámpara que encendió Bateese estaba al lado de Carrigan. Era de plata bruñida e irradiaba una luz brillante, tamizada por una pantalla de color de oro viejo. Había otras tres lámparas iguales, apagadas. El otro lado de la habitación estaba en penumbra, pero Carrigan adivinó que lo que veían sus ojos era un piano. Se levantó, negando crédito a sus ojos, y se acercó a él. Pasó entre unas sillas. Cerca del piano había otra puerta y un amplio diván de igual tejido de tapiz verde. Volviendo los ojos, vio que el lecho donde le habían tendido era otro diván junto al cual se alzaba una estantería de libros y había una mesa, sobre la que se veían varias revistas, diarios y una canastilla de labor femenina. Dentro de la canastilla dormía un gato.

Después de ver la mesa y el gato dormido, detuvo los ojos en una bandera triangular que estaba sujeta a la pared, y en la cual, sobre fondo negro, había un enorme oso polar blanco, acorralando a una horda de lobos polares. Súbitamente se acordó Carrigan de aquello que con tanto empeño quiso antes recordar: ¡el oso grande, los lobos en lucha, la cimera de St. Pierre Boulain!

Avanzó rápidamente unos pasos hacia la mesa; se asió al respaldo de una silla... ¡Maldita cabeza! ¿Sería que la nave oscilaba? El gato parecía dar vueltas en torno de la canastilla. La bandera se había multiplicado hasta media docena. La lámpara se mecía en su pie. El suelo se desnivelaba. Todo parecía dislocarse horriblemente y salirse de su sitio. Un velo tenebroso cubrió los ojos de Carrigan; y por entre aquellas tinieblas se dirigió vacilante y a tientas hacia el diván, adonde llegó a tiempo para dejarse caer como muerto.

Capítulo VI

PARECIÓ ser un tiempo interminable el que pasó David Carrigan después de su último desvanecimiento, y durante ese tiempo un ejército de diablejos estuvo disparando flechas encendidas al rojo contra su cerebro. No advirtió la presencia de varios seres humanos, ni que el diván se transformó en cama ni que las cuatro luces se encendieron, ni que unas manos rugosas y morenas, cuyos dedos parecían garras, ejecutaban un milagro quirúrgico en su cabeza. No vio el viejo semblante de Nepapinas —«El Relámpago Errante»— cuando el encorvado y achacoso cree apelaba a su experiencia de ochenta años para volverle a la vida. Tampoco vio a Bateese, impasible y silencioso, ni el rostro de blancura cadavérica y ojos desmesuradamente abiertos de Juana María Boulain, mientras las níveas y delicadas manos de ésta ayudaban en su obra a las del viejo curandero. Se hallaba sumido en un golfo de tinieblas, abrumado por el hado de las torturas, Luchó y clamó contra él, y sus clamores y su lucha helaron mortalmente el semblante de la joven que se inclinaba hacia el paciente; Carrigan no oyó su voz ni sintió la suavidad de sus manos, ni la opresión de las de Bateese, cuando le sostuvo en los momentos críticos. Y Nepapinas, con insensibilidad de máquina, como hombre que había contemplado cien veces a la muerte, no dio tregua a sus manos hasta que terminó su obra. Entonces, de las tinieblas en donde yacía sumido Carrigan, surgió algo que ahuyentó a los diablejos flecheros.

Después de la operación pareció sobrevenirle a Carrigan un desasosiego eterno, una vida en que era impotente, y, sin embargo, nunca dejó de luchar con la voluntad por vencer los acontecimientos que le combatían. A veces parecía sumirse en el total olvido del sueño; pero en otras ocasiones la vida se manifestaba en él intensamente, aunque no le hiciera capaz de moverse. Surcaban la oscuridad relámpagos luminosos, y entonces veía cosas raramente entrelazadas y fugitivas pero que no obstante pugnaban por asentarse en la percepción de sus sentidos. Se imaginaba estar todavía sobre la arena ardiente oyendo las palabras de «Lindos Ojos» y «Cabeza de Oro». Ésta ondeaba una bandera sobre sus ojos, una flámula triangular, negra, en la cual un oso gigantesco estaba luchando con unos lobos polares. Después de lo cual se alejaba corriendo y gritando: «¡Saint Pierre Boulain! ¡Saint Pierre Boulain!». Y por fin no vio otra cosa sino su cabello llameante al sol. Pero la que acudía siempre a él cuando los diablejos reanudaban el asalto con sus flechas, era la de ojos y cabellos negros. Aparecía por en medio de la oscuridad para ahuyentarlos. Carrigan oía su voz como un murmullo, y sentía apaciguado su dolor al contacto de sus manos. Al cabo de un

rato de notar que la oscuridad se la tragaba, sentía miedo y deseos de llamar a la joven, cuya voz siempre volvía a dejarse oír.

A estas visiones seguía una larga abstracción, durante la cual se sentía flotante en el espacio, libre de los duendecillos atormentadores; el lecho se volvía de mullidas nubes, entre las cuales iba impulsado sobre la corriente de un río luminoso, hasta que a la postre la nube comenzaba a adquirir formas planas, paredes adornadas con cuadros, que tenían una ventana por donde penetraba el sol. Había también entre ellas un negro pendón. Una música dulce y maravillosa parecía llegarle desde otro mundo. Unas criaturas distintas actuaban sobre su cerebro. Reconstruían las cosas atando cabos sueltos. El mismo Carrigan quería ser uno de los seres que laboraban en su imaginación, y tanto se agitaba, que frecuentemente surgían de la oscuridad dos ojos que le detenían, y unas manos apaciguadoras y una voz suave que le obligaban a reposar. Las manos y la voz acabaron por ser muy íntimas. Las echaba de menos en cuanto se iban, especialmente las manos, y solía buscarlas a tientas hasta asegurarse de que no le abandonaban.

Después que la flotante nube se convirtiera en las paredes del camarote del barco, tan sólo una vez volvieron a obsesionarle las caóticas negruras de la arena. En aquellas tinieblas oyó una voz. No era la de «Cabellos de Oro», ni la de Bateese, ni la de Juana María. Sonaba muy cerca de sus oídos, mientras en aquella oscuridad que le ahogaba había algo terrible de donde se desprendían lentamente estas palabras: «¿Alguien ha visto a Black Roger Audemard?». Él procuraba contestar, y la voz repercutía, repitiendo las mismas palabras sin vibración, huecas, como si fueran eco de una tumba. Entonces se esforzaba más por replicar diciendo que él era David Carrigan, que había salido en persecución de Black Roger Audemard, y que Black Roger se hallaba más al Norte. De pronto se le antojó que la voz se transformaba en carne y huesos del mismo Black Roger, aunque no podía verlo en la oscuridad, y percibió la cálida sensación de asir fuertemente la substancia corporal del perseguido, hasta que la voz de Juana María Boulain le rogó que soltase a su víctima. Aquella vez abrió los ojos de par en par y se encontró con que tenía delante el rostro de Juana María, aún más cerca que cuando la viera en el delirio de la fiebre. Carrigan, con las manos como garfas de acero, estaba oprimiéndole un hombro.

—¡*M'sieu* David, *m'sieu* David! —exclamaba la joven.

Mantuvo la mirada fija en ella durante un momento; luego aflojó las manos y dejó caer los brazos.

—Usted perdone; estaba soñando —dijo débilmente—; creí que...

En el rostro de la mujer sorprendió la expresión del dolor. Pero rápidamente abandonó tal gesto para iluminar su semblante de alegría y descanso. A la mirada de Carrigan, sutilizada por la oscuridad pasada, se verificó el cambio con la rapidez del relámpago. Y luego —estando tan cerca que podía haberla tocado— le sonreía a sus mismos ojos. También él sonrió, aunque tuvo que realizar un esfuerzo, ya que sentía rígidos y tirantes los músculos del rostro.

—Estaba soñando en un hombre llamado Roger Audemard —añadió por disculparse—. ¿Le he hecho a usted daño?

La sonrisa se desvaneció de los labios de la joven tan rápidamente como había brotado.

—Un poco, *m'sieu*. Celebro que esté usted mejor. Ha estado usted muy grave.

Llevóse él una mano a la cara. Encontró la venda y notó que tenía la barba crecida. Sorprendióle este detalle, pues aquella mañana había colgado su espejo de un árbol y se había afeitado.

—Hace tres días que fue usted herido —dijo ella reposadamente—; estamos en la tarde del tercero. Ha pasado una fiebre muy alta. Nepapinas, mi médico indio, le ha salvado la vida. Ahora es preciso que permanezca quieto. Ha hablado mucho a causa de la calentura.

—¿De Black Roger? —preguntó Carrigan.

Ella asintió con un movimiento.

—¿Y de «Cabeza de Oro»?

—Sí, de «Cabeza de Oro».

—¿Y de otra persona de cabellos y ojos negros?

—Es posible, señor.

—¿Y de diablejos armados de arcos y flechas, y de osos polares, y de lobos blancos, y de un gran señor del Norte llamado St. Pierre Boulain?

—También de todo eso.

—Siendo así, no tengo que decir ya nada —murmuró David Sospecho que le he dicho cuanto sé. Usted me hirió. Ahora me veo aquí. ¿Qué piensa hacer?

—Llamar a Bateese —contestó al punto.

Y se levantó presurosamente para correr hacia la puerta. No hizo él el menor esfuerzo por retenerla. Sus sentidos trabajaban lentamente en la recuperación de su funcionamiento normal, después del verdadero caos carnavalesco que habían pasado. Tanto, que apenas advirtió que la joven se había ido hasta que la puerta del camarote se cerró a su espalda. Otra vez Carrigan se palpó la cara y notó la aspereza de su barba. «¡Tres días!». Y volvió el rostro hasta poder contemplar totalmente el camarote que estaba inundado de luz por un sol occidental, suavemente luminoso, que enriquecía y daba calidad a los colores de las cosas que había en el suelo y en las paredes, alumbraba las teclas del piano e infundía a los cuadros calor vital. Repasó con los ojos cuantos objetos había hasta sus pies. El otro diván había sido abierto y transformado en lecho. Estaba enfundado de blanco como aquél a quien lo meten en una bata nocturna. Encima de la mesa, donde tres días antes viera al gato durmiendo en la canastilla, había ahora un espléndido ramo de rosas silvestres. Iba despejándosele rápidamente la cabeza; pudo incorporarse apoyándose en un codo con suma precaución. El barco estaba inmóvil; debía continuar amarrado. Pero no oyó las voces externas del sitio de las arenas de alquitrán.

Se dejó caer sobre la almohada, y su mirada volvió a posarse en la bandera negra. Se le agitó nuevamente la sangre al ver el oso blanco y los lobos en actitud de lucha. En toda la extensión de los Tres Ríos nadie desconocía aquel símbolo. No obstante, no era corriente verlo. Raras veces se encontraba y nunca llegaba al sur de Chipewyan. En aquellos instantes se le ocurrieron muchas cosas a Carrigan, cosas oídas en la región del Atabasca, y a lo largo de los Tres Ríos. En cierta ocasión leyó el final de un informe enviado por el superintendente de la «División N» a la oficina central.

«No conocemos al St. Pierre en cuestión. Apenas le ha visto nadie que no sea de su propio país, el remoto centro fluvial de Yellowknife, donde gobierna como un gran noble. Tanto los de Yellowknife como los de Dog Ribs le llaman *Kicheoo Kimowk*, o sea Rey. Y parece ser que en aquellas regiones se desconocen las hambres y las plagas, razón por la cual ni los de la Compañía de la bahía de Hudson ni los de Revillon Brothers, a pesar de su superioridad comercial, han sido capaces de desarraigar esa jurisdicción mantenida allí casi dinásticamente. La policía no ha tenido nunca motivo de investigación o intervención».

Ésta era la substancia, por lo menos de lo que Carrigan había leído en aquel informe de Mac Vane. Pero nunca lo había asociado al nombre de Boulain. Las narraciones que habían llegado a sus oídos se referían a St. Pierre y al negro pabellón del oso blanco luchando con los lobos. Pero resultaba que el tal St. Pierre era St. Pierre Boulain.

Cerró los ojos recordando las largas semanas invernales que había pasado en Hay River Post, en persecución de Fanchet, el desvalijador de correos. Allí fue donde oyó, hablar más del tal St. Pierre. Sin embargo, ninguna de las personas que de él le hablaron le había visto. Nadie sabía si era joven o viejo, pigmeo o gigante. Según ciertas leyendas debía de ser rico y fuerte y podía retorcer con las manos una escopeta de doble cañón. Otros opinaban que era viejo, muy viejo, que nunca salía de sus brigadas, las cuales siempre se hacían con verdaderos tesoros de pieles para darlos a trueque de provisiones. Nunca un morador de Yellowknife ni de Dog Ribs abría los labios para nombrar al Kicheoo Kimow St. Pierre, señor de aquel país no registrado en los mapas. En aquella extensa comarca situada al norte y al oeste del Gran Slave, aquel hombre era un enigma, una esfinge. Si alguna vez se disponía a partir con sus brigadas, lo hacía sin descubrir su anónimo, de manera que el que viera una flota de barcas y canoas que ostentaban la enseña de St. Pierre, tenía que contentarse con adivinar si éste iba o no entre su gente. Lo que se sabía era que las brigadas de St. Pierre estaban constituidas por los hombres más inteligentes, más ágiles y más fuertes de las regiones boreales; que obtenían los más ricos cargamentos de pieles, y que regresaban a la secreta fortaleza de su desierto cargados de riquezas. El nombre de St. Pierre, borrado ya de la memoria de Carrigan, acudía ahora a su imaginación por la insistencia con que la palabra Boulain se grababa en su cerebro. Sólo una vez había visto la banderola del oso blanco que luchaba con los lobos, y había sido en una

chalana de Boulain en Chipewyan; pero su memoria perdió la retención de aquel hecho, mientras retenía vívidamente las leyendas y rumores relativos al misterioso St. Pierre.

Carrigan se levantó un poco más sobre la almohada para examinar mejor el camarote. Nunca había oído hablar de mujeres que llevaran el apellido Boulain. Allí tenía, no obstante, la evidencia de su existencia y de la noble calidad de la sangre que corría por sus venas. La historia del gran país del Norte, oculta en tomos cubiertos de polvo y en documentos de la gran compañía, despertó siempre una absorbente curiosidad en su ánimo. Le extrañaba que hubieran trascendido de ella tan escasas noticias al mundo y que se diera tan poco crédito a lo que se contaba. Hacía tiempo que había intentado escribir la historia de aquella mitad del gran continente, en la cual la leyenda, la tragedia y la lucha por el dominio fueron tales durante doscientos años, que llenan de espanto el corazón de los hombres. Hablaba de ingentes fortalezas que tenían baluartes de piedra de diez metros, de feroces luchas y de enormes naves cuyos costillares se incendiaban en combates librados en las aguas cubiertas de hielos de la bahía de Hudson. Describía la llegada de millares de almas a aquel país septentrional, gentes de lo más brioso y encumbrado de Inglaterra y Francia, y explicaba como continuaron inmigrando los que ostentaban nombres de reyes, príncipes y grandes señores, hasta el punto de que, de la barbarie nortea, surgió una aristocracia de raza constituida por los hombres más vigorosos de la tierra. Los hombres de aquellos últimos tiempos eran llamados por Carrigan señores del Norte, varones que ejercieron poder de vida y muerte, hasta que la gran compañía cedió su soberanía al Gobierno de los Dominios en 1870; varones que gobernaban como verdaderos reyes en sus tierras y cuya palabra era ley; patriarcas que, en sus rústicos castillos, gozaban de mayor poder que su misma soberana de allende los mares, la reina de Inglaterra.

Una vez escritas aquellas cosas, Carrigan guardó el manuscrito en el fondo de su baúl, en el cuartel, pues temía no estar capacitado para juzgar al pueblo del mundo bravío que tanto amaba. Los poderosos señores de antaño desaparecieron. Como monarcas destronados descendieron al nivel de los demás hombres y comenzaron a vivir el recuerdo de lo que fueron un día. Su poder es el comercio. No pueden ya salir a guerrear contra sus rivales con armas de fuego. El ingenio agudo, la astucia y la política mercantil han reemplazado a los elementos destructores. El *facteur*^[10] ya no puede matar ni ordenar que otros maten. Una mano más poderosa que aquélla rige los destinos del pueblo moderno; esa mano es la Real Policía Montada del Noroeste.

La idea de que la ley y una de las poderosas fuerzas de la selva se habían encontrado en el camarote de aquel barco, fue la que acudió a la mente de Carrigan cuando se incorporó sobre la almohada. Su emoción en aquel instante fue mucho mayor que la que le produjo el salir a la busca y captura de Bleck Roger Audemard. Éste era un asesino, un malvado, un *Moloch*^[11], indigno de compasión. No existía otro individuo de quien anduviera tan celosa la policía. Él, David Carrigan, era el escogido para realizar este propósito. Sin embargo, experimentaba una extraña

inquietud, presentimiento seguro de que iba a sobrevenir una aventura más considerable que la persecución de Black Roger. Era algo amenazador, inasequible a los sentidos, algo que le espoleaba, sacando sus facultades del abismo en que se le hundieron por hallarse herido y sumamente debilitado. Se trataba de lo más importante, de lo más relacionado con su propia vida. Juana María Boulain había intentado matarle deliberadamente, con toda alevosía. El que ella fuera luego quien le salvara, exigía tanto más una explicación, y estaba dispuesto a obtenerla antes de que ningún otro pensamiento volviera a apoderarse de su mente, aunque fuera relacionado con Black Roger.

Se repetía a sí mismo esta resolución como con la mecánica voz del deber. No pensaba en la ley, y, sin embargo, tenía una perfecta conciencia de su responsabilidad ante ella. Por otra parte, Carrigan se percataba de que tendría que habérselas con un sentimiento distinto al del deber, con algo que se convertía ahincada y peligrosamente en materia personal. Presintió en seguida el peligro que radicaba en su improcedente interés por aquella joven. Porque aquel interés era ajeno a toda ley ética, y por consiguiente muy distinto del que le movió con motivo del caso de Carmina Fanchet, por ejemplo. Comparándolas entre sí, de poder reunir las, Carmina se llevaría la mejor parte de belleza. Pero su mirada se hubiera consagrado con preferencia a Juana María Boulain.

Transigió con este pensamiento, sonriendo algo ceñudamente, mientras examinaba la parte del camarote que alcanzaban sus ojos desde la almohada. Siquiera momentáneamente, había logrado no pensar en Bleck Roger Audemard.

No hacía mucho que la pregunta que se hacía, con mayor deseo de obtener respuesta, era la de por qué Juana María Boulain quiso matarle y puso después tanto empeño en salvarle. Y la pregunta que insistentemente se repetía ahora al mirar una vez más el camarote era ésta: «¿Qué parentesco o relación la unirá con el misterioso señor del Norte, St. Pierre?».

Era indudablemente su hija, puesto que para ella habría hecho construir aquella lujosa nave principal; era un retoño de sangre bravía, a quien se le ocurrió comparar con la misma Cleopatra, porque estaba tan decidida a matar como dispuesta a rectificar cuando se equivocaba.

Interrumpió estos pensamientos el leve ruido que hizo la puerta del camarote al abrirse. Creyó que sería Juana María que regresaba, pero era Nepapinas. El viejo indio permaneció de pie a su lado un momento y le puso en la frente su fría mano, que parecía una zarpa. Refunfuñó algo y movió la cabeza; sus penetrantes ojillos brillaron de satisfacción. Pasó luego las manos bajo los brazos del herido y lo sentó, poniéndole varias almohadas a la espalda.

—Gracias —dijo Carrigan—. Parece que así me encuentro mejor. Ahora permítame que le indique que no he probado bocado desde que hace tres días tomé unas ciruelas cocidas y un pedazo de *bannock*^[12].

—Ahora le traigo algo de comer, *m'sieu* David —pronunció una suave voz desde detrás.

Nepapinas salió, y Juana María se quedó en su lugar. David la contempló fijamente, sin decirle nada. Luego se oyó que el indio cerraba la puerta al salir. Entonces la joven acercó una silla, de modo que él vio por vez primera sus claros ojos bañados plenamente por la luz del día.

Se olvidó de que unos días antes ella había sido su mortal enemigo, y que existiera un hombre llamado Black Roger Audemard. La esbeltez de Juana María era tal como se la había imaginado allá en la encendida arena. Tenía el cabello como le pareció verlo allí, y lo llevaba trenzado como en cuerdas de seda hilada, negras como el azabache, suavemente lustrosas. Pero lo que él miraba de hito en hito eran sus ojos, y de tal manera, que los rojos labios de la joven temblaron ligeramente, con un asomo de sonrisa. No se le notaba la más leve turbación. La tez de su rostro era absolutamente blanca, con la sola mancha encendida de los labios.

—Creí que tenía usted los ojos negros —dijo David bruscamente—. Me alegro de que no sea así. Los ojos negros no me gustan. Los de usted son pardos como... como...

—Por favor, *m'sieu* —le interrumpió, sentándose en una silla que había acercado—; ahora debe usted comer.

Le llevó a la boca la cuchara, y él se vio obligado a admitirla para que no se le derramara encima. La cuchara continuó moviéndose ágilmente entre una taza y su boca. No le era posible hablar, y tan cierto como de encontrarse con vida le pareció estar de que los ojos de la muchacha comenzaban a reírse de él. Eran maravillosamente pardos y tenían puntos dorados, como las manchas de las violetas silvestres. La boca, rasgada, mostraba entre el hechizo rojo de los labios el destello de unos dientes blanquísimos. Acaso entre una muchedumbre de personas, con su triunfal cabeza cubierta y con los ojos recogidos, habría pasado inadvertida; pero teniéndola cerca, con los ojos sonrientes, resultaba adorable.

Algo debió traslucirse de estos pensamientos en la expresión de Carrigan, pues súbitamente los labios de la joven se cerraron, y sus ojos perdieron aquella lumbre, hasta quedar fríos y distantes. Cuando él terminó de comer, ella volvió a levantarse.

—Tenga la bondad de no irse le dije —pues entonces estoy seguro de que me levantaré y saldré yo también. Me parece que tengo derecho a algo más que unas sopas.

—Dice Nepapinas que para cenar podrá usted tomar un poco de pescado hervido —le anunció ella.

—Bien sabe usted que no me refiero a eso. Deseo saber por qué me hirió usted, y qué piensa hacer conmigo.

—Disparé por error, y todavía no he pensado lo que pasará después —le contestó sosegadamente, pero sin poder ocultar una creciente sombra de perplejidad en la

mirada—. Bateese aconseja que le atemos una piedra al cuello y lo arrojemos al río, pero Bateese no piensa siempre lo que dice. No le tengo por tan fiero...

—¿Tan fiero como la damita que se empeñó en matarme detrás de la roca? —interrogó Carrigan.

—Eso mismo, señor; no creo que le arrojara al río, a no ser que yo se lo ordenara. Y no creo que yo se lo ordene —añadió, mientras volvían a brillarle los ojos un momento—. Sería inconsecuente hacerlo después de la maravillosa labor que Nepapinas ha realizado en su cabeza. Tiene que enterarse de ello St. Pierre. Luego, si él quiere acabar con usted... —Encogió un poco sus leves hombros e hizo un ligero ademán con las manos.

En aquel instante se realizó una transición tan repentina como la del resplandor de sus ojos. Pareció que algo que ocultaba hubiese sido descubierto involuntariamente en un momento, traicionándola. Cesó el movimiento de sus manos. Se disipó el brillo de sus ojos para dar lugar a una luz que trasparentaba algo temeroso, algo de dolor. Aproximóse otra vez a Carrigan, y entonces él recordó el alado músico del bosque, al herrero que cantaba en el extremo de aquella rama de abedul para infundirle ánimo. Le acudió sin duda aquella evocación, porque de la suave y blanca garganta de la mujer, garganta que a sus ojos palpitaba vibrante como un corazón, brotaron estas palabras:

—Fue una equivocación espantosa la mía, *m'sieu* David —dijo con voz baja—. Me apena inmensamente haberle herido. Creí que era otro el que se había escondido tras la roca. Sobre este punto nunca podré ser más explícita. Además, sé que es imposible que seamos amigos.

Hizo una pausa, llevándose a la desnuda garganta una mano, como para ocultar aquel palpitar.

—¿Imposible? ¿Por qué? —inquirió él incorporándose sobre las almohadas para acercarse más a ella.

—Porque usted es de la policía, *m'sieu*.

—En efecto, de la policía —dijo sintiendo que el corazón se le agitaba golpeándole en el pecho—. Soy el sargento Carrigan. He salido a la busca y captura de Roger Audemard, el asesino. Pero mi misión para nada se refiere a la hija de St. Pierre Boulain. Concédame usted, pues, que pactemos amistad.

Carrigan tendió la mano, posponiendo en aquel momento el deber a algo distinto; y en sus ojos se leía una confesión, como el fulgor de un incendio que se trata de extinguir. La mano de la joven se apretó más a la garganta. No se movió para aceptar la mano que se le tendía.

—Seamos amigos —repitió él— amigos a pesar de la policía.

Los ojos de la muchacha se abrieron desmesuradamente, como en presencia de algo que comenzara a nacer, dominando a toda otra realidad de su corazón que palpitaba dulcemente. Asustada, retrocedió un paso.

—No soy la hija de St. Pierre Boulain —exclamó forzando, una a una, sus palabras—, soy su mujer.

Capítulo VII

INMEDIATAMENTE, Carrigan vio el abismo en donde había Caído tras los primeros instantes de su desilusión. Algo como una sacudida, algo muy intenso debió revelarse en su rostro. No pronunció ni una sola palabra. El brazo que había extendido cayó lentamente sobre la blanca colcha. Luego se llamó loco por haber permitido que aquello sucediera, pues lo que había hecho era medir la amistad ofrecida con la suerte venidera. Con voz queda y reposada, Juana María le repitió que ella era la esposa de Saint Pierre. No parecía estar alterada; sin embargo, Carrigan comprendió en aquel momento por qué se le habían antojado tan oscuros sus ojos. Cambiaron repentinamente. Los puntos de violeta que los adornaban eran como chispas de oro. Aquellos ojos, en su resplandor, eran transparentes como el agua; ni pardos, ni negros; medrosamente iluminados. Por primera vez descubrió David un leve sonrojo en las mejillas de la mujer, rubor que se intensificó, porque Carrigan volvió a levantar la mano. Éste sabía que no era aquello una muestra de turbación, sino que era producido por el ardor de profundo fuego de los ojos.

—Es curioso —dijo Carrigan en un esfuerzo por salir del brete, gracias a una mentira, sonriendo—; me asombra usted, pues tenía entendido que St. Pierre era un anciano; lo creía tan viejo que ni pudiera tenerse en pie, ni menos, acompañar a sus brigadas. Si esta versión es fiel, me cuesta un poco convencerme de que sea usted su mujer. Con todo, ello no es razón que pueda impedir nuestra amistad.

Volvió a sentirse el mismo de siempre, excepto en lo de la barba de tres días, que le molestaba. Intentó reír, pero la sonrisa se quedó en intento. En tanto, la esposa de St. Pierre no daba muestras de haberlo oído. Estaba contemplándole detenidamente, con aquellos ojos tan abiertos, tan brillantes... Sentóse luego fuera del alcance de la mano que él le tendía, y le dijo:

—Es usted sargento de la policía, un hombre recto, cuya mano actúa siempre contra toda ilegalidad.

La voz de la joven perdió su dulzura para convertirse en la de un inquisidor que exigía una contestación.

—Dice usted bien —asintió él.

Se acrecentó la lumbre de aquellos ojos.

—¿Y se atreve usted a decir que quiere ser amigo de una mujer extraña a usted, que ha atentado contra su vida? ¿Y esto por qué, *m'sieu*?

Aquello era un acoso para Carrigan. Se sentía humillado por la imposibilidad de confesarle la intención vehemente que había tenido antes de saber que se tratara de la

esposa de St. Pierre. Juana María no aguardó contestación, sino que volvió a interrogarle:

—Dígame, si coge usted a ese... a ese Roger Audemard, ¿qué va a hacer con él?

—Ahorcarlo —respondió David pues es un criminal.

—Y el que intenta matar, y casi lo logra, ¿qué pena merece?

Juana María se inclinó hacia él esperando.

—De diez a veinte años —afirmó Carrigan—. Sin embargo, hay casos, circunstancias especiales...

—Pero en este caso concreto usted no lo sabe. Dice que Roger Audemard es un asesino. Usted sabe que yo atenté contra usted. ¿Qué razón le asiste, pues, para querer contar con mi amistad, siendo en cambio enemigo de Roger Audemard? ¿Qué razón es ésta, *m'sieu*?

Carrigan movió los hombros desesperanzado:

—Lo ignoro —confesó—. Reconozco que tiene usted razón diciendo que no la tengo al hablar de esta manera. Mi deber es detenerla y llevármela a la región de Atabasca cuanto antes. Pero, ya ve usted, hay de por medio un elemento personal sumamente importante. El hombre que por poco es asesinado era yo. Pero debió realmente de existir un error, pues en cuanto me inutilizó usted, comenzó a prodigarme cuidados hasta devolverme la vida. Y...

—Pero eso no altera los hechos en el fondo —insistió la esposa de St. Pierre—. Si no hubiese mediado una equivocación, el delito se habría consumado. ¿Comprende usted, *m'sieu*? Si detrás de la roca hubiese estado otro que yo sé, estoy segura de que ya no viviría. Si Roger Audemard es un criminal, yo no lo soy menos. Y un hombre recto no debe establecer distinciones en igualdad de casos cuando se trata de una mujer.

—Pero Black Roger es el propio Satán. No es digno de compasión. Él...

—Es posible, *m'sieu*.

Juana María estaba en pie. Sus ojos llameaban hacia David. En aquel momento su hermosura era semejante a la de Carmina Fanchet. Su cimbreante cuerpo, sus mejillas encendidas, sus cabellos radiantes, sus ojos salpicados de oro y destellos de diamante, mantuvieron a David en un profundo mutismo.

—Lo deploré sinceramente y acudí a usted —dijo la joven—. Deseé reintegrarle a la vida, cuando le vi tendido en la arena. Bateese opina que cometí una indiscreción, que debí haberle dejado morir. Quizá diga bien. No obstante, el mismo Roger Audemard se hubiera compadecido de usted.

Dicho lo cual, se volvió rápidamente, y Carrigan oyó sus pasos que se alejaban. Desde la puerta, le dijo:

—Bateese le animará a usted, *m'sieu*.

La puerta se abrió y se cerró instantáneamente. La mujer de St. Pierre había salido. Otra vez se encontraba David solo en el camarote.

Lo bruscamente que cambió la actitud de la mujer, llenó de pasmo a Carrigan. Era algo así como si de súbito se hubiera prendido la mecha de un explosivo. Se produjo la llamarada, aunque no la explosión. Juana María no había levantado la voz al hablar. Pero David notó que aquella voz era temblorosa, delatadora de una emoción que la consumía. La llama de tal emoción se asomó claramente a su rostro. Algo de lo que había dicho la trastornó profundamente, haciéndole adoptar en un instante una actitud distinta a la que había observado con él hasta entonces. La idea que asaltó a Carrigan le abrasó el rostro, bajo la pelambre de su barba. ¿Le habría tomado por un canalla? El haberle dejado la mano, el haberle traslucido en la expresión del semblante —como forzosamente ocurrió el golpe mortal que le produjo la revelación de que ella era la mujer de St. Pierre, o eso, debió llenarla de prevención contra él. Lentamente fue pasándosele a David el ardor del rostro. No era posible que Juana María pensara eso de su prisionero. No podía ser otra cosa sino que se apoderó de ella una tensión moral terrible. Se había comparado a Roger Audemard, y se percató luego de que eso era peligroso: «Bateese decía bien. Debía haberle dejado morir en la arena».

Esta idea abrumaba a Carrigan, y le hizo caer en la cuenta de que había representado un papel insignificante durante aquella media hora de conversación en el camarote. Había ofrecido a la mujer de St. Pierre una amistad que no tenía derecho a ofrecer; y ella no ignoraba que carecía de tal derecho. Él era la ley; ella, como Roger Audemard, una criminal. Su agudo instinto de mujer le revelaba que no podía hacerse diferencia entre ambos, a menos que mediase otra razón. Y Carrigan acababa de demostrarle que existía otra razón desde que por primera vez, tendido en la arena, vio los ojos de Juana María. Cuando fue en la canoa, luchó contra aquello; pero se dejó dominar en los conmovedores instantes en que estuvo contemplando, la delicada y bella figura que bogaba temerariamente en las revueltas aguas del Rápido del Espíritu Santo. Los ojos, la cabellera, la suave y armoniosa voz que le acompañaron durante la fiebre, llegaron a constituir una parte concreta e inalterable de su misma personalidad. Esto debió de leerse en sus ojos, en su rostro, mientras dejaba caer la mano, en el instante en que ella le dijo que era la mujer de St. Pierre.

Era natural que ahora le temiera y lamentara no haberle dejado morir. Juana María interpretó mal lo que vislumbró en la expresión del paciente cuando le brindó su amistad. No vio más que a un hombre a quien casi había matado, un hombre que representaba la ley, un hombre que la tenía a merced de su mano. Alarmada acababa de huir de él y de decirle que no era la hija, sino la esposa de St. Pierre.

En el terreno del análisis criminalista, Carrigan procuraba situarse siempre en el caso de su contrario. Ya comenzaba, pues, a ver la actual situación desde el punto de vista de Juana María Boulain. Le complacía, que ella hubiera incurrido en una equivocación, y hasta el último instante hubiera estado creyendo que la persona amparada en la roca no fuera él. Era significativo que, no obstante, no estuviera dispuesta a dar explicaciones acerca de su error. Se negó rotundamente a ello. Pero

existía una razón de sentido común que justificaba semejante negativa. El error que la esposa de St. Pierre cometiera al disparar contra un hombre que no era el que ella suponía, era cosa menos importante que el ocultar la causa del atentado.

No pasaba por alto a David el quebranto que, su firmeza había sufrido. Tan debilitado se hallaba como el superintendente de la «División N» en aquella ocasión de hacía cuatro años, cuando casi riñeron por culpa de Carmina Fanchet.

«Juraría por los cielos que no es mala, a pesar de lo que haya podido ser su hermano —dijo entonces Mac Vane—. Pondría la vida en ello, Carrigan».

Y como quiera que el jefe de división, con sus sesenta años auestas, lo creyera así, Carmina no fue considerada cómplice en las fechorías de Fanchet, sino que regresó a las selvas, sin ser perseguida por la ley que había pedido la vida de su hermano. Nunca olvidaría David la última vez que vio los ojos de Carmina, como grandes, negros y triunfales remansos de gratitud, al mirar al canoso Mac Vane; como hogueras fulgurantes de odio emponzoñado cuando él dijo a Mac Vane refiriéndose a ella:

«El hombre sufre condena, mientras la mujer se libra. La justicia es verdaderamente ciega».

Mac Vane no replicó, porque era poco amigo de porfiar cuando se trataba de Carrigan.

David recordó vivamente aquel incidente en los instantes de espera de la prometida visita de Bateese. Comenzó a examinar el punto de vista de Mac Vane, y le resultó útil, pues le demostró que su propia lógica era vulnerable. Si Mac Vane comparaba entonces a ambas mujeres, David sabía cuál sería su razonamiento. No existían pruebas fehacientes de crimen contra Carmina Fanchet, a no ser que fuese un delito luchar desesperadamente por la vida de su hermano; pero en el caso de Juana María Boulain la prueba era evidente: había intentado matar a Carrigan. Por tanto, aquella había parecido mejor que ésta a juicio de Mac Vane.

A pesar de la fuerza legal del argumento que se exponía a sí mismo, David no se convencía. De hallarse Carmina Fanchet en lugar de la esposa de St. Pierre, habría acabado con él allí mismo, en la arena. Se habría percatado del peligro que representaba para ella la vida de aquel hombre, y por consiguiente habría ordenado a Bateese que lo arrojara al río. En cambio, la mujer de Saint Pierre había adoptado la actitud contraria. No solamente se arrepentía, sino que había procurado reparar su yerro, y en tal empresa había rebasado bastante los límites de la prudencia. Le había confesado francamente quién era; le había aposentado en una habitación particular que seguramente era de su propia casa. En su afán por remediar su obra, se había enredado, sin esperanza de verse libre, en las mismas redes de la ley, si la ley estuviera en disposición de actuar. Todo lo había hecho animosa y convencidamente. Y Carrigan pensó que de semejante mujer, St. Pierre debía de estar muy orgulloso.

Volvió a pasear la mirada por el camarote; y todo lo que veía le producía el efecto de una melodía viva que le construyera un ensueño. De todas las cosas se desprendían

voces para decirle que se hallaba en un templo edificado por el fervor de un hombre para con una mujer, y que este hombre era St. Pierre. Por las dos ventanas occidentales llegaba el sol poniente, y penetraba como en un recinto sagrado en donde reinaba, o había reinado, una inmensa felicidad, pues sólo podía deberse todo aquello a un gran orgullo y a una gran dicha. Sólo las riquezas y los afanes podían hacer que la esposa de St. Pierre estuviese contenta a dos mil kilómetros lejos de toda civilización. Que su satisfacción era ostensible, claramente lo adivinaba David en todo lo que le rodeaba. Encima de la mesa había material de labores con el cual ella había estado bordando, y se veía una pantalla a medio hacer. Un periódico de modas femeninas, impreso a siete mil kilómetros de allí, mostraba abiertas sus páginas de figurines. Había otras revistas, varios libros; un cuaderno de música abierto en el atril del piano y varios búcaros radiantes de gualdas y rojas flores silvestres con plateadas ramas de abedul Aspiraba el delicado aroma de los capullos que se encendían como las brasas y la sangre. Bajo un rayo de sol, encima de una de las grandes pieles de oso blanco, dormía el gato. Por fin vio que, en el extremo opuesto del gabinete, brillaba un crucifijo de marfil níveo, en los momentos en que el sol moribundo le enviaba el último homenaje.

Se apoderó de Carrigan un raro malestar. Aquél era el rincón sagrado de la mujer, su santuario y su hogar, y la presencia del herido la mantenía alejada hacía tres días. No había más habitaciones. Al rectificar su yerro le había ofrecido lo más sagrado que poseía. Y una vez más sintió dentro del corazón el fuego agitador de una emoción recién nacida, contra el cual, de allí en adelante, tendría que luchar hasta extinguirlo.

Hacía una hora que el sol había declinado tras las montañas occidentales y Carrigan continuaba sumido en la melancolía de las sombras crecientes. Sólo el roce del agua en el casco de la nave alteraba la solemne calma del anochecer. No llegaba hasta Carrigan el menor rumor de vida: ni voces, ni pisadas; y no podía sospechar adónde habrían ido la mujer y su gente, ni averiguar si la chalana continuaba amarrada junto a las arenas de alquitrán. Entonces fue cuando por vez primera se hizo esta pregunta:

«¿Dónde estaría aquel hombre que se llamaba Saint Pierre?».

Capítulo VIII

EL camarote estaba totalmente invadido de sombras cuando unas voces venidas de afuera rompieron el silencio. Se abrió la puerta y alguien penetró. Al cabo de un momento se encendió una cerilla, y, al vacilante resplandor, distinguió Carrigan la cara negruzca de Bateese, el cual, una tras otra, encendió las cuatro lámparas, y hasta que terminó esta operación, no volvió el rostro hacia el lecho. Entonces David recibió la primera impresión cabal del mestizo: no era alto, pero estaba dotado de una complexión de gigante. Tenía largos los brazos, la espalda cargada, la cabeza como de gárgola granítica animada de vida, los ojos grandes, los labios gruesos, los pómulos salientes como de indio, el cabello negro, largo y sujeto por un rojo pañuelo anudado. Más que nunca le pareció a Carrigan un pirata y un asesino. Y a pesar de tanta fealdad, David se sintió de nuevo misteriosamente inclinado a guardarle afecto.

Bateese hizo un gesto, una mueca tan enorme como su misma boca.

—¡Lo que es tener suerte! —dijo como saludo—. Aquí se duerme en cama buena y blanda; no como afuera, en el banco de arena, lo mismo que este pescado que traigo al *m'sieu*. Mucha torpeza es ésta. Bateese dice: «Atadle una piedra al cuello y hacedle *ange de mer*; así de cabeza al río, *ma belle Juana!*». Pero ella que no, que tratarlo bien y que coma pescado. Traigo por ella el pescado que le prometió, y después que lo haya comido tengo que contarle lo mío a usted.

Otra vez salió, para volver con una cesta de mimbres. Acercó luego la mesa al lado de Carrigan, y le dejó delante el pescado cocido que la esposa de St. Pierre le prometiera. También dejó pan y una taza de té caliente.

—Dice ella que la fiebre no le deja tomar otra cosa. Pero Bateese dice: «¡Atracadle para que pronto se muera!».

—Conque usted desea verme difunto, ¿no es eso, Bateese?

—*Oui*, que usted figura muy bien muerto, *m'sieu*.

Bateese ya no gesticulaba. Retrocedió muy derecho, y señalando al alimento, añadió:

—Coma ligero ahora, y cuando acabe ya le diré lo mío.

Viendo Carrigan el delicioso pedazo de blanco pescado, sintióse poseído del hambre producida por el ayuno de tres días y tres noches, y, mientras comía, observó que Bateese se ocupaba de curiosos quehaceres: extendió bien dos alfombrillas, renovó el agua de los vasos de flores, ordenó media docena de revistas que estaban dispersas, y, finalmente, para mayor desconcierto de David, cogió un trapo y comenzó a quitar el polvo. David terminó el pescado, la lonja de pan y la taza de té. Se encontraba perfectamente. El té caliente le había producido la sensación de un

riego de vida por las venas, de manera que sentía deseos de levantarse y estirar las piernas. De repente Bateese sorprendió al paciente riéndose de él.

—*Que diable!* —le increpó el mestizo, acercándosele ferozmente con el trapo en la manaza. ¿Tengo monos en la cara, *m'sieu?*

—Nada de eso, Bateese —respondió Carrigan riendo—. Se me ocurría que es usted una admirable camarera. Es usted tan amable, es tan grata su presencia, tan...

—Diable! —exclamó Bateese, soltando el trapo y dando tan fuerte manotazo en la mesa que por poco rompe los platos. Usted ha acabado la comida, y ahora tiene que oír lo mío. ¿No ha oído hablar nunca de Cohombro Bateese? Ése soy yo. ¡Vea! Estas manos han agarrado el oso polar hasta ahogarlo. No hay hombre que aventaje mi fuerza en toda la región del Norte. Estas espaldas llevan doscientos kilos de una vez. Soy un perro tronchando huesos de reno. Resisto una carrera de cien o doscientos kilómetros, sin hacer alto para descansar. Tumbo los árboles sin hacha. No conozco el miedo. ¿Me oye? ¿Me oye bien, *m'sieu?*

—Oigo perfectamente.

—¡Bien! Voy a decir lo que Cohombro Bateese tiene que hacer con el señor sargento de policía. *Ma belle Juana* fue muy torpe. Tiene demasiado corazón; le dio usted lástima y no quiso dejarle morir. Bateese dice: «¡Matadlo, y así ninguno va a saber lo que ha pasado hace tres días detrás de la roca!». Pero *ma belle Juana*; «No, Bateese, lo he tomado por otro. Él tiene que vivir». Y entonces me mandó venir con pescado para usted y recado de decirle lo que tendrá que pasar si intenta *m'sieu* escaparse de esta barca. ¿Usted comprende, no? Usted huye y Bateese mata. Estas manos, vea, retuercen el pescuezo y pueden arrojar a usted por el río. Mi señorita Juana lo ha mandado como suena, y ha dado aviso a otros hombres, treinta, cincuenta, casi cien tipos que darán bonita cuenta de usted, si quiere escapar. Ella me recomendó traerle estas noticias con el pescado. ¿Oye usted bien?, ¿estamos?

Si alguna vez hubo un factor encargado de ejecutar la iniquidad en el mundo, ése, pensó Carrigan, tenía que ser Bateese. El mestizo se había excitado enormemente, Los ojos parecían rodarle por las órbitas. Su boca gruñía en la virulencia del discurso. Se diría que tenía el recio cuello hecho de cuerdas, y sus puños caían cerrados y amenazadores sobre la mesa. Pero David no se asustaba. Aquello más bien le provocaba la hilaridad, y hubiera reído de no saber que la risa sería el mayor insulto dirigido a Bateese en aquel instante.

Reflexionó que el mestizo, feroz como un pirata, tenía una suavidad femenina. Aquel hombre que podía estrangular a un buey con sus monstruosas manos, había estado, hacía un momento, acariciando a un gato, extendiendo unas alfombras, echando agua a las flores de la dama y sacudiendo el polvo. Era muy inofensivo... entonces; pero comprendía fácilmente David que una sola palabra de la esposa de St. Pierre bastaría para encender la brutal energía del mestizo en un llameante volcán activo. Un siervo leal como aquél no tenía precio en ciertas ocasiones. La conminación que le traía procedía, directamente de la mujer.

—Creo haberle comprendido, Bateese —dijo Carrigan, Ella dispone que si no permanezco en esta chalana, a intentar la huida me matarán. ¿Está seguro de que lo ha dicho así mismo?

—*Par les mille cornes du diable*^[13]!. ¿Cree usted que Bateese miente, *m'sieu*? Cohombro Bateese, que estrangula osos blancos con las manos, que derriba árboles...

—De ninguna manera; usted no miente. Pero me admira que no haya dado el aviso ella misma cuando ha estado aquí.

—Porque tiene corazón de pájaro. Me ha dicho: «Dile que tiene que esperar a St. Pierre, y díselo sin rodeos fuertemente, lo mismo que estrangulas osos y derriba árboles, para que no se equivoque y se le ocurra querer dejarnos». Esto dijo delante de todos los *bateliers*^[14], todo los hombres de St. Pierre en la rueda de un gran fuego: Y ellos juraron, como uno solo, que le vigilarían y le matarían a usted, si se escapa.

Carrigan le tendió una mano:

—Venga un apretón de manos, Bateese; mi palabra que no intentaré fugarme... Por lo menos sin que antes los dos hayamos librado un combate de boxeo espléndido, y sin que antes yo le venza. ¿Estamos de acuerdo?

Bateese le miró perplejo al momento, y luego se moduló en su rostro una risa zumbona:

—¿Es usted aficionado a la lucha, *m'sieu*?

—Me gusta mucho, sobre todo con un buen enemigo.

Una de las manazas de Bateese se arrastró pesadamente sobre la mesa, y asió la de David. Tenía el rostro radiante de alegría.

—¿Me promete darme esta ocasión de lucha cuando se encuentre fuerte?

—Y si no cumplo mi palabra, le permito que me ate una piedra al cuello y me arroje al río.

—Es usted un valiente garçon —exclamó Bateese, complacido—; no hay a lo largo de los Tres Ríos un solo hombre que venza a Cohombro Bateese.

Súbitamente se le oscureció el semblante:

—¿Y esa cabeza, *m'sieu*? —añadió ansiosamente.

—No tardará en curarse si usted, Bateese, me ayuda. Precisamente quisiera levantarme ahora. Necesito estirar las piernas. He tenido muy mal la cabeza, ¿no?

—Non; la bala le arrancó el cabello así, así, y el cerebro se resintió. Estará usted bueno para luchar dentro de una semana.

—¿Y me ayudará usted a levantarme?

Bateese estaba cambiado. Era otro hombre. Una vez más sintió David el poderoso pero suave apretón de los brazos del mestizo al ayudarle a ponerse en pie. Apenas pudo sostenerse al principio. Luego, llevando al lado a Bateese para sostenerle, si las piernas le flaqueaban, llegó hasta la ventana y miró afuera. Allá en el río, a cosa de un kilómetro, vio un resplandor de hogueras.

—¿Es aquél su campamento?

—*Oui, m'sieu.*

—¿De modo que nos hemos alejado de la orilla del alquitrán?

—Dos días hemos bogado hacia abajo.

—¿Y por qué no acampan aquí todos?

Bateese hizo un gesto de disgusto.

—Porque *ma belle* Juana María tiene corazón de pájaro, señor. Dice que no le conviene a usted estar cerca del ruido: charlas, risas y *chansons*. Dice que le molestarían y le darían más fiebre, Bateese dice: «Le trata a usted como a un niño»; pero ella no sabe más que reír y chascar los dedos. Espera que venga St. Pierre. ¡Él le rompería la cabeza a usted de un puñetazo! Pero creo que primero nosotros podremos luchar, *m'sieu*.

—No dejaremos de hacerlo, Bateese. ¿Dónde está Saint Pierre, y cuándo lo veré?

Bateese se encogió de hombros:

—¿Una semana? ¿Dos semanas? Cualquiera sabe. Está bien lejos.

—¿Tiene mucha edad?

Bateese hizo dar media vuelta a David, hasta tenerlo de frente:

—No va usted a preguntar nada más de St. Pierre. Nadie puede hablar de él, a no ser una sola persona, *ma belle* Juana María. Cuando usted lo pregunte a ella, le dirá que se calle. Cuando no se calle, llamará a Bateese para romperle la cabeza.

—Estoy viendo que es usted por aquí una especie de rompetestas —dijo David acercándose lentamente a la cama—. ¿Quiere traerme la mochila y la ropa para mañana? Necesito afeitarme y vestirme.

Bateese estaba delante de Carrigan ahuecando las almohadas y estirando las ropas de la cama. Movía las manos rápida y hábilmente como una mujer. Y David no salía de su asombro viendo la femenina adaptabilidad del fornido mestizo. Pensó que si llegaba a encontrarse bajo la opresión de aquellos brazos que recordaban los de un gorila, desaparecería el hombre más fuerte de la «División N». Bateese le oyó reír entre dientes, y volvió a preguntarle:

—¿Pasa algo muy gracioso otra vez?, ¿se puede saber?

—Pensaba, Bateese, en lo que será de mí si llego a caer entre sus brazos cuando luchemos. Pero no sucederá así. Yo lucho con los puños. Y le voy a dar una de golpes, que van a tardar en reconocerle sus amigos.

—¡Fiese usted! —dijo Bateese haciendo una mueca horrible—. Yo le estrangularé como al oso blanco; me lo cargaré al hombro y lo aplastaré, luego, como a una fresa; yo...

Hizo un gesto feroz avanzando hacia él.

—¡Todavía no! —le advirtió Carrigan—, pues aún me tambaleo un poco. Y señalando la cama añadió:

—Por mí ha abandonado ella esto, y me duele porque a lo mejor duerme fuera en el campamento.

—Puede ser; y puede que no —gruñó Bateese. ¿Lo sospecha usted?

El mestizo comenzó a apagar las luces, y dejó encendida solamente la más próxima a la puerta. No se volvió hacia Carrigan, ni añadió una palabra. Cuando se fue, David oyó el rechinar de la llave. La mujer de Saint Fierre quería que se considerara prisionero, por lo menos durante la noche.

No tenía ganas de echarse. Las piernas le flaqueaban un poco; pero por lo demás, ya no le molestaba el dolor de la enfermedad. El médico de la residencia central de Atabasca le habría llamado loco por no observar las prescripciones de la convalecencia; pero Carrigan comenzaba a sentirse espoleado por la necesidad de actuar. A pesar del esfuerzo físico que acababa de realizar, no sentía dolor de cabeza, antes bien, tenía el pensamiento muy despejado. Volvió a la ventana desde donde veía las hogueras encendidas en la orilla oeste, y no le costó mucho abrirla. Una espesa red a manera de celosía le impedía sacar la cabeza y los hombros. Pero la fresca brisa ribereña se filtraba por ella. Era agradable aspirar el sedante aroma del bosque. La noche estaba muy oscura, y los fuegos del otro lado del río brillaban más en medio de la gran sombra. No se anunciaba la luna en el cielo. Carrigan no tuvo el consuelo de las estrellas. A la parte oeste, muy lejano, sonó el sordo retumbar del trueno.

Se retiró de la ventana, y se dirigió al otro lado del camarote, donde estaba el piano. Allí se hallaba el otro diván. Entonces comprendió por qué había, muy recogidas a cada lado del camarote, dos cortinas. Colgadas de un mismo alambre tendido a dos pulgadas del techo, cerraban, al correrse, aquel lado de la estancia, convirtiendo en dormitorio particular de la mujer una tercera parte del camarote. Cada vez con mayor malestar, David fue cerciorándose de que se trataba del dormitorio de la dama. A cada lado del piano había una puertecilla. Abrió una de ellas lo suficiente para ver que era de un guardarropa. Una tercera puerta daba al costado de tierra; pero estaba cerrada con llave. Separado del resto del camarote por un biombo japonés, había en un rincón: un tocador con su espejo. A la tenue claridad de la lejana lámpara David se inclinó sobre el papel de música que había encima del piano. Era el «Avemaría» de Mascagni.

Sintió que le hormigueaba la sangre. Una nueva emoción agitaba su cerebro; un sentimiento cada vez mayor llenaba su ánimo de molestia y le inquietaba extrañamente. Parecíale haber llegado súbitamente al borde de un inmenso peligro; era como una percepción subconsciente. Pero no era cosa lo bastante concreta para poderla combatir. Se trataba de un peligro que iba en aumento en torno de él, de algo invisible e intangible, pero que aceleraba el ritmo de su corazón, que le atraía y que le hizo en aquel momento extender la mano hasta que sus dedos se cerraron dando con un pañuelo arrugado que estaba en un extremo del teclado. Era el pañuelo de la mujer; lo cogió despacio, como un ladrón, Oía delicadamente a violetas. David evocó a su enfermera inclinada sobre su lecho de paciente y aquella fragancia era su aliento renovado. No se acordaba, al pensar entonces en ella, de que era la esposa de St. Pierre, Pero al pronto volvió en sí, y soltó el pañuelo encima de las teclas. Estuvo

por reírse de sí mismo; pero sintió un gran vacío en vez del estremecimiento que le había sobrecogido hacía poco y del cual se avergonzaba.

Volvió a la ventana. La tormenta se había acercado. Venía rápidamente del oeste trayendo consigo la oscuridad de los abismos. Una calma mortal la precedía, una calma a través de la cual le parecía a Carrigan percibir el ruido tableteante y rasgador que acompañaba a los seguidos relámpagos, heraldos de las tempestades. Se iban extinguendo las fogatas de la otra orilla. Una de ellas se apagó totalmente. Él continuó apeteciendo traspasar la distancia y las tinieblas para ver qué clase de cobijo tenía allá la mujer de St. Pierre. Y entonces le asaltó un deseo que acaso era cobarde, el deseo de fugarse, dejando en pos de sí el recuerdo de la aventura de la roca y de la mujer de St. Pierre, para continuar otra vez su propia empresa, que ya era de suyo bastante grave: la persecución de Black Roger Audemard.

Oyó el ruido de la lluvia. Al principio parecía el acompasado golpear de millones de piecitos sobre seca hojarasca. Luego, de súbito, se transformó en el rugir de un torrente. Era una inundación que trajo, uno tras otro, los estampidos del trueno. Los relámpagos de vivísima luz alumbraban, casi sin interrupción, la negrura del ámbito. Mucho rato hacía que Carrigan notó el choque de la tormenta. Cerró la ventana para evitar que el agua entrara. Luego se quedó con la cara pegada al cristal, mirando a lo largo del río. Las fogatas del campamento se extinguieron como bujías apagadas con los dedos, y Carrigan se sintió estremecer. No era posible que las lonas resistieran semejante diluvio. Por añadidura se levantaba un recio vendaval. Las tiendas levantadas allá, al otro lado, serían barridas, como construcciones de papel, por el viento, que las destrozaría en cien pedazos. Irnaginóse a la mujer de St. Pierre en medio de aquel tumulto y angustia, cortado el aliento, casi ahogada, cegada por el aguacero y los relámpagos, sacudida y malparada por su causa. Pensar que estaba entre los suyos no le tranquilizaba, pues no había manos capaces de combatir una tormenta que de aquel modo estremecía la tierra.

De pronto se dirigió a la puerta, resuelto a obligar a Bateese, si es que estaba allí, a que le dejara hacer lo que debía, o de lo contrario le desafiaría a luchar allí mismo. Golpeó la puerta, con un puño primero, con los dos después. Luego gritó; pero nadie le contestaba. Entonces trató de forzarla empujando con toda su fuerza. Pero estaba muy segura.

Estaba medio vuelto, cuando sus ojos descubrieron en un rincón, al débil resplandor de la lámpara, su mochila y sus ropas. Medio minuto tardó en hacerse con la pipa y el tabaco. Estuvo después paseando a lo largo del camarote durante media hora, en tanto que la tormenta continuaba rugiendo, como si viniera dispuesta a destruir totalmente la vida que alentaba sobre la faz del mundo.

Consolado con la compañía de la pipa, Carrigan no volvió a golpear la puerta. Se resignó a esperar. Al cabo de otra media hora la tormenta amainó, convertida en insistente tamborileo de la lluvia. El nublado se había alejado hacia el Este, llevándose los relámpagos. David abrió otra vez la ventana. El aire que penetró por

ella estaba suavizado por la lluvia y era blando y tibio. Carrigan echó una bocanada de humo y sonrió. La pipa le suscitaba el buen humor aun en las más adversas situaciones. La mujer de St. Pierre se había calado hasta los huesos, lo cual no dejaba de tener su aspecto humorístico. Se le ocurrió imaginarse a un pobre faisán de dorado plumaje, mojado hasta la piel y arrastrando patéticamente la cola. Hizo un gesto de desagrado reflexionando que era insultante el pensamiento simultáneo de la mujer y el faisán medio ahogado; pero el símil no era inoportuno, y David se echó a reír. Posiblemente en aquel instante estaría Juana María escurriendo sus vestidos, y los hombres maldecirían entre dientes mientras volvían a hacer fuego. Miraba si se encendía alguna hoguera, pero no reapareció ninguna. Seguramente ella le detestaría por haberle originado tales rebajamientos y molestias. No era imposible que al día siguiente ordenara a Bateese que le rompiera la crisma. ¿Y St. Pierre? ¿Qué pensaría aquel hombre, casado con ella, y qué partido tomaría cuando se enterase de que su esposa había cedido su habitación a un extraño? ¡Qué complicaciones no surgirían en cuanto lo supiera!

Era ya tarde, pasada medianoche, cuando Carrigan volvió a acostarse, y aún le fue difícil conciliar el sueño. El monótono golpear de la lluvia en la cubierta de la nave fue menguando, y al ahogarse el rumor de afuera comenzó David a sentir el sueño. Se dio cuenta del momento en que cesó la lluvia. Entonces cerró los ojos. O estaba muy a punto de dormirse, o realmente habíase dormido hacía un momento, cuando volvió en sí oyendo una voz. La voz sonó repetidas veces antes de que Carrigan se percatara de la realidad. Después, repentinamente, taladrándole el cerebro que se despertaba trabajosamente, casi como el estampido de un trueno, llegó hasta él la voz, tan inconfundiblemente que se sentó como impulsado por un resorte, y crispó los puños, y se quedó interrogando con los ojos a la sombra, en espera de que la voz se repitiese.

Salida de algún sitio muy próximo, en aquella misma habitación, como al alcance de sus manos, una voz extraña e indescriptible acababa de gritar, repitiendo en la oscuridad las mismas palabras que por dos veces en anteriores ocasiones habían repercutido misteriosamente en el cerebro de Carrigan:

«¿Ha visto alguien a Black Roger Audemard? ¿Quién ha visto a Black Roger Audemard?».

Y David contuvo el aliento para oír otro suspiro que estaba seguro de haber percibido en la misma habitación.

Capítulo IX

ACASO estuvo un minuto Carrigan sin hacer ruido alguno que pudiera percibirse a la distancia de un metro. No fue por miedo, sino por algo que después no acertó a explicarse. Tal vez tuvo la sensación del que experimenta la presencia de algo más poderoso que un ser de carne y hueso. «¡Black Roger Audemard!». Tres veces, dos de las cuales durante su enfermedad, había pronunciado alguien a voces este nombre, muy cerca de los oídos de Carrigan, desde aquella hora en que la esposa de St. Pierre le había tumbado inmóvil sobre la blanca alfombra de arena. ¡Aquella voz había sonado ahora en el camarote!

¿Sería Bateese el autor de la alarma, inspirado por cierto género perverso de humor? Carrigan aguzó el oído. Transcurrió otro minuto. Sacó una mano y palpó alrededor, con sumo cuidado para no hacer ruido, en la creencia de que había alguien a su alcance. Arrojó luego bruscamente las ropas de la cama, y se encontró de pie en medio de la estancia.

Continuó sin oír nuevos ruidos, ni pasos que retrocedieran o avanzaran cautamente. Encendió una cerilla y la mantuvo en alto. A la amarillenta luz no descubrió señales de vida. Encendió una de las lámparas. No había nadie más en el camarote. Suspiró profundamente y se acercó a la ventana. Estaba abierta todavía. Indudablemente, la voz le había llegado por allí. Y le pareció que la red que servía de enrejado tenía una huella hundida hacia adentro, como si una cara se hubiese apoyado pesadamente allí. Fuera, la noche estaba hermosa y tranquila. En el cielo, que la tormenta había bruñido, fulgían las estrellas. Y no se percibía el menor ruido que delatara un movimiento.

Luego consultó el reloj. Debía de haber dormido bastante antes de oír la voz, pues eran ya cerca de las tres. Aunque había muchas estrellas, se adivinaba el alba. Cuando Carrigan volvió a asomarse, los astros habían empalidecido y parecían más remotos. No tenía ganas de volver a acostarse, pues estaba desvelado, y se sentía cada vez más dominado por la fuerza de algún presentimiento.

Era muy temprano, no habían dado las seis, cuando Bateese le entró el desayuno. Le extrañó que alrededor de la nave no se levantaran rumores de vida. Comprendió al momento que Bateese no había sido el que pronunciara las misteriosas palabras pocas horas antes, pues el mestizo había pasado, sin duda, una noche de perros. Estaba como una rata sacadita del agua; la ropa, empapada, le pendía pesadamente; el pañuelo de la cabeza le goteaba, y tenía húmedos y lacios los cabellos. Dejó de golpe en la mesa el servicio del almuerzo, y desapareció sin hacer siquiera una inclinación de cabeza a su prisionero.

Otra vez se sintió David a disgusto y avergonzado al disponerse a desayunarse. Allí estaba él cómodamente, más aún, rodeado de lujos, en buena casa, mientras fuera, ¡Dios sabe dónde!, la bella esposa de St. Pierre se hallaría calada de agua y quizás en un estado más lamentable que Bateese. Le sorprendió el desayuno: lo que más le extrañó no fue el tierno filete de reno, apetitoso en su propio jugo rojo, ni las patatas, ni la taza de café que llenaba de aroma el aire, sino una especie de picatostes calientes, tostados, que acompañaban a lo demás. ¡Picatostes! ¡Y después de haber llovido hasta inundarlo todo! ¿Cómo pudo Bateese realizar aquel prodigio?

Éste no volvió inmediatamente a recoger el servicio, y Carrigan estuvo fumando en la pipa y observando una luminosidad azulada de fogatas encendidas a lo lejos, junto al río. En el mundo triunfaba la gloria del sol. La imaginación se lo llevaba allá, a la orilla. Por allí debía de estar a campo raso Juana María secándose al sol, después de la pasada noche de tormenta. No dudaba David que estaría acumulando la ignominia de mil reproches contra él. Era mujer para eso.

Unos golpecitos dados en la puerta le sacaron de sus reflexiones. Era un suave y ligero «tan, tan, tan» que no podía ser de los nudillos de Bateese, ni de Nepapinas. Al cabo de un momento la puerta se abrió, y envuelta en la onda de luz que penetró en el camarote apareció la mujer de St. Pierre.

No fue su presencia, sino su hermosura lo que dejó a Carrigan balbuciente. Aquella aparición le produjo una fuerte sacudida, después de haber estado figurándose de una manera real a la mujer abatida y maltratada por la tormenta. Su cabello, luminoso de sol y recogido en brillantes ondulaciones hacia la nuca, no estaba húmedo. No era el faisán remojado que había pasado por su imaginación con trágico aspecto. La tempestad la había respetado. Traía las mejillas suavizadas por la sonrosada tibieza que le prestara un largo sueño. Cuando penetró brindándole los buenos días en una leve sonrisa, todo lo que él había fraguado durante la noche se redujo a polvo. Volvió a olvidarse de que se trataba de la mujer de Saint Pierre. Ante todo era una mujer, la más adorable, tal como estaba entonces, de las mujeres.

—¿Está usted mejor esta mañana? —dijo ella.

Se le veía en los ojos que estaba contenta. Había dejado la puerta abierta, así es que el sol llenaba la estancia.

—La tormenta ha debido contribuir a animarle. ¿No es cierto que ha sido maravillosa?

David se tragó la saliva y procuró contestar:

—¡Verdaderamente espléndida! ¿Ha visto usted a Bateese esta mañana?

Se notó un amago de risa en su voz cuando contestó:

—Sí, me imagino que no le agradó. No comprende cómo me encantan las tormentas. ¿Ha descansado usted, Carrigan?

—Creo que he dormido una o dos horas. He estado preocupándome por usted. Me molestaba pensar que estuviera fuera en medio de la tormenta. Pero advierto que ni la ha rozado el agua.

—No; he estado ahí muy cómodamente —y movió la cabeza dando a entender que había estado en la parte de proa de la chalana, detrás de los armarios roperos y el piano—. Ahí tengo un comedor y una cocinilla. ¿No se lo dijo Bateese?

—No me dijo nada. Le pregunté por usted y, si mal no recuerdo, me obligó a callar.

—Bateese es un poco raro. Pone un extremado celo en cuanto a mí se refiere, *m'sieu* David. Ya era así cuando yo era una nena y él me llevaba en brazos. ¿Sabe usted? Bateese tiene más edad de la que aparenta; tiene cincuenta y un años.

Se movía naturalmente, como si la presencia de Carrigan no le impidiera ocuparse en los quehaceres de cada día.

Estiró las cortinas de damasco que él había arrugado con las manos; puso algunas sillas en el sitio de siempre, e iba de aquí para allá con el talante del ama de casa acostumbrada a hacer un poco de limpieza por las mañanas.

No parecía retraerse por tenerle como prisionero, ni se cohibía por haberle enviado aquel mensaje por conducto de Bateese. Estaba palpitante y triunfalmente humana. Como aparentaba prescindir de él, le hizo replegarse en sí mismo. Un poco nervioso, encendió una cerilla; luego la apagó.

Ella se percató de aquel movimiento:

—Puede usted fumar —le dijo con aquella nota de risa contenida en la garganta que tanto agradaba a Carrigan—, St. Pierre fuma mucho, y a mí me gusta. A veces St. Pierre prefiere fumar de esto —añadió—. ¿Quiere usted?

Torpemente, como si todos sus dedos fueran pulgares, cogió un cigarrillo, detestándose para su capote, por lo indecisa que tenía la palabra. Acaso fue su silencio, delatando algo que ocultaba su inhabilidad mental, lo que hizo que ella se ruborizase. Él lo notó y vio que la joven bajaba mucho la cabeza, mientras la boca y la garganta se le embellecían de una manera más hechicera que nunca.

Lo que dijo ella luego, mirándole con los ojos muy abiertos, le produjo la sensación de un filo que penetró hasta lo más hondo de sus pensamientos.

—Me gusta mucho sentarme por las noches a los pies de St. Pierre para contemplarle mientras fuma.

—Celebro que no le moleste a usted el humo, porque soy un fumador incorregible repuso Carrigan tímidamente.

La joven colocó la caja en la mesita de lectura, y echó una mirada a la vajilla del desayuno.

—¿Conque también le gustan a usted los picatostes?

—¿Los ha preparado usted? —interrogó como si aquellas palabras le parecieran una asombrosa revelación.

—Yo misma, *m'sieu* David; todas las mañanas los preparo para St. Pierre. Le gustan mucho y afirma que constituyen el tercer encanto que poseo.

—¿Cuáles son los otros dos? —preguntó David.

—Son secretillos de St. Pierre, *m'sieu* —sonrió graciosamente, y se le encendieron más las mejillas. ¿No le parece que no estaría bien que yo se lo dijera?

—Es posible —dijo lentamente—, pero hay una o dos cosas, señora... señora de Boulain, que...

—Llámeme usted Juana María, si gusta —le interrumpió—. Me parece más propio.

Entre tanto fue recogiendo el servicio del desayuno, sin perturbarse por ofrecerle tal privilegio, en tanto que a él aquellas palabras le produjeron el efecto de acelerarle el pulso.

—Muchas gracias contestó Carrigan —pero le participo que temo que me resulte un poco difícil llamarla así, porque la situación en que me encuentro es verdaderamente excéntrica. A pesar de toda su amabilidad y de la buena intención que debió moverle al querer procurarme el fin de mis miserias temporales, cuando estaba detrás de aquella roca, se me ocurre que es procedente que usted me dé alguna explicación... ¿No lo cree así?

—¿No se la dio Bateese anoche? —le interrogó mirándole de frente.

—Me trajo un recado de usted para demostrarme que soy prisionero y que si intentaba escaparme, sus hombres tenían órdenes de usted para matarme.

Asintió moviendo la cabeza muy seriamente.

—Así es, *m'sieu* David.

Se le enrojeció al hombre el rostro.

—Luego ¿estoy prisionero? ¡Y usted me amenaza con la muerte!

—Le trataré con la mayor delicadeza si no se le ocurre evadirse, *m'sieu*. ¿No es esto obrar con nobleza?

—¡Nobleza!! —exclamó Carrigan, reprimiendo una indignación que hubiera estallado, de habérselas con un hombre. ¿No ha caído usted en la cuenta de lo que ha sucedido? ¿No piensa que de acuerdo con todas las leyes divinas y humanas yo debería detenerla y ponerla en manos de la justicia? ¿Es posible que usted no se percate de mi deber?

Si él la hubiese observado, habría visto que el sonrosado matiz de las mejillas se le esfumaba, si bien conservaba los ojos serenos, mirándole fijamente, sin inquietud.

—Todo eso lo sé, *m'sieu* David —le replicó—; y por lo mismo debe usted continuar como prisionero. No le diré la causa de la escena de la peña, aunque usted insista en preguntarla. Si le diera la libertad, usted me detendría, no lo dudo, y me metería en la cárcel. No le extrañe, pues, que le tenga prisionero hasta que llegue Saint Pierre. No se me ocurre otra cosa. No dejarle escapar. ¿Qué haría usted en mi lugar?

Era tan sincera la pregunta, tan propia de un chiquillo desconcertado, que el argumento de la ley recibió un golpe mortal. Contempló él la blancura de aquel semblante, la belleza de aquellos ojos expectantes, el patético enlazamiento de

aquellas manos finas, y de pronto adoptó su gesto característico, aquella expresión franca que tantos afectos solía conquistarle.

—Obra usted perfectamente bien —afirmó.

A la joven se le transfiguró el rostro. Se le encendieron las mejillas. Se le llenaron los ojos de una súbita luz que puso en dulce ritmo de estrellas las puntas doradas que los adornaban como a las violetas.

—Tiene usted razón, indudablemente, desde su punto de vista. Y le aseguro que no intentaré evadirme hasta haber hablado con St. Pierre, aunque en este momento no comprendo cómo podrá solucionar él la situación.

—La resolverá; no lo dude —aseguró ella confiadamente.

—Revela usted una fe ilimitada en St. Pierre observó él frunciendo un poco el rostro.

—Sí, *m'sieu* David; es el hombre más admirable, y no ignorará lo que deba hacer. David añadió, encogiéndose de hombros:

—Es posible que adopte el consejo que Bateese le dio a usted: buscar un lugar bello y tranquilo para atarme una piedra al cuello y arrojarme a la corriente.

—Sería posible, pero no lo creo. Yo me opondría.

—¡Oh! ¿Usted haría eso?

—Si. St. Pierre es alto y fornido. No conoce el miedo; pero por mí haría cualquier cosa. Confío, pues, en que no le matará si yo se lo pido.

Dicho esto, reanudó la tarea de recoger la vajilla del desayuno.

David, con un movimiento súbito, corrió uno de los sillones cerca de ella, y le rogó:

—Siéntese. Esta vez puedo hablarle mejor. Como representante de la ley, es mi deber hacerle algunas preguntas. En su mano está el contestar a todas o a ninguna. Le he dado palabra de no intentar nada en tanto no vea a St. Pierre, y la cumpliré. Pero cuando me encuentre con él obraré libremente en consecuencia con lo que me diga en estos diez minutos. ¡Siéntese!

Capítulo X

EN aquel amplio y hondo sillón que bien pudiera ser el de St. Pierre, Juana María se sentó. Entre los brazos de la butaca su delicada figura parecía estar menguada y fuera de sitio. Sus oscuros y francos ojos esperaron, ni encendidos, ni inquietos, sino tan fría y serenamente bellos que turbaron a Carrigan. La joven alzó los brazos, y sus pulidas manos treparon ligeramente por las finas y densas ondulaciones del cabello. Aquel inconsciente movimiento de feminidad y el aire con que dobló los brazos sobre la falda, aumentaron la turbación de Carrigan.

¡Qué gloria humana, tener una mujer así! Este pensamiento le produjo cierto malestar. Y ella, así sentada en la butaca tapizada de cálidos tonos, esperó la pregunta que se insinuaba apenas en sus labios.

—Cuando usted disparó —comenzó por fin— la vi por vez primera inclinada hacia mí. Creí que se acercaba para acabar su obra. Fue entonces cuando sorprendí algo en su rostro: espanto, asombro, como si cayera en la cuenta de que acababa de cometer algo contrario a su voluntad. Ya ve usted que quiero ser generoso, que quiero ser compasivo, que quiero excusarla con toda mi voluntad. ¿No quiere decirme por qué tiró contra mí, y por qué se operó en usted un cambio tan súbito al quedar yo tendido en el suelo?

—No, *m'sieu* David; no se lo diré.

Estaba lejos de mostrar oposición, ni hostilidad. Lo dijo sin levantar la voz, sin traslucir una emoción especial. La respuesta era simplemente decisiva, y la resuelta fijeza de sus ojos y la forma en que estaba sentada, con las manos cruzadas, contribuían a hacer categóricas sus palabras.

—¿Quiere usted decir que debo averiguarlo yo mismo?

Ella movió afirmativamente la cabeza. Y él añadió:

—¿O que debo sonsacárselo a St. Pierre?

—Si él quiere decírselo...

—Perfectamente.

Carrigan se inclinó un poco hacia ella y prosiguió:

—Seguiré recordando que luego me llevó usted a rastras hasta la sombra, me curó la herida y me dejó bien acomodado. De una manera confusa iba dándome cuenta de las cosas. Entonces ocurrió algo muy curioso. A veces —se inclinó un poco más hacia ella a veces me parecía que había ante mí dos personas.

Si Carrigan le hubiera observado las manos, habría visto que las extendía lentamente sobre el regazo.

—Estaba usted malherido. *M'sieu* David, no es extraño que tuviera visiones.

—Pero se me figuró oír dos voces —prosiguió.

No le respondió esta vez, sino que continuó mirándolo fijamente.

—Y el cabello de la otra era de color de cobre y fuego de sol. Vi su rostro, luego el de usted, y se me ocurrió que yo era mucho peso para que lo trasladaran las manos de una sola mujer por la arena.

Ella levantó las manos y se las miró:

—Son fuertes dijo.

—Son pequeñas —insistió él y dudo que ellas solas pudieran arrastrarme por aquel arenal.

Por fin la serenidad de los ojos de la mujer se convirtió en lumbre cálida.

—Fue en verdad un trabajo duro dijo.

Por el tono en que habló comprendió David que otra vez la había conducido con sus palabras al punto peligroso de la cuestión.

—Dice Bateese que lo que hice fue una locura. El que me viera usted convertida en dos, tres, o cuatro personas carece de importancia. ¿Piensa usted continuar su interrogatorio, *m'sieu* David? Porque le advierto que tengo mucho que hacer.

Él dio a entender con un gesto que desesperaba de sacar nada en claro:

—No, no he terminado todavía; pero si usted no quiere contestarme, ¿para qué seguir hablando?

—Le digo que es que no puedo. Tenga usted paciencia.

—¿Hasta cuando llegue su esposo?

—Sí, hasta que llegue St. Pierre.

Carrigan enmudeció un momento; luego dijo:

—En el delirio debí decir muchas cosas, ¿verdad?

—En efecto, especialmente las que usted creía que habían pasado allí en el arenal. Llamaba usted a ésa, a la otra persona, a la diosa del fuego. Estaba usted tan al borde de la muerte que la cosa no resultaba divertida. De lo contrario lo habría sido mucho. Ya ve que mi cabello es casi negro.

Y otra vez, en ligero movimiento, los dedos de la joven se deslizaron por su rizada y sedosa cabeza.

—¿Por qué dice usted casi? —indagó él.

—Porque St. Pierre suele decirme que cuando estoy al sol se notan cabellos rubios en mi cabeza. Aquella tarde el sol brillaba mucho, *m'sieu* David.

—Creo que voy entendiendo —afirmó éste—. Y me alegro de comprenderlo, porque me causa satisfacción saber que fue usted misma la que me arrastro hasta la sombra, después de haber atentado contra mi vida. Eso demuestra que no es usted tan cruel como...

—Carmina Fanchet le interrumpió ella gentilmente En el delirio habló usted de ella, *m'sieu* David. Deliró de un modo que llegó a infundirme un gran temor; tanto que hasta llegué a convencerme de que Bateese tenía razón. Me hizo comprender la

suerte que yo correría si lo dejaba a usted en libertad. ¿Qué acción tan terrible cometió ella contra usted? ¿Pudo hacer nada más horrible que lo que yo he hecho?

—¿Es ésta la razón de que ordenara usted a sus hombres que me mataran si intentaba huir? —le preguntó Carrigan—. ¿El haber hablado de Carmina Fanchet?

—Precisamente por Carmina Fanchet le retengo hasta que llegue St. Pierre —contestó Juana María—. Si no usó usted de misericordia con ella, tampoco debo esperar misericordia para mí. ¿Qué fechoría tan terrible cometió contra usted?

—Contra mí, ninguna —contestó él notando que trataba de conducirlo a un terreno sobre el cual sería vencido—. Pero su hermano era un criminal de la peor ralea, y yo estaba convencido, como continuó estándolo, de que la hermana era cómplice en todos sus delitos. Era muy hermosa, y esto creo que la salvó.

Al decirlo sacudió la ceniza del cigarro. Cuando levantó la cabeza se encontró con que el rostro de la esposa de St. Pierre había sufrido una inmutación. Le llameaban las mejillas, y tras la celosía de sus largas pestañas había una lumbre ardiente. Pero la voz no se alteró, nada en ella delataba la emoción que le agolpó vivamente la sangre al rostro.

—¿De manera que usted la juzgó sin completo conocimiento de causa? Usted la juzgó, como insinuó cuando deliraba, porque Carmina había luchado por salvar a un hermano que había cometido un delito.

—Yo la tenía por perversa.

Las largas pestañas, como flecos de terciopelo, cayeron sobre las brasas de los ojos:

—¡Pero a usted no le constaba!

—En absoluto, no —concedió Carrigan—, mas las indagaciones...

—Bien pudieran haber demostrado que era una mujer ejemplar, *m'sieu* David. No es duro luchar por un hermano bueno; mas para defender a un hermano malo es preciso ser un ángel.

Carrigan abrió desmesuradamente los ojos. Las ideas se confundían en su cabeza. Un sentimiento de vergüenza le asomó al semblante. Juana María le había acorralado. Le hacía reconocer su falta de nobleza al proceder contra la criatura a quien su sentimiento humano y su fuerza debían proteger ante todo: la mujer. Le hacía reconocer que juzgó sin conocimiento de causa. Y parecía que una voz le gritaba dentro de la cabeza: «¿Te hizo algún mal Carmina Fanchet?».

Súbitamente se levantó y se quedó detrás de su silla, agarrándose fuertemente al respaldo.

—Es posible que tenga usted razón —dijo—; mas también es posible que no la tenga. Ahora recuerdo la escena en que cogí a Fanchet, le eché los grilletes y ella permaneció sentada a su lado durante toda la noche. Yo no quería dormir; pero estaba tan rendido que cerré los ojos. Haría una hora que me había dormido cuando ella me despertó al intentar cogerme la llave de los grilletes. Entonces tuvo ocasión de haberme matado.

En el rostro que le contemplaba brilló la luz del triunfo.

—Naturalmente, pudo haberle matado mientras usted dormía, y, sin embargo, no lo hizo. ¿Por qué?

—No lo sé. Tal vez quería soltar a su hermano para que lo hiciera él. A los dos o tres días no hubiera dudado de hacerlo ella misma, pues la sorprendí dos veces queriendo robarme el rifle. Y otra vez, cuando estábamos a dos jornadas del puesto de Atabasca, por poco me asesta un golpe de gracia con una clava. Concedo, pues, que nunca llegó a realizar nada contra mí; mas no fue por no intentarlo, sobre todo últimamente.

Y porque no lo consiguió, le odiaba a usted; y porque le odiaba, usted fraguó el convencimiento de que debía ser castigada juntamente con su hermano. No la juzgó como a mujer. Una mujer lucharía y mataría por salvar a una persona que le fuera amada. Esto es lo que ella hizo, y no lo logró. El resultado fue que la ley ejecutó a su hermano. ¿No era bastante? ¿Era justo y noble acabar con ella también simplemente porque usted creía que colaboraba en los delitos de su hermano?

—¡Cosa extraña! —exclamó él, tras un momento de indecisión—. El superintendente Mac Vane me hizo la misma pregunta. Creía que le había enternecido la belleza de la mujer. Lamento profundamente y muy de veras haber hablado de ella en mi delirio. No quiero que usted se figure que yo sea tan malo. Voy a reflexionar detenidamente. Reconstruiré todas las escenas, desde que esposé las muñecas de Fanchet, y como vea que yo estaba obcecado, el día en que la casualidad me pusiera delante de Coralina Fanchet, ¡no dudaría en arrodillarme a sus pies para pedirle perdón, Juana María!

Por vez primera dijo el nombre que le había autorizado a pronunciar. No dejó de advertir ella este detalle. Por su parte él notó que instantáneamente el rostro de la joven se iluminó de sorpresa, o de satisfacción, o de ambas cosas a la vez. Pero aquello pasó rápidamente.

No le contestó la muchacha, sino que se levantó de la butaca y se asomó a la ventana, de espaldas a su interlocutor, para contemplar el río. De pronto, oyeron una voz. Era la voz que por dos veces oyera en su enfermedad, la voz que le había despertado aquella noche gritando el nombre de Black Roger Audemard. Llegó hasta sus oídos por la puerta abierta, en un tono de lamento monótono. No había apartado los ojos de la frágil figura de la mujer de St. Pierre, y notó que un ligero temblor la estremecía.

—Anoche oí la misma voz —dijo David—. Preguntaba en este camarote por Black Roger Audemard.

Pareció no haberle oído, él también se retrajo y volvió los ojos a la puerta del camarote.

El sol que entraba como una oleada de oro, se ensombreció al pronto, y dentro del marco de la puerta, recortada sobre el claro del día, apareció la figura de un hombre. El aliento mantuvo el pecho de Carrigan en tensión primeramente por la sorpresa,

luego por un sentimiento abrumador de curiosidad. Era un hombre horriblemente contrahecho. Tan retorcidos y encorvados tenía la espalda y los brazos, que no parecía más alto que un muchacho de doce años; no obstante, de andar erguido, habría tenido 1,80 m de talla y habría estado admirablemente conformado. En el instante de sentir asombro y compasión, Carrigan comprendió que se trataba de una deformación causada por un accidente, en vez de ser de nacimiento, la de aquel voluminoso cuerpo que estaba de pie en la puerta como un animal en acecho. Al momento no vio más que la parte grotesca: los brazos largos, que casi tocaban el suelo, la espalda rota, los hombros contrahechos; pero luego se estremeció y no vio todo eso, sino únicamente la cabeza y el rostro del hombre, Parecía estar nimbado de algo divino sobre los hombros. No era belleza, sino fuerza, vigor de peña, de granito esculpido, como si cada rasgo hubiera sido cincelado de manera imperecedera, eterna; pero aquel semblante estaba misteriosa y extrañamente desprovisto de la cálida iluminación que irradian las almas vivientes. No era viejo ni joven. No dio muestras de haber visto a Carrigan, que era quien estaba en pie más cerca de él. Dirigió la mirada a la mujer de St. Pierre.

David observó que la expresión del rostro de Juana María era de inmensa ternura. Sonrió a la desmesurada masa informe que estaba en medio de la puerta como pudiera sonreír a un niño. Y David, observando los ojos del hombre, grandes y hundidos en sus órbitas, vio en ellos el fuego oculto de una santa adoración. Penetraron lentamente en el camarote aquellos ojos de mirada interrogante, indagatoria, que buscaba algo sin encontrarlo. Se le movieron al hombre los labios, y otra vez sonó la monótona cantinela, misteriosa y sobrenatural, como si de la enorme figura del hombre saliera la voz quejumbrosa de un niño, gritando lo mismo que la noche pasada: ¿Ha visto alguien a Black Roger Audemard?

La esposa de St. Pierre acudió en seguida al lado del gigante contrahecho. Junto a él parecía más alta. Le pasó las manos por la cabeza, echándole atrás el cabello grisáceo, y rió alegremente contemplándole el rostro, mientras le brillaban los ojos y se le animaban con una extraña luz las mejillas. Carrigan sintió que el corazón se le paralizaba al verlos. «¿Sería aquel hombre Saint Pierre?». Tan súbitamente como le asaltó esta idea, se le desvaneció: era imposible, inconcebible. Sin embargo, algo más que compasión revelaba la voz de la mujer al decir:

—No lo hemos visto, Andrés; nadie ha visto a Black Roger Audemard. Si viene, te llamaré. Te lo prometo, «Michiwan», te llamaré.

Le hizo una caricia en la mejilla al decírselo; le pasó un brazo por los torcidos hombros, y lo condujo suavemente hacia la puerta. Carrigan los siguió con los ojos, y le pareció que ella reía, hablaba y sollozaba a la vez mientras veía alejarse sumisamente a aquel hombrón contrahecho que cedió a la caricia de su mano y de su brazo. Después de contemplarle un rato, la joven cerró la puerta con un rápido movimiento y se quedó frente a Carrigan. No dijo nada, sino que aguardó. Tenía la cabeza erguida. Respiraba aceleradamente. Había desaparecido la ternura que un

momento antes reflejara su rostro, y sus ojos ardían con lumbre de lucha, mientras esperaba que él hablase, que manifestase lo que ella adivinaba que tenía en el pensamiento.

Capítulo XI

PERMANECIERON un rato silenciosos la esposa de Saint Pierre y Carrigan. Él sabía lo que ella pensó cuando, dentro ya, se detuvo, de espaldas a la puerta, esperando como en un reto, con las mejillas aún encendidas y los ojos relumbrantes de amagos de lucha. Estaba dispuesta a combatir por la criatura de vida truncada que acababa de salir. No se mostraría Carrigan débil en el interrogatorio a que debía someterla, hasta ponerla en duro trance y averiguar por qué aquel gigante contrahecho había pronunciado el nombre de su perseguido Black Roger Audemard. La verdad empezaba a iluminar el cerebro de David. No había sido un engaño de su mente febril, no era posible que fuese una apariencia, como la de la noche, cuando pensó que era el mestizo quien hablaba. La suerte le situaba frente al misterio de Black Roger. La mujer de St. Pierre, que esperaba que rompiera el silencio, estaba de alguna manera asociada a aquel misterio, pues el tullido andaba preguntando por el hombre a quien Mac Vane le había encomendado apresar, vivo o muerto. Pero David no preguntó nada. Se acercó a la ventana y miró afuera desde el mismo sitio en que Juana María había estado unos momentos antes.

El día era espléndido. En la orilla opuesta, a lo lejos, donde la víspera había estado el campamento, vislumbró señales de vida. Varios hombres trajinaban junto al agua, y una nave de York comenzaba a zarpar. Al pie de la ventana pasaba una canoa con un solo ocupante. Era Andrés, el tullido. A vigorosas brazadas remaba a través del río. En la canoa apenas se notaba su deformidad. La cabeza destocada y la negra barba le brillaban al sol, y aquella testa, sobre los grandes hombros, cada vez se le antojaba a Carrigan más semejante a una testa de dios esculpida. ¡Y aquel hombre, árbol gigante que los rayos troncharon, inteligencia perdida, representaba algo más que un simple mortal para Juana María Boulain!

David se volvió hacia ella, cuya actitud había cambiado otra vez. No era su expresión un altanero desafío. Creyó que iba a tener que defenderse de algo, pero no le dio motivo de defensa. No intentó ocultárselo, y él le indicó con un movimiento de cabeza que se acercara a la ventana:

—Se va en una canoa. Temo que usted sienta que yo le haya visto, y lamento que me haya encontrado aquí.

—Nada hice por evitarlo, *m'sieu* David. Acaso deseaba que alguna vez le viera, y en tal caso pensé que usted... la joven se interrumpió dudando.

—Suponía usted que yo la mortificaría con preguntas, si era necesario, para enterarme de cuanto él sabe acerca de Roger Audemard —dijo—. Y usted estaba

apercibida para la defensa. Pero no le preguntaré nada, si no me concede usted permiso para ello.

—Me alegro. Comienzo a creer en usted, *m'sieu* David dijo ella en voz baja Me prometió no fugarse, y no dudo que así lo hará. ¿No podría, pues, asimismo prometerme que no me dirigirá más preguntas, a las cuales no me es posible contestar, hasta que llegue Saint Pierre?

—Procuraré complacerla.

Se acercó a él lentamente, y se quedó mirándole de frente, tan cerca que pudo haberle puesto las manos en los hombros.

—Saint Pierre me ha hablado muchas veces de la policía del rojo uniforme dijo sosteniendo firme y serenamente la mirada Dice que los bravos que visten la guerrera roja nunca se valen de ardides innobles, sino que afrontan a los hombres cara a cara. Afirma que son verdaderos héroes, y a veces me cuenta proezas realizadas por ellos. A estos hechos les llama jugar la partida. Ahora bien, *m'sieu* David, ¿quiere usted jugar la partida de buena fe? ¿Si le dejo en libertad para salir de esta nave, de todas las naves, aun de esta orilla, esperará usted la llegada de St. Pierre para entendérselas luego con él, de hombre a hombre?

—Si, esperaré y acabaré de jugar la partida con Saint Pierre.

Y percibió que un suspiro se reprimía en la blanca garganta de la mujer, la cual, en un impulsivo y espontáneo movimiento, le tendió la mano. David la retuvo un momento. Los finos dedos de la joven le oprimieron, y el tibio temblor que le transmitían le despertó el sentimiento que a todo trance quería combatir. Tan cerca de él estaba que pudo sentir los latidos de su cuerpo. Hubo un momento en que ella inclinó la cabeza, haciéndole posible aspirar el suave perfume de su cabello, cuya luciente hermosura casi le rozó los labios.

Apartó ella graciosamente la mano y retrocedió un paso. En aquel momento Carrigan hubiera dicho que era una muchacha soltera. Creía ver el encanto de la doncellez en el rubor de sus mejillas y en la alegría que irradiaban cándidamente sus ojos.

—Ya no tengo miedo exclamó, un poco temblorosa la voz Cuando venga St. Pierre se lo contaré todo. Entonces podrá usted preguntarle lo que quiera, y él mismo habrá de contestarle. No le engañará. Procederá lealmente. Usted acabará estimándole, y me perdonará a mí por lo que sucedió en aquel peñasco.

Inició un paso hacia la puerta añadiendo:

—Es usted ahora libre de hacer aquí lo que quiera. Avisaré a Bateese y a los otros. Cuando amarremos podrá usted saltar a tierra. Y olvidaremos cuanto ha sucedido, *m'sieu* David. Lo olvidaremos, hasta la llegada de Saint Pierre.

—¡Saint Pierre! —murmuró Carrigan ¡Ojalá no existiera!

—Entonces yo estaría perdida —le respondió con viveza—. ¡Preferiría la muerte!

Por la ventana abierta llegó el eco de una voz. Era la cantinela monótona de Andrés el tullido. Juana María se acercó a la ventana. Y David, que la siguió, miró

por encima de su cabeza, tan de cerca, que su cara sintió otra vez el sedoso contacto de sus cabellos.

Andrés había vuelto. Contemplaba dos botes de York que se acercaban a la chalana.

—Usted le ha oído preguntar por Black Roger Audemard —reanudó la joven—. Es cosa extraña. Supongo cuánto le sorprendería verle aparecer por esta puerta. Tanto su entendimiento como su cuerpo son una ruina, *m'sieu* David. Hace años, después de una tormenta, lo encontró Saint Pierre en el bosque. Le había caído encima un árbol. Saint Pierre lo trasladó a hombros. Le quiere mucho, y él le paga con igual moneda, siguiéndole con la fidelidad de un mastín. Es un pobre idiota. No sabe su nombre, y le llamamos Andrés. Continuamente, de día y de noche, anda haciendo la misma pregunta: ¿Quién ha visto a Roger Audemard? Me gustaría mucho, *m'sieu* David, que alguna vez, si no tiene en ello inconveniente, me dijera usted qué cosas terribles sabe de Roger Audemard.

Las naves de York iban por en medio del río, a igual distancia de ambas orillas. Inesperadamente se alzó de ellas una explosión de bárbaras canciones. David contó seis hombres en cada nave. Los remos relumbraban al sol matinal y seguían el ritmo de los cantos. Juana María le miró de pronto, y él descubrió en sus ojos, en su semblante, algo que la oscuridad vespertina le había ocultado en aquella emocionante ocasión del paso veloz del rápido del Espíritu Santo. Parecía una chiquilla. No veía a la mujer. No veía en ella a la mujer de Saint Pierre. Algo irradiaron sus ojos que llegó a conmover a David hasta lo más recóndito del alma. Parecía que Juana María había descorrido una cortina entre los dos.

Le temblaban los rojos labios. Sonrió a Carrigan. Volvió a mirar al río. Él se inclinó un poco, y una racha de brisa le dio en el rostro con una trenza suelta de la joven. Le asaltó un invencible impulso. Inclinóse más hacia ella, conteniendo el aliento hasta que sus labios se posaron suavemente en una de las sedosas ondas de aquel cabello. Al punto retrocedió: sintió una oleada de vergüenza. El corazón le dio una sacudida, y cerró los puños. Juana María no advirtió aquella acción, y a David se le antojó verla como a un pajarillo suspirante por romper el vuelo desde la ventana, ansiando responder a la melodía que venía por encima del agua. Volvió a sonreírle, dirigiéndole la mirada al rostro, cuya expresión era un poco dura, a causa de la lucha que estaba librando consigo mismo.

—Mi gente es feliz —exclamó ella—. Aun en medio de las tempestades ríen y cantan. Oiga usted, *m'sieu*, vienen entonando *La Dernière Domaine*. Es nuestro himno a lo que nosotros llamamos nuestra patria, allá lejos, en el olvidado desierto, nuestro himno al «último dominio». Las mujeres, las novias, las familias de esos hombres quedaron allá, y ellos vienen regocijados, porque saben que hoy nos acercaremos algunos kilómetros al hogar. No son como los hombres de ustedes que viven en Montreal, Ottawa y Quebec, *m'sieu* David. Éstos son como chicos: ¡maravillosos muchachos!

Acudió a la pared del testero, descolgó la bandera de Pierre, y dijo:

—Saint Pierre nos sigue. Viene en una balsa de madera de construcción nunca vista en nuestra región. Le esperamos; pero cada día tenemos que avanzar, acercándonos un poco a las casas de nuestra gente. Esto los anima aunque no avancemos más que unos kilómetros. Ahora vienen por mi chalana. Navegaremos lentamente; será delicioso en un día como hoy. Le hará bien salir un poco conmigo, *m'sieu* David. ¿Le agrada o prefiere quedarse solo?

Había desaparecido de su semblante la expresión cohibida de antes. Sus labios dibujaban el encanto de la sonrisa, a sus ojos se asomaba la lumbre que le encendía las venas. No era un relámpago de coquetería, sino algo más hondo y verdadero. Aquélla era otra Juana María Boulain que le expresaba sencillamente su deseo de que la acompañara. Él no se percató de que todavía tenía los puños cerrados. Acaso ella lo notó; pero sus ojos no dejaban de mirarle, como insistiendo en la invitación que habían hecho sus labios, esperando que no rehusaría.

—Iré con mucho gusto dijo.

Estas palabras salieron de sus labios dificultosamente.

Apenas se enteró él mismo de lo que decía. No obstante se dio cuenta de la falta de naturalidad de su voz. No advirtió Carrigan que se delataba; no advertía el vivo rosa silvestre del rubor que inflamaba las mejillas de la esposa de Saint Pierre. David cogió la pipa y se dispuso a acompañar a Juana María.

—Espere usted un momento —le dijo, poniéndole la mano en el brazo. Aquel contacto fue tan suave como el roce de los cabellos en sus labios, y aunque fue tan ligero lo sintió correr por todos sus nervios—. Nepapinas está preparando una loción especial para su herida. Le diré que venga, y luego podrá usted salir.

Al acercarse ella a la puerta, sonaba más reciamente el cantar de los remeros. Desde allí volvió la cabeza para enviar a Carrigan una rápida mirada.

—Están contentos, *m'sieu* David —repitió la joven dulcemente Yo también lo estoy. Ya no temo nada; el mundo ha vuelto a adquirir para mí toda su hermosura. ¿Adivina usted la causa? La causa es su promesa, *m'sieu*, que ha hecho que yo crea en usted.

Dicho lo cual, salió.

Carrigan permaneció varios minutos inmóvil. La canción de los ribereños, un grito salvaje, repentino, las voces de los hombres, y algo que rechinó contra el flanco de la nave, eran ruidos que llegaban a su oído como ecos sobrenaturales. En su interior se producía un estrépito mayor que el de las externas cosas materiales. Era la verdad que se revelaba, que aparecía ante él rompiendo las, barreras con que se había limitado, inundando su espíritu con una fuerza superior a su propia voluntad. Una voz íntima le gritaba la verdad: era que por encima de todo y ante todo deseaba tender los brazos a la extraordinaria criatura, esposa de Saint Pierre, a la mujer arrepentida de haber querido matarle. Semejante deseo no era inspirado por la simple belleza, sino por algo que producía la devoción que al mismo Saint Pierre debía inspirarle la mujer

que tenía por esposa. El choque de tales emociones, como una conflagración, pasaba rápidamente por su vida, retorciéndole y destrozándole, al igual que a los árboles, el paso de un incendio. Un resuello, casi un grito, salió de sus labios; y crispó de tal manera los puños que se le enrojecieron de púrpura. ¡Era la mujer de Saint Pierre! ¡Y David Carrigan, con la altivez de su honor, con el orgullo de su fortaleza viril, se había atrevido a codiciarla en ausencia de su esposo! Clavó la mirada en la puerta que estaba cerrada, y comenzó a increparse y lamentarse de sí mismo, y otro sentimiento empujó al primero: la vergüenza de su debilidad al sentir la desesperanza de lograr lo que hacía un momento había estado devorándole y consumiéndole.

Y cuando así clavaba los ojos en la puerta, Nepapinas entró.

Capítulo XII

DURANTE el siguiente cuarto de hora, David se mantuvo en silencio, lo mismo que el viejo doctor indio. No sintió dolor cuando Nepapinas le quitó la venda y le hizo un lavado con la loción preparada. Se miró un instante al espejo antes de que volviera a vendarle. Hasta entonces no se había visto la herida, y esperaba encontrarse señalado por una cicatriz que lo desfigurase. Grande fue su sorpresa viendo que no había señal alguna, a no ser un ligero punto inflamado encima de la sien. Miró asombrado a Nepapinas, y no necesitó de palabras para revelar la interrogación que tenía en el pensamiento.

El indio le comprendió y su rostro enjuto se contrajo en un gesto:

—La bala chocó en la roca, y una partícula de ésta, no la bala, hirió su cabeza — explicó el cirujano—. Casi le rompió el cráneo, pero Nepapinas lo compuso con las manos, así, así.

Y mientras movía los dedos como garfas, para mostrarle cómo había realizado la operación, encogió sus descarnados hombros, con una risita de orgullo profesional.

Se dieron un apretón de manos, sin decirse una sola palabra. Nepapinas le puso una venda limpia, después de lo cual se fue riendo entre dientes, como si hubiera jugado un bromazo al hombre blanco, a quien su hechicería había arrancado de las garras de la muerte.

Hubo un rato de laboriosa actividad fuera de la nave. Había cesado el canto de los remeros; una voz ronca daba órdenes de mando, y David, mirando por la ventana, vio que la chalana iba dejando la orilla. Volvió de la ventana a la mesa, y encendió el cigarrillo que le había ofrecido la mujer de St. Pierre.

A pesar del esfuerzo mental que realizó mientras estuvo allí Nepapinas, no logró hacerse dueño de sí mismo. Accidentalmente había dejado de ser Carrigan, el cazador de hombres. Hasta hacía unos días había sentido en el curso de su sangre el estremecimiento casi salvaje que produce una partida jugada entre dos, cara a cara, partida en la cual la ley ocupaba un lado de la mesa y la ilegalidad el otro, teniendo en medio las cartas. Era el gran juego. En las cartas iba la vida o la muerte. Uno u otro tenía que perder. Y si entonces alguien le hubiera dicho que podría ver a no tardar al hombre tullido y encorvado que conoció a Black Roger Audemard, se le habrían estremecido los nervios, deseando anticipar aquella hora. Así lo comprendió David Carrigan, y comenzó a medir con los pasos, de un extremo a otro, las gruesas alfombrillas del camarote. Y reconoció, aunque se esforzaba por recuperarlos, que su entusiasmo y la vibración de antes habían desaparecido. Era inútil que tratara de

engañarse. En aquel momento St. Pierre le importaba más que Roger Audemard. Y la esposa de St. Pierre, Juana María...

Sus ojos dieron con el pañuelo arrugado que estaba encima de las teclas del piano. Otra vez lo oprimió en la palma de la mano, y otra vez le invadió una oleada de humillación y vergüenza. Lo dejó caer, y la misma gran ley que justificaba su vida se le volvió un sarcasmo. Él era un hombre sin tacha. Éste era su mayor orgullo. Aborrecía al hombre mancillado. Su instinto le movía a acabar con el ser que deshonorase el hogar ajeno. Y allí, en la misma santidad del paraíso de St. Pierre, se encontraba metido en aquella lucha, la más difícil de todos los tiempos.

Se volvió hacia la puerta, y se encogió de hombros hasta que le crujieron las clavículas, Luego comenzó a reír, como burlándose de aquella acusación que desde la conciencia le señalaba. Al fin y al cabo no perjudicaba a un hombre el andar un poco sobre ascuas, si sabe salir ileso. En el fondo del corazón tenía la seguridad de que amar no es delito, ni aun amar como él amaba, con tal de que guardara el secreto. Lo que hizo cuando Juana María estaba en la ventana no lo pudo evitar. Es posible que Saint Pierre le hubiera matado por haber tocado con los labios los cabellos de su mujer, y Carrigan no habría censurado tal conducta; pero ella no sintió aquella caricia furtiva; él solo lo sabía, y se alegraba de que así fuera, Parecíale cosa sagrada, aunque le encendiera el rostro con el ardor de la vergüenza.

Abrió la puerta y salió a tomar el sol. Era muy grato sentir otra vez el calor solar en la cara y el dulce aire del día ensanchándole los pulmones. El barco, desamarrado, iba impulsado hacia el medio de la corriente. Bateese estaba junto a la gran sala timonera de abedul, y con sorpresa de David, le saludó amistosamente con la cabeza y con un gesto de su enorme boca.

—¡Ah, ya se acerca el día de nuestra lucha, pequeño *coq de bruyère*^[15]! —gruñó codiciosamente—. Y la lucha será ésta, *m'sieu*: usted, el urogallo, el perdigón, y yo, Cohombro Bateese, el águila.

El anticipado placer asomado a los ojos del mestizo se reflejó un instante en los de David. Éste volvió a entrar en el camarote, se inclinó hacia la mochila, y en ella, entre la ropa, encontró un par de guantes de boxeo. Los acarició con el cariño de un hermano o camarada, y ellos, con su suavidad de terciopelo, le sirvieron mejor de sedante nervioso que el mismo cigarrillo que estaba fumando. El boxeo era su mayor afición, y dondequiera que fuese por deber o por pasatiempo, llevaba siempre los guantes. En más de una cabaña, en más de una choza del Norte había demostrado a blancos e indios la manera de usarlos; así es que le causaba placer la sensación de cogerlos. Allí estaba Cohombro Bateese, invitándole a lucirse una vez más.

Volvió a salir y agitó en alto los guantes que causaron extrañeza al mestizo.

Bateese los miró con curiosidad.

—¡Mitones! —exclamó—. ¿Se ha calentado con ellos las patas el gallito en este invierno? Son muy bastos, *m'sieu*. Yo los hago mejores con piel de reno.

David se puso uno y cerró el puño:

—¿Ve usted esto, Cohombro Bateese? —le preguntó—. Le digo a usted que no son mitones de abrigo. Con esto pelearé con usted cuando llegue el momento. Con esto le doblegaré y me reiré de sus puños desnudos. ¿Y sabe usted por qué? Porque no quiero estropearle demasiado, amigo Bateese. No quiero hacerle la cara añicos, cosa que sucedería a buen seguro si no me calzara estos «mitones». Luego, cuando aprenda usted a luchar de veras...

El corpachón de cocodrilo de Cohombro parecía que iba a estallar. Casi se le saltaban al hombrón los ojos de las órbitas, y de repente rugió:

—¡Cómo! ¿Se atreve usted a hablar así a Cohombro Bateese, cuando no hay quien le iguale, luchando, en los Tres Ríos? ¿Hablarme a mi así, a Cohombro Bateese, que mata osos con las manos, que tumba árboles..., que...?

El desbordamiento de su dignidad ofendida saltó a sus labios; le sacudió la indignación; pero mirando por encima del hombro de Carrigan se detuvo. Algo notó David en aquella mirada, que le hizo volver la cabeza. Juana María estaba detrás, a tres pasos de distancia, y Carrigan comprendió que desde la esquina del camarote había estado oyéndolos. La joven se mordía los labios, y el fulgor de sus ojos delataba una risa reprimida.

—No riñan como chiquillos —les dijo—. Bateese, estás guiando muy mal la chalana.

Extendió los brazos, y Carrigan le entregó los guantes. Con la mano abierta los acarició suavemente, pero David observó que fruncía un poco la frente.

—Son bonitos y blandos, *m'sieu* David. ¡No pueden hacer gran daño! Cuando esté con nosotros St. Pierre, ¿querrá usted que busquemos una ocasión para que yo aprenda la manera de usarlos?

—¡Todo ha de ser con St. Pierre; siempre lo mismo! ¿Habremos de esperarle mucho tiempo?

—No puede tardar más de dos o tres días. ¿Viene usted ahora conmigo a la proa, *m'sieu*?

Sin esperar contestación se adelantó a él moviendo con calma el par de guantes. Carrigan lanzó una última mirada al mestizo, al volver la esquina del camarote en pos de Juana María. Vio que Bateese hacía enormes muecas y amagaba amenazas con sus enormes puños; mas apenas los perdió de vista, pues se alejaron por el estrecho pasillo que corría entre el camarote y la terraza de proa, llenó los aires una carcajada como un bramido. Todavía sonaba la risa de Bateese cuando llegaron a la proa, donde había un rellano de unos tres metros de largo por dos y medio de ancho; protegido con un toldo y cómodamente dispuesto con sillas, un velador, esterillas y, para mayor asombro de David, una hamaca. Nunca viera cosa semejante en los Tres Ríos, ni tenía noticia de que existiera una chalana tan grande y lujosa. Sobre su cabeza prendida del asta plantada en el ángulo extremo de aquel recinto, flotaba la bandera blanca y negra de St. Pierre Boulain. Y debajo había una puertecilla recatada, que probablemente era la que daba paso a la cocinilla de que Juana María le había hablado. Carrigan no trató

dé ocultar su sorpresa. Pero la mujer de St. Pierre no pareció advertirlo. Aún tenía el ceño fruncido y no era ya risueña su mirada. Se le surcó más el entrecejo cuando, sonó otra carcajada de Bateese, que continuaba en la proa.

—¿Es cierto que ha dado usted palabra de luchar con Bateese?

—Es verdad, Juana María. Y creo que él lo está deseando.

—Así es —afirmó ella—. Anoche hizo correr la noticia entre mi gente. Los que partieron esta mañana para unirse a St. Pierre le han llevado la noticia. Lo han tomado con pasión, y han hecho muchas apuestas. Temo que se haya metido usted en un mal paso. Hace tres años que nadie se ha atrevido a desafiarle; el mismo Saint Pierre no lo haría, pues dice que Cohombro es más que un contrincante.

—Sin embargo, entre su gente debe existir alguna duda, pues desde el momento que hacen apuestas... —dijo David riendo.

Las rayas de las arrugas desaparecieron de la frente de Juana María, y un asomo de sonrisa tembló en sus labios.

—Así es. Hacen apuestas: pero sus partidarios ofrecen pieles de almizcle y pescado helado para el próximo otoño, y los otros apuestan lince y martas. Los partidarios de usted no pasan del uno por treinta, *m'sieu* David.

La compasión claramente manifestada en los ojos de Juana María, hizo subir una oleada de sangre al rostro de David.

—¡Si tuviera yo algo para poder apostar! —lamentó Carrigan.

—No debe usted luchar. Yo lo prohibiré.

—Si así lo hace, Bateese y yo nos escabulliremos por el bosque y saldaremos solos nuestra cuenta.

—Lo dejaré a usted malherido. Es terrible como una bestia enorme en la lucha. Le gusta pelear, y siempre anda buscando alguien que quiera medir sus fuerzas con él. Creo que por un buen desafío, sería capaz de dejarme a mí. Usted en cambio, *m'sieu* David...

—También soy aficionado a la pelea.

La esposa de St. Pierre le examinó pensativamente.

—¿Con esto? —le preguntó luego, mostrándole los guantes.

—Si, con esto. Bateese puede valerse de sus puños; pero yo lo haré con los guantes porque no quiero desfigurarle para toda la vida.

Los labios de Juana María temblaron, dibujando una sonrisa. En seguida le devolvió los guantes, y un poco turbada, le señaló un sillón de cómodo y hondo asiento, con cojines y ancho de brazos:

—Ahí estará usted bien, *m'sieu* David. Tengo algo que hacer en el camarote, y volveré dentro de un rato.

Se quedó pensando que tal vez se iba a arreglar el asunto con Bateese, pues era evidente que no veía con buenos ojos el desafío concertado. Hizo en un momento de irreflexión la promesa de batirse con Bateese, y sin sospechar que pudiera llevarse a efecto el encuentro, ni que pudiera llegar a intrigar como cosa importante a todos los

hombres de la brigada de St. Pierre, Reconocía Carrigan en sus adentros que estaba resuelto a seguir adelante, y como hombre dado a la lucha, no le quitaba nada a Cohombro Bateese de lo que él se atribuía fanfarronamente. Esto agradaba. Se sonrió burlonamente contemplando los torsos agachados de los remeros de Saint Pierre. ¡Conque sólo estaban por él uno por treinta! Aun el mismo St. Pierre se vería inducido a apostar..., a apostar contra él. ¡Y como así lo hiciera...!

La sangre corrióle ardiente a Carrigan por las venas, y le estremeció hasta las yemas de los dedos. Alzó los ojos sobre el río, pero sin ver nada, pues la idea que acababa de chispear en su mente le tuvo un rato ajeno a todo. Poseía algo contra lo cual St. Pierre y su mujer apostarían la mitad de sus riquezas. ¡Ah si se jugara aquello que le acudió como una inspiración, y luego venciera a Bateese!

Comenzó a pasear de un lado a otro por la estrecha cubierta, sin contemplar más a los remeros ni la orilla La idea iba dominándole y absorbiéndole el pensamiento Hasta entonces, desde que le dispararon el primer tiro desde la emboscada, había estado en manos del azar y la sombra. Pero el destino ponía por fin un as de la baraja de aquel juego en sus manos. Lo que él poseía era más valioso que el oro y las pieles en la estimación de Saint Pierre, el cual no podía negarse a aceptar la apuesta que se le brindaba. No se atrevería a negarse. Es más, aceptaría gustoso, confiado en la seguridad de la victoria de Bateese, que lo vencería lo mismo que había salido vencedor de cuantos contrincantes le hicieron frente en toda la extensión de los Tres Ríos. ¡Y al enterarse Juana María de semejante apuesta, ella sería la primera en suplicar a los cielos que la suerte se pusiera del lado de Cohombro Bateese!

Así pensando, no oyó unos ligeros pasos que sonaron detrás, y al dar la vuelta en su paseo se encontró enfrente de Juana María, la cual traía en las manos la cestita de la costura que viera dentro del camarote. Reclinóse ella en la hamaca y sacó de la cesta una labor de encaje.

Él contempló un rato aquellas manos ágiles en el manejo de las agujas.

Acaso su pensamiento lo estaba Juana María sospechando. Casi se asustó cuando vio que se le enrojecían las mejillas bajo las largas y oscuras pestañas. Volvió a dirigir la mirada hacia los bateleros y, defendiéndose de su propia debilidad, se entretuvo en contar los golpes de los remos. Entre tanto, la mujer de St. Pierre, detrás de él, le miraba con un profundo y extraño fulgor en los ojos.

—¿Sabe usted? —dijo Carrigan, pronunciando lentamente y sin dejar de seguir el compás de los remos—. Presiento que cuando regrese St. Pierre ocurrirán cosas inesperadas. Voy a apostar con él a que soy capaz de vencer a Bateese. No rehusará la apuesta. Y St. Pierre perderá, porque a Bateese lo venzo yo. Entonces sucederán las cosas inesperadas que digo. Y no sé si, una vez pasadas, le tendrán a usted sin cuidado.

Hubo un momento de silencio. Y ella dijo al fin:

—No quiero que luche usted con Bateese.

Las agujas reanudaron ligeramente la labor cuando Carrigan se volvió a Juana María y otra vez las densas pestañas ocultaban lo que hacía un momento pudo haber leído él en aquellos ojos.

Capítulo XIII

COMO en sueños pasó Carrigan la mañana. Se entregó plenamente a vivirla y respirarla, como quien se encuentra en el seno de un dorado espejismo. Estaba sentado tan cerca de Juana María que, de vez en cuando, le llegaba de ella una delicada fragancia, coma de una flor. Era un aliento de violetas estrujadas, más dulce que el aire que respiraba, de violetas cogidas en la profunda frescura del bosque, dulce caricia que la envolvía siempre, como si en su pecho aquellas flores nunca se murieran. Él se la imaginó yendo a cogerlas el año anterior en la última estación florida; la veía sola, separando con el pie el musgo húmedo, arrancando con sus leves dedos las cabecitas risueñas de las violetas para atesorarlas en una bolsa fragante, fina como las notas de los tordillos, comparable a los herméticos esencieros que se guardan en los países lejanos del Sur. Parecía que aquella fragancia brotaba de su propia naturaleza, como una viva exhalación del ardor de sus mejillas, de la tibieza encendida de sus labios; pero era necesario que él estuviera cerca, muy cerca de ella, para sentir aquella realidad.

No sospechaba ella que Carrigan anduviera con semejantes pensamientos. Tenía la convicción de que su voz no le había delatado. Estaba seguro de que ella no podía suponer la lucha que en sus adentros le estaba costando. Ella sonreía, y sus ojos le acompañaban la sonrisa; contaba los puntos; aceleraba los dedos, y le hablaba, como pudiera hacerlo con un amigo, de St. Pierre. Le contó cómo había construido aquella nave, la mayor que flotó sobre aquellas aguas; la hizo construir toda de cedro seco, de manera que en cualquier sitio flotaba como una hoja, con tal que hubiese el agua suficiente para los botes de York. Le contó que le había comprado el piano en Edmonton, y que lo había salvado de caer al río, llevándolo en hombros cuando tropezaban con un paso peligroso o una corriente rápida. Con un dejo de orgullo en la voz, subrayó que St. Pierre era muy fuerte. Y añadió:

—Cuando alguna vez me levanta en brazos, me parece que voy a morir estrujada.

Estas palabras traspasaron como una aguda lanza el corazón de Carrigan. Trazaron en su imaginación el cuadro de Saint Pierre con su mujer en los brazos, estrechándola hasta cortarle la respiración. Y tal pintura, en aquel momento de desvarío, fue para él como una realidad palpitante en la dorada cubierta de proa de la chalana. Volvió el rostro para tender la mirada sobre la orilla, por la soledad selvática dilatada hasta lo infinito. ¡Qué maravilloso panorama! Un verde mar de abetos, cedros y bálsamos; cimas de álamos y abedules, como levantadas espumas, encima de las ondas más oscuras, y en la lejanía, suavizadas al sol por la neblina, las crestas de las montañas de Trout, que parecían centinelas de la tierra extendida a la otra

parte. Aquélla era la tierra misteriosa y lejana de las vías fluviales de Yabiskaw, donde; hacía tres días, Carrigan había deseado poner la planta. El misterio de los lugares despoblados era lo que más le había atraído; el silencio, la amistad de la naturaleza que no había sido hollada todavía por el hombre. Y ahora, en cambio, ¡cuánta locura! Así parecía que se lo decían las vastas extensiones de bosque enviándole sus rumores; y se le antojaba que el río, a lo lejos, levantaba la cabeza y le miraba meciéndose y asegurándole que la voz de los bosques era cierta. Se deslizaba perezosamente por un cauce de un kilómetro de anchura, como tomando fuerzas para saltar y rugir entre las peñas del rápido más próximo, y en su indolencia iba entonando la grave y eterna canción de los caudales profundos y lentos. Aquella canción le advertía también de que estaba cometiendo una tontería. Y la atracción luminosa de las orillas desiertas volvió a llegar hasta él y a dominarle de la misma manera que antes. Miró a los galeotes de las dos naves de York, y luego volvió los ojos a la proa y a la mujer de Saint Pierre.

También ella estaba contemplando la selva, y con los pies golpeaba levemente la cubierta. Otra vez le pareció a Carrigan un pájaro que estaba apeteciendo la libertad.

—Me gustaría ir adonde se levantan aquellas lomas —le dijo ella sin mirarle ¡Ir mucho más lejos todavía!

—También a mí, y sobre todo ir con usted.

—¿Le gusta a usted todo eso, *m'sieu*? —interrogó la joven.

—Sí, señora.

—¿Por qué me dice «señora», si le he dicho que puede llamarme Juana María?

—Porque usted me ha dicho *m'sieu*.

—Pero es que usted no me ha autorizado aún para otra cosa.

—Pues ahora se lo ruego —interrumpióle vivamente.

—Gracias. Me extrañaba que no me hubiera pagado usted con igual cortesía. No me gusta eso de *m'sieu*. Le llamaré David contestó riendo levemente.

Se levantó de la hamaca súbitamente, y dejó caer las agujas y la puntilla:

—Se me olvidaba una cosa. ¿Qué comerá usted al mediodía, *m'sieu*, digo, David? Ya ve usted, tengo que convertirme en cocinera, *filie de cuisine*, como me llama Saint Pierre por lo que me gusta cocinar. Voy a preparar una empanada.

La mampara de la cocina se cerró detrás de la mujer, y Carrigan se salió del entoldado, de manera que el sol le dio de lleno. No había sombra de duda en su juicio; estaba rematadamente loco. Envidiaba a St. Pierre y codiciaba lo que a éste pertenecía. Sin embargo, antes de apoderarse de lo que no le correspondía, se hubiera descerrajado un tiro en la sien. Pero era el caso que había caído, y comprendía que era necesario salir de aquella charca en que se hundía, para no continuar desmereciendo en su propia estimación.

No sólo estaba loco, sino que era un cobarde. Sólo un cobarde hubiera rozado con los labios el cabello de la esposa de St. Pierre. Sólo un cobarde habría dado pábulo a los pensamientos que bullían en su cerebro. Ella era la mujer de St. Pierre: ahora él

deseaba que cuanto antes llegara el jefe de los Boulain. Daba gracias a Dios por haberle inspirado lo de la apuesta. Se jugaría la partida, y después de vencer en la lucha, volvería a ser el David Carrigan de siempre, y se llevaría las cartas del triunfo logrado en la emocionante partida.

Las voces que venían de las naves de York que iban delante y los gritos que daba Bateese en la popa le atrajeron otra vez a la cubierta. La nave iba cerca de la orilla. Y el mestizo manejaba la gran pala timonera como si en sus enormes brazos se concentrara la potencia de una caldera de vapor. Las barcas de York habían acortado el cable de remolque y se dirigían en ángulo recto a una ribera pedregosa. Después de unas brazas más, los hombres, con las piernas desnudas hasta las rodillas, saltaron al agua en un sitio de poco fondo y comenzaron a halar, cogiendo todos la maroma. David consultó su reloj. Nunca se le había pasado tan de prisa el tiempo como aquella mañana a cubierta, en la proa de la chalana. Los hombres se disponían a amarrar otra vez, después de haber descendido doce o quince kilómetros por el río, y Carrigan se preguntaba cómo sería posible que Saint Pierre los alcanzara rápidamente con su balsa.

Tenía un gran deseo de sentir otra vez el suave contacto de la tierra en los pies, y, sin aguardar a que Bateese tendiera un tablón que había cogido para hacer una pasarela entre la nave y la orilla, dio un salto hasta el suelo pedregoso. Tenía licencia de la mujer de St. Pierre para salir, y contempló al mestizo para ver el efecto que aquel acto le producía. Cohombro Bateese puso el semblante hosco; ni una sílaba salió de sus labios, pero en sus ojos se adivinaba un fuego recóndito y peligroso al mirar a Carrigan. No eran necesarias las palabras. Aquellos ojos estaban llenos de suspicacia, prevención y miedo de lo que pudiera ocurrir, si Carrigan no regresaba debidamente. David remeció la cabeza. Comprendía: la mujer de St. Pierre tenía fe en él; Bateese no. Cruzó por entre dos hombres; todos volvieron hacia él los ojos; y los suyos, serenos y cautelosos, vieron otra vez la silenciosa amenaza de lo que sucedería si olvidaba la promesa hecha a Juana María Boulain. En ninguna tripulación había visto hombres tan bien conformados. No eran una mezcla de los cruzamientos del pueblo del Sur. Delgados, altos, de línea esbelta, nervudos, aquellos hombres pertenecían a la estirpe de los exploradores de hacía un siglo, los voyageurs, y eran jóvenes todos ellos. Los más duros se habían ido con St. Pierre. Carrigan supuso el porqué. Ni un solo hombre de aquellos doce dejaría de vencerle en una carrera por el bosque ni dejaría de alcanzarle y cortarle el paso, aunque él llevara varias horas de ventaja. Situándose más allá de donde estaban ellos, se detuvo y contempló la nave. Sobre la cubierta, en la proa estaba de pie Juana María, que también le miraba.

Aun desde aquella distancia, Carrigan observó que el semblante de la mujer estaba fijo y lleno de ansiedad. No sonrió cuando él le envió un saludo con el sombrero, sino que inclinó ligeramente la cabeza. Él se internó por un grupo de verdes bálsamos extendido a cincuenta pasos del río. El antiguo placer de vivir le invadió impetuosamente cuando pisó el blando musgo de los sombríos lugares donde

no penetraba el sol. Continuó avanzando por una extensión de abetos y cedros que parecía una catedral de copas densas que ocultaban el cielo. Llegó luego a un altozano cubierto de perpetuo verdor donde crecían abedules y álamos. Sonaba en torno un invisible coro. Tenués gorjeos de medrosos pardillos, trinos de ocultos herreruelos, graznidos de lejanos grajos. Los alces de tensos ojos le miraban al pasar, agitándose tan cerca de su cara que casi le rozaban los hombros en su loca curiosidad. Un puerco espín hizo un ruido rechinante a unos doce pies de donde él estaba. Después llegó a una senda trillada, y vio otras pistas marcadas en la tierra fría y húmeda por las pezuñas de los antas y los renos. A media milla del barco se sentó en un tronco viejo y llenó de tabaco la pipa, en tanto oía los rumores de vida de aquel lugar que tanto le agradaba.

Entonces percibió la extraña sensación de no encontrarse solo, de que unos ojos distintos de los de las aves y otras bestias estaban vigilándole. Esta impresión era cada vez más fuerte. Le parecía sentir la mirada fija de unos ojos que le atisbaban entre los más frondosos refugios, esperando el momento del acoso, para perseguirle como a un fantasma. En sus adentros el instinto de cazador de hombres, semejante al del sabueso, le despertó en seguida la sospecha de la invisible presencia que le espiaba.

Comenzó a observar que cambiaban los cantos de algunas aves. A cien metros a la derecha, un grajo, la criatura más redicha de la selva, chillaba con su voz distinta; al otro lado, en un denso grupo de álamos y abedules, un herreruelo enmudeció súbitamente. Oyó el alterado «*piuí, piuí*» de un pardillo espantado, anunciando que un importuno intruso se acercaba a su nido. Y Carrigan se levantó, riéndose entre dientes mientras oprimía con el pulgar el tabaco en la pipa.

Juana María Boulain podía creer en él, pero Bateese y sus cautos secuaces necesitaban comprobar por sí mismos si era merecedor de semejante confianza.

Casi al mediodía regresó, pero no siguió la senda marcada por las pezuñas de las antas, sino que se internó de intento, unos cien metros, por donde el musgo crecía más denso y la tierra estaba más húmeda. Y descubrió hasta cinco huellas de mocasines de hombre.

Bateese, con los brazos remangados, estaba fregando la cubierta cuando David llegó a la palanca.

—Por ahí dentro andan las antas y renos, y temo haber estorbado a los cazadores de usted —dijo Carrigan al mestizo con un gesto de ironía—. Son demasiado torpes para lograr buena caza; los mismos pájaros los delatan. Temo que mañana hayamos de partir sin carne fresca.

Cohombro Bateese le miró como si le hubieran aturdido de un porrazo, y no abrió los labios cuando David continuó avanzando por la cubierta hacia la proa. Juana María había salido del camarote y estaba debajo del toldo. Dio un ligerísimo grito de alivio y de satisfacción.

—Celebro que haya vuelto usted, *m'sieu* David.

—También yo —replicó él—. Creo que es malsano andar por los bosques.

Carrigan notaba que en tierra había recobrado gran parte de su antiguo valor.

Sentáronse a comer los dos solos; Juana María le esperó y le llamó otra vez «David», con lo cual a éste le fue menos violento llamarla Juana María y mirarla al rostro sin temor de traicionarse. Pasó gran parte de la tarde en su compañía, y no le fue muy difícil contarle algo de su aventura del Norte, y cómo había suspirado, en cuerpo y alma, por aquel país, donde pensaba morir a su hora. Los ojos de Juana María se llenaron de claridad al oír aquello, y a su vez le habló de los dos años que había pasado en Montreal y Quebec, de la nostalgia que le causaba la ausencia de su tierra y de su regocijo al regresar a sus bosques. Parecía que se hubieran olvidado de St. Pierre durante un buen rato. No tuvieron una sola palabra para él. Dos veces vieron a Andrés, el tullido; pero no se oyó pronunciar el nombre de Roger Audemard. Juana María le habló también del oculto paraíso de los Boulain, situado allá lejos, en las soledades del Yellowknife, que no estaban señaladas en los mapas, detrás del «Great Bear» y del gran castillo de madera que tenía ella por morada.

El resto de la tarde lo pasó en la orilla. Llenó de arena un saquito de piel de alce, y lo colgó de una rama. Lo estuvo aporreando con los puños durante tres cuartos de hora, con extraordinaria curiosidad y diversión de los hombres de St. Pierre, que no veían un ejercicio de luchador en aquel entretenimiento. Mas aquella prueba cercioró a David de que había perdido poca fuerza y de que estaría en disposición de contender con Bateese cuando fuera ocasión. Al declinar la tarde, Juana María se le unió, y pasaron juntos media hora por la ribera. Bateese les sirvió la cena. Después se sentó Carrigan con Juana María en la parte de la cubierta de la proa, y fumó otro cigarrillo de Saint Pierre.

El campamento estaba como a doscientos metros de la nave, de manera que, a no ser cuando prorrumpían en coro de risa o esforzaban sus gargantas en entonar recias canciones, no se oían sus voces. Pero Bateese estaba en la popa. Nepapinas yendo y viniendo sin cesar por la niebla de la orilla como una sombra más, y Andres el tullido comenzó a rondar de cerca en cuanto la noche se avecinó. Por fin se sentó al borde de la banca arena; y allí se quedó aquella figura silenciosa y sola al extinguirse el ocaso. Doquiera dominaba la quietud del sueño. Del bosque llegaban los últimos ruidos del día, el silbo de los grillos y los primeros rumores nocturnos. Una gran sombra pasó flotando por lo alto del río; era el primero de los búhos buscadores de sangre que salían como piratas de sus escondrijos. Unos tras otros, al oscurecerse las sombras, todos los seres de la noche iban respondiendo desde la selva al llamamiento de los astros. Un somorgujo lanzó a dos kilómetros de distancia su áspero grito de amor; de la parte lejana del oeste llegó el débil aullido de un lobo; en el agua, las truchas, que sienten la noche, chapoteaban como hacen los castores con la cola; por las ondulaciones de la selva venía el reto quejumbroso y ronco de un alce que deseaba entrar en la lucha; y por encima de aquellas ondulaciones frondosas la luna se levantaba. Cada vez las estrellas eran más nutridas y brillantes, y entre los matorrales

se veían abajo las fogatas encendidas por los hombres de Saint Pierre Boulain, mientras muy cerca, mudo en aquellas horas de silencio, David sentía más vivamente que nunca la intimidad de la presencia de la mujer de Saint Pierre.

En la arena, Andrés el tullido se incorporó y estuvo en pie como un tronco de árbol deformado. Luego comenzó a andar lentamente hasta desaparecer en la débil claridad de la noche.

—Cuando él busca es siempre por la noche —dijo la mujer de St. Pierre, como si Carrigan le hubiera expresado lo que pensaba.

David permaneció mudo un rato, al cabo del cual dijo:

—Usted me pidió que le contara algo acerca de Roger Audemard. Si no le disgusta que continúe en su compañía, lo voy a hacer. ¿Quiere?

Y vio, aunque veladamente entre la neblina alumbrada por la luna y las estrellas, que ella asintió inclinando la cabeza.

—Sí. ¿Qué opina de Roger Audemard la policía?

David se lo dijo, y durante la narración de aquella historia Juana María no pronunció una palabra, ni hizo el menor movimiento. Se trataba de una historia horrorosa, pero él no la suavizó atenuando los detalles. Era ocasión de que ella se enterara de las cusas que existían para lanzarse a la busca y captura de aquel hombre, muerto o vivo, y de que comprendiera cuánto le interesaba a Carrigan hacer que Andrés el tullido hablara.

—El tal Roger Audemard es un espíritu infernal comenzó diciendo —un verdadero demonio en figura humana, a quien acabó por llamarse Black Roger Audemard (Roger Audemard el Negro), a causa del color que debe de tener su alma.

Y prosiguió describiendo el puerto de Hatchet River Post, teatro de la tragedia; luego habló de la pelea sostenida un día entre Roger Audemard y el jefe de la factoría con sus dos hijos. Fue una lucha desigual: David reconocía que luchar tres contra uno es cobarde. Lo que no tenía disculpa era lo que sucedió después. Audemard fue vencido. Medio muerto, se arrastró hacia el bosque. Más tarde, una noche de tormenta llegó con tres extraños compañeros. Nunca supo la policía quiénes fueron aquellos compañeros. Se entabló una lucha en medio de la cual parece que Black Roger Audemard dijo a voces que no mataran al factor ni a los hijos, a pesar de lo cual uno de los hijos pereció. Luego ocurrió algo que causa horror. Ataron de pies y manos al padre y al hijo que aún vivía y así los dejaron en un viejo calabozo de los sótanos. Entonces Black prendió fuego al edificio, y en medio de la tormenta estuvo riéndose como loco, al oír los gritos agónicos de sus víctimas. Era la época en que los cazadores habían salido por las pieles a sus puestos, de modo que apenas había nadie en la factoría. El escribiente de la compañía y otro acudieron; pero Audemard los mató con sus propias manos. Cinco muertos en una noche, dos de ellos en medio de un martirio indescriptible.

Después de una ligera pausa, Carrigan pasó a contar que transcurrieron largos años de inútil rebusca policiaca; que una vez circuló el rumor de que había muerto;

este rumor llegó a parecer verdad, y la policía cesó en sus pesquisas. Pero hacía poco tiempo que se había descubierto que Black Roger todavía estaba vivo, y él, David Carrigan, era el encargado de ir a prenderlo.

Hubo un rato de silencio, cuando David terminó su relato. Luego la mujer de St. Pierre se levantó, y dijo en voz baja:

—Me pregunto lo que nos parecería esta historia si el mismo Roger Audemard estuviera presente para darnos su versión.

Se apartó del sitio cubierto por el toldo, y él miró la clara belleza de su rostro a la luz de la luna, y el radiante nimbo de sus cabellos.

—Buenas noches —murmuró.

—Buenas noches —dijo David.

Escuchó hasta que los golpecitos de sus pasos se perdieron. Y después de aquella escena pasó varias horas sin pensar en dormir. Había insistido en que volviera a posesionarse de su camarote, y Bateese le trajo unas mantas; las extendió bajo el toldo y se adormeció para soñar en la adorable cabeza que había visto al claro de luna.

Dos cosas sucedieron en la tarde del cuarto día: para una de ellas el mismo Carrigan se había ya preparado; la otra fue tan imprevista que le tuvo desconcertado, como si el mundo se saliera de su órbita. Salió con la mujer de Saint Pierre a coger flores en un cerrillo que alzaba su loma a una milla del río. Al volver por un camino distinto llegaron al vado de un arroyo y Juana María se detuvo a la orilla. Se le llenaron los ojos de alegría al mirar a la otra margen del vado. Se había prendido unas flores en la cabeza. Un bello color enriquecía sus mejillas. Su figura tenía un aire exquisito en aquella agreste palpitación de vida.

Al pronto se volvió a él, llenos los labios del hechizo de su sonrisa:

—Tendrá usted que pasarme en alto —le dijo.

Él no respondió. Todo él era un puro estremecimiento cuando llegó a la joven que ya le aguardaba con los brazos un poco levantados. La levantó. Ella, apoyada en su pecho, le tendió las manos a los hombros mientras vadeaba el río. David dio un pequeño resbalón. Ambos se asieron con más fuerza.

Una nota de risa brotó de la garganta de Juana María al cubrírsele a David las rodillas de agua en medio de la corriente. Volvió a resbalar, y aquel movimiento hizo que ella bajara en sus brazos hasta reclinar la cabeza sobre su pecho, y así estuvieron un rato, hundiendo él su rostro en la suave cabellera. En esta forma acabó de pasarla hasta la opuesta orilla, donde la soltó, retrocediendo prestamente para que no advirtiera los alterados latidos de su corazón. El rostro de Juana María estaba radiante de hermosura, y no miró a David, sino que apartó la vista de él.

—Gracias —le dijo.

De pronto oyeron pasos detrás, y al cabo de un instante un hombre de la brigada llegó precipitadamente a través del arroyuelo. Al mismo tiempo llegó del río, que estaba a medio kilómetro, un atronador tumulto de voces. No eran voces de media

docena, sino de medio centenar de hombres, y Juana María se irguió aguzando el oído, llenos los ojos de lumbre, antes de que el mensajero pronunciara una sola palabra.

—¡Ya está aquí St. Pierre! —dijo aquél—. Ha llegado en la almadía grande, y debe usted darse prisa si quiere alcanzar la embarcación antes de que él salte a tierra.

Le pareció a David que en aquel momento Juana María se olvidaba de que él existía. Ella dio un leve grito y, echando a correr precipitadamente, dejó a Carrigan sin decirle una palabra, volando con la ligereza de un cervatillo al encuentro de St. Pierre Boulain. Y cuando David se volvió al hombre que acababa de llegar en pos de ellos, vio una rara sonrisa en los labios del forzado corredor de bosques, cuyos ojos seguían a la presurosa figura de la mujer de St. Pierre.

No dejó de mirarla hasta que se perdió de vista; y entonces dijo:

—Vamos, *m'sieu*; también nosotros debemos ir a recibir a St. Pierre.

Capítulo XIV

DAVID siguió despacio al hombre de la brigada. No tenía ganas de apresurarse. No deseaba ver lo que sucedería cuando Juana María y St. Pierre Boulain se encontraran. Hacía un momento que la había tenido en sus brazos, su cabello le había rozado la cara, sus manos se habían apoyado en sus hombros, sus encendidas mejillas y largas pestañas se habían reclinado sobre su pecho y luego, sin una sola palabra de excusa, se alejó raudamente de él para ir a recibir a su marido.

Casi pronunció en alta voz estas palabras cuando dejó de ver su esbelta figura entre los plateados abedules. Se iba adonde estaba el hombre a quien pertenecía y no había vacilado al irse. Se la veía y en medio de aquella alegría se había olvidado completamente de David Carrigan.

Aceleró éste un poco el paso para no distanciarse mucho del hombre de la Brigada, que iba muy deprisa. Únicamente porque estaba enfermizo su pensamiento podía haber atribuido al suceso del vado mas importancia que la de un suceso casual. Se dijo a sí mismo que aquello había sido un simple accidente, que Juana María le había rogado que le pasara al otro lado, como podía habérselo dicho a uno de sus barqueros. Fue culpa suya y no de ella, el haberse resbalado en medio de la corriente y que entonces sus brazos le oprimieran más y su cabello le rozará el rostro. Recordó que Juana María se había reído en el momento en que pareció que iban a caer juntos al arroyo. Era probable que se lo contara a St. Pierre. Lo cierto era que aquella escena mas se acercó, para él, a la tragedia que a la comedia.

Una vez mas comprobó que era débil y loco. De allí en adelante tendría que entenderse con St. Pierre, y había llegado la hora, en que el juego dejaba de ser una partida con una mujer. Ya había pensado en la llegada de aquella hora. Se había apercebido para actuar con rapidez y decisión. No obstante, mientras andaba, aún le latía reciamente el corazón, y en los brazos y en la cara conservaba la dulce emoción del contacto de Juana María. No podía librarse de aquella sensación que nunca se le desvanecería por completo. Por largos que hubieran de ser sus días, nunca podría olvidar la escena de la rebalsa del lago. No podía negar la evidencia de la voz que se alzaba en su interior. Podía llamarse flojo y demente, pero semejantes palabras eran puramente mecánicas, sonaban a hueco, carecían de sentido. La verdad persistía. Era un fuego llameante que le abrasaba el pecho, una conflagración que fácilmente le envolvía; algo que tendría que combatir hasta triunfar de ello si quería su salvación. No pensó en que Juana María pudiera correr peligro: era inconcebible: La tragedia era unilateral. Su locura, era su propio peligro; pues de igual manera que él amaba a Juana María, ella amaba a su marido, a Saint Pierre.

Llegó a una ondulación del terreno que había junto al terreno y subió por una fronda de abedules y álamos. En lo alto había una prominencia de arenisca pelada que el mensajero había traspuesto. Allí se detuvo David y contempló el ancho cauce del Atabasca.

Se extendió ante sus ojos un cuadro que ocupaba gran parte del seno del caudal y de la blanca franja de arena. A una distancia como de medio kilómetro vio una formidable balsa que descendía lentamente flotando en el río, y sus ojos se fijaron en ella un rato. En el Mackenzie, en el Atabasca, en el Saskatchewan y en el Peace había visto muchas balsas, pero ninguna como la de Saint Pierre Boulain. Medía treinta metro de manga por dos veces y media mas de eslora. Bajo el alto sol de un cielo despejado le hizo el efecto de una pequeña ciudad arrancada de un arcaico y salvaje desierto para ser trasplantada al río. Estaba provista de tiendas de cáñamo algunas de las cuales eran grises, otras blancas y dos o tres rayadas de anchas franjas amarillas y rojas. Detrás de todas ellas había un camarote y encima se alzaba una delgada asta que sostenía la ondeante bandera blanca y negra de St. Pierre. La balsa estaba animada. Algunos hombres se movían entre las tiendas. Las largas palas de los remos brillaban al sol. Unos remeros que llevaban los brazos y el torso al descubierto ponían en tensión sus músculos en cuatro botes de York que remolcaban como hormigas la gigantesca mole de madera. A los oídos de David llegó un monótono rumor de voces humanas; eran los cantos con qué aquellos hombres acompañaban su trabajo.

No tan lejos, un cantar más fuerte respondió al primero. Dio unos doce pasos alrededor de un grupo de arbustos y entonces vio claramente la orilla donde la chalana estaba amarrada. Juana María había cruzado la franja de arena y Bateese la ayudó a saltar a una barca de York que la esperaba. El mestizo se alejó del bote, y los cuatro hombres que iban en él comenzaron a remar. Dos canoas bogaban ya a medio camino de la balsa, y David reconoció al ocupante de una de ellas, que era Andrés el tullido. Luego vio que Juana María, poniéndose de pie en la barca, agitaba al aire un objeto blanco.

Otra vez dirigió la vista a la balsa. La corriente, las palas remeras y los botes remolcadores venían acercándola rápidamente. De pie en el mismo borde de la balsa, Carrigan vio una figura solitaria que a la viva luz del sol se mantenía firme, vigorosamente recortada su silueta, como una estatua cincelada. Era de estatura gigantesca. Llevaba al aire la cabeza y los brazos, y miraba fijamente a la chalana y al bote que se le acercaba. Levantó un brazo, y a este movimiento siguió una voz que dominó a las demás. Retumbó sobre el río el estampido de un cañón. Como respondiendo a ella, Juana María agitó el objeto blanco que tenía en la mano. Y a David se le antojó haber oído la voz de la mujer que contestaba. Sin observar otra cosa, volvió a mirar la figura del hombre solitario y sólo volvió a oír otro estampido de la honda voz que por segunda vez recorrió el río, El corazón le daba recias sacudidas. Sus ojos se encendían con un fuego creciente. El cuerpo se le puso en

tensión. Al fin estaba seguro de contemplar a St. Pierre, al jefe de los Boulain y esposo de la mujer a quien él amaba.

Cayendo al punto en la cuenta de la gravedad de su situación, un relámpago de su antiguo humor volvió a iluminarle. El mismo ceñudo ánimo que se apoderó de él cuando, detrás de aquella roca, temía que iba a morir. Lo mismo que entonces, la suerte estaba jugándole una mala partida. A menos que se volviera de espaldas, no podría dejar de presenciar el encuentro de Juana María con Saint Pierre.

El día anterior se había colgado los gemelos al cinto. Y en el día presente Juana María había mirado por ellos lo menos doce veces. Le proporcionaron gran placer y emoción. David pensó que también para él serían un alivio en aquel momento. Todo, enteramente todo, lo vería de cerca. No le quedaría lugar a duda. Si cuando, detrás de la roca, se había reído oyendo el zumbar de las balas junto a su cabeza, la misma mueca de risa pondría ahora, al enfocar los gemelos sobre la figura solitaria que iba al frente de la balsa.

Dejó de sonreír apenas vio a St. Pierre. Parecía que podía tocarlo con la mano. Creyó no haber visto nunca a un hombre semejante. Hacía un momento que se le había reproducido vívidamente en la imaginación un desierto de Arabia: la multitud de tiendas de colores, los hombres medio desnudos y la balsa que venía flotando casi sin movimiento perceptible en la tranquila superficie del río, le habían agitado en la fantasía la visión de un cuadro extraño. Pero no había nada de árabe, ni nada que hablase del desierto en aquel hombre a quien los gemelos traían a poca distancia de Carrigan. Más bien parecía un pirata vikingo que hubiera frecuentado los mares hacía siglos. Tenía en alto un brazo, vigoroso y desnudo, cuando David le miró, y su resonante voz otra vez rodó por el río. Su cabello, hirsuto y despeinado, era rojo; tenía una barba corta que brillaba al sol; reía al mismo tiempo que hacía señas a Juana María y le enviaba su voz; era en suma un espléndido gigante que parecía estar a punto de arrojarse al agua, impulsado por la ansiedad de estrechar con sus desnudos brazos a la mujer que salía a su encuentro.

David suspiró profundamente, y sintió que el corazón se le encogía, al volver los gemelos hacia Juana María, que continuaba en pie en la proa del bote, de espaldas a él. Percibió el brillo del sol en su cabello. Ella continuaba agitando al aire el pañuelo, y la actitud de su esbelta figura le revelaba que, de tener alas, habría partido de la proa del bote, impulsada también por la ansiedad.

Volvió a mirar a St. Pierre. ¿Era posible que aquél fuera el hombre que no se atrevía a medir sus fuerzas con Cohombro Bateese? Era inconcebible. No obstante le pareció en aquel momento oír la voz de Juana María repitiéndole aquellas mismas palabras. Sin duda se lo habría dicho por bromear, esperando proporcionarle aquella sorpresa. Quiso que descubriera con sus propios ojos cuán formidable hombre era el jefe de los Boulain. Pero cuando David fijó la mirada en él, tuvo un pensamiento desagradable ante semejante incongruencia. Le sorprendió como una desarmonía chocante el emparejamiento de aquellas personas; era un estado insostenible y

desproporcionado si se comparaba con las gentilezas que había fraguado en torno de aquella mujer. Porque la había colocado en su alma cómo en un sagrario, lo mismo que si fuera una amable flor silvestre que con un nada pudiera ajarse y destruirse, lo mismo que a una pequeña diosa de las violetas, tan frágil cuanto brava y fiel. En tanto St. Pierre, erguido al borde de la balsa, parecía proceder de una edad cavernaria de hace un millón de años. Había algo bárbaro en él. No necesitaba más que armarse de una clava y de una adarga y cubrirse los hombros con una piel de bestia para convertirse en un ejemplar prehistórico. Tales fueron por lo menos las primeras impresiones que experimentó al pensar en el abrazo aplastante con que oprimiría el leve y lindo cuerpo de Juana María aquel gigante de poderosos pulmones que venía riendo de satisfacción. Luego reaccionó. St. Pierre no era un monstruo, a pesar de que la trastornada cabeza de David se esforzaba involuntariamente en considerarlo como tal. Su rostro tenía la expresión del júbilo y la risa. Su voz, al resonar a lo largo de la corriente, venía tornada de alegría y regocijo. Risas y gritos le contestaban desde la orilla. Los remeros del bote que conducía a Juana María prorrumpieron en un salvaje y alborozado canto. Se alzó un alarido aislado de Andrés el tullido, que estaba muy próximo a la parte delantera de la balsa. De aquel pueblo flotante llegó un rumor que iba aumentando lentamente, el rumor prorrumpido por las voces, la excitación y el alborozo de aquellos hombres de ardiente sangre estremecidos por el esplendor del día y por la selvática libertad de su mundo. David comprobó la verdad: Saint Pierre era el muy amado hermano mayor de aquel pueblo.

Aguardó, en tensión los músculos, apretadas las mandíbulas. Volvió a decirse que aquello era un buen remedio para su mal, su justo castigo por la cobardía de que había dado muestra cayendo en adoración a los pies de la esposa de otro hombre. El bote de York estaba ya muy cerca del frente de la balsa. David vio que Juana María echaba un cabo de cuerda a St. Pierre. Se balanceó el bote de atrás adelante, St. Pierre se inclinó, y al punto Juana María se encontró con él en la balsa. Todas las otras cosas del mundo se desvanecieron entonces para David. Vio que los brazos de St. Pierre rodearon el fino cuerpo en un abrazo. Vio que las manos de Juana María acariciaron tiernamente aquel rostro cubierto de barba, y luego...

Carrigan interrumpió la contemplación del cuadro en aquel punto. Volvióse de espaldas y guardó los gemelos en el estuche que llevaba al cinto. Alguien procedente de la chalana se dirigía a él. Era el hombre que dio a Juana María la noticia de la llegada de St. Pierre. David bajó a unírsele. Desde el pie del otero volvió a dirigir la mirada a la balsa. En aquel momento, St. Pierre y Juana María se disponían a penetrar en el camarote construido en medio de aquella mole de madera arrastrada por la corriente.

Capítulo XV

NO le fue difícil a Carrigan adivinar por qué aquel hombre volvía en su busca. Los demás estaban muy ocupados en la nave, recibiendo órdenes de Cohombro Bateese, el cual estaba en la popa empuñando una estaca. El barco empezaba a mecerse en la corriente cuando David saltó a bordo. Una sonrisa burlona dilató el rostro del mestizo. Miró con fijeza a David y contuvo esforzadamente una sonrisa.

—Parece que está usted enfermo, señor —dijo a media voz, para que solamente le oyera él Inquieto y pálido como un chiquillo. ¿Qué ha sucedido allá cuando miraba por los anteojos? ¿O es que va sintiendo miedo conforme se acerca la hora de luchar con Cohombro Bateese? ¡Eh, *coq de bruyére!*, ¿es eso?

Súbitamente le asaltó a David un pensamiento:

—¿Es verdad que St. Fierre no puede vencerle, Bateese?

Bateese dilató el pecho con un poderoso aliento. Luego prorrumpió:

—No hay en los Tres Ríos nadie capaz de vencer a Cohombro Bateese.

—Pues St. Pierre es hombre fornido —insinuó David midiendo detenidamente con los ojos al mestizo, desde los pies, calzados con mocasines, hasta la punta de los pelos—. Le he visto bien con los gemelos, Bateese. Nuestra lucha será empeñada; pero yo le venceré.

Sin esperar que el mestizo le contestara, entró en el camarote y cerró la puerta. La intención zumbona de las palabras del coloso le desagradó. ¿Era posible que Bateese sospechara el verdadero estado de su ánimo, que estaba enamorado de la mujer de St. Pierre y que sentía enfermo el corazón por lo que había visto en la balsa? Se abochornó grandemente. Le era sumamente enojoso pensar que hasta el mestizo hubiera adivinado su humillación.

David miró por la ventana hacia la balsa. La chalupa continuaba deslizándose, corriente abajo, a cosa de cien pies de la orilla, y era evidente que Cohombro Bateese no hacía el menor esfuerzo por acercarla a la flotante masa de madera, que no había cambiado de trayectoria en su curso por el caudal. La imaginación de David reprodujo prontamente la escena que se desarrollaba en el camarote donde Juana María y St. Pierre habían desaparecido. En aquel momento la joven estaría poniéndole al corriente de su hazaña en el ardiente arenal. Se imaginaba la contención de sus palabras al justificarse. Veía ensombrecerse el rostro de Saint Pierre, tensos los músculos, y le parecía ver también, agachado, en silencio, el deforme corpachón de Andrés el tullido, escuchando el diálogo que los otros sostenían. Y volvió a oír el monótono y enloquecedor plañido. ¿Ha visto alguien a Black Roger Audemard?

La sangre le circulaba más de prisa, y su antigua pericia volvía a latir en sus adentros con la realidad de las cosas vivas y dominantes. El amor le había embotado el ingenio y la voluntad. Se había alzado ante sus ojos, por un momento, algo más poderoso que la majestad de la ley, y él había procurado errar el tiro de la sagacidad, por el interés que le inspiraba la esposa de St. Pierre Boulain. Ahora disparaba atinadamente, y el impacto resonaba en su cerebro. Dos y dos volvían a ser cuatro. Los hechos se reconstruían formando argumentos como organismos vivos. Tales hechos habrían convencido antes al superintendente Mac Vane; pero a la postre también convencían a David. Había salido para capturar a Black Roger Andeplard, vivo o muerto; ¡y Black Roger, asesino reincidente, monstruo que escribiera la página más negra de los anales del crimen conocida en la historia de la ley canadiense, debía de estar íntima y vitalmente asociado a Juana María y a Saint Pierre Boulain!

La cosa era dura, pero Carrigan no volvería a desviar la puntería. Ya no era con un hombre a quien suponía a tres mil kilómetros al Norte con quien tenía que habérselas, sino con Juana María, St. Pierre y Andrés el tullido, y también con Cohombro Bateese.

Sonrió frunciendo el ceño al pensar en la inminencia de la lucha con el mestizo. St. Pierre se asombraría al saber la proposición que iba a hacerle. Pero estaba seguro de que Saint Pierre aceptaría. Y luego, si en el combate con Bateese salía vencedor...

Se desvaneció de sus labios la sonrisa. Se le nubló el semblante cuando paseó la mirada por el camarote, en el cual perduraban los dulces y prolongados rumores de la presencia de una mujer. Aquella estancia era una parte de ella misma, pues emanaba su fragancia y su belleza, y parecía estar esperándola, clamando blandamente por su regreso. No obstante, en otra ocasión, ante otra mujer más encantadora que la de St. Pierre, Carrigan no había vacilado, sino que triunfó, sin gran esfuerzo, del encanto de Camina Fanchet y envió a su hermano al verdugo. Y ahora, recordando aquellos días, se convencía de que Carmina Fanchet, ni en los más negros instantes hizo el menor esfuerzo por sobornarlo con su hermosura. No intentó seducirle. Luchó con arrogancia y desafiándole. ¿Había obrado de igual manera Juana María? A David se le crisparon los puños y se le hizo un nudo en la garganta. ¿Estaría contándole a St. Pierre los ratos que habían pasado juntos? ¿Le confesaría el secreto de aquel precioso momento en que la tuvo apoyada sobre el pecho, los brazos sobre los hombros, rostro con rostro? ¿Le hablaría de rubores ostensibles, de claras luces encendidas a veces en sus ojos, cuando le sentía cerca? ¿Se lo revelaría todo a St. Pierre, su esposo? David no tenía fuerzas para dominar la voz que le decía que no. Carmina Fanchet había luchado contra él como un franco enemigo, sin emplear las armas de sus hechizos. Juana María, en cambio, había puesto una formidable tentación en su camino. Estos pensamientos le parecían a Carrigan una profanación; pero reconocía que no convenía hacer distinciones o reparos sobre el carácter de las armas empleadas en un caso semejante, y éste era su sentir en aquellos momentos en que estaba resuelto a continuar el juego hasta el final, en nombre de la ley.

Al salir a cubierta vio que el mestizo sudaba copiosamente por lo que había forcejeado con el remo de popa. Miró éste al *agent de police* que tenía que luchar con él al día siguiente o al otro. Carrigan había experimentado un cambio. No era el mismo hombre que hacía una hora había entrado en el camarote, y esta realidad impresionó al mismo Bateese. Algo había en su rostro que impedía a Cohombro soltar la lengua, y por tanto fue Carrigan quien comenzó a hablar:

—¿Cuándo vendrá ese hombre, St. Pierre, a verme? —preguntó—. Si tarda mucho seré yo quien vaya a verle a él.

Instantáneamente el rostro de Cohombro se ensombreció. Luego, inclinándose sobre el remo, dando la espalda a David, lanzó entre dientes una risa, y dijo:

—¿Conque iría, *m'sieu*? Pues vaya con cuidado que en el camarote está *le malade d'amour*¹⁶¹ y quizá llegara usted en momento inoportuno.

Bateese no se volvió para mirar por encima del hombro, así es que no vio cómo se agolpó la sangre en la cara de David. Pero David estaba seguro de que Cohombro conocía su estado de ánimo, y de que había adivinado la verdad. Tenía la voz de Bateese un dejo encubridor de un regocijo causado por la mala partida que una belleza y unos ojos claros le habían jugado a aquel hombre, el cual, de haber seguido su consejo, estaría descansando lleno de paz en el fondo del río. Aquello fue el golpe de gracia que encolerizó a Carrigan. Por primera vez sintió deseos de descargar un puñetazo, sin guantes, en la sarcástica boca de Cohombro Bateese. Dejó caer una mane sobre un hombro del mestizo y éste, al volver la cara sin inmutarse, se encontró con la expresiva mirada de David.

—Hasta este instante no he sabido el inmenso placer que sentiré luchando con usted, Bateese —dijo David serenamente—. Podemos fijar el encuentro, para mañana por la mañana, si no tiene inconveniente. Diga a Saint Pierre que pienso hacerle en esta jugada una apuesta considerable a mi favor, una postura tan grande que imagino que no se atreverá a cubrirla, pues le advierto que no tengo una gran idea acerca del St. Pierre de usted, Bateese. Creo que es tan solemne fanfarrón como usted mismo. Y por añadidura un cobarde. Advierta bien lo que digo: ¡tendrá tanto miedo que no aceptará mi apuesta!

Bateese no respondió. Estaba viendo algo por encima del hombro de David. Parecía no haber oído lo que el otro acababa de decirle; pero al pronto apareció en sus ojos un destello de alegría, y replicó mirando hacia la balsa.

—¡Diantre de *m'sieu le coq de bruyère*! Guárdese en la boca las palabras grandes. ¡Vea usted! St. Pierre en persona viene a contestarle. Mas espero que no le retorcerá el cuello. Sería aguarme la fiesta de mañana.

David volvió los ojos hacia la inmensa balsa. A la distancia que los separaba, vio la gigantesca figura de Saint Pierre entrando en una canoa. En la misma canoa estaba ya el encorvado cuerpo del tullido. A Juana María no pudo distinguirla.

—¿Quiere, *m'sieu*, entrar en el camarote? Más vale que si pasa algo no haya muchos testigos. ¿Comprende usted, *m'sieu l'agent de police*?

Carrigan remeció la cabeza asintiendo, y dijo:
—Lo comprendo.

Capítulo XVI

DAVID aguardó en el camarote. No miró por la ventana para observar la llegada de St. Pierre. Sentóse y cogió una revista del velador en donde estaba la cesta de labor e Juana María, Carrigan sentíase entonces completamente tranquilo. La sangre le circulaba normalmente y el pulso le latía sin acelerarse. Nunca se había sentido tan dueño de sí mismo ni mejor dispuesto para dominar la situación. Saint Pierre venía para luchar. No había duda, Acaso al principio la lucha no sería material; pero lo cierto era que algo serio iba a suceder en aquel camarote en el espacio de media hora. Entonces, ante la inminencia del drama, la idea de alucinar a St. Pierre con una estupenda apuesta le pareció ridícula. Con calculada frialdad se vio obligado a conceder que St. Pierre tendría algo de loco si lo aceptaba, cuando precisamente él se encontraba tan en absoluto en sus manos. Para Juana María y el jefe de los Boulain la mejor y más expeditiva solución sería el fondo del río. Y la insinuación del mestizo todavía podía llegar a convertirse en realidad.

Cuando se torturaba la mente pensando en la proximidad de la contienda, David se encontró mirando una revista en cuyas páginas aparecían delicadas y lindas muchachitas vestidas con prendas íntimas de mujer. Juana María había anotado con lápiz sus gustos al pie de algunos de aquellos figurines de ropa interior. Debajo de un grabado en que una de tales prendas envolvía a una de aquellas insinuantes criaturas, leyó la siguiente nota: «¡Esto le gustará a St. Pierre!». Esta indicación estaba entre dos signos admirativos.

David dejó la revista en la mesa y miró a la puerta. No; Saint Pierre no vacilaría en arrojarle al fondo del río por ella; no vacilaría si él, David Carrigan, planteaba la necesidad de una solución. En algunos momentos, se decía a sí mismo que era sumamente difícil y violento forzar la letra de la ley. Aquel momento era uno de esos. No le asustaba el fondo del río. Era porque otra vez pensaba en Juana María.

El roce de una canoa con el flanco de la nave le volvió nuevamente a la realidad. Oyó varias voces, y conoció entre ellas la de St. Pierre. Continuaron un rato oyéndose las voces, generalmente tan bajas que no era posible distinguirlas. Esperó con impaciencia diez minutos. Al fin se abrió de pronto la puerta y entró St. Pierre.

David se levantó lenta y fríamente, y el jefe de los Boulain cerró la puerta una vez dentro. No fue el de David el gesto de las bienvenidas, sino que, representante de la ley, esperó sin alterarse, dueño de sí mismo, impasible como si fuera de acero. Estaba preparado para la lucha. Esperaba que la contienda comenzaría pronto. Solo tocaba a Saint Pierre determinar qué género de lucha emprendería. Y se asombró al ver a St. Pierre, pero disimuló su sorpresa. A la viva luz que entraba por la ventana del Lado

del oeste, el jefe de los Boulain se detuvo de pie mirando a David. Llevaba una camisa de franela gris y destacaba su espléndida cabeza, con barba y cabello rojizo. Mas lo que observó de un modo especial sus ojos. Eran los ojos que no le gustaba advertir en un enemigo; de color gris de acero, reflejaban la luz del momo el pedernal pulimentado. Pero en aquel momento no se adivinaba en ellos el fuego de la lucha. Saint Pierre no estaba excitado ni de mal humor. La actitud de Carrigan no pareció turbarle lo más mínimo. Sonreía; sus ojos brillaban con una curiosidad casi infantil al mirar con detenimiento a David. Luego, pausadamente, mientras de la hondura de su pecho salía una risa ahogada, avanzó tendiendo una mano.

—Soy St. Pierre Boulain —dijo Me han hablado mucho de usted, sargento Carrigan. ¡Tuvo usted una hora desgraciada!

Hubiera agradado más a David que el hombre hubiera avanzado con gesto amenazador. Le era molesto tener enfrente a aquel gigante que le tendía la mano simulando amistad, cuando él esperaba un encuentro muy distinto. ¡Saint Pierre estaba burlándose de él! No cabía duda. Y tenía la gran osadía de decirle que había estado afortunado, como si el resultar herido por la mujer de quien sea, pudiera tomarse como una broma inocente.

Carrigan no alteró su actitud. No tendió la mano para encontrar la otra. Ni a sus ojos ni a sus labios se asomó más leve expresión que correspondiera al saludo de Saint Pierre, el cual, ante aquel recibimiento, retiró la mano y la dirigió a la caja abierta de cigarrillos, de manera que le dio un rato la espalda.

—¡Tiene gracia! —dijo, como hablando consigo mismo, y con un ligero acento de su *patois*^[17]—. Llego a casa; encuentro a mi Juana en terrible confusión, y a un extraño en su aposento, y el forastero no quiere que me ría, ni acepta un apretón de manos. *Tonnerre*^[18]! ¡digo que es chistoso! Juana le salvó la vida, y le hizo picatostes, y le dio mi propia cama, y paseó con él por el bosque... ¡Ah, desagradecido, *cochon*^[19]!

Y se volvió, riendo abiertamente, de modo que su honda voz llenó todo el camarote:

—*Vous avez de la corde de pendu, m'sieu*^[20]. ¡Es usted un pájaro con suerte! Sólo por otro hombre hubiera hecho Juana María otro tanto. Suerte tuvo usted no acabando, allí, detrás de la roca, suerte de no estar ya en el fondo del río, suerte de...

Encogió sus enormes hombros, desesperanzado.

—Y ahora, después de toda nuestra amabilidad y de tan buena fortuna, me recibe, *m'sieu*, como a un enemigo. ¡Por Satanás que no lo entiendo!

Por su vida que Carrigan no pudo en aquellos momentos medir cabalmente a su hombre. No pronunció una sola, palabra. Dejó que St. Pierre hablara. Allí lo veía, en pie, como a uno de los hombres más apuestos que conociera, y se sentía dominado por una gran sorpresa. Pero en el fondo de la indiferencia de sus palabras, David percibía el latido de algo muy distinto. St. Pierre se mostraba plenamente tal como Juana María le había dicho, aun quedándose corta en la apreciación. Le había

asegurado que tenía una confianza ilimitada en los recursos de St. Pierre para afrontar cualquier situación del mundo, y ahora Carrigan reconocía que St. Pierre respondía perfectamente a semejante clase de hombre. No dejó de sonreír, ni el buen humor se le fue de los ojos.

David le devolvió la sonrisa fríamente. Reconocía la habilidad con que su contrario llevaba el juego. St. Pierre era un hombre que de la misma manera sonreiría en la lucha y a Carrigan le gustaba habérselas con un combatiente risueño, que no perdiera la sonrisa ni en el momento de echarle las esposas de acero a las muñecas.

—Soy el sargento Carrigan de la «División N» de la Real Policía Montada del Noroeste —dijo, repitiendo la fórmula legal—. Siéntese usted, Saint Pierre, que le contaré algunas cosas que han sucedido. Después de esto...

—Non, non! No es necesario, *m'sieu*. He pasado una hora enterándome de todo, y no agrada oír una misma historia dos veces. Usted pertenece a la policía. A mí me gusta la policía. Son todos hombres valientes, y los valientes son hermanos míos. ¡Usted va en busca del bribón de Roger Audemard! ¿No es cierto? Y cayó usted herido junto a aquella peña de allá arriba. Casi lo mataron, *ma foi*^[21]!, y fue mi Juana la que disparó. Si, creyó que se trataba de otra persona.

Volvió a sonar como un tambor la risa pectoral de Saint Pierre.

—Un mal tiro —prorrumpió—; yo la había enseñado a disparar mejor. Pero el sol cegaba reflejado en la arena ardiente y blanca. Estoy bien enterado de cuanto ha sucedido después. Bateese se engañaba. Ya le tocará a él lo suyo por haber deseado verle caer dentro del río. *Oui, ce que femme veut, Dieu le veut*^[22]!, eso es. Una mujer debe ser mujer, y el corazón gentil de mi Juana María se conmovió, porque era usted un hombre bien parecido y valiente. Pero yo no soy celoso. El gusanillo de los celos es enemigo de la amistad. Y nosotros vamos a ser amigos. Sólo en calidad de amigo puedo llevarle a usted al castillo de Boulain, en la lejanía de Yellowknife. Allá nos dirigimos.

A pesar de que hubiera sido oportuno hacer otra cosa en aquel preciso momento, Carrigan sonrió, acercando otra silla a la mesa. Pero al punto volvió a ponerse grave. De repente recordó que también detrás de la peña se había sonreído burlonamente cuando la muerte andaba cerca de él, y St. Pierre parecía encontrarse entonces en igual situación. David lo consideró como al jefe de los Boulain, que estaba sentado delante de él. Aquel hombre no podía asustarse, de ninguna cosa del mundo, ni aun de la policía. Un fulgor que vio en sus ojos, al encontrarse ambas miradas por encima de la mesa, se lo hizo comprender así. «Ahora sonreímos porque nos da la gana», leyó Carrigan en ellos. «Pero dentro de un momento, si es preciso iremos a la lucha».

Carrigan se inclinó un poco sobre la mesa.

—Usted sabe que no vamos al castillo de Boulain, Saint Fierre —le dijo— sino que vamos a parar al Fort Mac. Murray, y allí su esposa y usted tendrán que dar razón de ciertas cosas sucedidas. Sólo puede haber otro camino. En su mano está

principalmente el aceptarlo. ¿Por qué su esposa atentó contra mi vida? ¿Y qué noticias tiene usted de Black Roger Audemard?

Los ojos de St. Pierre permanecieron un rato clavados en el rostro de Carrigan. Lentamente se operó un cambio en ellos. La sonrisa fue extinguiéndose, y del fondo de la mirada azul fueron surgiendo otros dos ojos, duros como el acero, fríos como el hielo. Mas no eran amenazadores, ni delataban enojo ni pasión. La voz de St. Pierre, al reanudar la charla, perdió el tono vibrante y profundo de antes. Se diría que al principio había hablado haciendo un formidable esfuerzo para adquirir aquel tono, y el esfuerzo se ocultaba en el fondo de sus ojos como algo terrible.

—¿Por qué jugar como chiquillos, *m'sieu* Carrigan? —le preguntó—. ¿Por qué no afrontamos la situación de cara, rectamente, como hacen los hombres? Sé lo que ha ocurrido. ¡Fue mala cosa, *mon Dieu!* Usted quedó medio muerto, y oyó al infeliz Andrés que llamaba a Roger Audemard. Mi Juana María le contó algo acerca de él: que le encontré en la selva, destrozado de cuerpo y alma. Y por lo que hace a mi Juana María... —St. Pierre crispó los puños encima de la mesa Non!, ¡antes morir, antes matarle a usted que descubrir por qué disparó contra usted cuando estaba escondido en la roca! Somos dos hombres. No conocemos el miedo. Dígame, pues, ¿qué haría usted en mi lugar?

En el momento de silencio que siguió a esta pregunta ambos se miraron fijamente.

—Yo lucharía —dijo David pausadamente—. Si fuera por ella, estoy seguro de que lucharía.

Carrigan creía estar tendiendo la red en que había de caer St. Pierre. Se inclinó un poco más sobre la mesa y añadió:

—Y lucharé, como sea; debo luchar. Usted conoce nuestra ley, St. Pierre. No nos volvemos atrás sin nuestro adversario, a menos que muramos. Estúpido sería si no comprendiera la presente situación. No dejo de comprender que a usted le sería muy fácil librarse de mí; pero no le tengo por un asesino, a pesar de que Juana María intentó serlo. —Un aliento de sonrisa pasó por sus labios—. Y Juana María, ¡perdón!, quiero decir, su esposa...

Saint Pierre le interrumpió:

—Me agrada que la llame usted Juana María. También a ella le complacerá, *m'sieu*. ¡Quién tuviera, *Dieu*, ojos capaces de ver lo que es el corazón de una mujer! La vida es divertida, *m'sieu*. Es una gran broma. ¡Se lo juro, a fe mía!

Y se encogió de hombros, volviendo a sonreír.

—Vea usted lo que ha pasado. Salió usted en busca de un asesino. Mi Juana María comete un lamentable error y le pega un tiro. Luego se compadece; le salva la vida; le trae aquí y, *ma foi!*, mucha verdad es que se dedica a cuidarle más de lo que debiera. Pero esto no me induce a matarle, *non*, porque en su dicha está la mía. Los muertos no hablan; pero a veces un hombre vivo tampoco revela lo que sabe. Y esto es lo que va usted a hacer *m'sieu* Carrigan. Usted guardará como una tumba el secreto

de lo que ocurrió detrás de la roca. Usted va a ahogar como dentro de un pozo los lamentos de nuestro desventurado Andrés. Nunca saldrán estas cosas de sus labios. Lo sé. Lo afirmo. ¡Lo juro por mi propia vida!

Saint Pierre hablaba despacio, sin alterarse. Su voz revelaba una extraordinaria confianza en lo que decía. No tenía el tono de la amenaza, ni aun de la prevención. Se le veía muy dueño de sí mismo, y sus ojos, que recobraron el color azul, volvían a ser casi amistosos.

—¿Apostarla usted la vida? —insistió Carrigan interrogando—. ¿Conque usted haría eso?

Saint Pierre se levantó y paseó la mirada en torno de él, con un brillo de exaltación y orgullo en los ojos. Fue hasta el extremo de la estancia donde estaba el piano, y sus dedos recorrieron las teclas. Viendo el lindo pañuelo de encaje que allí estaba, lo cogió y volvió a dejarlo en el mismo sitio. Carrigan no le instó para que contestara; prefirió esperar. Se sentía dominado por una emoción misteriosa y creciente, a pesar de que esforzabase por dominarla, cada vez que contemplaba a St. Pierre. Nunca ejerció igual influjo en su ánimo la presencia de otro hombre; se le ocurrió la extraña idea de que había dado con un contrincante digno de él; aunque más bien le pareció que éste le llevaba ventaja. Le hacía efecto de que St. Pierre había traído al entrar en el camarote algo más que la espléndida fortaleza de su cuerpo, algo que se hizo sensible en aquel intervalo de silencio, para advertir a Carrigan que toda la policía del mundo sería inútil para hacer desistir al jefe de los Boulain de lo que ya se le había metido entre ceja y ceja. Momentáneamente huyó de él la idea de que la suerte le pusiera en riesgo de enemistarse con St. Pierre. Toda su atención estaba fija en descubrir lo que era aquel hombre. Y poniéndose también de pie, dejó asomar una sonrisa a sus labios al recordar las baladronadas de Bateese.

Le pregunto —dijo— si en efecto expondría usted la vida por un asunto semejante. Por supuesto que si sus palabras han sido meramente casuales, si carecían de valor...

—Doce vidas que tuviera, me las jugaría una tras otra como he dicho —le interrumpió St. Pierre. Lanzó de pronto una resonante carcajada, y su voz se hizo más recia:

—*M'sieu* Carrigan prosiguió —he venido precisamente a ofrecerle esta prueba. Ahora puedo en efecto matarle puedo arrojarle, al fondo del río, conforme al criterio de Bateese. ¡De qué manera definitiva, *mon Dieu*, podría hacerle desaparecer! Y mi Juana continuaría entonces libre. No caería en las rejas de la cárcel sino que continuaría viviendo, riendo y cantando por la selva a la cual pertenece. ¡Y el malvado Black Roger Audemard gozaría de la libertad durante algún tiempo! Pero hacer eso sería igual que matar a un niño. ¡Está usted tan desamparado! Así es que se vendrá con nosotros al castillo de Boulain y si al cumplirse el segundo mes, a partir de hoy, no puede usted decir convencido que yo he ganado mi apuesta, óigalo bien, *m'sieu*, iré con usted al bosque y allí podrá quitarme de un tiro la vida, como fin de la

partida. ¿No es esto imparcial? ¿Se le ocurre un procedimiento mejor entre hombres como nosotros?

—Puedo sugerir un procedimiento que, por lo menos, tiene la ventaja de ahorrar tiempo —replicó David—. Mas, ante todo, es necesario que yo sepa bien cuál es mi situación aquí. Entiendo que soy prisionero.

—Es usted un huésped, sometido a ciertas restricciones, *m'sieu* —rectificó St. Pierre.

Los ojos de ambos se encontraron.

—Mañana por la mañana tengo que luchar con Bateese dijo David Se trata de una pequeña fiesta deportiva que corre a nuestro cargo para solaz de los hombres de usted. Tengo entendido que Bateese es el mejor luchador de los Tres Ríos, y no estoy dispuesto a que nadie ostente semejante distinción donde yo me halle.

Por primera vez St. Pierre pareció perder su placidez. Se le nubló la frente, se le frunció un momento y se advirtió cierta desconsolada esperanza al encogerse de hombros, como si las palabras de Carrigan hubieran nublado toda la luz del día para el jefe de los Boulain. También su voz adquirió un tono de desdicha y desencanto cuando avanzó hacia la ventana diciendo:

—*M'sieu*, en aquella balsa hay muchos hombres míos que apenas descansan ni duermen desde que saben que un forastero va a luchar con Cohombro Bateese. Tonnerre! Sin haberlo visto a usted nunca, han apostado hasta las ropas que llevan puestas, y se han esforzado haciendo crujir sus músculos en el trabajo para llegar a tiempo. Con toda el alma han rogado que sea una soberbia lucha y que Bateese no se le coma a usted con demasiada voracidad. Hace mucho que no presenciamos un buen combate, desde que el último valiente se atrevió a contender con el mestizo. Pero, ¡ah!, he de participarle, sintiéndolo mucho, que ese encuentro es irrealizable.

Saint Pierre no trató de reprimir su emoción. Parecía un mocetón, un muchachote a quien se contrariase. Se acercó a la ventana, contempló la balsa, y volviendo a encogerse de hombros exhaló una especie de gemido.

Un estremecimiento producido por un presentimiento de triunfo recorrió la sangre de David. En sus ojos brillaba a chispa de semejante emoción cuando St. Pierre volvió de la ventana.

—¿Pero a usted le contraría eso, St. Pierre? ¿No es cierto que a usted también le gustaría verlo?

Reapareció el fulgor azul y acerado en los ojos de Saint Pierre:

—Si el precio de ese encuentro fuera un año de mi vida, lo daría gustoso con tal de que Bateese no diera buena cuenta de usted con demasiada diligencia. Me agrada presenciar un buen combate, a condición de que no haya ponzoña de odio en los golpes.

—Entonces tendría usted ocasión de presenciar un match insigne.

—Bateese le mataría, *m'sieu*. Usted no es bastante corpulento. No es usted contrincante para él.

—Le venceré, St. Pierre; le tendré dominado hasta que se dé por vencido.

—No conoce usted al mestizo, *m'sieu*. Dos veces he medido con él mis fuerzas en encuentros amistosos, y las dos veces me ha vencido.

—Pues yo le ganaré —insistió Carrigan Y quisiera apostar algo con usted, aunque fuera la vida, a que yo le venzo.

La sombra de contrariedad había desaparecido del rostro de St. Pierre, pero en un instante resurgió.

—Mi Juana me ha hecho darle palabra de impedir esa lucha.

—¿Y por qué? ¿Por qué ese empeño en un asunto cuya solución corre de cuenta exclusiva de dos hombres? —preguntó David.

Otra vez se rió St. Pierre, aunque con visible esfuerzo:

—Porque tiene buen corazón, *m'sieu*. Cuando Bateese me humilló se rió, porque sabía que se trataba de una broma, exclamando: «¡Oh, mi gran St. Pierre, cuyas venas llevan sangre de una vieja aristocracia francesa, vencido por un hombre con nombre de hortaliza!». Le digo que se regocijó grandemente. Llegaron a saltársele las lágrimas de risa. Pero con usted es muy distinto el caso. Estaba pálida al suplicarme que no le permitiera luchar con Bateese. Teme, verdaderamente, que salga usted una vez más, mal parado. Pero le garantizo que no estoy celoso, *m'sieu*. Ella nada me oculta. Todo ni lo cuenta, como una niña. De manera que...

—De manera que voy a pelear con Bateese —afirmó David.

No acertaba a saber si St. Pierre notaba los latidos de su corazón, ni si su semblante denunciaba la oleada ardiente que invadía su cuerpo:

—Bateese y yo nos hemos comprometido; y lucharemos, a menos que haga usted atar de pies y manos a uno de los dos. Y por lo que hace a la apuesta...

—Veamos, ¿qué tiene usted para apostar? —le preguntó Saint Pierre ansiosamente.

—Usted sabe que la singularidad del caso es notable. —Lo reconozco, *m'sieu*.

—Pero una lucha sin apuesta sería como una pipa sin tabaco, St. Pierre.

—Dice usted bien.

David se le acercó y le puso una mano en un brazo:

—Espero, St. Pierre, que su Juana y usted comprenderán lo que voy a ofrecer. He aquí: si Bateese me vence, desapareceré en la selva y jamás saldrá de mis labios una sola palabra de cuanto ha ocurrido desde el momento en que me refugié en la peña hasta ahora. No llegará el más leve rumor a oídos de la ley. Olvidaré el atentado y los sospechosos lamentos del tullido. Tanto usted como su Juana quedarán a salvo de todo, si Bateese me vence.

Hizo una pausa y esperó. St. Pierre no acertó a responderle. El rostro se le llenó de asombro, y luego un fuego ardiente le encendió los ojos, prueba evidente para Carrigan de que sus palabras le habían impresionado profundamente.

—Y si se diese el caso de que yo venciera —continuó David, volviéndose con cierta indiferencia hacia la ventana ¿qué podría esperar de usted en recompensa? Si

gano, el cumplimiento de la apuesta por su parte será ponerme al corriente, con todos los pormenores, de la causa que indujo a su esposa a atentar contra mi vida, viéndome tras la roca, y enterarme además de cuanto usted sepa acerca del a quien busco, es decir, de Black Roger Audemard. Nada más. No pido nada extraordinario: usted mismo admite que la ventaja por su parte es grande.

Dijo esto sin mirar a St. Pierre. A su espalda le oía respirar. Llegaba de fuera el ruido que producía el agua en su blando movimiento, el ronco vocear de los hombres que iban en la popa, un grito y el ladrido de un perro que provenía de la balsa alejada en el río. Aquellos momentos eran de ansiedad para David. Volvióse otra vez, afectando indiferencia, como si el asunto fuera para él de poca monta. Tampoco St. Pierre le miraba, sino que dirigía la vista hacia la puerta, como si pudiera ver a través de ella la vigorosa figura de Bateese inclinada sobre el mango del timón. A Carrigan le pareció notar que el rostro de St. Pierre íbase congestionando con intensidad.

—Óigame, *m'sieu* —le dijo—. Es usted un hombre de honor, y sé que sepultará religiosamente en su corazón lo que voy a decirle, de lo cual jamás ha de descubrir ni una palabra, ni aun a mi Juana. No le censuro por amarla, non! Eso no depende de mi voluntad; Ha luchado por ocultarlo, y esa conducta merece mi respeto. ¿Que cómo me he enterado? *Mon Dieu!* Ella misma me lo ha dicho. El corazón de las mujeres es buen entendedor, y sus oídos son sumamente finos, *m'sieu*. Cuando estaba usted enfermo y deliraba, le dijo muchas veces que la amaba, y cuando, gracias a ella, volvió usted a la vida, comprobó en varias ocasiones la verdad de lo que, traicionándole a usted, sus labios le dijeron. Más aún, *m'sieu*: sintió en aquella ocasión el contacto de los labios de usted en el cabello. Ella le ha comprendido perfectamente, y me lo ha contado todo con franca inocencia, a pesar de que su corazón se estremece con la simpatía que siente siempre la mujer que se sabe amada. ¡Si usted hubiera visto, *m'sieu*, la luz de sus ojos y el resplandor de sus mejillas cuando me confesaba estos secretos! Pero yo no soy celoso. Non! Únicamente le hago estas confidencias porque es usted un hombre valiente y de honor. Mi Juana se moriría de vergüenza si llegara a sospechar que yo he descubierto su secreto. No obstante, es necesario que se lo diga a usted, porque si hacemos la apuesta, ella debe quedar excluida de juego. ¿Entiende, *m'sieu*?

Y prosiguió:

—Somos dos hombres fuertes y luchadores. Yo, Pierre Boulain, no puedo sentir la vergüenza de los celos cuando el corazón de una mujer es puro y tierno, y cuando un hombre lucha con sus sentimientos guiado por el honor, como ha hecho usted. No puede usted, *m'sieu* David Carrigan, herir con su dura mano de hombre ese corazón, sensitivo como una flor, y que en este instante estará temblando con extraordinaria violencia, temeroso de que algo grave le sobrevenga a usted. ¿No digo bien *m'sieu*? Sí, haremos la apuesta; pero aunque usted venciera a Bateese, cosa improbable aun en cien años de contienda, no le revelaré por qué le hirió mi Juana María cuando estaba usted junto a la roca. Non!, eso nunca. En cambio le juro que le diré lo otro. Si usted

vence, le contaré cuanto sé de Roger Audemard, que no es poco *m'sieu* ¿hace o no hace?

David tendió reposadamente una mano. St. Pierre la estrechó. Los dedos de aquellos hombres se entrelazaron como falanges de acero.

—Mañana luchará usted —dijo St. Pierre—. Luchará y sufrirá una derrota tal que le dejará señalado para toda la vida. Lo deploro. Preferiría tener como hermano a un hombre como usted, antes que ver en él a un enemigo. Ella nunca me lo perdonará. Siempre tendrá presente en el corazón la idea de que obro brutalmente consistiendo que usted se bata con el mestizo. Pero esto es lo mejor para todos. ¿Y mis hombres? ¡Ah, *diable*, qué bello espectáculo les proporciona, *m'sieu*!

Le soltó la mano y volvió a la puerta, que un momento después se cerró. Y David se encontró solo. No había contestado. No había respondido a las verdades anonadantes que acababan de brotar de los labios de Saint Pierre, de una manera serena que no revelaba la mas leve pasión. Estaba, en sus adentros, agobiado; pero tenía el rostro impasible, como de piedra, ocultando una vergüenza que sentía. Repentinamente sonó fuera una voz que hizo que su sangre circulara nuevamente. ¡Era una risa, la estruendosa carcajada de St. Pierre! No era ella la nerviosa alegría del hombre cuyo corazón sangra, o de cuya vida se ha enseñoreado un dolor o angustia inesperado. Era una carcajada selvática y franca contagiada de la gloria de un día colmado de sol.

Y David, oyéndola, sintió algo que era más que simple admiración por aquel hombre que cada vez crecía más en su estimación. Y maquinalmente sus labios repitieron las palabras de St. Pierre: «Mañana luchará usted».

Capítulo XVII

DAVID estuvo junto a la ventana bastante rato viendo la canoa que llevaba a St. Pierre Boulain y al tullido hasta la balsa. Avanzaba muy lentamente, como si St. Pierre fuera divagando con algún motivo, y pensara ahincadamente en lo que había pasado. Apretó David Carrigan los puños y se le distendieron los músculos del rostro al ver los resplandores del sol poniente. Una vez pasada la violencia de los momentos de tensión nerviosa en el camarote, no realizó el menor esfuerzo por conservar el aspecto de frialdad y decisión con que había recibido al jefe de los Boulain. En lo más recóndito del alma se sentía atropellado y humillado. Todo su sistema nervioso estaba dolorido.

Hacía un momento que oyó la estentórea carcajada de St. Pierre; pero debía de ser la risa de un hombre que llevaba herido el corazón. Y ahora volvía de aquella manera adonde estaba Juana María, avanzando sin mucha más prisa que la que le imprimía la corriente, como dando tiempo para recobrar su calma antes de encontrarse otra vez con su mirada. David le vio impasible, un poco echados hacia delante los gigantescos hombros, baja la cabeza, y a popa iba el tullido remando negligentemente, fijos los ojos en su amo. David se maldijo para su capote. En su egoísmo se decía que había librado un combate espléndido resistiendo a la tentación de un gran amor por la mujer de Saint Pierre. Pero ¿qué era su propia lucha interior comparada con la tragedia que St. Pierre estaba afrontando?

Se apartó de la ventana y volvió a mirar todo el camarote, que era la habitación de la mujer de St. Pierre; y el rostro se le encendió al hacerse una muda acusación. Aquello le representaba otro cuadro como una cosa viva. Perdió por un momento la sensación de su identidad. Se veía en el lugar de St. Pierre. Era el esposo de Juana María, la adoraba por lo menos tanto como el mismo Saint Pierre, y se imaginaba llegar, como él, a encontrarse con un extraño en su habitación, un forastero a quien su mujer había devuelto la vida, un forastero que se había enamorado de la más inviolable posesión, que la había besado, que la había tenido entre los brazos, un forastero cuya presencia ponía nuevos fulgores en aquellas mejillas y en aquellos ojos que hasta entonces le habían pertenecido exclusivamente a él. Y se figuraba oírlo, como la había oído St. Pierre, argumentando por alejar todo peligro de semejante hombre; percibía su dulce voz, que le contaba todo lo que había pasado entre los dos, y veía en sus ojos...

A punto de lanzar una exclamación arrojó de sí tales pensamientos y borró aquel cuadro de su mente. Era cosa terrible de concebir, incompatible con la realidad. Pero la verdad no se desvanecía. ¿Qué hubiera hecho él en el lugar de St. Pierre?

Volvió a la ventana. Sí. St. Pierre era más hombre que él; había llegado tranquilo, sereno, a tenderle la mano amistosamente, generoso, sonriente, ocultando para sí la herida que traía; en cambio él, David Carrigan, habría llegado con el deseo de la muerte en el corazón.

Sus ojos pasaron de la canoa a la balsa, y de aquella enorme almadía a las brumosas ondas de la verde y áurea espesura del bosque que se esfumaban a muchas millas del río. Sabía que al otro lado se dilataba también, de Norte a Sur, de Este a Oeste, un inmenso mundo despoblado, cubierto de iguales umbrías verdes y doradas, infinidad de llanuras, ríos y lagos, y de ocultos ligares donde una novela y una tragedia podrían sepultarse para siempre. Se le ocurrió que sería cosa fácil deslizarse internándose en aquel mundo y desaparecer. A St. Pierre le debía casi esta idea. Lo que en aquella ocasión volvió a Carrigan a la realidad fue la voz de Bateese en una explosión de cantar salvaje e inarmónico. A pesar de todo, debía cumplir aquel agobiador asunto de justicia. ¡Maldita ley!

Observó al cabo de un rato que la canoa aceleraba su marcha, y que el remo de Andrés trabajaba esforzada e incesantemente. St. Pierre ya no estaba inclinado en la proa. Levantaba la cabeza y agitaba una mano en dirección a la balsa. Del camarote de la inmensa mole de madera flotante había salido una figura de mujer. David vislumbró como un resplandor del vestido y vio un lienzo blanco que se agitaba por encima de la cabeza de aquella figura. Era Juana María. Carrigan se retiró de la ventana.

No sabía lo que estaría pasando entre St. Pierre y su esposa durante aquella hora. El bote iba frente a la balsa, marchando a la misma velocidad. Por dos veces cedió al deseo de escudriñar con los gemelos la cubierta de aquel maderamen flotante. Pero el camarote ocultaba a Saint Pierre y a Juana María, y no vió a ninguno de los dos hasta que el sol declinaba. Entonces salió Saint Pierre solo.

Aun a aquella distancia oyó extenderse por el dilatado río la resonante voz del jefe de los Boulain. Comenzó a despertar la vida en la balsa donde había reinado la somnolencia de la inacción. De los cobertizos de cáñamo y de las tiendas listadas salieron doce hombres que asieron rápidamente otros tantos de aquellos grandes remos. Se levantó por la superficie del agua un rumor de voces, rumor que entrecortaba los alaridos y gritos de los hombres que acudían a su trabajo a las órdenes de St. Pierre y que se convirtió en la canción del bogar, cuando los remos empezaron a relumbrar al sol poniente...

David se sobrecogió al oírla y contemplar la fugitiva gloria del día que parecía besar la arena de las orillas. Distinguió claramente a St. Pierre, pues la balsa se había aproximado. Distinguió las cabezas destocadas y los desnudos brazos de los remeros. El dulce aliento de la selva le llenó el pecho, mientras se extendía a sus ojos aquel cuadro y en lugar de la humillación y el hosco afán del cumplimiento del deber se despertó en su alma una especie de codicia y anhelo. Respiró el aire de aquel mundo, de aquel mundo que podía contemplar y adorar y en el cual no obstante se sentía

extraño, mientras otros hombres eran parte natural del mismo. Envidió a los que manejaban los remos; sintió que el corazón se le inflamaba con al alborozo y júbilo de la canción. Se dirigían al hogar, río abajo, al hogar del corazón de la Tierra de Dios, donde las esposas y las novias, y la felicidad los esperaban, y él adivinaba sus ansias contemplando, desde la ventana, el río. Pero él era inevitablemente un extraño, más aun un enemigo, cazador de hombres enviado, a seguir una pista con facultades para destruir; era un agente depositario de una poderosa y despiadada fuerza que implicaba el castigo y aun la muerte.

La tripulación de la chalana unió sus voces a la canción crepuscular de los hombres de la balsa, y en las ondulaciones y en las concavidades de las cimas de la selva, rojas y verdes a la última lumbre de la gloria solar repetía el eco del cantar de aquellos hombres. David comprendió entonces cual había sido la orden de Saint Pierre. La inmensa embarcación con su ciudad de tiendas se disponía a amarrar para pasar la noche. Como a un cuarto de milla mas abajo se dilataba el cauce, y se extendía a lo lejos una playa baja y limpia hacia la cual el esfuerzo de los hombres que remaban iba emproando la embarcación. Algunos botes de York se dirigieron a la playa y echaron anclas que ayudaran a sujetar la enorme balsa. Otros dos halaban los cables de remolque a la orilla, y al cabo de veinte minutos salieron del agua a la playa los primeros barqueros, los cuales cruzaron la blanca franja arenosa para ir a atar los cabos a los arboles mas próximos. Emocionado por el entusiasmo y el triunfo de aquellos instantes, David sonreía instintivamente y hasta el ultimo momento no cayó en la cuenta de que Bateese y su tripulación dirigían aquella nave a la opuesta orilla. Aún no había desaparecido el sol totalmente, cuando, tanto la balsa como la nave-vivienda estaban ya ancladas para pasar la noche.

Al ir condensándose las sombras de la selva lejana Carrigan experimentaba que se apoderaba de su ser una opresión de vacío y soledad que jamás había sentido. Le contrariaba la circunstancia de que no hubieran amarrado la chalana al lado de la balsa. No tardó en ver que los hombres hacían hogueras. En la playa comenzaron a elevarse las espirales del humo y notó que se avecinaba la hora de cenar, la mas feliz de las horas para los ribereños. Miró el reloj. Eran mas de las siete Luego contempló la desaparición del sol, hasta que en poniente no restó más que un rojizo resplandor. Ante las sombras, cada vez más apretadas, de la selva, las hogueras de los remeros adquirían mayor intensidad. En aquella misma orilla Bateese y los suyos preparaban su refacción. Comió sin saber apenas a qué sabían los manjares, y a la media hora desapareció el hombre llevándose el servicio. No era noche muy oscura todavía cuando volvió a la ventana, pero la orilla opuesta no se veía mas que como un confuso trazo de tinieblas. Las hogueras eran más resplandecientes. Una de ellas, levantada aparte y sola, por la innata afición de aquella gente a la luz y la alegría, elevaba a seis metros el oro de sus llamas.

Se preguntaba Carrigan en qué estaría ocupada Juana María en aquellos momentos. La noche anterior habían estado juntos; le había fascinado el brillo de

aquellos ojos, de aquel cabello al claro de luna; él le dijo algo de esto, y ella sonrió y rió quedamente con él; y así permanecieron largas horas, cautivados por la noche dorada y el rumor del río. ¿Estaría ahora en compañía de St. Pierre, como estuvo con él el día anterior, esperando también la salida de la luna? ¿Lo habría olvidado? ¿Podría olvidarlo? ¿O era inocente, como Saint Pierre se había esforzado dolorosamente en hacerle creer, de todos los pensamientos y deseos que le asaltaron en aquellas horas furtivas en que, sentado junto a ella, había estado adorándola? Solamente podía considerar aquellas horas como furtivas o clandestinas, puesto que no creía que Juana María hubiera revelado a su marido todo lo que ellos habían hablado.

Estaba seguro de que no volvería a verla como entonces, y una especie de amargura le invadió al pensarlo. Si St. Pierre hubiese contemplado el rostro y los ojos de Juana María cuando él le confesaba que su cabeza al resplandor lunar era la cosa más bella que había visto en su vida, le habría estrangulado con sus propias manos durante la escena en el camarote. Porque la rectitud de St. Pierre no habría tolerado que se le turbaran a su mujer los ojos bajo las largas pestañas, ni que se le encendieran las mejillas tan ardientemente al oír las palabras de otro hombre; y contra ella no era posible que hubiera dirigido la venganza. No, ella no había declarado a St. Pierre todo cuanto podía haberle dicho. Algunas cosas tenía que guardarlas para sí misma; no podría revelárselas a su marido, ni aun contando con su buen corazón. Por vergüenza, si no por otro sentimiento, se habría reservado algo.

¿Sentiría aquella vergüenza como él estaba sintiéndola? No era concebible lo contrario. Y más que por otra razón, porque Carrigan sabía que Juana María no volvería a comparecer delante de él, a menos que hiciera lo imposible por encontrarla. Y esto no era probable, pues la apuesta con St. Pierre la descartaba de la segunda parte del drama del día siguiente, con motivo del encuentro con Bateese. Únicamente si St. Pierre llegara a verse en la sala del tribunal sería posible que los ojos de Juana María volvieran a encontrarse con los suyos, y entonces fulgurarían con el odio que en otra ocasión fulguró en los ojos de Carmina Fanchet. Con la triste herida de un remordimiento que recientemente había comenzado a penetrar en su conciencia, David Carrigan comenzó a preguntarse qué suerte habría corrido Carmina Fanchet en los años transcurridos desde que él enviara a su hermano a la horca. Las dos últimas noches, en duermevela, había tenido extraños sueños acerca de aquella mujer. Le molestaba haberse despertado a medianoche pensando en ella, siendo así que se había acostado con la mente llena de la dulce presencia de Juana María Boulain. Y ahora su pensamiento penetraba y veía ahincadamente a través de una misteriosa tiniebla y duda, aunque la oscuridad de la noche se extendía en densa capa sobre el río.

Había seguido a un día despejado unas nubes grises, y las estrellas estaban ocultas. Era tal la oscuridad del camarote cuando David se retiró de la ventana, que nada podía distinguir. No encendió las lámparas, sino que se acercó al diván de St.

Pierre y se sentó rodeado de sombra y silencio. Por la ventana abierta le llegaban la cadencia del río y los murmullos del bosque. En la orilla no sonaban voces humanas; pero se percibía el susurro que debajo modulaba el agua al rozar la popa y los flancos de la nave; de lo profundo de la selva provenía el incesante rumboreo de las frondas de los abetos y los cedros, y también los repetidos gritos y voces de los seres cuyas horas de actividad habían comenzado con la puesta del sol.

Permaneció largo rato sumido en aquella negrura. Al cabo percibió un ruido distinto de los otros, un rumor sordo y monótono de voces humanas y la inmersión de un remo en el agua. Una canoa pasó al pie de las ventanas, orilla arriba. No le dio importancia, hasta que poco después la canoa volvió y sus ocupantes pasaron a bordo de la chalana, Tampoco hubiera sentido gran interés por ello, de no haber oído una voz que por lo temblorosa le pareció de mujer.

Levantó los hombros que tenía caídos y lanzó una mirada a través de la oscuridad hacia la puerta. No tardó mucho en cerciorarse de lo que pasaba. Era lo inconcebible. ¡Juana María estaba allí fuera hablando con Bateese!

Sonó un recio golpe en la puerta, oyó que ésta se abría, y vio la oscuridad exterior, un poco más gris, recortada por la silueta de una pesada sombra.

—*M'sieu!* —llamó la voz de Bateese.

—Aquí estoy dijo David.

—¿No se ha acostado usted, *m'sieu*?

—No.

La pesada silueta pareció desvanecerse, pero allí continuaba otra sombra. El corazón de David dio un brinco al vislumbrar la esbeltez de esta segunda figura. Hubo un rato de silencio, y luego llegó a sus oídos una dulcísima voz que dijo:

—¿Quiere usted encender las luces, *m'sieu* David? Deseo entrar, pero tanta oscuridad me asusta.

Él se levantó tanteándose los bolsillos en busca de las cerillas.

Capítulo XVIII

CARRIGAN no se volvió hacia Juana María después de encender la primera de las grandes lámparas de bronce que pendían de la pared adosada al costado de la nave. Se dirigió a la segunda y encendió otra cerilla. El camarote quedó inundado de luz.

Continuaba ella recortada en silueta sobre la oscuridad de fuera cuando él la miró. La joven le contemplaba, llenos de expresión los ojos, un poco pálido el semblante, según él. David sonrió e inclinó ligeramente la cabeza. No la encontraba cambiada desde que la vio por la tarde, a no ser que en sus ojos hubiera un poca más de resplandor. Sus pupilas le miraban fijamente al corresponder a la sonrisa inclinando asimismo la cabeza. Aquellos ojos no revelaban vergüenza, ni pesar, ni la menor sombra de desventura. David clavó la vista en la visitante, sin saber qué decirle.

—¿Por qué estaba usted a oscuras? —le preguntó la joven, entrando y cerrando la puerta—. ¿No esperaba usted que yo viniera a excusarme por haberle dejado tan bruscamente esta tarde? Fue una descortesía. Luego lo comprendí y me arrepentí. Pero es que estaba nerviosa, *m'sieu* David. Le diré...

—Es natural —se apresuró a justificar él—. Lo comprendo. St. Pierre es un hombre afortunado. Los felicito a los dos. Es un hombre extraordinario, y en él puede usted depositar toda su fe y su confianza.

—Me ha reñido porque me alejé de usted en aquella forma, *m'sieu* David. Dice que debía haberme portado con más cortesía al separarme de una persona que es nuestro huésped. Así es que vengo ahora, como una muchacha obediente, a reparar mi falta.

—No era necesario.

¡Pero usted estaba aquí tan solo y a oscuras!

—Así es —dijo David.

—Además —añadió tan serena y tranquila que le llenó de pasmo—, usted sabe que también mi dormitorio está en esta nave; y St. Pierre me ha hecho prometerle que no me acostaría sin darle a usted las buenas noches.

—Eso es una imposición —exclamó David sintiendo que la sangre le subía al rostro. Usted me ha cedido a mí todo esto. ¿Por qué no me permite ir bajo el toldo de proa, o dormir en la balsa, para que ocupen usted y Saint Pierre...?

A lo que Juana María dijo interrumpiéndole:

—Saint Pierre no quiere dejar aquella embarcación.

Y volviendo el rostro hacia la mesa donde estaban los libros y revistas y su canastilla de labor, añadió:

—A mí me gusta mi camarote de proa.

—Saint Pierre...

David comenzó a decir algo, pero se interrumpió. Sorprendió un súbito color de rosa en las mejillas de la mujer de St. Pierre, que simulaba buscar algo en la cestita de labor, Temía que si continuaba hablando cometería algún desliz, si ya no lo había hecho. Estaba molesto porque se imaginaba haber descubierto la verdad. No habría sido sensato esperar que la primera noche de la llegada de St. Pierre, Juana María hubiese llamado a su camarote. Y se dijo que algo anormal habría ocurrido en la habitación de la balsa. Acaso una reyerta; por lo menos alusiones irónicas de St. Pierre. Y se inclinaba del lado del hombre con toda su simpatía.

Notó que los labios de Juana María se hallaban ligeramente fruncidos cuandoladeó el rostro. David se detuvo delante del velador, de manera que le veía de frente. Era lo cierto que si en el camarote de la balsa sucedió algo desagradable, la esposa de St. Pierre no lo traslucía. El tono rosado de sus mejillas casi se convirtió en vivo rubor; pero aquello no podía atribuirse a la turbación, porque una persona que se halla confusa no muestra normalmente alegría y contento, y a David le parecía que los ojos de Juana María estaban colmados del destello de la risa que había sorprendido en aquellos labios esforzados en reprimirse. Encontró luego Juana María una labor de puntilla comenzada, se sentó, y otra vez Carrigan admiró la larga caída de sus pestañas y el brillo alucinante de su sedoso cabello. El día anterior, en un momento de irresistible impulso, le había dicho cuán deliciosa era aquella cabellera adornada en aquella forma: una corona de hada cuyas entretejidas espirales eran huecas y suaves, como si la mata trenzada se rebelase a que la sujetaran más tupidamente. Ella le había dicho que aquel desaliño del peinado era del todo casual, debido principalmente a que se arreglaba con negligencia y prisa. Casualmente, o no, volvían a estar igual aquella noche sus cabellos, y prendidas en ellos había unas flores encarnadas que habían cogido juntos a primera hora de aquella tarde.

—Me ha traído St. Pierre —dijo la mujer en un tono naturalísimo, como si se tratase de una noticia de la que él ya estuviera enterado Ahora está en la orilla hablando con Bateese de algunos asuntos importantes. No dudo que vendrá a darle las buenas noches antes de regresar a la balsa, pues me ha dicho que le espere aquí.

Y levantó los ojos, tan claros y serenos, tan tranquilos y despejados, bajo la mirada de Carrigan, que éste habría apostado la vida a que ella no tenía sospecha de las confidencias que St. Pierre le había hecho.

—¿Le parece a usted bien, o prefiere apagar las luces y acostarse?

—¿Apagar? ¡Ca, estoy encantado! Me encontraba demasiado solo. Se me había ocurrido que...

Otra vez estuvo a punto de decir otra inconveniencia, pero se contuvo. El tenerla tan cerca le producía un efecto más desconcertante que nunca, a pesar de que era la esposa de St. Pierre. Sus ojos claros y firmes, pero que tenían suavidad de terciopelo cuando le miraban, le causaban una inseguridad peligrosa en las palabras y en el pensamiento.

—¿Conque se le había ocurrido algo, *m'sieu* David?

—Que usted no querría volver a verme después de mi entrevista con St. Pierre —dijo él—. ¿Le ha dicho a usted algo?

—Me ha dicho que es usted muy agradable y que simpatizaba con usted.

—¿No le ha dicho que está convenido para mañana por la mañana mi encuentro con Bateese?

—Sí.

Pronunció este monosílabo sin asomo de inquietud ni interés; parecía contradictorio con algo de lo que Saint Pierre había dicho a Carrigan. Contemplando a Juana María se le hacía difícil creer que ella hubiera suplicado a su marido que evitara la lucha, ni que hubiera demostrado sentir de un modo especial aquel conflicto.

—Temí que usted hubiera opuesto algún reparo —no pudo por menos de decir Carrigan—, pues no me parece bien llevar a cabo una cosa así, habiendo de por medio una dama.

—O unas damas —rectificó ella al punto contrayendo su linda boca y volviendo a mirar el pedazo de encaje que tenía en las manos—. No he puesto reparos porque lo que dice St. Pierre es lo razonable, tiene que estar bien.

Le pareció a Carrigan que la dulzura de sus labios desaparecía. Pero en un instante se desvaneció aquel gesto que por un momento descubrió un sentimiento de molestia, y la mujer de St. Pierre volvió a dejar la cesta de la labor en la mesa, y se puso de pie sonriendo a David. En sus ojos había una expresión de selvática bravura, de algo que le hizo pensar en la emoción de aventura que viera lumbrear en su rostro la noche en que pasaron el rápido del Espíritu Santo.

—Lo de mañana será muy desagradable, *m'sieu* David exclamó la mujer tiernamente Bateese le vencerá de una manera terrible. Así es que esta noche debemos pensar en cosas más agradables.

Nunca la vio Carrigan tan radiante como cuando se volvió hacia el piano. ¿Qué diantre significaba aquello? ¿Había estado burlándose de él St. Pierre? ¡Ella no podía en aquellos momentos disimular el placer que le causaba pensar que Bateese le vencería sin duda alguna! David permaneció de pie inmóvil, sin tratar de contestarle. Poco antes de aquella emocionante aventura que terminó pasando a la mujer en brazos por el vado, ella había tocado el piano para que él se deleitara. Ahora sus dedos tocaban suavemente las mismas notas. Parecía que a su garganta iba a subir un murmurante gorjeo y que se esforzaba en recordarle, por todos los medios posibles, cuanto había sucedido entre ellos antes de la llegada de St. Pierre. Carrigan no encendió la lámpara de encima del piano, y como en un relámpago le sonrieron aquellos ojos desde la semioscuridad. Al cabo de un instante, Juana María comenzó a cantar.

Su voz era honda y nada forzada; pero se ahogaba un poco, como consciente y temerosa de su limitación. Con todo, era tan exquisitamente dulce, que para David

aquello fue una nueva y más maravillosa revelación de la esposa de St. Pierre. Se le acercó hasta tocarla casi. Se dijera que el negro brillo de sus cabellos le rozaba el brazo. Tenía la mujer el rostro casi levantado, perfilándose encantadoramente en la penumbra.

La voz fue debilitándose hasta parecer el murmullo de una melodía dedicada a él exclusivamente, Muchas veces había oído la canción de los barqueros canadienses, pero nunca como en aquella ocasión en que las palabras brotaban de los labios de Juana María Boulain cantando:

*Lánguidos como el rítmico tañido del ocaso,
los remos y las voces marchan al mismo paso.
Cuando envuelvan las sombras a la selva cercana
saldremos, entonando nuestro himno, de Santa Ana.
Bogad, bogad, hermanos, el agua correr quiere;
ya se acercan los rápidos y la tarde muere.*

Enmudeció. Y David, inmóvil junto a su radiante cabeza, no dijo una palabra. Contempló los dedos: que temblaban sobre el teclado y la sombra de las largas pestañas, y sintió que ascendía hasta él aquel aroma espiritual de violetas deshechas que emanaba de toda ella.

—Esta música es de usted murmuró David. Nunca he oído entonar de tal manera la canción de los barqueros.

Quería apartar los ojos de su rostro y de su cabello, pues se sentía casi delincuente, en titánica lucha con sus sentimientos. Los dedos cambiaron las notas, y otra vez, por casualidad o de intento, ella volvió a herirle la sensibilidad haciéndole afrontar la flaqueza de su carne y la iniquidad del deseo que sentía de tenderle los brazos y estrecharla. Pero Juana María no levantó los ojos, y no le vio cuando se puso a cantar el «Ave María»:

*Ave María, amor celestial,
conduce mis pasos lejos del mal.*

Al reanudar la música, David se percató de que estaba haciendo caso omiso de él. Las santas palabras salían de sus labios con el fervor de una oración, lenta y débilmente, temblando con una emoción y una dulzura que revelaron a David que no brotaban de flor de labio, sino de lo más recóndito del alma.

Prosiguió:

*Oh, Madre, desde tu eterna mansión
vela por mi herido, triste corazón.*

Estas últimas palabras fluyeron como un susurro, y David se alegró de no contemplar la faz de la mujer de Saint Pierre, porque en aquel momento ella habría descubierto en él algo que hubiera sido profanación mirar con tanta fijeza.

No llegó a su percepción ni el menor ruido de una puerta al abrirse, aunque St. Pierre había abierto la del camarote, y allí estaba, en pie, observándolos. Tenía una expresión extraña en los ojos, los cuales aún parecían retener el resplandor de las llamas que saltaron a ellos desde los troncos de abedul encendidos por el mestizo. Su voz fue como una sacudida para Carrigan.

—¡Peste, son ustedes una lúgubre pareja! —exclamó con voz de rugido—. ¿Por qué no encienden la luz de ese rincón, y por qué canta mi Juana María esa tonada fúnebre para ahuyentar al demonio, cuando el demonio dista mucho de estar cerca de aquí?

Había culpa en el corazón de David, pero no dejó de rencor en las palabras de St. Pierre, el cual les sonreía francamente, como si lo que veía fuese una linda broma que le divirtiera.

—¡Tonadas sentimentales y recintos en penumbra! ¿No valdría más entonar una canción o algo que fuera más animado? —exclamó, cerrando la puerta y acercándose a ellos—. ¿Por qué no cantas *En roulant ma boule*, mi dulce Juana María? Ya sabes que esa canción es la que más me gusta.

Se interrumpió y su voz prorrumpió en una canción primitiva que hizo temblar el camarote:

*¡Vuele el viento fresco, vuele adonde quiera,
En roulant ma boule!
¡Vuele el viento fresco, que mi amor me espera,
Rouli, roulant, ma boule roulant!
Tras de nuestra casa nadan gayamente
tres patos en una pequeña corriente.
Con una escopeta de plata brillante,
andando de caza llegó aquí el Infante.*

David notó que la esposa de St. Pierre se había levantado, pasando de la sombra a la luz, y se admiró al ver que estaba riéndose de su marido y tapándose los oídos con los índices para librarse de los rugidos de Saint Pierre. No la había alterado la inesperada aparición de su esposo; antes parecía participar de su buen humor, a pesar de lo cual parecía a David adivinar en su rostro un algo forzado y molesto. Creía que bajo su aspecto de serenidad estaba padeciendo una angustia disimulada.

Saint Pierre avanzó y con gran familiaridad dio en el hombro de su mujer una palmadita con su manaza al propio tiempo que decía a David:

—¿No le parece que tiene la voz más dulce del mundo, *m'sieu*? ¿Ha oído usted nunca una voz más dulce, ni siquiera tan dulce como la suya? Es una voz capaz de llegar al alma de un hombre, como no esté ya medio muerto de amor. Es una voz que...

Le detuvieron los ojos de Juana María. Tenía las mejillas ardientes y St. Pierre advirtió una rápida reconvención en su mirada fulgurante.

—¡*Ma foi*, lo digo como lo siento! ¿No tengo razón, *m'sieu* Carrigan? ¿Recuerda haber oído una voz más dulce?

—¡Maravillosa! —asintió David, ignorando si se aventuraba demasiado expresándose así.

—Muy bien; me llena de satisfacción pensar que estoy en lo justo y ahora, *chérie*^[23], buenas noches. Tengo que volver a la balsa.

Una sombra de disgusto cruzó por el rostro de Juana María.

—Parece que llevas mucha prisa.

—¡Voto a judas! Así es, «Linda Voz». Estoy impaciente por volver a las preocupaciones que allí me esperan; y tú...

—También daré las buenas noches a *m'sieu* Carrigan —dijo interrumpiéndose vivamente—. Por lo menos, acompáñame a mi habitación, St. Pierre, y déjame recogida para pasar la noche.

Y dicho esto tendió la mano a David. Al oprimirla, sintiéndola suave y tibia, Carrigan no notó en ella el más leve temblor. Ni se apresuró Juana María a retirar la mano, ni disimuló la ternura de sus ojos al despedirse.

David permaneció estupefacto cuando los dos salieron. Oyó repercutir por las tinieblas nocturnas la recia voz de St. Pierre. Les oyó alejarse por el pasadizo lateral hacia la proa, y al cabo de medio minuto comprendió que St. Pierre tomaba su canoa. Sonó un remo al hundirse en el agua.

Duró un rato el silencio, hasta que de lejos vino rodando por la negrura del río una voz que entonaba la bravía canción de los barqueros:

En roulant ma roule...

Junto a la ventana, de par en par, David estuvo escuchando. Le pareció que allá, en donde reposaba la gigantesca balsa, se levantaba una débil cadencia, como respuesta a la canción.

Capítulo XIX

LA inquietud que se apoderó de Carrigan iba haciéndose más penetrante, conforme avanzaba, aproximándose, la tormenta que amagaba desde la selva. Se extinguió la voz de Saint Pierre, y luego las hogueras de la orilla distante fueron también extinguiéndose poco a poco, cediendo a la invasión de la sombra absoluta. Atenuado por la distancia, llegaba el tableteo de los truenos, El aire se volvía denso y pesado; no se deslizaba por el seno del río el más leve rumor de las aves nocturnas, y de las frondas de los abetos, cedros y bálsamos no brotaban los murmullos y gritos de la fauna, que parecía estar apercebida para recibir la explosión de la tormenta. Envuelto en semejante reposo, David apagó las luces del camarote y se sentó junto a la ventana, en medio de la sombra.

Estaba muy desvelado. Hasta las últimas fibras de sus nervios le incitaban a la acción, y el cerebro se le inflamaba de extraños pensamientos, tan vívidos que le situaban ante una realidad que le removía la sangre con una irresistible emoción. Creía haber realizado un descubrimiento, como si St. Pierre se hubiera delatado a sí mismo. Tanto lo que imaginaba, como la conclusión a que todo le conducía, parecían cosa inconcebible. Y no obstante, cuanto vio con sus propios ojos y oyó con sus propios oídos atestiguaba la verdad de todo. Lo menos que podía asegurar era que el amor que St. Pierre sentía por Juana María Boulain era rarísimo. Su actitud parecía la del hombre que ante una criatura se siente inspirado de una especie de voluntad paternal. Así era en efecto, desinteresado y paternal con ella. Ni un solo momento se traslucía en él al enamorado, ni se adivinaba al marido hondamente preocupado o capaz de sentirse celoso de otro hombre.

Sentado en medio de la oscuridad que iba en aumento al acercarse la tormenta, David recordaba el doloroso e intenso fulgor de humillación que se traslució en la mirada de la mujer de St. Pierre cuando estuvo delante de su marido. Parecíale oír otra vez su patética voz, al cantar implorando a la Madre de Dios para que la oyera y la ayudase. Entonces no había comprendido el drama que aquello encerraba. Ahora lo comprendía y pensaba en el desvelo que al otro lado del tabique sufriría llorosamente Juana María, echada en su lecho, envuelta en tinieblas. ¡Y su marido se volvía a la balsa, cantando en medio de la noche! Toda la simpatía que Carrigan sintiera antes por él se había trocado en repulsión. Existía una razón que explicaba la sangre fría que demostraba St. Pierre; pero ello no era debido, como David había supuesto, a su grandeza de alma, sino más bien a su indiferencia por su esposa. Era un magnífico hipócrita que comenzó desempeñando perfectamente su papel, pero que a la postre delataba su farsa. No amaba a Juana María como él, David Carrigan, la amaba. Había

hablado de ella como pudiera hacerlo de una niña y como a tal la había tratado; así es que se encontraba del todo desapasionado ante una situación que habría sublevado el ánimo de cualquier otro hombre. Y repentinamente, recordando aquella hora emocionante que pasó en la blanca franja de arena y todo lo ocurrido después, cruzó la mente de David, como un relámpago, la idea de que St. Pierre estaba valiéndose de su mujer como del resorte principal en un juego de su propia conveniencia; de que bajo la máscara de su grandeza de espíritu estaba sacrificando a Juana María para la consecución de algo misterioso que entraba en el plan de sus empresas.

Sin embargo, no podía olvidar la ilimitada fe que Juana María Boulain había manifestado tener en su marido. Y, cuando lo esperó, no había habido hipocresía en su actitud confiada, ni en su convicción de que él sería capaz de deshacer las redes en que se había envuelto, como tampoco había sido artificiosa o premeditada aquella súbita manera de abandonar a David cuando la llegada de St. Pierre para ir a recibirle. Asociando estos hechos, del mismo modo que había atado cabos con los otros, se imaginó que por fin tenía la verdad delante, la verdad que surgía ante sus ojos del fondo de la negrura que invadía el camarote. Juana María estaba enamorada de su marido. Y St. Pierre era el dueño despreocupado e indiferente, casi brutal en el desapasionamiento de su conducta para con ella.

El recio estampido de un trueno recordó a Carrigan que el desencadenamiento de la tormenta era inminente. Se puso en pie sumido en aquella caótica sombra, pensando que al otro lado del tabique, indudablemente la mujer de St. Pierre estaría echada sin poder conciliar el sueño. Hizo esfuerzos por reír. Era imperdonable permitir de aquella manera que sus pensamientos se entrometiesen en asuntos de la vida particular de Juana María y St. Pierre. Aquélla no era su misión. A fin de cuentas, Juana María no parecía estar maltratada, y no era una chiquilla. Así es que lo probable sería que ella misma hubiera de manifestarle que no podía agradecerle tanto interés por aquellas cuestiones. Como cualquier mujer verdadera, podría decirle orgullosamente que a él nada le iba en tales asuntos, y que todas sus suposiciones se alzaban en terreno prohibido.

Se acercó a la ventana. Apenas pasaba un soplo de aire. Alzó la persiana y se asomó a la noche sacando la cabeza y los hombros. Tan total era la sombra, que no vio el agua que casi podía alcanzar con la mano; pero a través de la confusión de tinieblas que le separaba de la orilla apuesta vislumbró un punto de luz amarilla. Era indudable que aquella lucecita estaba en el camarote de la balsa. Allí estaría probablemente St. Pierre.

Una gruesa gota de agua se estrelló en la mano de Carrigan, y éste oyó como detrás de él arreciaba el chubasco azotando las altas copas de los árboles. No retembló el trueno, ni relumbró el relámpago al romper la lluvia. Caía copiosamente como un diluvia, de un cielo denso que podía haberse rayado con un filo. Carrigan retiró su cuerpo, al propio tiempo que aspiraba con fuerza la frescura de la lluvia. Quiso ver otra vez la luz de la balsa, pero ya se había apagado.

Mecánicamente comenzó a quitarse la ropa, y en un momento quedó despojado de ella. Los truenos y los rayos menudeaban con la lluvia, y al resplandor de los relámpagos, con el rostro pálido como un espectro, Carrigan miraba hacia la balsa. Le hurgaba las venas un insistente e intenso deseo. Al otro lado, sin duda en el camarote, estaba St. Pierre, y sería de ver lo que pasaría si aprovechando la tormenta y la oscuridad, David se aventuraba a ir hasta allí.

Fue casi un presentimiento lo que sintió, un presentimiento que le hizo sacar la cabeza y los hombros desnudos, y toda la fuerza de su instinto policíaco le empujaba a la aventura. Otro rayo rasgó la oscuridad estigia que reinaba. En aquel instante vio el río y la vívida silueta de la otra ribera. No sería un trayecto difícil de salvar a nado, y así se ejercitaría, para la lucha de la mañana siguiente.

Como el tejón que forcejea para abrirse paso por un lugar demasiado angosto, así salió Carrigan por la ventana. Un relámpago le sorprendió en el borde del barco, y se escurrió rápidamente por la pared del camarote, temiendo que otros ojos dardearan también las sombras. Por el abismo de negrura que siguió al relámpago, se deslizó cautelosamente hasta el agua, y se lanzó hacia la orilla opuesta buceando.

Cuando salió a la superficie volvió a sorprenderle el fulgor de otro relámpago. Se sacudió el agua del rostro; miró escogiendo un punto situado a unos cien metros de la balsa, y buceando vigorosa y rápidamente se dirigió a él. Diez minutos nadó cuarteando la corriente sin alzar la cabeza. Luego se detuvo, y dejándose llevar por el lento curso de la corriente, esperó que se produjera otro fulgor. Al brillar el relámpago descubrió que la balsa cubierta de tiendas no estaba más allá de diez metros y un poco más abajo. Otra vez amparado en la oscuridad encontró el borde de la balsa, y se arrastró por aquella mole de troncos.

La tempestad fue rodando rápidamente hacia el Oeste, y David se agazapó esperando que otra vez un relámpago le alumbrara la balsa. Por fin se produjo allá lejos hacia el Oeste, en unos nubarrones que parecían de tinta. Fue un relámpago débil que sólo mostró las sombras de las tiendas cobertizos pero fue suficiente para orientarle.

Antes de extinguirse el tenue resplandor, le mostró la sombra más densa del camarote que estaba enfrente.

Permaneció un rato en el sitio adonde había llegado a rastras, sin iniciar un solo movimiento en aquella dirección. No vio a su alrededor ni una señal de luz, ni oyó el menor ruido que delatara la existencia de seres vivientes. Evidentemente los hombres de St. Pierre estaban sumidos en un profundísimo sueño.

Carrigan no tenía la más remota idea de lo que pasaría en aquella aventura. Si se había lanzado a nado desde la chalana, lo había hecho más que nada por la esperanza de encontrar a St. Pierre en el camarote, y de que surgiera una solución de su visita. Pero llamar a la puerta y levantar de la cama al jefe de los Boulain era en aquel momento inoportuno. Nada lo justificaba, Apenas este pensamiento y esta objeción pasaron por su mente, cuando con asombrosa rapidez una gruesa lanza de luz

atravesó al sesgo las sombras de la balsa, para oscurecerse al punto con una silueta. Con tanta rapidez como la luz se había producido, volvió Carrigan los ojos hacia el lugar de la inesperada iluminación. La puerta del camarote de St. Pierre se había abierto de par en par. El interior desbordaba luz, y en el umbral el mismo St. Pierre estaba de pie.

El jefe de los Boulain parecía estar apreciando las proporciones del temporal de aquella noche. David oyó su voz que, moderada, entre risas de satisfacción, decía a una persona que debía hallarse a su espalda, dentro del camarote:

—¡Noche negra como la pez! —exclamó—. Podría dejarse hincado en el aire un cuchillo, amada. Pero la tormenta va corriéndose hacia el Oeste. No tardarán muchas horas en alumbrar las estrellas.

Volvió a entrar en el camarote, y la puerta se cerró.

El asombro le cortó el aliento a David, que se quedó buscando con los ojos en la oscuridad donde hacía un momento había aparecido la luz. ¿A quién habría llamado St. Pierre su amor? ¡Amada! No podía haberse engañado. La palabra sonó muy claramente, y sólo había que suponer una cosa: que Juana María no estaba en la chalana: Le había tomado por bobo; le había engañado completamente de acuerdo con la combinación de St. Pierre. Eran más listos de lo que se imaginó, y aprovechando la oscuridad, la mujer había venido a reunirse con su marido en la balsa. ¿Pero a qué conducía semejante juego de mentira insensata? ¿Qué finalidad perseguían haciéndole creer que ella estaba a bordo de la chalana?

Se levantó y se enjugó la lluvia del ardiente rostro, sonriendo lentamente en la sombra. Casi simultáneamente con su asombro, sintió una oleada de sangre que le redobló el ánimo para poner en práctica su decisión. No estaba descontento consigo mismo, ni le amargaba lo que hacía un instante calificara de engañosa hipocresía de sus apesadores. Estaba muy dentro de lo humanamente posible que alguna vez le ganaran la partida, y sabía reconocer el mérito de los vencedores. Asimismo le confortaba pensar que Juana María, en vez de ser una esposa infeliz y menospreciada, había sabido cegarle con artes de exquisito disimulo. Así, pues, lo que ahora le tocaba era descubrir por sí mismo la causa de la farsa que le jugaban.

Hacía una hora que se hubiera dejado cortar una mano antes que espiar a la mujer de St. Pierre, ni escuchar junto a su ventana. Pero ya no tenía escrúpulos de conciencia al acercarse al camarote, pues la misma Juana María había destruido las razones que existían para observar una conducta delicada.

La lluvia casi había cesado, y de una de las tiendas salió una voz adormecida. Pero no temía que pudieran descubrirle. La noche continuaba muy cerrada, y sus plantas descalzas no hacían ruido bastante para que a diez pies de distancia le oyeran andar los más aguzados oídos de un can. Junto a la puerta del camarote, de manera que, aunque se abriera de súbito no pudieran descubrirle, se detuvo y escuchó.

Percibió distintamente la voz de St. Pierre, pero no distinguió sus palabras. Al cabo de un momento se oyó una risa suave y alegre de mujer y momentáneamente

pareció que una mano oprimía el corazón de David, colmándolo de dolor. Aquella risa no era indicio de infelicidad sino que por el contrario parecía vibrar en una expansión de gozo.

De pronto se acercó St. Pierre a la puerta, y Carrigan distinguió sus palabras:

—*Cher-coeur*^[24], te digo que éste es el bromazo más insigne de mi vida —le oyó decir—. Estamos salvos. Si, la cosa se hubiera presentado peor, habríamos optado por otra solución. Pero no puedo por menos de cantar y reír, aun con el asunto entre manos. Y ella, con la inocencia que tanto me divierte, no sospecha...

Se volvió, y en vano David aguzó el oído para alcanzar las últimas palabras. Se amortiguaron las voces de dentro del camarote. Dos veces más oyó la suave risa de la mujer. St. Pierre hablaba con voz ininteligible.

Se apoderó de Carrigan la idea de que el precio de su aventura iba a ser un importante descubrimiento. Pensó que St. Pierre había estado a punto de decir cosas que fueran la llave de algo muy interesante. El camarote debería de tener alguna ventana, y posiblemente abierta.

Carrigan se deslizó por la oscuridad hasta el lado del camarote que daba a la orilla. Una arista de luz confirmó, en parte al menos, lo que había supuesto. En efecto, había una ventana, pero estaba cerrada y tenía casi echada del todo la cortina. Si la cortina hubiera estado cinco centímetros más corrida hacia abajo, la arista de luz habría desaparecido enteramente.

Se mantuvo David unos momentos agachado al pie de aquella ventana, con la esperanza de que se abriera a la calma que seguía a la tormenta. Aún se oían menos desde allí las voces de dentro. Apenas percibía la de Saint Pierre; pero otras dos veces llevó a sus oídos la risa menuda y musical de la mujer. Con él no se había reído nunca de aquella manera. Y apareció en sus labios característica mueca riente mientras contemplaba la raya de luz dorada que brillaba sobre su cabeza. Le tentaba un irresistible deseo de atisbar por allí. Al fin y al cabo aquello era el ejercicio de su profesión, la práctica de su deber.

Se alegró de que la cortina estuviera tan baja. Por observaciones de propia experiencia sabía que existían pocas probabilidades de que desde dentro le descubrieran por los cinco centímetros de mirilla, y osadamente se levantó hasta poner los ojos a la altura de la rendija, de luz.

Precisamente su mirada coincidió directa con la mujer de St. Pierre, que estaba sentada, de espaldas, y, por tanto, no pudo verle el rostro. Llevaba las ropas medio sueltas, y el cabello parecía deshacersele fluidamente. Recordó que en cierta ocasión le había dicho que sus cabellos, según con qué luces, adquirirían encendidos matices. Los había visto al sol, pero nunca se le habían aparecido de aquella manera como a la claridad de aquel camarote. Apenas miró a Saint Pierre, que estaba de pie contemplándola hasta que inclinándose acarició la opulenta mata de cabellos con las dos manos, lanzando una risa. Aquella risa estaba llena de gozo inefable de la posesión. La mujer se levantó. Y sus brazos por entre el cabello suelto se alzaron

desnudos hasta rodear el cuello de St. Pierre. El gigante la atrajo estrechamente. Parecía fundir con la suya aquella frágil figura; y los labios de los dos se encontraron.

Luego la mujer, riendo, echó atrás la cabeza de manera que la espléndida mata de su cabellera pendía verticalmente, fuera del alcance del rostro del hombre. Tornaron a unirse las cabezas. Entonces ella volvió el rostro hacia la ventana, y fuera, en la oscuridad nocturna, Carrigan se esforzó por ahogar un grito de exclamación que estuvo a punto de romper en su garganta. Con la rapidez del rayo le hincó la mirada en los ojos. Sus labios entreabiertos parecían sonreírle. Su blanco cuello y su pecho se le mostraban descubiertos. Carrigan se retiró. El corazón le dio una sacudida cuando a través de las tinieblas tropezó con el borde de la balsa. Allí, sintiendo la caricia del agua en los pies se detuvo, sin poder apenas recobrar el aliento. Buscó en la sombra con los ojos la chalana. ¡Juana María Boulain, la mujer a quien adoraba, estaba allí! ¡En el pequeño camarote, sola, la mujer de Saint Pierre tendría el corazón destrozado!

Y en tanto, en el camarote de la balsa, olvidado del abandono y la amargura de la esposa, estaba el ser más vil y despreciable que había conocido: St. Pierre Boulain. Y con él, entregada a sus brazos, acariciándole con los labios y el cabello, la hermana de aquel hombre cuya ejecución en la horca el mismo David había procurado: ¡Carmina Fanchet!

Capítulo XX

EL golpe moral producido en el ánimo de Carrigan con el reciente descubrimiento fue tan rudo como inesperado. Con sus propios ojos acababa de ver lo que nunca hubiera creído ni previsto, cuando se le aparecieron el bello rostro y el cuerpo medio desnudo de Carmina Fanchet. El primer efecto de la sorpresa fue alejarse de allí. Aquel acto había sido involuntario, casi no intervino en él la conciencia, y tenía la misma significación que si en vez de tratarse de Carmina, hubiera sido la misma Juana María la que hubiera estado gozando de los halagos de su amor legítimo, amor que no podía espiar Carrigan sin incurrir en propia ofensa y deshonor. Ahora comprendía que había obrado a lo ligero al deslizarse por la ventana.

Pero no retrocedió regresando por la sombra del río, porque había algo escandaloso en lo que había visto, y con la reacción que este hecho le produjo, apretó los puños y adquirió un rápido conocimiento de la situación, mientras continuaba sentado al borde de la balsa, hundiendo las piernas en el agua corriente. La cosa no era excepcional. Era la historia monstruosa, tan antigua como el mismo río, pero que en aquel caso le sobrecogió de horror de tal manera que al pronto concedió al hecho más importancia que a la casualidad de que aquella otra fuera Carmina Fanchet. Su imaginación y su espíritu se trasladaban a la chalana que estaba envuelta en la negrura de la noche a la otra parte del río, donde la esposa de St. Pierre se hallaba sola, desventurada. Su primer impulso fue de arrojarle al río y apresurarse a ir a su encuentro; el segundo, volver adonde estaba Saint Pierre, asimismo, desnudo, y someterle a un interrogatorio. En el ejercicio de su profesión de cazador policíaco de hombres nunca había tenido la desgracia de matar a nadie, pero en aquella ocasión bien podía matar a Saint Pierre. Oprimió los dedos en la resbaladiza madera donde estaba sentado, la sangre le ardía en oleadas, y los ojos le brillaban con la dureza de los de una fiera, al tiempo en que deseaba penetrar la espesura de tinieblas que le separaba de Juana María Boulain.

¿Qué es lo que ella sabía de aquel caso? Tal fue la primera pregunta que acudió a su mente. Al pronto recordó su alusión a la lucha, y las excusas que dio a Juana María por la relación o proximidad que tuviera con ella aquel desafío; y parecióle ver otra vez el mohín con que le dijo que posiblemente no era ella la única persona de su sexo enterada del combate que se celebraría al día siguiente. Entonces no alcanzó la significación de tales palabras. Pero ahora le parecía claro todo su sentido. Juana María estaba al corriente de la presencia de Carmina Fanchet en la balsa.

¿Pero sospechaba algo más? ¿Conocía la verdad, o sólo tenía el corazón lleno de sospechas y temores, agravados por la indiferencia de St. Pierre y su prisa, demasiado

evidente, en volver a la balsa de noche? Como un relámpago volvió a cruzar por la mente de David la defensa que Juana María hiciera de Carmina Fanchet, cuando él le contó la historia de su encuentro con la mujer cuyo hermano había sido por él ahorcado. No había, pues, más que una conclusión. Juana María conocía a Carmina Fanchet y sabía que estaba en la balsa con Saint Pierre.

Cuando Carrigan comenzó a reflexionar fríamente, se negó a entregarse a más amplias suposiciones. Alguna causa habría para que Carmina Fanchet fuese en la balsa; pero era humano que Juana María tuviera algún recelo de la presencia de una mujer tan bella como Carmina, y que se le despertara el miedo mortificante de la sospecha de que pudiera llegar a suceder algo desagradable. Pero había luchado, él estaba seguro, hasta aquella noche con semejante pensamiento, saliendo vencedora de las sospechas, a pesar de saber que una mujer más hermosa que ella misma navegaba en la suavidad del río con su esposo. Durante los días que David pasó Junto a Juana María, no descubrió en ella la menor ansiedad. Con deseo vehemente había esperado la llegada de St. Pierre; voló hasta él como un pájaro cuando al fin llegó, y Carrigan la vio fuertemente estrechada en los brazos de St. Pierre, cuando se encontraron. Aquella noche, con sus negruras y su tormenta, fue la que convirtió la sombra de su inquietud en una realidad torturante, pues St. Pierre, que la llevó a la chalana, se mostró poco hábil en su afán por volver a la balsa.

De todo eso Carrigan dedujo que Juana María no conocía la verdad tal como él la había visto por la ventana del camarote de St. Pierre. Había sentido su corazón de mujer desgarrado, pero al mismo tiempo en que David lo notó, vio también que su alma se levantaba dignamente triunfando. No le pasó por alto el súbito relumbro de sus ojos cuando St. Pierre insistió en darse prisa; vio erguirse su delicado cuerpo y una sonrisa de desdén y orgullo en los rojos labios. Pensando de esta manera, Carrigan crispó los nervios y maldijo a St. Pierre, Juana María podía sentirse herida, podía adivinar que su marido consagraba sus miradas y sus pensamientos con excesiva frecuencia a otra mujer; pero en la soberanía de su feminidad no podía concebir que fuese posible un crimen como el que él había sorprendido mirando por la ventana del camarote. Carrigan estaba persuadido de ello.

Y luego, repentinamente, como un cegador filo de luz que rasgara la oscuridad del espacio, acudió a su memoria todo lo que St. Pierre había dicho acerca de Juana María. Entonces se había compadecido de él. Le había dado lástima aquel gigante de mirada serena que luchaba firmemente con una situación que a cualquier otro habría trastornado. St. Pierre le había confesado francamente que Juana María estuvo atendiendo y cuidando al huésped excediéndose en su deber; y con la misma llaneza le había revelado las confesiones que su esposa le hiciera, es decir, que él la amaba y que había sentido aquel beso furtivo en los cabellos. El rostro de Carrigan se encendió en la sombra. Si tenía deseos de matar a Saint Pierre, ¿no sentiría éste iguales impulsos? Porque no ignoraba cuando besó aquellos cabellos, cuando vadeó

el arroyo estrechando aquel cuerpo entre sus brazos, que se trataba de la esposa de Saint Pierre. Y Juana María...

Sintió que se le relajaban los nervios. Lentamente volvió a sumergirse en la frialdad del agua y comenzó a bracear hacia la chalana. No cuarteó la corriente con el brío con que lo hizo al lanzarse bajo la tormenta en dirección de la balsa, sino que se dejó llevar por el caudal hasta llegar a la opuesta orilla, como a un kilómetro más abajo de la chalana. Allí esperó un rato que la densidad de las nubes se deshiciera, hasta que una luz grisácea comenzó a alumbrar sombríamente la estrecha senda de guijarros que bordeaba la orilla. Silenciosamente, como una sombra rígida y desnuda, retrocedió hasta la nave y se deslizó por la ventana.

Encendió una luz y la puso muy baja. A su escasa claridad se frotó los músculos hasta hacerlos arder. Se encontraba bien dispuesto para el día siguiente, y la sensación de hallarse fuerte le llenó de satisfacción. Al desafiar a Cohombro Bateese le había movido su afición y buen temple para los deportes, pero aquel sentimiento se había desvanecido. La lucha prometida no era ya un simple incidente ni un error en el cual cayera sin saberlo. En aquel momento el próximo combate se le ofrecía como la prueba de aventura atlética más seria que se le había presentado en la vida, y deseaba que llegara el día con la misma impaciencia con que las fieras esperan la matanza que ha de traer la nueva aurora. Pero bajo el aporreamiento que se prometía dar con los puños, no veía el rostro de Bateese. No podía odiar al mestizo. Ni siquiera podía serle antipático. Así pensando se echó en la cama y luego se durmió. Entre sueños vio que el rostro de su contrincante no era el de Cohombro, sino el de Saint Pierre Boulain.

Se despertó con este sueño que le abrasaba el cerebro. El sol no había traspasado aún el horizonte, pero su carmín teñía ya el oriente. Carrigan se vistió despacio y escuchando, por si se percibía algún rumor detrás de la mampara. Si Juana María estaba despierta, se mantenía muy silenciosa. En la orilla había movimiento de gentes. A través del río llegaba el cantar de los hombres, y por la ventana se veían las columnas blancas de humo que se elevaban de las primeras hogueras superando la altura de los árboles. El indio abrió la puerta del camarote y entró con el desayuno. Y media hora después volvió para levarse el servicio.

Después Carrigan esperó, tensos el ánimo y el cuerpo, momento de su actuación. No presintió el más leve mago de peligro a su alrededor. Todos sus nervios y tendones se preparaban para el combate. Vibraba con una absoluta confianza, seguro de que saldría vencedor. El convencimiento de, que, a pesar de la diferencia de peso y fuerza bárbara, la victoria era suya por su habilidad, no dejaba de serle peligroso. Como una docena de veces aplicó el oído a la mampara que le separaba de Juana María, pero no percibió el menor ruido que delatara movimiento en la otra parte.

Eran las ocho cuando se presentó uno de los hombres de la chalana en la puerta preguntándole si ya estaba a punto. David se fue en seguida con él. Olvidó las burlas que había hecho a Cohombro Bateese; no pensó en coger los guantes de boxeo que

tenía en la mochila y con los cuales se había prometido desvanecer al mestizo. Sólo le interesaba dar duramente con los puños desnudos.

Siguió al hombre de la chalana y entró con él en una canoa que se emproó a la orilla opuesta. David tenía seguridad de haber visto el ligero movimiento de la cortinilla de la pequeña ventana del camarote de Juana María. Sonrió y levantó la mano saludando. La cortinilla se corrió enteramente, y esto le dio prueba de que la esposa de St. Pierre le vigilaba al partir a la lucha.

La balsa estaba desierta, y un poco más allá, en una ancha faja de ramblizo alisado a la orilla por la riada, se había congregado una multitud de hombres. Parecióle raro a David que se mantuvieran tan quietos, pues él instinto natural de los ribereños suele hacerles exteriorizar sus emociones a gritos, con toda su fuerza.

Manifestó su extrañeza al barquero, el cual se encogió de hombros e hizo una mueca burlona:

—Así lo ha ordenado St. Pierre —explicó—. Saint Pierre no quiere que se haga ruido en lo que ustedes llaman... funeral, ¿no es eso? ¡Y esto va a resultar un magnífico funeral, *m'sieu!*

—Comprendo —dijo remeciendo la cabeza David, pero sin corresponder a la intencionada sonrisa.

Detuvo los ojos en aquella muchedumbre. Una figura gigantesca salió del grupo y se dirigió lentamente hacia el río. Era St. Pierre. Apenas la canoa tocó la orilla con la proa, David saltó a tierra y corrió al encuentro del gigante. Seguía a éste Bateese, el mestizo. Traía el torso desnudo, y las piernas al aire desde las rodillas. Sus brazos de gorila pendían sueltos y pesados. Y la musculatura de su rudo cuerpo resaltaba como si fuera de caoba tallada al resplandor del sol matinal. Parecía un oso gris, una bestia humana de monstruoso vigor, algo para ser visto solamente, para ser rehuido, para producir espanto.

Y sin embargo, David apenas le prestó atención. Se dirigió a St. Pierre y se detuvo delante de él. Tan ligeramente le había salido al paso que las palabras del jefe de los Boulain llegarían al alcance del oído de sus gentes. Saint Pierre estaba sonriente. Le tendió la mano como lo hiciera en aquella otra ocasión del encuentro en el camarote de la chalana, y le saludó con su bronca voz.

Carrigan ni le respondió ni reparó en la mano que se le brindaba. Por un instante se encontraron las miradas de ambos, y luego, con la rapidez del rayo, Carrigan alzó el brazo y a mano llena descargó una terrible bofetada en el rostro de St. Pierre. Produjo un chasquido de remo que cae en el agua mansa. Todos lo oyeron y cuando Saint Pierre vaciló hacia atrás, impulsado por la fuerza del golpe, un grito reprimido de asombro se levantó de todos los pechos. Cohombro Bateese se quedó petrificado. Y, en seguida, St. Pierre se rehizo y se revolvió como una fiera. Toda su musculatura se distendió como para dar un salto gigantesco inevitable; se le encendieron los ojos, en el rostro se le exteriorizó la furia de un animal feroz. Se le había inferido en

presencia de toda su gente la ofensa más humillante que puede hacerse a un hombre de la región de los Tres Ríos: una bofetada a sangre fría.

Cualquier otra cosa tendría perdón, pero aquel acto no. Si una bofetada no lograba vengarse, permanecía como un estigma que se transmitía a la segunda y a la tercera generación. Hasta los chicos gritarían *Yellow back!*, *Yellow back!* al que fuera bastante cobarde para recibir tal deshonra sin desquitarse. Un gruñido cavernoso salió de la garganta de Cohombro Bateese en el momento en que parecía inevitable que St. Pierre devorase al hombre que había osado ponerle la mano en el rostro. El mestizo habría de renunciar a la lucha, puesto que en toda la región del Norte no existía un solo hombre que pudiera contender con David Carrigan antes que Saint Pierre.

David esperó, apercibido a repeler la embestida de un hombre enloquecido. Pero inmediatamente volvió a descubrir, durante unos momentos, que el alma de Saint Pierre libraba una intensa lucha moral. El gigante se reprimió. La furia se desvaneció de la expresión de su rostro. Pero sus puños continuaban crispados cuando dijo, sólo para David:

—Supongo que esto ha sido un golpe dado en broma, *m'sieu*. ¿No está usted chanceando?

—Ha sido un golpe de veras para usted —replicó Carrigan—. Es usted un cobarde y un hipócrita. Anoche crucé a nado el río hasta la balsa; y mirando por la ventana me enteré de lo que allí ocurría. No es usted digno de luchar con un hombre de honor. Sin embargo, estoy dispuesto a batirme con usted si su cobardía no llega hasta el punto de impedirselo y si es capaz de mantener las apuestas, tal como las hicimos.

Saint Pierre abrió desmesuradamente los ojos y respiró dos o tres veces clavándoselos, no en el semblante, sino en el alma. Sus manazas se aflojaron, y poco a poco su cuerpo fue perdiendo la crispación de tigre con que amagaba vengarse. Llenos de asombro observaron todos aquella transformación que no se explicaban, pues sólo él y el mestizo oyeron las palabras de Carrigan, aunque habían visto y oído la agresión afrentosa.

—¿Conque fue usted nadando hasta la balsa? —repitió Saint Pierre, como si no acertara a dar crédito a lo que había oído—. ¿Conque miró usted por la ventana y vio...?

David respondió afirmativamente, sin poder disimular la mofa que le envenenaba la voz, ni el desprecio que le inspiraba el hombre que tenía delante.

—Sí, miré por la ventana, y le vi a usted, y vi a la mujer más vil de los Tres Ríos: la hermana de un hombre a quien yo hice ahorcar. Yo...

—¡Alto! —interrumpió la estruendosa voz de Saint Pierre. Se le aproximó un paso con el rostro lívido y una brasa en los ojos. Pero realizando un poderoso esfuerzo, volvió a dominarse. Después, como si viese algo que David no pudiera ver, procuró sonreír, y en el mismo instante David sorprendió en Bateese una mueca que distendía las comisuras de sus labios hasta dar a su boca la semejanza de una herida

que le dividiera el rostro en dos. La transición que se produjo en St. Pierre era como resplandor de un sol que disipa una tempestad. Un gruñido sordo le retembló en el pecho, y envió una mirada a la chalana, por encima del río, al tiempo que decía:

—*M'sieu*, ¿sufre usted por ella? ¿Lucharía por...?

—Por la más pura y más buena de las mujeres, ¡por la esposa de usted!

—¡Es gracioso! —exclamó St. Pierre como hablando consigo mismo y sin dejar de mirar a la chalana—. ¡Graciosísimo, *ma belle* Juana María! ¡Te confesó su amor; te besó en la cabeza, te llevó en brazos, y aún pretende luchar conmigo, porque cree que soy un esposo infiel, y para obligarme a combatir en lugar de Bateese ha insultado a mi Camina, llamándola mujer vil! ¿Qué más puedo sufrir? Tengo que luchar. He de golpearle hasta que no pueda tenerse en pie, y luego te lo enviaré para que le sirvas de enfermera, *chérie*. A cambio de este favor creo que aceptarás de buen grado el castigo a que voy a someterle. ¿No lo cree usted así, *m'sieu*?

Cuando se volvió a David sonreía y no se hallaba ya tan excitado.

—*M'sieu*, lucharemos, y las apuestas quedan en pie. Hemos llegado al momento de la franqueza; obremos como hombres y digámonos la verdad. Usted quiere a *belle* Juana María, ¿no es eso? Y yo quiero a Carmina, la mujer cuyo hermano hizo usted ahorcar, y la quiero como a ninguna otra. Pues bien, si a usted le place, lucharemos.

Y comenzó a desabrocharse la camisa, mientras Cohombro Bateese se alejó hacia donde estaban los hombres de la brigada, comunicándoles con voz rugiente la noticia del cambio que había sufrido el plan de combate. Y cuando la nueva se propagó como el fuego a través de las copas de los abetos, un solo grito, penetrante y horrible, se alzó por toda respuesta. Era Andres, el hombre tullido, quien lo había lanzado.

Capítulo XXI

AL quitarse Carrigan la camisa, se percataba de que había dado al fin con un hombre que, al menos por ciertas cualidades, era un contrincante superior a él. En el servicio policíaco a que pertenecía Carrigan, había visto muchos hombres de complexión de hierro y acero, hombres serenos, de gran temple, a los cuales ni la muerte amedrentaba; pero tenía que reconocer que St. Pierre les aventajaba, lo mismo que a él. Había hecho que momentáneamente el jefe de los Boulain se sintiera convertido en un volcán que amenazó estallar furiosamente; pero no hubo explosión, ni destrozo alguno. Al contrario, St. Pierre volvió a sonreírse cuando Carrigan se le encaró desnudo hasta la cintura. No traslucía la más leve señal de la furia que hacía un momento le había acosado. Sus ojos fríos y acerados le miraban de una manera indudablemente amistosa, mientras Cohombro Bateese marcaba la línea circular dentro de la cual no podría entrar nadie más que los contendientes. Una vez hecho lo cual, y apiñada la gente en torno, el mismo Saint Pierre dijo a David en voz baja:

—Es vergonzoso, *m'sieu*, que tengamos que pelear. Usted me inspira simpatía. Siempre me han inspirado, afecto los hombres que están dispuestos a luchar por defender la causa de una mujer, y por lo mismo procuraré no hacerle más daño del necesario para obligarle a entrar en razón y para ganar la apuesta. No tema usted, pues, que yo le mate como Bateese podría haber hecho. Y en consideración a la dama que está allá en la chalana le prometo no desfigurarle el rostro. Si mi Carmina supiera que anoche la espío usted me pediría que le matara a la mayor brevedad, pues así como conmigo se porta como un ángel, a usted le odia desde que envió a la horca a su hermano.

El desprecio que le produjo oírle hablar de igual manera de la infame Carmina Fanchet que de su esposa, puso un gesto de escarnio en los labios de Carrigan, el cual pasó una ojeada por el círculo de hombres que los contemplaban y dijo:

—Ya están a punto de presenciar la función, Saint Pierre. Ha hablado usted con valentía. Veamos ahora los hechos.

Nuevamente vaciló St. Pierre.

—¡Me contraría de tal manera, *m'sieu*!

—¿Está usted preparado, St. Pierre?

—No está bien esto. Ella nunca me lo perdonará. No es usted un contrincante igual a mí. Casi le doblo en peso.

—Y es usted, además, tan cobarde como infame, Saint Pierre.

—Me hace el efecto de que soy un hombre que va a luchar con un muchacho.

—Sin embargo, esto es menos deshonoroso que traicionar a la esposa con otra mujer, la cual hace tiempo que debía haber sido ahorcada con su hermano.

Ensombrecióse el rostro del jefe de los Boulain. Éste retrocedió media docena de pasos, y dijo una palabra a Bateese. Inmediatamente, cuando el mestizo se arrancó de la cabeza el pañuelo y tendió el brazo, en el círculo de hombres se despertó la expectación. A pesar de la excitación del momento por la lucha, Carrigan pudo percibir algo raro en torno. La actitud de los espectadores no delataba gran ansiedad ni duda, a pesar de que en sus rostros el asombro distendía la línea de las facciones. Adivinó lo que aquella gente pensaba, y en las leves insinuaciones que corrían de boca en boca, acabó de comprender que todos le compadecían. Ahora que estaba desnudo de torso y a pocos pasos de la gigantesca figura de St. Pierre, la desigualdad de la lucha impresionó al mismo Cohombro Bateese. Solamente él, David Carrigan, sabía que sus músculos y tendones eran como de acero bien templado. Sin embargo, a juzgar por la apariencia y por la diferencia de estaturas, parecía un chiquillo. Y los hombres de Boulain, ahogadas sus voces al ver la tremenda desigualdad, más que un combate aguardaban una carnicería. Una sonrisa asomó a los labios de Carrigan cuando Bateese, vacilando, dejó caer el pañuelo, y con la rapidez del luchador experto trazó un plan de combate antes de que el pañuelo se desprendiera de la mano del mestizo. Mientras el pañuelo revoloteaba cayendo al suelo, hizo frente a St. Pierre. Su sonrisa se había desvanecido. «No sonría nunca en tales momentos», le aconsejó siempre el maestro más famoso de las artes del *ring*; «no trasluzca usted enojo, ni emoción alguna por poco que pueda».

Carrigan se preguntaba qué es lo que diría el antiguo profesor del *ring*, si le viera, ahora retroceder ante Saint Pierre, mientras el gigante avanzaba, pues el rostro le traicionaba delatando a St. Pierre y su gente la mayor de las faltas: ansiedad e indecisión. Muy atenta la mirada, aunque fingiendo miedo, observaba el efecto que su estratagema producía a Saint Pierre. Dos veces le siguió el forzudo ribereño en torno del círculo arenoso, y el acerado brillo de sus ojos se cambió en risa, y la tensa expresión de los espectadores se relajó. Una oleada de regocijo, hasta entonces reprimida, sucedió al silencio del principio. Por tercera vez ejecutó David su retirada, y sus ojos cayeron de soslayo sobre Cohombro Bateese y los hombres que había detrás. Todos sonreían burlonamente. El mestizo estaba con la boca abierta y su grotesca figura tenía una contracción de asombro. Aquello no era lucha, era una comedia. Un gallo persiguiendo a un gorrión en el corral de una granja. Ocurrió después algo aún más divertido. David empezó a correr en redondo alrededor de St. Pierre, hurtando el cuerpo, simulando golpes y manteniéndose siempre a respetable distancia. Un fragor de risas brotó de la garganta de Bateese, y repercutió como el eco de un trueno la carcajada de los otros hombres. Saint Pierre se detuvo al pronto, con un gesto de disgusto, los brazos caídos, los hombros exhaustos, sin protección, mientras Carrigan insistía en aquel ejercicio, acercándose y alejándose. Y luego...

Otra exclamación rugiente estremeció el pecho del mestizo, y vinieron a sustituir a las risas unos gritos entrecortados, como producidos por hombres que se ahogaran de estupor. Con rapidez nunca vista, Carrigan había dado un brinco. Le vieron acometer. Oyeron el ruido de un golpe. Y vieron que la enorme cabeza de Saint Pierre salía despedida hacia atrás, como desprendida del tronco de un porrazo. Al primer golpe siguió otro, y a éste, un tercero, como otros tantos relámpagos, hasta que, como herido de muerte, St. Pierre se desplomó. Ya no era un saltarín gorrión el hombre de quien habían estado riéndose. Quedó esperando, un poco inclinado hacia delante, toda su musculatura a punto de reanudar la acción. Los espectadores esperaban que Carrigan saltara encima de su adversario caído, que lo pateara y estrangulara, como hacen los hombres del río; pero David continuó aguardando, y Saint Pierre, tambaleándose, se puso en pie. Tenía la boca ensangrentada y llena de arena, y uno de sus ojos comenzaba a hinchársele enormemente. Le ardía en los ojos un fuego mortal, cuando, como un toro bravío, acometió al insignificante adversario que de tal manera le había humillado y burlado. Carrigan no retrocedió aquella vez, sino que permaneció en su terreno, y Bateese lanzó un aullido de alegría cuando la enorme masa del gigante cayó sobre su víctima. Era un ímpetu el suyo de alud que todo lo aplasta y destruye, y Carrigan se adelantó a recibirlo. Bajó la cabeza con más rapidez que un colimbo al bucear, y cuando el brazo de Saint Pierre pasó como una viga de roble rozándole los hombros, le asestó un golpe en la boca del estómago. Fue un golpe dado con la justeza de una cornada y con la fuerza de un martinete, y el rugido que salió de las entrañas de St. Pierre estremeció al cordón de espectadores. El ímpetu del gigante se desvaneció, sus brazos se separaron, y otra vez el puño de Carrigan se disparó contra sus mandíbulas, con lo cual volvió St. Pierre Boulain a caer derribado en la arena. Allí se quedó sin hacer el menor esfuerzo por levantarse.

Cohombro Bateese, con la boca abierta, permaneció un rato como si en vez de su señor hubiera sido él quien sufriera las consecuencias del porrazo. Luego, se recobró de súbito, y de un salto se colocó junto a David, rugiendo:

—*Diable tonnerre*^[25]! Todavía no ha luchado usted con Cohombro Bateese. Non, usted me ha engañado, usted ha mentado; ha huido usted como un gato de Cohombro Bateese, el hombre más fuerte de los Tres Ríos. Es usted un cobarde que no se atreve a luchar conmigo, que soy el combatiente que no tiene émulo en toda la región. *Sapristi*^[26]! ¿Por qué no lucha usted con el más fuerte contrincante que han visto ojos humanos?

David no quiso seguir oyendo. La ocasión era demasiado propicia: Dio una vuelta bruscamente, y el cuerpo de gorila de Cohombro Bateese, produciendo un gruñido salvaje, rodó encima del de su señor y jefe de los Boulain. Aquella vez Carrigan no aguardó, sino que volvió a él tan rápidamente, que apenas se había puesto el mestizo de rodillas para levantarse, otro golpe volvió a tenderlo en la arena. Tres veces volvió a incorporarse y otras tantas fue derribado. Después del último golpe se incorporó vacilante, y permaneció sentado, parpadeando con el atontamiento de un pingüino y

con las manazas clavadas en la arena. Miró hacia donde Carrigan estaba esperándole, pero no veía, y luego volvió los ojos estúpidamente a los otros hombres, que estaban como paralizados por el asombro, con los ojos desmesuradamente abiertos de pasmo ante el milagro que acababa de realizarse. Oyeron que Cohombro, cabeceando, decía alguna cosa. También St. Pierre parecía haberle oído, pues se rebulló, y procuró incorporarse lentamente, hasta quedar también sentado en la arena, fija la mirada en Bateese.

Recogió Carrigan del suelo la camisa, y el barquero que le había traído desde la chalana volvió con él a la canoa. Nadie hizo la menor demostración cuando se retiró. Para el mismo David había sido todo una asombrosa sorpresa, y no tuvo escrúpulos en marcharse tan pronto como su dignidad se lo permitió, antes de que otro amigo de Saint Pierre se brindara a poner otra vez a prueba su valentía. Tenía ganas de reír. Sentía impulsos de dar gracias a Dios a voz en grito, por la venturosa suerte con que le había permitido triunfar, no sólo de una manera fácil, sino absoluta. Era cierto que siempre había confiado en la victoria, pero no lo era menos que había esperado una lucha terrible hasta dar el golpe decisivo. ¡Y ni siquiera había habido lucha! ¡Regresaba a la chalana sin un rasguño siquiera, apenas despeinado el cabello, después de haber derrotado no sólo a Saint Pierre, sino también al ogro mestizo! Parecía increíble, pero así había sucedido, como un verdadero paso burlesco de ópera bufa que podía convertirse pronto en tragedia, si Saint Pierre o Bateese sospecharan el ardid empleado por él en la pelea; porque entonces tendría tal vez que darles nuevamente cara, y entonces el factor suerte intervendría con más equidad en la lucha, por lo cual Carrigan era bastante sincero consigo mismo para reconocer que la idea no le seducía ni le entusiasmaba. Ahora que había visto a Saint Pierre y a Bateese desnudos para, luchar, sentía perder las ganas de volver a alternar con ellos a puñadas. Al fin y al cabo, la prudencia es un mérito, y la estrella de Carrigan era en aquel momento bastante esplendorosa para contentarse bendiciéndola.

En el fondo se sentía receloso del remate que había tenido la escena. Saint Pierre no tenía motivo de queja, porque su derrota fue causada por su negligencia y por la buena suerte de su adversario, y Carrigan se decía que la negligencia y la fortuna son factores legítimos en todo combate. Pero el caso de Bateese era distinto. Había mostrado en alto su enorme mandíbula, dejándola al descubierto de manera tentadora, y Carrigan no pudo resistir aquella tentación. El porrazo habría conmovido a un toro. Otros tres golpes iguales dejaron al tremendo mestizo malparado sobre la arena; pero ninguna de aquellas acometidas había sido reglamentaria. Había sido de una maravillosa eficacia, pero el mestizo podría proporcionarle una segunda prueba cuando volviera del todo en sí.

Hasta que llegaron a mitad del camino no se atrevió Carrigan a mirar al hombre que remaba para observar el efecto que le había producido aquella parodia de combate a puño limpio. Era un mozo que tenía la boca grande, los ojos claros, la musculatura vigorosa.

—¿Qué le ha parecido, camarada? —le preguntó David.

El otro se encogió regocijadamente de hombros:

—*Mon Dieu!* ¿Ha oído usted hablar de un garçon llamado José Clamart, *m'sieu*? Non? Pues bien: yo soy ese gran luchador en otro tiempo. Bateese me ha vapuleado cinco veces, *m'sieu*. Le digo, pues, que ha sido ésta una formidable lucha. Hace muchos años presencié un encuentro semejante en Montreal. ¡Oh, los *boxeurs*^[27] de profesión! *Oui!* René Babin me debe quince martas nuevas contra las cuales yo expuse tres mezquinas raposas rojas. Estaban obcecados; de lo contrario, yo no habría hecho la apuesta. ¡Es chocante!

—¡Graciosísimo! —añadió David—. Creo que excesivamente divertido. Ha sido lamentable que ni uno ni otro hayan podido tenerse en pie un poco más.

Se le ocurrió al pronto una idea, y dijo:

—José, ¿quiere que volvamos atrás, para darles ocasión de presenciar un verdadero encuentro?

La bocaza sonriente de José Clamart se cerró como un cepo.

—Non, non, non —gruñó—. Bastante pelea ha habido por hoy, y José Clamart debe proteger su cara para reservársela a Antonieta Roland, que odia como al diablo las señales que deja la lucha. Non, non!

Hundió más los remos en el agua, y David sintió más descansado el corazón. Si José era un hombre enterado, no era probable que St. Pierre ni Bateese quisieran desquitarse, y el primero pagaría lo que había apostado.

Cuando pasó de la canoa a la chalana no halló a nadie a bordo. Miró atrás y vio que otras dos canoas salían de la opuesta orilla. Se dirigió sin vacilar a la puerta del camarote. La abrió y penetró en la estancia. Mas apenas hubo cerrado se detuvo, dirigiendo con asombro la vista al lado de la ventana que daba al río.

Allí estaba de pie, mirándole, envuelta en el resplandor de la mañana, Juana María Boulain. Tenía las mejillas encendidas, los carmíneos labios entreabiertos, los ojos lucientes de una lumbre que la joven no trataba de ocultar. Todavía tenía en la mano los gemelos que él dejó en la mesa del camarote. Carrigan comprendió en seguida la verdad. A través de los prismáticos ella había seguido todos los detalles de la irrisoria derrota.

Se sintió invadido de una honda vergüenza. Le cortó el aliento lo que estaba viendo: era todo el equipo quirúrgico de Nepapinas, el viejo practicón indio. Y había jofainas de agua y albas vendas de hila, ya dispuestas para el uso, provisión de algodón hidrófilo y todo género de panaceas y tafetanes aplicables a un moribundo para hacerle menos doloroso el último trance. Y detrás de la mesa, hecho casi un ovillo, medio oculto por el mueble, estaba Nepapinas en persona, cuya cara momificada revelaba el desconcierto que sentía, fijas las negras pupilas, en David. La evidencia ahuyentaba toda duda: habían, tanto Juana María como Nepapinas, esperado que lo trajeran, más muerto que vivo. Así es que la esposa de St. Pierre lo

había dispuesto todo previsoramente. Hasta estaba vuelto el embozo de la cama, mostrando las sábanas, que parecían invitar a ocupar el lecho.

Mirando otra vez a la esposa de St. Pierre, David sintió latir violentamente el corazón al ver la expresión de sus ojos. No era un centelleo sonriente el de su mirada; o era un fuego de turbación el de sus pupilas; no parecía que todo aquello la divirtiera. Lo que había de jocoso en el fracaso de sus planes no era para ella tan evidente como para él. Juana María dejó los gemelos en la mesa y se acercó lentamente a David. Le tendió la mano y sus dedos reposaron con suavidad de terciopelo en un brazo de Carrigan.

—¡Ha sido espléndido! —le dijo afablemente ¡Extraordinario!

Se aproximó mucho, hasta casi rozarle, y alzó las manos para posar las yemas de los dedos en los hombros del héroe. Tan cerca sintió éste la boca de la mujer, que respiró su aliento.

—¡Ha sido espléndido! —volvió a murmurar. Y luego, la joven, poniéndose de puntillas, le dio un beso. Pero tan rápidamente lo hizo, que no bien sintió Carrigan el contacto impulsivo de aquella boca, la mujer se había ya separado. Como una golondrina voló hasta la puerta, que se abrió y se cerró en cuanto hubo salido, para alejarse dejando en pos de sí la estela rumorosa de sus pasos. Después se volvió Carrigan al indio: éste también se había quedado mirando a la puerta por donde la mujer de St. Pierre acababa de salir.

Capítulo XXII

DURANTE varios segundos, que se le antojaron dilatados minutos, permaneció David de pie en el sitio en donde ella le dejara. Entre tanto, Nepapinas se levantó, recogió los bártulos de su pertenencia, se dirigió de mal humor hacia la puerta y salió. Apenas se fijó David en lo que el indio había hecho, pues tenía el alma encendida por un fuego abrasador. La esposa de St. Pierre le había dado un beso conscientemente, a impulsos del arrebatado gozo que brillaba en sus ojos. De puntillas, con las mejillas como claveles encendidos, le había brindado sus labios, más encendidos aún. Y a él también le ardía la boca, y el corazón le brincaba en el pecho. Durante un buen rato se quedó mirando con asombro hacia el sitio inmediato a la ventana donde la había encontrado. Luego dirigióse a la puerta y la abrió de par en par, y sus labios pronunciaron mecánicamente el nombre de Juana María. Pero la esposa de St. Pierre se había ido, como también Nepapinas, y en el extremo donde estaba la pala timonera vio a José Clamart que vigilaba.

Las dos canoas fueron acercándose, una ocupada por dos hombres, otra ocupada por tres. Comprendió que los enviaba St. Pierre para que con José lo custodiaran. Otra canoa se alejó de la opuesta orilla y David reconoció, cuando iba a mitad del cauce, que la ocupaba Andrés el tullido, asido al timón. El otro que iba en ella debía de ser St. Pierre.

Volvió a penetrar en el camarote y se detuvo donde había estado Juana María, junto a la ventana. Nepapinas no se había llevado las jofainas de agua, y las vendas continuaban allí; del mismo modo estaban dispuestos todavía el montón de algodón hidrófilo y la cama. Algo perdía no habiendo tenido ocasión de ocuparla. Sin embargo, si St. Pierre y Bateese le hubieran malparado y un par de sujetos lo hubieran sacado a rastras de allí, es probable que Juana María no le hubiera besado. Y aquel beso de la esposa de St. Pierre perduraría en su corazón hasta la misma muerte.

Pensando estaba así en el súbito y ardiente estremecimiento de los labios de Juana María, rojos como fresas y mucho más dulces que la fruta, cuando se abrió la puerta y entró St. Pierre. La presencia de aquel hombre en tal momento, el más precioso de su existencia no inspiró a David humillación ni vergüenza. Entre Saint Pierre y él se interpuso al punto la visión de la última noche. Se le aparecía Carmina Fanchet, con todo el hechizo de su hermosura rendido entre los brazos de hombre cuya esposa acababa de imprimir en su rostro los labios. Al encontrarse la mirada de ambos, David sintió deseos de descubrir a St. Pierre lo que había sucedido, para obligarle con ello a retorcerse bajo el golpe del arma de doble filo con que había pretendido jugar; pero comprendió que ni aun esto le impresionaría, pues el jefe de los Boulain, que

venía con un ojo hinchado, veía las cosas que estaban dispuestas delicadamente, como el embozo descubierto de la cama, y a pesar de ello el ojo que le restaba sano no hizo más que animarse con una expresión risueña, y la blancura de sus dientes brilló a través de una incomprensible sonrisa:

—Tonnerre! Dije que ella habría de cuidarle con sus manos de enfermera — exclamó con su atronadora voz—. Pero vea, *m'sieu* Carrigan, lo que se ha perdido.

—Algo he recibido que durará más en mi memoria que unos cuidados de enfermera —replicó David—. Y ahora me interesa vivamente conocer su opinión acerca de la lucha, St. Pierre, y si viene usted dispuesto a pagarme la apuesta.

Saint Pierre ahogó una risa misteriosa que se había insinuado en su garganta:

—¡Ha sido espléndido! —dijo repitiendo las palabras de Juana María—. Y José Clamart dice que ha visto a *ma belle* salir volando, sonrojada como rosa de agosto en ascua, sin decir una palabra, igual que un pájaro en busca del blanco abedul de playa.

—Estaba condolidada porque le he vencido a usted, Saint Pierre.

—No, no; estaba como una alondra aturdida de alegría. Al pronto se fijaron sus ojos en los gemelos.

—Sí —dijo Carrigan—, todo lo ha observado a través de estos lentes.

Saint Pierre se sentó a la mesa y lanzó un gemido al tocar una de las vendas.

—¡Ha visto cómo me herían, y no ha esperado para vendarme!

—Quizá pensaba que lo haría Carmina Fanchet.

—Me da vergüenza acudir a Carmina con este ojo abultado, *m'sieu*. Y para colmo de desgracias, usted insiste en que le pague la apuesta.

—Insisto.

Saint Pierre no puso buena cara.

—*Oui*, voy a pagársela; voy a decirle todo lo que sé de Black Roger Audemard. ¿No es eso lo que usted quiere? —Así se convino.

—Pero ¿qué ocurrirá después de decírselo? ¿Recuerda usted que yo le diera alguna garantía? ¿Le dije acaso que le dejaría libre? ¿Le prometí que no le mataría ni le arrojaría al fondo del río? Si tal dije, no me acuerdo.

—Es usted una fiera, St. Pierre. Un asesino, además de un...

—¡Alto! Ni una palabra de lo que vio por la ventana, que aquello nada tiene que ver con esto. No soy una fiera, sino un hombre. De ser una fiera le habría matado la primera vez que le vi en este camarote. No le amenazo con la muerte. Sin embargo, podría llegar a ser forzoso, como insista en que le pague la apuesta. Usted me comprende, *m'sieu*. Negarse a satisfacer una deuda de apuesta es un crimen mayor entre nosotros que cometer un homicidio, si no hay causas que lo justifiquen. Estoy desarmado. Su insistencia puede hacer ineludible el pago; pero antes es necesario que le prevenga.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada, por ahora. No puedo decirle lo que me sera preciso hacer cuando le cuente lo que yo sé de Roger Audemard. Le advierto que tengo concebido un plan,

m'sieu; pero las cosas pueden alterarse en un momento. Me limito a precaverle de un enorme riesgo que nos rodea, y a prevenirle que está usted jugando con fuego que no ve, porque todavía no ha llegado a quemarse en él.

Carrigan se sentó en una silla del otro lado de la mesa, frente a St. Pierre.

—Pierde usted el tiempo si espera asustarme —dijo Insisto e insistiré en el pago de la deuda, St. Pierre.

Éste se turbó visiblemente. Después apretó los labios y sonrió a David de una manera horrible.

—Lo siento mucho, *m'sieu* Carrigan, porque le estimo. Es usted un buen luchador, es usted valiente, y me gustaría que marcháramos de acuerdo en muchas cosas, especialmente en una que está vedada por ahora a su comprensión. Le aseguro que hubiera sido cien veces mejor para usted que yo le hubiera vencido, que fuera usted el que pagara la apuesta.

—Lo que a mí me interesa es saber lo de Roger Audemard. ¿Por qué vacila, St. Pierre?

—¿Vacilar yo? No vacilo, *m'sieu*; sencillamente le doy tiempo para que desista, que es lo que le conviene —dijo inclinándose hacia delante y doblando sus fornidos brazos sobre la mesa. ¿De veras se empeña en insistir, *m'sieu* Carrigan?

—¡Sí, insisto!

Saint Pierre cerró lentamente las manos, apretando los puños, y dijo luego, en voz baja:

—Voy a pagar mi deuda, *m'sieu*. ¡Roger Audemard soy yo!

Capítulo XXIII

LA pasmosa declaración del hombre que tenía delante dejó atónito a David Carrigan. Había sospechado alguna misteriosa afinidad entre St. Pierre y el criminal a quien perseguía; pero nunca esperó semejante revelación. Y entre tanto, Roger Audemard, aflojando los puños y deslizando entre sus labios una sonrisa, esperaba fríamente que Carrigan saliera de su asombro. En aquellos momentos en que parecía paralizársele el corazón. David miraba fijamente. Recaía su pensamiento en la mujer que era la esposa de su rival. ¡Juana María Audemard!... ¡La esposa de Black Roger! ... Sentía ansias de oponerse a veces a la realidad de semejante circunstancia; pero continuaba sentado, y sin aliento, desde que la monstruosa verdad se había apoderado de su cerebro, y un torbellino de comprensión inundó su espíritu. Enfrente permanecía sentado Black Roger, el gran asesino. Juana María era su esposa; Carmina Fanchet, hermana de un criminal, era sencillamente un alma de su misma calaña. Bateese, el hombre gorila, y Andrés el tullido, y todo el hato de almas negras que le rodeaban, eran de la misma ralea. El amor de una mujer le había cegado ante los hechos que habían ido amontonándose a su alrededor. Había caído entre lobos, como un cordero, y había procurado tener confianza en ellos. No era, pues, extraño que Bateese y el hombre a quien había estado teniendo por St. Pierre hubieran mostrado un gran regocijo en algunas ocasiones.

La serenidad del buen luchador volvió a asistirle cuando otra vez se dirigió a Black Roger. He de reconocer que esto ha sido una extraordinaria sorpresa. Pero me ha esclarecido en un momento infinidad de cosas. Me demuestra que la farsa no está lejos muchas veces de la tragedia.

—Celebro que vea usted la parte de humorismo que tienen las cosas, *m'sieu* David y añadió sonriendo con todo el regocijo que le permitía sentir su ojo hinchado no sienta bien la gravedad cuando la muerte nos ronda. Si yo tuviera que perecer ahorcado, cantaré mientras la soga me estrangulara, a fin de demostrar al mundo que no hay razón para entristecerse por el hecho de que se va a acabar con nuestra vida.

—Supongo que estará usted convencido de que voy a ofrecerle la ocasión de conducirse en esa forma —dijo David.

Black Roger se inclinó con cierta ansiedad, apoyándose en la mesa.

—Pero, ¿cree usted que va a ahorcarme?

—Tengo la absoluta convicción.

—¿Se aventura usted a hacer otra apuesta?

—Con un condenado no es cuerdo aventurar nada.

Black Roger se rió entre dientes. Se frotó las manos hasta hacerlas producir un áspero ruido, y detuvo su mirada monócula en Carrigan:

—Así es que voy a apostar conmigo mismo, *m'sieu* David. *Ma foi!* Juro que antes de la caída de las hojas solicitará usted la amistad de Black Roger Audemard, y se enamorará usted de Carmina Fanchet tanto como pueda estarlo yo. Por lo que hace a Juana María...

El hombre echó atrás la silla y se puso en pie, despertando en su pecho su habitual tono de risa resonante:

—A causa de esta apuesta que hago conmigo mismo, no puedo matarle, *m'sieu* David, aunque esto sería lo más conveniente para mí; voy a llevarle a Château Boulain, que está en las selvas de Yellowknife, al otro lado del gran río Slave. Nada le pasará mientras no intente escaparse; pero si así lo hiciera, su muerte sería inevitable; y le aseguro que me heriría en lo más vivo, *m'sieu* David, pues le quiero como a un hermano, y sé que acabará usted por estrechar la mano de Black Roger Audemard y arrodillarse a los pies de Carmina Fanchet. En cuanto a Juana María...

Otra vez se interrumpió y salió del camarote riendo, y Carrigan percibió distintamente el crujido metálico de la cerradura de la puerta. Permaneció un rato inmóvil junto a la mesa. No había traslucido ante Roger Audemard hasta qué extremo le había trastornado su revelación: mas no pretendía engañarse quitando importancia a la gravedad de su situación. Se hallaba en poder de un asesino que, por añadidura, tenía las espaldas protegidas por un ejército de criminales, y Juana María y Carmina Fanchet formaban parte de aquella cadena. No era simplemente un prisionero, sino un hombre expuesto a que Black Roger diese seguramente cuenta de él así que se presentara una ocasión oportuna. Era más que probable que lo hiciera, porque de lo contrario el resultado sería fatal para Black Roger.

Del fondo de semejante certidumbre, sobre la cual proyectaba su pensamiento deseando desbaratar toda incoherencia, surgía pregunta tras pregunta y su mente acabó por sumirse en un caos vertiginoso. Si St. Pierre era realmente Black Roger, ¿por qué había de descubrirse por el solo hecho de pagar una apuesta perdida? ¿Por qué razón le respetaba la vida? ¿Por qué Bateese no le había matado ya? ¿Por qué le había prodigado tantos cuidados Juana María? Se le trasladó el pensamiento a la faja de arenal en donde cayó medio muerto. Parecía hacerse luz por este lado. Seguramente, enterados de que perseguían a Black Roger, habían atentado allí contra él. Pero en tal caso, ¿por qué Bateese, la esposa de Black Roger y el indio Nepapinas habían puesto tanto empeño en reintegrarlo a la vida, siendo así que de abandonarlo en dónde cayó habría muerto y no les habría causado la menor molestia?

De todo aquello se desprendía algo desesperadamente inseguro y falto de lógica. ¿Sería posible que St. Pierre Boulain estuviera engañándole? Pero aun esto era inconcebible, pues cierta era la presencia de Carmina Fanchet, digna compañera de un hombre de la índole de Black Roger, y Juana María, que, en caso de burla, no habría desempeñado tan a la perfección su papel.

Súbito, el recuerdo de Juana María ocupó todos sus pensamientos. Había sido amiga suya y había puesto todo su poder en protegerle, porque su corazón se sentía dolorido en el ambiente donde alentaba. El corazón de David se apresuró a aceptar esta razón. Fácil le resultaba creerlo así, puesto que tenía fe en ella, y aquella fe se resistía a ser desvanecida y se mantenía en una lealtad más clara y firme de lo que él mismo sospechara, en oposición con Carmina Fanchet y Black Roger. Su corazón se aferraba a la idea de tener por sacrilegio pensar que el beso de aquella mañana fuera mentido. Fue, muy al contrario, producido por una alegría espontánea de triunfal alborozo al verlo regresar indemne. Le movió una fuerza incomprensible nacida en su corazón de mujer con una vivacidad irrefrenable. Luego se avergonzó y se ausentó con tal ligereza, que Carrigan no pudo verle el rostro, después de haber sentido el contacto de sus labios. De haber mediado falsía o subterfugio, no habría procedido de aquella forma.

Púsose en pie y comenzó a pasear, procurando desenredar y atar algunos cabos de la maraña. Oyó voces fuera; luego sintió que el barco se movía, y por una de las ventanas que daban a la orilla vio que los árboles y la playa arenosa se alejaban suavemente. En toda la extensión que su vista alcanzaba hacia aquella orilla, no llegaba a ver nada que delatara la presencia de Juana María; pero allí se quedaba una canoa, al lado de la cual tenía a sus espaldas, como un tronco carbonizado caído en la arena, a Andrés el tullido. Junto a la otra orilla, la balsa comenzaba a deslizarse río abajo. Durante media hora varias novedades que se realizaban en torno de él le produjeron la impresión de que de allí en adelante su encarcelamiento no tendría compensaciones que lo dulcificaran. A ambos lados de la nave dos hombres estaban realizando cierto trabajo en las ventanas, y una vez terminado, ninguna de ellas podía abrirse más que unos centímetros. Entonces oyó el chirrido de la llave en la cerradura, y sorprendido vio que Bateese entraba. En el rostro del mestizo no se veían vestigios de los golpes que le derribaron hacía unas horas. La mandíbula que recibió los puñetazos se mostraba tan agresiva como siempre; sin embargo, la expresión y la actitud del recién llegado, al mirar con curiosidad a Carrigan, no delataban resentimiento ni malevolencia; ni siquiera parecía avergonzado el hombre; se limitaba a mirar en torno con los ojos llenos de curiosidad y casi deslumbrados que suele poner el rapaz que contempla una cosa rara y extraordinaria. Carrigan, que le observaba derecho ante él, comprendió lo que pasaba por aquella mente, y el humorismo que de ello se desprendía le puso la sonrisa en los labios.

El semblante de Cohombro se contrajo en un exagerado gesto:

—¿Qué sucedería, *mon Dieu*, si usted fuera hermano de Cohombro Bateese, *m'sieu? Frère d'armes*^[28], quiero decir, *Ventre saint gris*^[29]!, haríamos correr a los más formidables luchadores de todo el Norte como si fueran conejos que vieran al zorro. Gran pareja haríamos, *m'sieu*; usted que ha vencido a Cohombro Bateese, derribándole al suelo, y yo que mato osos polares con las manos, que tumbo árboles, que masco pedernal si el tabaco se acaba...

Había alzado mucho la voz, y de improviso sonó una risotada en el exterior. Cohombro se dio una palmada en la boca. José Clamart estaba riéndose.

—¡A ése lo he derrotado yo cinco veces, y ahora va a ser la sexta! —siseó Bateese—. Dos veces al año le zurro la badana a ese garçon de José Clamart, para que se entere de lo que es un buen luchador. ¿También usted le zurrará, *m'sieu*? *Oui*? Yo le traeré a usted muchos buenos luchadores para que les proporcione sendas palizas. A todos los que Bateese ha vapuleado..., diez, doce, cuarenta..., a toda esa cuadrilla la vencerá. ¿Le gusta el trato, *m'sieu*?

—Me gustaría esos planes que está usted haciendo —le contestó Carrigan—, pero ese capitán de ustedes, ese Black Roger Audemard...

—¡Cómo! —interrumpió Bateese, dando un brinco—. ¿Qué está usted diciendo, *m'sieu*?

—Digo que Roger Audemard, Black Roger, el hombre a quien tenía por S t. Pierre Boulain...

Carrigan enmudeció. Lo que iba a decir carecía de importancia al Lado del efecto que el nombre de Mack Roger Audemard había producido a Cohombro Bateese; Un resplandor letal cruzó los ojos del mestizo, y David comprendió por primera vez que la desmesurada cabeza: del ribereño alojaba un cerebro lo bastante sagaz para hacerse cargo de ciertas cosas. Era evidente que Black. Roger no había comunicado a Bateese cuál era el precio de la apuesta, ni le había revelado su identidad, y un momento después que los labios de David pronunciaron el nombre de Audemard, el mestizo se quedó como atontado. Lentamente, como forzando las palabras, y con la expresión de un terrible deseo que transformaba su cuerpo en un sólido armazón de acero, dijo:

—Vengo, *m'sieu*, con un mensaje de St. Pierre. Ya ve usted que las ventanas están cerradas y la llave de la puerta echada por fuera. Hay continua vigilancia a ambos lados de la nave. Si intenta evadirse, le mataremos. Nada más. Le haremos fuego. Somos cinco guardianes que estamos en el barco todo el día *et toute la nuit*. ¿Comprendido?

Se volvió bruscamente sin esperar respuesta, y la puerta se abrió para cerrarse en seguida a sus espaldas. Otra vez rechinó la cerradura. Rió abajo, majestuosamente, continuó deslizándose la chalana durante todo el día. Ni por un momento cesó de crujir el largo remo timonero. Aun en las corrientes más rápidas percibió David su continuo gemido y vio como la balsa desaparecía lentamente a sus ojos. Cerca de una ventana un poco abierta había dos hombres que estuvieron hablando momentos antes de que la nave entrara en los rápidos de Brule Point. Eran voces desconocidas. Se enteró de que la enorme balsa se componía de treinta y cinco pequeñas almadías, siete de las cuales formaban la parte delantera, y que durante el trayecto que va entre Brule Point y Yellowknife tendría que desarmarse nueve veces para pasar otros tantos rápidos peligrosos.

Debía de ser un trabajo extraordinario, pensó David; un trabajo tan lento como arriesgado; y como quiera que no sentía la inminencia del peligro de su vida, pensó

que hallaría sobrado tiempo para trazarse un plan de acción en propia defensa. Lo único que por el momento podía hacer era aguardar, ateniéndose a las instrucciones del mestizo. Así discurriendo, encontró que no faltaba el aspecto divertido en aquella situación. Siempre había tenido la ilusión de realizar un viaje de recreo por los Tres Ríos en una nave. El sueño, pues, estaba realizándose.

Al mediodía, uno de los guardas le entró la comida. No recordaba haber visto antes a aquel hombre alto, delgado y hecho para correr como un galgo, el cual ostentaba un puñal atado al cinto. Al abrirse la puerta, Carrigan vio de una ojeada a dos más: eran individuos de complexión muscular propia para el trabajo y la lucha. Uno de ellos estaba sentado en la cubierta, las piernas cruzadas, un rifle sobre las rodillas. El otro, en pie, con otro rifle en las manos. El hombre que le sirvió de comer no gastó saliva en palabras; se limitó a inclinar la cabeza, murmuró un lacónico *boujour*, y se fue. Al comenzar Carrigan su refacción no pudo ocultarse la observación de que St. Fierre había mostrado gran esmero en seleccionar a los guardianes. Presentía que éstos tenían una vista de lince para apuntar con el arma al blanco. Parecía que no estaban para bromas y delante de ellos no se sentía animado a sonreír como lo había hecho ante Cohombro Bateese.

Otro hombre desconocido le entró la cena. Y durante dos horas, hasta que se puso el sol y las sombras comenzaron a invadir la tierra, la nave continuó avanzando por el cauce. Calculó que habría recorrido setenta kilómetros.

Todavía había luz cuando la chalana fue abordada a la orilla y amarrada; pero aquella noche no hubo cánticos ni risotadas, aunque llegaron las horas de habitual descanso y recreo de aquellos hombres. Todo ello le produjo a Carrigan, al mirar a través de la ventana, la impresión de un amago peligroso. Las sombrías figuras que se movían en la orilla, antes se le antojarían veladores de un cadáver que guardas de un prisionero; y para disimular la tristeza que aquel espectáculo le causaba, encendió dos lámparas, empezó a silbar, tecleó en el piano una pieza que sabía y por fin se sentó entregándose a la pipa. Le habría sido muy grata la compañía de Bateese, de José Clamart o de cualquiera de los guardianes, y como la soledad se prolongaba demasiado, llegó a sentir cierta simpatía por las voces que de vez en cuando llegaban a él del exterior. Quiso entregarse luego a la lectura, pero las palabras impresas se le confundían y perdían el sentido.

Eran las diez. Las nubes habían ennegrecido la noche. Súbitamente cruzó las ventanas entreabiertas un grito procedente del río. Por dos veces se repitió, antes de que los de la chalana respondieran. Y en la última llamada, David reconoció la voz de Roger Audemard. Transcurrió un brevísimo intervalo hasta que se sintió el roce de una canoa que abordaba al flanco de la chalana. Después se oyó una conversación sostenida en voz ahogada, en la que dominaba el tono de Audemard, y otra vez chirrió la llave en la cerradura. Se abrió la puerta para dar entrada a Black Roger, que llevaba colgada del brazo una cestita india de mimbre.

Carrigan no se movió para recibirle. No fue aquella entrada como la del antiguo St. Pierre, pues los labios de Black Roger no modularon ni un asomo de sonrisa, ni en sus ojos apuntó el brillo de la cortesía. Traía el rostro ceñudo, serio, como si hubiera realizado un largo y penoso viaje para cumplir una misión desagradable. Ahora bien, no había en su expresión ni un trasluz de amenaza, como lo había habido en el semblante de Bateese se diría que el gesto de Saint Pierre era más bien el de un hombre fatigado, y no obstante, David comprendió que no se trataba de una fatiga corporal. Black Roger adivinó algo de lo que había en el pensamiento de David y reprimió una sonrisa entre los labios.

—Sí, he pasado un mal rato afirmó remeciendo la cabeza ¡He aquí esto para usted!

Colocó la cesta sobre la mesa. Tendría una cabida de cuatro celemines escasos, y estaba colmada de algo oculto por un lienzo, hasta el arco del asa.

—Y usted tiene la culpa de mis quebraderos de cabeza —añadió desplomándose, con aspecto de cansancio, en una silla. Debería matarle, y en vez de hacerlo, le traigo regalos para el paladar. Casi todo el día ha estado esa boba ajetreada en preparar esta cesta, y luego se ha empeñado en que yo mismo se la trajera a usted. He venido, pues, sencillamente para comunicarle, de paso, cierta novedad. Creo, *m'sieu* Carrigan, que encontrará en la cesta más lágrimas que otra cosa, pues Juana María tiene el corazón dolorido por la humillación que ella misma se ha causado esta mañana.

Retorcía, como ensarmentadas, sus rudas manazas, y el mismo corazón de David se enterneció viendo las profundas huellas que le surcaban el rostro. Black Roger prosiguió sin dirigir la mirada a Carrigan:

—Claro es que ella me lo ha contado, porque ya sabe usted que todo me lo confía, y si supiera que yo se lo descubro a usted, creo que sería capaz de matarse; pero me importa que usted esté convencido de que Juana María no es lo que usted se figura. Aquel beso se lo dieron los labios de la mujer más honesta que Dios ha puesto en el mundo, *m'sieu* Carrigan.

Sintiendo David que la sangre le ardía como fuego vivo contestó:

—Lo sé. Estaba sencillamente contenta de que no se hubiera usted manchado las manos quitándome la vida...

Esta vez Audemard sonrió; pero aquélla era la sonrisa de un hombre que parecía haber envejecido diez años en un día.

—No intente contestar, *m'sieu*; únicamente quiero que le conste que se trata de una mujer pura como los astros. Lo ocurrido ha sido una desgracia; pero seguir los impulsos del corazón no creo que sea delito. Todo lo que ha pasado ha sido lamentable desde su aparición; pero no trato de censurar a nadie, a excepción de...

—¿Carmina Fanchet?

Audemard asintió:

—Sí; ya la he despachado. Juana María está ahora en el camarote de la balsa; pero ni aun a Carmina puedo censurarla gravemente, *m'sieu*, porque no es

humanamente posible sostener acusaciones que perjudiquen a personas a quienes se ama. Dígame si estoy en lo cierto, usted que debe de saberlo, ya que ama a Juana María. ¿Tiene usted algo de que acusar a ésta?

—¡Oh, qué diferencia! —protestó David— Juana María es su esposa. ¿Es posible, Audemard, que no la adore usted?

—Sí, la amo.

—¿Y a Carmina Fanchet?

—También la quiero. Son como la noche y el día, mas por las dos me siento cautivado. ¿No tiene derecho un corazón tan grande como el mío a este doble amor?

David se levantó como dando un bufido, y dirigió la vista por una ventana a la oscuridad del río.

—Black Roger —exclamó, sin volver la cabeza las pruebas existentes en la comisaría general le condenan como al criminal de más negras entrañas; pero se me antoja que todos sus anteriores delitos son menos crueles que el que está usted perpetrando contra su propia esposa. No me avergüenzo de confesar que la amo, porque lo contrario sería mentir, y la amo de tal manera que todo, alma y vida, lo sacrificaría por ella, si tal sacrificio tuviera la eficacia de que usted volviera a ella purificado y limpias las manos del crimen que le hace reo de muerte.

No oyó Carrigan a Black Roger Audemard cuando se levantó. El ribereño se quedó mirando unos instantes a David, a su espalda, y luchó consigo mismo por retener las palabras que pugnaban por decir lo que estaba sintiendo y pensando. Se volvió antes de que lo hiciera David y se apartó hasta detenerse junto a la puerta con la mano en el picaporte. Allí la sombra casi le ocultaba:

—No volveremos a vernos —dijo— hasta llegar a Yellowknife. Hasta entonces, ni usted ni yo mismo sabremos lo que va a pasar... Creo que comprenderá cosas extrañas que a la sazón se le revelarán. Bateese ya le ha prevenido para que no se le ocurra intentar una escapatoria. Yo no tendría que lamentarlo menos que usted. Si lleva en las venas sangre verdadera y quiere abrir los ojos a lo que ahora no comprende, ¡espere con toda calma! ¡Bonne nuit, *m'sieu* Carrigan!

Moviendo la cabeza, David le contestó:

—¡Buenas noches! Y en la tenue sombra le pareció descubrir una misteriosa luz de alegría que animó el rostro de Black Roger, al abrir éste la puerta para cerrarla otra vez a sus espaldas dejando solo a David.

Capítulo XXIV

AL salir Black Roger se desvaneció la sensación opresora de soledad en que había quedado sumido Carrigan, el cual, oyendo las voces que le llegaban de afuera, se percató de que, en verdad, no odiaba a aquel hombre como quería. Por una parte era un criminal y por otra un canalla; pero se sentía irresistiblemente inclinado a compadecerle y estimarle. Realizó un gran esfuerzo por librarse de semejante sentimiento; pero una vocecita íntima que no podía ahogar le decía que más de un hombre honrado había en alguna ocasión cometido lo que se llama un asesinato, y que quizás no comprendió de una manera cabal lo que viera por la ventana. No obstante, cuando lograba zafarse de semejante sentimiento de benignidad, reconocía que todos los elementos de juicio que poseía eran condenatorios. Ahora bien, la sensación de soledad había desaparecido. La visita de Audemard le había despertado una inesperada emoción, una expectación casi febril, una promesa de cosas inminentes, cuya sola sospecha le agitaba la sangre. «Cosas extrañas que a la sazón se le revelarán», le había dicho Roger Audemard, y en su voz dejó percibir por primera vez algo que era como la clave misteriosa de la verdad. Y había añadido: «¡Espere con toda calma!». La cesta que quedó en la mesa parecía repetir aquella palabra: «¡Espere!». Colocó las manos encima de la cesta. Una palpitación de vida semejaba acompañar al imaginario susurro. Aquel envío era de Juana María. Parecía conservar la tibieza de sus manos, y a Carrigan se le antojó al levantar el lienzo que aquello trascendía al aliento de la mujer. Al cabo de un instante se rió de sí mismo y se llamó loco, pues aquel aliento era un vaho de cosas recién salidas del horno y preparadas por las manos queridas. Sin embargo, nunca había sentido de una manera tan rara la cálida proximidad de Juana María en su corazón. No se preocupó de razonar por qué causa la visita de Roger Audemard había desvanecido en un instante imposibles de hacía poco. No era factible semejante análisis, puesto que no ignoraba que el cambio experimentado en su ánimo carecía de justificación. Lo evidente era la transformación experimentada, y esta evidencia modificaba las circunstancias de la reclusión. En vez de concebir, como antes, propósitos de huir y reducir a Black Roger a prisión, apetecía intensamente llegar a Yellowknife y a Château Boulain.

Hasta pasada la medianoche no se acostó. Y a la mañana siguiente se levantó al filo del alba. Al amanecer ya estaban los tripulantes de la chalana preparándose el desayuno. David, que se sentía contento e impaciente por dar comienzo a la nueva jornada, golpeó en la puerta y llamó a José Clamart, que se disponía a desayunarse con sus compañeros, con objeto de decirle que sólo quería café caliente para acompañar a lo que Black Roger le trajo en la cesta.

Pasó el barco aquella tarde por Fort Mac Murray, antes de que el sol declinara, Carrigan vio las verdes laderas de las colinas de Thickwood y los prominentes picos de las montañas de Birch. Se rió francamente al pensar en el cabo Anderson y en el agente Frazer, que radicaban en Fort Mac Murray para ejercer la vigilancia de la gran vía acuática. ¡Qué miradas le enviarían si pudieran verle a través de la puerta de su gabinete de prisión! Mas por el momento no le agradaría que le descubrieran. Deseaba continuar adelante, y con creciente regocijo vio que la tripulación no mostraba deseos de holgar durante el camino. No se hizo alto al mediodía, y el amarre no se ejecutó hasta que el postrer resplandor de la tarde se convirtió en oscuridad que velaba el cielo y la tierra. Dieciséis horas, sin cesar, bogaron, y recorrieron unas sesenta millas. David se imaginaba que la balsa no habría hecho ni la tercera parte de la ruta.

Las circunstancias de llegar a Château Boulain unos días o acaso varias semanas antes que Black Roger y Juana María a causa de la gran marcha que llevaban, no aminoró el entusiasmo de Carrigan. Durante aquel intervalo entre su llegada y la de ellos podría realizar importantes indagaciones. Si no le abandonaba su habitual perspicacia, haría importantes descubrimientos. Un día y otro prosiguió el viaje sin descanso. A la cuarta jornada después de haber pasado por Fort Mac Murray, fue Clamart el que le entró la cena, y refunfuñó en son de protesta por aquellas largas horas de penoso trabajo de galeoto. Cuando David le dirigió algunas preguntas, se limitó a encogerse de hombros, y apretó la boca cerrada como si la tuviera encolada. Al día quinto la nave cruzó el angosto cuello occidental del lago Atabasca; pasó de largo por Chipewyan durante la noche, y al sexto embocó el río Slave. Era la decimocuarta jornada cuando la nave surcó el lago Great Slave, y a las dos noches, cuando la oscuridad se había vuelto más densa entre las murallas de arboleda del Yellowknife, David comprendió que habían, a la postre, llegado a la embocadura del oscuro y misterioso río que conducía al aún más misterioso dominio de Black Roger Audemard.

Aquella noche el regocijo de los tripulantes parecía ser el que experimentan unos hombres que se sienten libres por fin de un intenso trabajo y que se expansionan después de muchos días de disciplina. Encendieron una alta hoguera y reían y cantaban y daban voces, mientras alimentaban el fuego con troncos. Al resplandor de aquella hicieron otra menor, a la cual aproximaron ollas y calderos que no tardaron en hervir y chirriar. De una enorme cafetera, de unos diez litros, emanaba vapor cargado de un aroma que se mezclaba gozosamente con la fragancia de los bálsamos y los cedros. David se percató de todo desde la ventana, y cuando José Clamart entró con la cena, vio que las tajadas que estaban asando sobre las ascuas eran de carne de anta recién muerta. Como no había visto que la compraran, ni había oído estampidos de escopetas, le intrigó el caso, y, preguntado José Clamart acerca de la procedencia de aquella carne, se limitó a encogerse de hombros y hacer un guiño, y se alejó cantando lo de la *allouette*, el ave que una a una perdió todas las plumas. También advirtió

David que nunca se reunían más de cuatro hombres en la orilla. Por consiguiente, uno por lo menos se quedaba siempre en la nave, vigilando la puerta y las ventanas.

También a él le alcanzó el estímulo de un estremecimiento que hurgaba su naturaleza, y semejante excitación subió de punto cuando, al pronto, vio que los tripulantes se pusieron de un brinco en pie y corrieron al encuentro de otras ensombrecidas figuras que surgían confusamente al borde de los negros de la selva. Mezcláronse todos y permanecieron largo rato juntos. David imaginaba que tal vez los recién llegados serían gente de Château Boulain. Luego, Bateese, José Clamart y otros dos apagaron las hogueras y volvieron a la chalana para dormir. David hizo lo propio: se acostó.

Antes de que la lívida y gris claridad de la aurora se tiñera del rojo solar, volvieron a arder las hogueras, y David, despierto por la voz de varios hombres, se acercó a la ventana y vio una docena de personas donde la noche anterior sólo había cuatro. A la luz que trajo el día no reconoció a ninguna. Todas eran extrañas. Después comprendió a qué obedecía la presencia de aquellas figuras. La nave, hasta entonces, había navegado hacia el Norte, pero a merced de la corriente; ahora continuaría el mismo rumbo, pero el caudal del Yellowknife corría hacia el Sur, hacia el lago Great Slave, y la chalana tendría que ser remolcada. Vio luego dos barcasas de York, cada una ocupada por seis remeros, y en seguida la nave se puso lentamente en marcha río arriba. Durante varias horas se entretuvo David en ir de una ventana a otra, un poco inquieto al ver el sitio por donde se internaban. Se le imaginaba que aquella ruta cristalina era la entrada de una tierra prohibida, de una región de profusos e inviolados misterios, comarca de encantamiento, acaso país de muerte, separado del mundo que hasta entonces conociera. Como el río era angosto y la selva se apretaba densamente a lo largo de las orillas, no le era posible penetrar con los ojos en el interior del paisaje. Las copas de los árboles tejían un enmarañado dosel que mantenía en sombra crepuscular la vena de agua, de manera que, cuando por algún sitio los rayos del sol lograban penetrar, parecían más bien hebras de luna que alumbraran una oscuridad oleaginoso. No sonaba otro ruido que el acompasado ritmo de los remos y el roce del agua en los flancos de la nave. Ni reían ni cantaban ya los tripulantes, y en todo caso debían de hacerlo entre dientes; tampoco se percibían trinos y gorjeos en la enramada, y al ver en un momento David el rostro de José Clamart, que pasó por delante de la ventana, le pareció un semblante contraído y duro, como de un hombre que siente la superstición de estar cruzando un paraje infernal.

Mas pronto pasó aquello. Entró, inundante, una oleada de sol por las ventanas, y súbitamente levantaron los que iban en avanzada un rumor de voces, y en la chalana sonó una risotada en forma de alarido, lo cual impulsó a José Clamart a reanudar su habitual canción de la *allouette* que todo lo perdió. El mismo Carrigan sintió la necesidad de reír. Eran ciertamente misteriosos aquellos hijos del Norte, de sangre cruzada, que se impresionaban con supersticiones infantiles. Pero reconocía que la

espantosa solemnidad del paso a través de la selva, hasta en su corazón puso extraños presentimientos.

Antes de que la noche cayera, Bateese y José Clamart entraron en el camarote, ataron a David los brazos a la espalda, y lo sacaron a tierra, mientras sonaba en sus oídos un estruendo de cataratas. Estuvo observando el trabajo en que se ocuparon aquellos hombres durante dos horas: sacaron la nave del agua sobre pulidos rodillos de abedul y la empujaron, paso a paso, por un camino trazado hasta la cascada, y allí, pasado el salto, botaron nuevamente la chalana, Volvieron a conducir a David al camarote y le soltaron la ligadura de los brazos. Aquella noche se durmió sintiendo repercutir todavía el fragor de la cascada en sus oídos.

Al día siguiente el Yellowknife no tenía trazas de río, sino que parecía un estrecho lago, y al mediodía del tercero, los remeros llegaron a la Región de los Nueve Lagos. Durante otro crepúsculo, la nave volvió a pasar por los laberínticos cauces e impenetrables frondas selváticas, y se detuvo por fin en la linde de un claro que dejó en el bosque la tala de árboles. Allí se notaba mayor agitación, pero reinaba demasiada oscuridad para que vid pudiera comprender nada. Se confundían las voces humanas con los ladridos de los perros. Al fin, algunas de las voces se acercaron al camarote, rechinó la llave en la cerradura, y la puerta se abrió. Los primeros a quienes vio David fueron Bateese y José Clamart. Y luego, con verdadero asombro, a Mack Roger Audemard, que le sonrió y le dio las buenas noches. David no pudo ocultar su sorpresa.

—¡Sea usted bien venido a Château Boulain! —exclamó Black Roger—. ¿Se extraña usted? Pues sepa que le he adelantado seis horas en una canoa. La cortesía me obligaba a ello para hacerle los honores del recibimiento.

Bateese y José Clamart hacían gestos de risa a sus espaldas. Luego entraron, y José Clamart cogió la mochila de David y se la echó al hombro.

—¿Quiere usted venir con nosotros? Carrigan les siguió, y cuando puso pie en tierra, Bateese, José Clamart y otros se quedaron detrás, tres o cuatro sombríos personajes se le antepusieron, y Black Roger se situó a su lado. Y emprendieron así la marcha. Ya no se oían voces, y los perros habían cesado de ladrar. Enfrente se alzaba una muralla de sombras. Era el bosque densamente negro que cercaba aquel espacio despejado. Hacia aquella espesura conducía un camino apisonado por el frecuente paso de la gente, por el cual marcharon, sin que una sola estrella atravesara, una vez en el bosque, las copas de los árboles, ni una fugaz claridad se hiciera en el caos por donde se abría la senda, durante dos kilómetros, a excepción de un momento en que José Clamart encendió la pipa. Nadie dijo nada. El mismo Black Roger iba silencioso, y a David no se le ocurrió una sola palabra.

Al cabo de aquellos dos kilómetros de marcha, los árboles comenzaron a clarear sobre las cabezas de los caminantes, los cuales llegaron pronto a la salida del bosque. En medio de aquella oscuridad, a David se le suspendió el aliento. Enfrente mismo, a menos distancia de un tiro de rifle, se levantaba Château Boulain. Lo conoció antes

de que Black Roger le dijera nada. Lo supuso porque vio las ventanas iluminadas. Había unas veinte, y no tenían una sola cortina echada que hurtara a la noche aquella irradiación. No vio otra cosa. Pero aquellas luces eran lo suficiente para dar idea de la grandiosidad del edificio, aunque estuviese construido con maderos solamente, en el intrincado corazón de aquellas soledades. Luego oyó a Black Roger que le decía con reprimido entusiasmo:

—¡Nuestra casa, *m'sieu!* Mañana, a la luz del día, comprobará usted que es el mejor palacio del Norte. Todo está hecho de cedro, donde no de abedul, así es que aun bajo las más intensas nieves nos rinde su perfume de flores y primavera.

Nada respondió David. Y al cabo de un instante, prosiguió Audemard:

—Únicamente se encienden todas las luces por Navidad, Año Nuevo y con motivo de algún cumpleaños o alguna boda. Esta noche se han encendido en honor de *m'sieu* David.

Otra vez sonrió ligeramente y añadió:

—Además, allí alguien está esperándole. Mucho va a sorprenderle. El corazón le retozó a David en el pecho. Aquellas palabras encerraban un sentido del que no podía haber segundas interpretaciones. ¡Juana María había llegado antes que nadie con su marido!

Mientras se dirigían al edificio tan brillantemente iluminado, David distinguió perfectamente los perfiles de otras construcciones recatadas en la sombra de la espesura lindante del bosque, donde de vez en cuando se hacía un poco de luz que delataba la existencia de los moradores. Pero era tal el silencio reinante, que se maravilló: ni una voz, ni el crujir de una puerta, ni un ladrido. Al aproximarse, vio una galería corrida de un extremo al otro de la fachada, provista de persianas para resguardarla en verano de las moscas y mosquitos, de los insectos nocturnos que acuden a la luz. Subieron a ella por una amplia escalera de abedul, y encontraron enfrente una puerta, densa y pesada como la verdadera poterna estratégica de un castillo. Abrióla Black Roger, y en seguida David se encontró en un saloncito débilmente alumbrado, donde varias cabezas de fieras, colgadas en las paredes sombrías, los miraban como criaturas medrosas. Entonces se despertaron en el interior las finas notas de un piano que llegaban a sus oídos muy débilmente.

Carrigan miró a Black Roger. La sonrisa acudió a los labios del señor del castillo, que levantó la cabeza, llenos los ojos de alegría al oír aquella música. Nada dijo; pero descansando una mano sobre un brazo de David, lo atrajo hacia sí, en tanto que Bateese y José Clamart se detuvieron a la entrada de la estancia. Al avanzar David sintió bajo las plantas el grosor afelpado de las alfombras de pieles, vio el profundo brillo del barnizado cedro y abedul de las paredes, y en lo alto el rico artesonado de un techo como el del camarote de la canoa. Se hacía más próxima la música y llegaron a una puerta cerrada. La abrió Black Roger suavemente, como deseando no molestar a la persona que allí dentro estaba tocando el piano.

Penetraron y David retuvo el aliento. Era una vasta habitación decorada suntuosamente y provista de todo género de comodidades, aromada de flores silvestres y que tenía a un extremo una negra chimenea desde encima de la cual la cabeza de un monstruoso ante disecado le clavaba a David sus ojos de vidrio. Luego vio una figura humana y experimentó una sensación de pasmo al ver que aquélla no era Juana María. Tenía un tipo esbelto, de suma belleza, llevaba una luminosa bata y su cabeza, a la claridad de la lámpara, irradiaba un halo de oro.

—¡Carmina! —la llamó Roger Audemard.

La mujer, que no esperaba aquella voz, se volvió un poco sobresaltada, y se puso en seguida en pie. ¡David Carrigan se encontró frente a frente con Carmina Fanchet!

Nunca la había visto tan hermosa como entonces, pues parecía un ángel con su vestido de pura blancura, con la radiante gloria de su cabello, con la claridad de sus grandes ojos. Y al dirigirse a él, asomó a sus labios una sonrisa. ¡Sí, estaba sonriéndole aquella mujer a cuyo hermano él había hecho entregar al verdugo, aquella mujer que había robado a otra el cariño de Black Roger! Ella le conocía. Estaba seguro de que reconocía en él al hombre que siempre sostuvo que ella siguió a su hermano en su camino de crímenes y delitos, al hombre que trabajó hasta el último momento por privarla de la libertad. Sin embargo, aquellos ojos, aquella boca, aquella faz habían perdido el odio antiguo. Se le acercó lentamente, le ofreció la mano, y él, casi como ciego, le tendió la suya. Sintió el cálido contacto de sus dedos un momento y oyó su voz que le decía suavemente:

—Bien venido, *m'sieu* Carrigan, a Chatean Boulain.

David se inclinó cortésmente y musitó alguna palabra. Black Roger le oprimió lentamente el brazo y le acompañó otra vez hacia la puerta. Al salir, David comprobó que Carmina Fanchet era una hermosura, que tenía los labios muy encendidos, contrastando con la blancura de su rostro, que era el semblante femenino de más intensa blancura que vieran nunca sus ojos.

Mientras subían al segundo piso por una escalera de caracol, Roger Audemard le dijo:

—Me siento verdaderamente orgulloso de mi Carmina, *m'sieu* David. ¿Existe otra mujer capaz de estrechar la mano de un hombre que no paró hasta hacer que le ahorcaran a un hermano?

Detuviéronse delante de otra puerta. La abrió Black Roger. Dentro había luz y David comprendió que aquélla era su habitación. Audemard no entró con él, pero le miró con humorismo, insistiendo:

—Digo que si existe una mujer que pueda comparársele, *m'sieu*.

—¿Qué ha hecho usted de Juana María, de su esposa? —le interrogó David.

Se le hacía muy cuesta arriba hablar de aquello. Hubiera preferido no despegar los labios. Una angustia terrible le oprimía la garganta, y la opresión se hizo más dura cuando vio la fiera lumbre que animaba los ojos e Black Roger.

—Mañana se enterará usted, *m'sieu*; esta noche, no. Es preciso que aguarde hasta mañana.

Inclinó la cabeza, se dirigió a la puerta y la cerró tras él. Inmediatamente rechinó con aspereza la llave en la cerradura.

Capítulo XXV

CARRIGAN se volvió despacio y paseó los ojos por la habitación. Había otra puerta que daba a un lavabo, y ventanas que tenían las cortinas corridas. Se sonrió con disgusto cuando vio unos barrotes claros, de fuerte abedul, clavados, cruzando las ventanas en forma de reja por la parte exterior. Observó que eran de abedul recientemente descortezado y supuso que los habrían clavado aquel mismo día. Carmina Fanchet y Black Roger le habían dado la bienvenida en Château Boulain, mas por lo visto no prescindían de ninguna precaución en el trato que daban a su prisionero. ¿Y dónde estaría Juana María?

Esta pregunta le asaltaba obstinadamente, y con ella se hacía más angustiada aquella angustia que le atenazaba el corazón desde que vía a Carmina Fanchet en la estancia de abajo. ¿Sería posible que el odio de Carmina Fanchet no se hubiera extinguido, y que ella viniera conspirando con Black Roger para conducir hasta allí a David, a fin de realizar más cumplidamente su venganza, haciéndole pasar una mayor tortura? ¿Le sonreían y le estrechaban la mano porque sabían que se le aproximaba la muerte? Si era verdad como lo pensaba, ¿qué habrían hecho de Juana María?

Volvió a tender la vista por el cuarto, y se le antojó que estaba bastante desmantelado, pero de una rara manera. Había en el suelo ricas alfombras: tres pieles espléndidas de oso blanco y dos de lobo. De las paredes pendían dos cabezas de gamo y una espléndida de reno. Unas marcas que se veían en el suelo le indicaron el sitio donde había habido anteriormente una cama; pero entonces estaba reemplazada por un diván en el que podía dormir una sola persona. La significación de aquello era muy clara. ¡En ningún sitio había objeto alguno que pudiera utilizarse como arma!

Volvió a mirar las barras de madera de abedul que habían clavado en las ventanas, y abrió los cristales para que penetrase el fresco y dulce aliento de la selva. Entonces vio la rejilla que como protección contra los mosquitos estaba clavada encima de las barras. Era curioso que pensaran en su comodidad cuando proyectaban su muerte.

Si fuera cierto que Black Roger, con la complicidad de su dama, estaba maquinando una venganza de consecuencias mortales, sería de suponer que en semejantes planes envolverían también a Juana María. Trasladóse al pronto su imaginación a la balsa. ¿Habría obrado estratégicamente Black Roger dejando allí a su esposa, y adelantándose a la chalana con Carmina Fanchet? Transcurrirían algunas semanas hasta que la balsa llegara a Yellowknife, y durante tan largo tiempo Dios sabía las cosas que podrían ocurrir. Este pensamiento le disgustaba. No tenía miedo por sí mismo, puesto que afrontar el peligro y las fuerzas físicas que se le opusieran constituía su profesión. Pero temía por Juana María. Había visto lo suficiente para

convencerse de que Black Roger estaba locamente enamorado de Carmina Fanchet. A bordo de la balsa podía suceder lo más impensado, pues todo era de esperar de aquellas gentes que tenían el alma tan negra como su jefe. Pero como mataran a Juana María.

Echó una mano al pestillo de la puerta y lo agarró unos momentos impulsado a llamar a voces a Black Roger para decirle a las claras lo que bullía en su mente. Y hallándose en aquella postura, teniendo tensos todos sus músculos como preparados para un combate, llegó a su oído el sonido muy atenuado de una música. Primero sonó el piano; luego una voz de mujer entonando una canción. Uniósese después a ésta una voz de hombre, en la que conoció la de Black Roger que cantaba con Carmina Fanchet.

El ciego impulso de su corazón cesó súbitamente. Inclino la frente y aplicó el oído a la rendija de la puerta. No le fue posible comprender la letra de la canción, pero la música llegaba hasta allí tan vibrante que se le abrió la boca y se le encendieron los ojos de asombro. En el piso de abajo, a tres mil kilómetros de la tierra civilizada, Black Roger y Carmina Fanchet cantaban la popular tonada de «¡Hogar, dulce hogar!».

Una hora después, por entre las barras que enrejaban una de las ventanas, contemplaba David Carrigan un mundo nuevo alumbrado por la luna. Distinguía claramente las lindes oscuras de la dilatada selva que cercaba al castillo, y aquí y allá, en una lisa pradera que la sombra fingía en torno del mismo, vislumbraba la mole sombría de algunos edificios cuyas luces estaban apagadas. Había en el cielo millares de estrellas, y sobre el panorama dilatado de la flora una extraña solemnidad de reposo. De debajo se elevaba de vez en cuando un aroma de humo de tabaco. Esto significaba que el guardián que debían de haber puesto al pie de la ventana estaba despierto, pero no hacía el menor ruido.

Poco después David se desnudó. Apagó las luces de su habitación y se tendió entre las frescas y blancas sábanas del diván. Se durmió al cabo de un rato, pero su sueño, lleno de molestas visiones, fue desasosegado. Dos veces estuvo en duermevela, y la segunda le pareció que llegaba a su olfato un aroma humoso más fuerte que el del tabaco; a pesar de lo cual no se despertó del todo, y pasaron las horas mientras otros ruidos y fragancias llegaban a la subconsciencia laboriosa donde se fraguaba la estructura de sus sueños, como si los rumores y fragancias externos constituyeran parte de sus propias quimeras. Mas al fin se produjo el choque de algo que se impuso a todo aquello que le abrumaba, sacudiéndole la conciencia con la orden imperativa de despertarse y abrir los ojos para levantarse.

Dócil a aquel mandato, no bien había ahuyentado los resabios del sueño, ya se encontraba de pie. Era de noche todavía, pero oía voces que ya no se ahogaban, sino que se producían llenas de un brío salvaje, ardoroso e imperante. El olor que notaba no era ciertamente de humo de tabaco. El aire de la habitación era denso. Le llenaba los pulmones y le producía un agudo escozor en, los ojos.

Entonces se hizo cargo de lo que ocurría, y dando un grito horrible se acercó a la ventana. ¡Al Norte y al Este se extendía un mundo que se incendiaba! Se restregó con los puños los ojos que aún le escocían. Se había escondido la luna. El color gris que se veía fuera debía ser la luz del alba, enturbiada por la nube de humo que invadía su habitación. Vio siluetas de hombres que cruzaban de uno a otro lado y desaparecían, y oyó voces de mujeres y niños, y más allá de la linde del bosque venía un coro de aullidos. Por encima de todas se oyó una sola voz, era la de Roger Audemard, a cuyas órdenes vario grupos de personas, poco numerosos, iban saliendo velozmente hacia el gris resplandor del humo, y no volvían a aparecer.

Al Norte y al Este, el cielo semejava una imponente hoguera, y un sople de aire que sacudía suavemente el rostro de David le descubrió la dirección del viento. El castillo estaba casi en el centro de la línea del creciente incendio.

Carrigan se vistió y volvió a la ventana. Entonces distinguió perfectamente a José Clamart, que pasaba en aquel momento por debajo, a la cabeza de media docena de hombres y mozos, con hachas y sierras al hombro, en dirección de la linde del bosque. Eran los últimos de la gente de Black Roger que había estado viendo en la pradera que rodeaba al edificio, a cuya fachada principal se alzaba una algarabía de voces, casi todas de mujeres y chiquillos, que le dieron a entender que allí se estaban tomando las últimas medidas contra el incendio. El viento le sacudía más reciamente el rostro, y le trajo un sabor más fuerte de humo, y a la luz del día, que comenzaba a desplegarse, tenía que luchar con la densa capa de humo y llamaradas que avanzaba a impulsos del viento.

También le traía el viento un ruido sordo, tan confuso para David, que se le antojó un zumbido o murmullo a mil kilómetros de distancia. Aguzó el oído para distinguirlo mejor, y estando así alerta se produjo otro sonido... Una voz quejumbrosa y sollozante se levantaba al pie de su ventana. Aquello era una angustia, algo que llegó a su corazón, paralizándolo de frío. Aquella voz sollozaba como la de un niño, pero comprendió que no era infantil. Tampoco era de mujer. Avanzó una figura deforme, de silueta retorcida, y reconoció en ella a Andrés el tullido. Iba llorando como una criatura y de frente a las llamas de la selva, con los brazos tendidos sacia delante. Dio al pronto un extraño grito, como si sospecha de desconfianza sustituyera en su ánimo al lar. Echó a correr por el prado y desapareció entre la arboleda donde un abeto enorme partido por un rayo alzaba siniestramente blanco entre la espesa nube de humo.

Lo estuvo contemplando David un rato, sintiendo extraños latidos en el corazón. Aquella actitud del tullido le produjo el efecto de ver a un niño que corriera a un peligro mortal, y por fin comenzó a dar voces pidiendo que socorrieran al tullido. Pero nadie respondió bajo su ventana. El guardián se había ido. Nada le impedía escaparse... Si pudiera forzar los barrotes de abedul blanco e enrejaban las ventanas...

Arremetió contra ellos, descargando todo el peso de su cuerpo sobre la reja, pero ésta no cedió ni una milésima de pulgada. Repitió, no obstante, las embestidas hasta que los hombros se le resintieron. Cesó entonces y observó los barrotes con más detenimiento. Sólo una cosa le serviría en aquella ocasión: cualquier objeto con el cual hacer palanca.

Echó una ojeada en torno, pero nada había en toda la habitación que sirviera para el caso. Al pronto sus ojos dieron con la magnífica cornamenta de la cabeza disecada de reno. La previsión de Black Roger no había caído en aquel detalle, y David descolgó ávidamente de la pared aquella testa. Conocía cómo se las arreglaban los montañeses para arrancar los cuernos de un cráneo, pero en aquella habitación, sin más útiles que sus manos, no era empeño fácil. Y un cuarto de hora transcurrió desde que viera al tullido hasta que pudo acercarse a la ventana armado del cuerno de reno. Ya no tenía que contener la respiración para oír el ronco gemido del viento. En vez de las sombras del humo que poco antes se levantaba, ahora rodaban crasos nubarrones que se retorcían por encima de las frondas del Este y del Norte, como si el poderoso *Eolo*^[30] jugara con ellos.

David introdujo el extremo más recio del cuerno de reno por entre dos de los barrotes de abedul, pero antes de echarse con todo su ímpetu para forcejear con la improvisada palanca, oyó una formidable voz que desde el fondo del castillo llamaba a Andrés el tullido. Al instante de oírse aquella voz, Black Roger Audemard pasó corriendo por debajo de la ventana, hacia el abeto partido por el rayo, sin dejar de llamar a voces a Andrés.

David le llamó, y Black Roger miró a lo alto, a través de la espesa nube de humo. Llevaba la cabeza destocada y los brazos desnudos.

—¡Por allí se fue hace veinte minutos! —le dijo David a voces—. Ha desaparecido por el sitio donde está el abeto desgajado. Iba llorando, Black Roger, llorando como un niño.

Si hubiera añadido algo, Black Roger no le habría oído, pues se apresuró a correr hacia el abeto y desapareció por el mismo sitio que el tullido. David cargó todo su peso en el extremo del cuerno, y una de las barras del durísimo abedul comenzó a ceder poco a poco. Luego aflojó otra, por fin desprendió una tercera, hasta que media abertura de ventana quedó despejada. Asomó la cabeza, y no vieron a nadie sus ojos. Por fin se decidió a salir. Sacó los pies primeramente, y colgándose del alféizar, se dejó caer al suelo.

Inmediatamente corrió en la misma dirección seguida por Roger Audemard. Ahora le tocaba a él. Y sintió que un estremecimiento salvaje le agitaba la sangre. Vaciló un instante retenido por el deseo de arrojarse sobre Carmina Fanchet y, cogiéndola por el cuello, preguntarle qué habían hecho, entre ella y su amante, de Juana María. Pero la poderosa decisión que se le impuso de saldar aquel asunto con el mismo Black Roger, venció aquel impulso arrolladoramente. Black Roger había ido

al bosque. Estaba separado de su gente, y la ocasión no podía ser más propicia para habérselas con él.

Indudablemente, Juana María se había quedado en la balsa. La idea de que Château Boulain pudiera ser pasto de aquellas devoradoras llamas no le inquietaba. Le tenía, por el momento, sin cuidado el castillo. Lo que le interesaba era dar con Black Roger, y corriendo hacia el vetusto abeto, se armó de una estaca que halló en la senda.

La ruta era una vereda poco marcada que penetraba en el bosque por detrás del abeto. Por lo estrecha y por estar oprimida entre zarzas y matorrales, David comprendió que había sido poco frecuentada, y que pocos pies la habían hollado. Continuó avanzando rápidamente, y a los cinco minutos se encontró de improviso en un claro muy extenso, que estaba lleno de humo, y allí comprendió por qué Château Boulain no ardería. Aquel claro del bosque tenía la anchura del alcance de una bala. No tenía matas ni hierbas, estaba a trechos cultivado, y formaba un semicírculo según pudo comprobar a través del humo en ambas direcciones. De aquella manera había aislado Black Roger su solitario castillo, con lo cual a la vez proporcionaba tierra laborable a su gente. Marchando por aquella senda poco trillada vio verdes plantíos a un lado y otro, y en medio de la extensión rasa, una zona muy ancha de trigo verde y tupido. A través de la niebla humosa le llegaban resueltas voces que le dieron a entender que la gente de Château Boulain vigilaba y guardaba el claro del bosque.

Pero David no vio a nadie al atravesarlo a toda prisa. En donde el piso era blando descubrió huellas hondas, y luego otras huellas de hombres que debieron pasar por allí y que le revelaron que Black Roger y el tullido iban delante de él, el primero a todo correr.

Las huellas le condujeron a otra senda aun menos marcada, hacia donde la nueva linde del bosque estaba más distante, en derechura del lugar donde se extendía el incendio. Carrigan la siguió. El lejano murmullo se convirtió en un sordo lamento que se levantaba sobre las copas de los árboles. Arreciaba el viento, y se espesaba el humo. Corrió más de una milla. Detúvose al fin, pues había llegado a la zona de peligro. En las alturas bramaba un caótico torbellino. El ronquido del viento, cargado de fuego, era allí un rugido que inclinaba espantosamente a los árboles azotados por aquel huracán, y el aire que respiraba le hacía sentir un ardor creciente. Detúvose un momento, antes de arrojarse a un fatal peligro. ¿Dónde podían haber ido Black Roger y el tullido? ¿Qué demencia pudo haberles impulsado a seguir por aquel laberinto de muerte? ¿Habrían, por el contrario, dejado a un lado el camino, y sería él el único que estaba en peligro?

Como respondiendo a estas preguntas, a lo lejos, pero del interior del bosque en llamas, partió un grito formidable. Era la voz de Black Roger que continuaba llamando al hombre tullido.

—¡Andrés!... ¡Andrés!... ¡Andrés!...

Tenían un sentido aquellas voces que consternó a Carrigan. Tenían un dejo de terror, un suplicar salvaje casi ahogado por el agitado viento cargado de lamentaciones. Había estado David a punto de retroceder, pues se había acercado demasiado a la línea de muerte, cuando aquellas voces de Black Roger le incitaron como si fueran latigazos. Se internó, pues, en aquella confusión de humo, sin distinguir ya por qué derroteros caminaba. Por dos veces volvió a oír la voz de Black Roger, y corrió directamente en el sentido que la voz le indicaba. El instinto de cazador que yacía en su sangre se impuso a toda otra realidad. Estaba allí, delante de él, el hombre a quien apetecía encontrar, y ya había vencido el momento crítico en que el miedo de morir podía haberle hecho retroceder. Donde alentaba Black Roger también podía vivir él. Así, pues, empuñó la clava y echó a correr a través de los matorrales que, como punzantes látigos, le flagelaban el rostro y las manos.

Llegó al pie de un cerro, y comprendió que desde aquella pequeña altura había lanzado Black Roger sus gritos. Era una larga loma que se elevaba a cien pies del bosque. Al llegar a la cima había perdido casi el aliento. Sintió en la cara el vaho ardiente de una ráfaga que parecía exhalada por un horno encendido. A sus pies se dilatava por el Norte y por el Este la selva, cuya visión empañaba el humo; pero a través de aquellos nubarrones vislumbró algo que le obligó a restregarse los ojos con vehemente afán de ver más claramente. A una o dos millas de distancia, el incendio parecía estar hendido por el filo de una gigantesca cuña. A derecha e izquierda oía el rumor de las llamaradas, pero enfrente sólo había un lamentable tumulto formado por el viento ardiente y el humo. De allí seguía partiendo el grito de:

—¡Andrés!... ¡Andrés!... ¡Andrés!...

Otra vez se detuvo mirando a un lado y a otro escrutadorosamente. Grandes masas, como montañas de nubes resinosas, negras como la pez, se revolvían, levantándose a lo largo de las dos aristas de aquella colosal cuña. Bajo aquel dosel de muerte las llamas pasaban rápidas entre los abetos y los cedros como corceles ocultos a su mirada. Si llegaban a acercársele no tendría salvación. En quince minutos le cercarían, mientras que él, para llegar al espacio raso, necesitaba lo menos media hora.

Al bajar corriendo por la falda del aquel cerro, orientado por la voz de Black Roger, el corazón le golpeaba reciamente en el pecho. La inmensa cuña del bosque todavía no ardía y Audemard, como loco, se apresuró a alcanzar la arista de aquel triángulo gritando de vez en cuando el nombre del tullido. Y siempre le llevaba la delantera, hasta que al fin, a dos kilómetros de la colina, llegó a la orilla de un caudal ancho, y vio que aquel río era el que formaba la cuña que detenía las llamas. Allí se bifurcaba la corriente, y a lo largo de las colinas había un ancho espacio talado por las hachas de la gente de Black Roger en previsión de que el fuego intentara asaltar sus dominios.

Carrigan se salpicó los ojos con agua; notó que estaba caliente. Miró luego alrededor. El incendio había pasado. El dosel de humo se había desvanecido, y lo que

tenía ante los ojos era el negro cadáver de un mundo que había sido lozano. Todavía humeaba y ardía la tierra. De infinidad de tizones carbonizados se levantaban innúmeras lenguas de llamas..., pero no embatía ya en aquel lugar el viento, y únicamente se oía un rumor que parecía un lamento y que iba alejándose cada vez más.

Entonces, de aquel desierto tendido al otro lado del agua, David oyó que salía un grito espantoso. Era Black Roger que, aun en aquel lugar donde ya no existían más que las huellas de la desolación y la muerte, continuaban llamando a voces a Andrés el tullido.

Capítulo XXVI

CARRIGAN se echó al río y se encontró con que el agua no le pasaba de la cintura. Vió el sitio por donde Black Roger había salido del cauce y donde quedaban las huellas de sus pies hundidos en la ceniza, entre carbones y despojos humeantes. Siguió aquel rastro respirando un aire caliente y lleno de sofocantes nubes de ceniza, polvo de carbón y humo. Aplastaba ascuas encendidas que se ocultaban bajo la ceniza, y olía a cuero quemado.

Un bosque de esqueléticos abetos y cedros continuaba produciendo chasquidos; los troncos se rajaban y hendían y estallaban en súbitas llamaradas por todas partes. Cada vez era más ardiente aquella atmósfera que le azotaba el rostro, produciéndole vivo escozor... Por fin vio delante a Black Roger. No seguía llamando al tullido, sino que se debatía en medio de aquel caos de humo como un animal feroz que se hubiera vuelto ciego y hubiera enloquecido. Dos veces se apartó David del sitio por donde Black Roger había pasado sobre tanto despojo de ignición, y a la tercera avanzando por el mismo sitio que Audemard, sintió en los pies un súbito pinchazo de quemadura al pisar tantos carbones en ascua viva. Estuvo a punto, pasado un momento, de llamar a Black Roger, pero aunque las palabras acudían a sus labios mezcladas con un doloroso suspiro, no las pronunció porque el atlante ribereño se detuvo en un lugar donde el bosque parecía terminar en un fantástico espacio lleno de humo, y acercándose David vió que se había parado al borde de un negro abismo que caía verticalmente sobre un valle humeante.

De aquel angosto valle situado entre dos tajos, poblado hacía una hora de cedros y abetos vivos, se levantaba un calor espantoso. Contemplando aquel hondo abismo mortal, estaba en pie Black Roger, y David oyó un extraño gemido que salió de su pecho. El gigante norteño tenía sus enormes brazos desnudos llagados de quemaduras, el cabello chamuscado, la camisa hecha jirones. Cuando David le llamó, y Black Roger se volvió al oírle, le brillaron los ojos de una extraña manera en medio de su rostro ennegrecido como una máscara. Y cuando vio que quien le llamaba era David, se inclinó y, dando un grito ininteligible, apuntó con el índice al fondo.

Hacia allí clavó los ojos David, pero sus ojos, medio cegados, nada vieron. Sintió que el suelo se partía y la masa de tierra y raíces devoradas por el fuego cedió como descompuesta. Black Roger y David Carrigan cayeron rodando al fondo, envueltos en un alud de cenizas y tierra quemada. David permaneció un momento allí, en la hondura, tendido como en un desvanecimiento; pero luego sus manos se agarraron a una brasa y dando un grito salvaje se puso en pie, vacilante, y buscó con los ojos a Black Roger. Un buen rato tuvo la mirada ciega, y cuando al fin al fin comenzó a

poder ver, distinguió a Roger Audemard a cincuenta pies de allí, que avanzaba arrastrándose sobre las manos y las rodillas por el barro hirviente; y luego vio que el atlante se acercaba a los restos carbonizados de un tronco y que se desplomaba sobre él dando un grito y pronunciando otra vez, lleno de amargura, este nombre:

—¡Andrés!... ¡Andrés!...

David se apresuró a acercarse a él y cuando pasó las manos por debajo de los brazos de Black Roger para ayudarle a levantarse, descubrió que el tronco carbonizado era el cuerpo abrasado de Andrés el tullido. Demudóse de horror Carrigan. Black Roger levantó hacia él los ojos, y un gran resuello salió sollozantemente de su pecho. Luego pareció recobrar su propio dominio, y sus dedos, abrasados y llenos de sangre, cogieron la mano que David había apoyado en su hombro.

—¡Ya sabía yo que vendría aquí! —dijo esforzándose en pronunciar estas palabras con sus hinchados labios—. Ha venido al hogar para morir.

—¿Al hogar?...

—Sí. Sus padres fueron enterrados en este lugar hace treinta años, y él los adoraba. ¡Véale, Carrigan, véale de cerca; él es el hombre a quien ustedes han perseguido tantos años, el hombre más bueno que Dios ha echado al mundo, Roger Audemard! Al ver el incendio ha acudido para proteger las tumbas contra las llamas. ¡Ha perecido!

Sus labios exhalaban un gemido, y se derrumbó con todo su peso, de tal manera que gracias a un esfuerzo de David no cayó al suelo.

—¿Luego usted...? —interrogó Carrigan—. Por amor de Dios, sáqueme de confusiones, Audemard.

—¿Yo, *m'sieu*? Yo no soy más que St. Pierre Audemard, su hermano.

Y dicho esto, caía pesadamente la cabeza, se quedó como un cadáver en los brazos de David.

De cómo se las compuso David para conducir a Saint Pierre hasta la orilla, fue una especie de pesadilla torturante que nunca llegó a explicarse. Se le olvidaron los detalles en la angustia de la hazaña. Sólo sabía que tuvo que esforzarse como en ninguna lucha anterior, que fue tropezando continuamente en aquel suelo de fuego, que estaba todo él chamuscado y tenía enfermo el cerebro; pero sostenía firmemente a St. Pierre, que tenía una pierna rota, pues sabía que si lo soltaba moriría en aquel ardor que le devoraría el cuerpo entre los escombros humeantes. Hasta el último momento se dio cuenta de los lamentos que murmuraba St. Pierre y de que quería decirle algo. Llegó hasta el río, allí cayó, quedando tendido, con St. Pierre entre los brazos, y se le oscureció el pensamiento con mayores negruras que las que dejó en pos de sí el incendio.

No se había percatado de lo muy mal herido que se hallaba. Hasta que le sobrevino aquella oscuridad, no sintió ningún dolor. Pero experimentaba algo; se daba cuenta, de que St. Pierre, caído encima de él, estaba dando alaridos. Pasaron

varios días durante los cuales le pareció continuar oyendo aquellos gemidos terribles, dilatados en la lejanía. Y luego percibía varias voces, ora cercanas, ora distantes; y después le pareció ir suspendido entre nubes, sin oír, durante un largo espacio, ningún ruido, sin hacer el menor movimiento. Parecía haber perdido la vida.

Algo que era dulce, amable y confortador le despertó de las tinieblas. No se movió, ni abrió los ojos durante un rato, hasta recuperar la razón. Percibió el sonido de una voz, de una voz femenina. La mujer hablaba quedamente y otra persona le contestaba. Luego notó un suave movimiento cerca; alguien se alejaba, y oyó que una puerta se abrió y se cerró casi sin hacer ruido. Comenzó a recobrar débilmente la vista. Estaba en una habitación en una de cuyas paredes había una mancha de sol. Cayó en la cuenta de que estaba en una cama y aquel algo dulce y confortador que le hiciera despertar era una mano que le acariciaba delicadamente la frente y el cabello con suavidad de pluma. Abrió los ojos y miró. El corazón le dio un salto. Inclined hacia él había una faz tierna y radiante que le sonreía angelicalmente, mirándole con fijeza. ¡Era el semblante de Carmina Fanchet!

Como queriendo hablar, Carrigan hizo un esfuerzo.

—¡Silencio! —murmuró Carmina; y vio que los ojos de la mujer brillaban, y notó que una humedad de lágrimas se vertió en su rostro—. Luego ella volverá y yo me iré. La pobrecilla no ha dormido durante tres días con sus noches, y tiene derecho a ser la primera que le vea abrir los ojos.

Carmina se inclinó hacia él. Sus suaves labios rozaron a frente del enfermo, que oyó sus sollozos.

—¡Dios le bendiga, David Carrigan!

Y se fue hacia la puerta. Entonces a David se le cerraron otra vez los ojos. Comenzó a sentir dolores, unos dolores que le torturaban todo el cuerpo. Y recordó sus fatigas a lo largo del camino de fuego. No tardó en volver a abrirse la puerta con suma suavidad, y entró una persona que se arrodilló a su lado y permaneció tan quieta que ni se percibía su aliento. David quiso abrir los ojos y pronunciar un nombre, mas esperó, y unos labios suaves como el terciopelo se posaron en su boca. Después de detenerse en la boca pasaron a los párpados y luego a la frente y al cabello... después de lo cual la sensación de aquella presencia amable permaneció junto a él.

Abrió al pronto los ojos. La que le acompañaba era Juana María, que seguía arrodillada en el suelo, apoyando la cabeza en el brazo del paciente. Carrigan no le veía bien la cara, pero el cabello se extendía triunfalmente sobre su pecho, y también le veía el extremo de sus largas pestañas. En tanto, la joven guardaba aquel reposo que la asemejaba a un cuerpo exánime. Juana María no había advertido que el enfermo había despertado de su letargo, de aquel sueño ininterrumpido que había durado tres días; y él se mantuvo sin moverse para que ella no advirtiera que se había despertado. Tenía David una mano apoyada en el borde de la cama, y Juana María, tan suavemente que apenas le dejaba percibir el contacto de sus dedos, se acercó

aquella mano vendada a los labios. Parecía extraño que no oyera la agitación del corazón que semejaba redoblar como un tambor en el pecho del herido.

Se fijó en que tenía desvendada la otra mano, en que estaba acostado de lado, con parte del brazo derecho bajo su cuerpo. En esta mano sintió la suave mejilla de Juana María y el aterciopelado roce de sus cabellos. Entonces murmuró:

—Juana María...

Ésta permaneció todavía un momento completamente inmóvil. Luego, lentamente, como si creyera que había pronunciado su nombre en sueños, levantó la cabeza, y vio los ojos de par en par abiertos de David Carrigan. No acertaron a cruzarse una palabra al principio. El enfermo cogió entre la mano vendada y la sana la cabeza de Juana María. La joven exhaló un sollozo y pegó el rostro contra el de David, oprimiéndole un momento entre los brazos. Inmediatamente, como el día en que le dio el beso inolvidable, se levantó con tal rapidez que casi fue simultáneo pronunciar su nombre y salir cerrando la puerta, mientras el paciente se quedó oyendo su precipitada fuga escaleras abajo.

—Juana María, Juana María... exclamó.

Oyó el ruido de otra puerta, varias voces y unos rápidos pasos que se acercaban. Y aguardó con ansia, apoyándose sobre un codo. Al cabo de un momento entraron en la habitación Nepapinas y Carmina Fanchet, y otra vez percibió que había un gozo de triunfo en el rostro de la mujer.

Debieron de arder de una extraña manera los ojos de David al mirarla, pero los de la mujer no se alteraron y sus manos, con una maravillosa gentileza, ayudaron a Nepapinas a incorporarle y hacerle un respaldo de almohadas.

—Ahora no sufrirá usted tanto, ¿no es verdad? —le preguntó la joven en voz baja, con ternura maternal.

Remeció Carrigan la cabeza, diciendo:

—No. ¿Qué ha sido esto?

—Se abrasó usted terriblemente. Ha pasado dos días y das noches de grandes dolores, pero luego durmió mucho, y Nepapinas dice que ya no volverán a dolerle las llagas de las quemaduras. De no haber sido por usted...

Se inclinó hacia él. Le pasó una mano por la cara; y David comenzó a comprender la causa del gozo que revelaba aquella expresión.

—De no haber sido por usted, él habría muerto.

Carmina se volvió hacia la puerta, diciendo con la voz un poco quebrada:

—Ahora viene a verle a solas; ruego a Dios que vea usted las cosas razonablemente, David Carrigan, que me perdone como yo le he perdonado por lo que hace tanto tiempo sucedió.

Carrigan se quedó en suspenso. La cabeza le zumbaba y los pensamientos se le atropellaban entre si, a causa de los esfuerzos que realizaba por descubrir alguna conexión entre todo aquello tan asombroso e inesperado. Sólo una cosa se le fijaba con certeza en el pensamiento: que había salvado la vida de St. Fierre, por eso

Carmina se le mostraba tan tierna. Le había dado un beso, lo mismo que Juana María, y...

Una aurora nueva se despertaba estremeciéndole todas las fibras del cuerpo. Aguzó el oído. Se abrió la puerta y entró Nepapinas empujando una silla de ruedas. En la silla venía St. Pierre Audemard con los pies y los brazos enfermos vendados. Pero llevaba la cara descubierta y se le animó de una sonriente alegría al ver a David apoyado en las almohadas. Nepapinas acercó la silla hasta tocar la cama. Y luego se fue. Cuando cerró la puerta, David estaba seguro de haber oído un rumor de voces femeninas en la sala.

—¿Cómo está usted, David? —le preguntó St. Pierre.

—Perfectamente —contestó Carrigan—. ¿Y usted?

—Un poco chamuscado y con un pierna rota —y levantó las manos, que llevaba vendadas—. Ya estaría muerto —prosiguió— si usted no me hubiera llevado hasta el río, Dice Carmina que le debe a usted la vida por haber salvado la mía.

—¿Y Juana María?

—De ella precisamente vengo a hablar con usted —contestó St. Pierre—. En el instante en que Carmina y Juana María han comprendido que estaba usted en disposición de oírme, ambas han insistido en que viniera a contarle ciertas cosas; pero si no se siente bastante bien para oírlas...

—Prosiga usted —dijo David en tono casi amenazador.

Se desvaneció la sonrisa de contento que se había dibujado en el rostro de St. Pierre, y David vio reaparecer las huellas de tristeza y dolor que mostraron antes. Saint Pierre dirigió una mirada a una de las ventanas por donde penetraba un sol tardío, y meció la cabeza pausadamente.

—Ya lo vio usted allá, muerto, Lo han enterrado en un ataúd de cedro. Le gustaba mucho el aroma de esa madera. Era como un niño, y había sido hace tiempo un hombre espléndido, más vigoroso y mejor que nunca haya podido serlo su hermano St. Pierre. Lo que hizo fue obrar justamente, *m'sieu* David. Él era el mayor; tenía dieciséis años cuando ocurrió todo aquello. Yo no tenía más que nueve, y no comprendí del todo lo sucedido. Pero él lo vio; presencié la muerte de nuestro padre porque un poderoso agente solicitaba a nuestra madre. Después supo cómo y por qué nuestra madre había muerto; pero no nos reveló una palabra hasta que hubieron pasado algunos años, una vez consumada la venganza.

Y prosiguió:

—¿Va usted comprendiendo, David? No necesitó de ayuda para ello. Lo hizo él solo, ayudado por varios buenos amigos del Extremo Norte. Mató a los asesinos de nuestros padres, y después se enterró profundamente con nosotros en la selva, haciéndonos adoptar el apellido de la familia de nuestra madre, que es Boulain. Aquí en el Yellowknife nos establecimos. Roger o Black Roger, como usted le llama, trajo los restos mortales de nuestros padres y los enterró en el borde de aquel llano donde él ha ido a morir; que es donde nuestra primera casa se levantaba. Hace cinco años

que le cayó encima un árbol y lo dejó tullido, haciéndole al mismo tiempo perder la razón y dejándole como a un chiquillo, que, siempre andaba preguntando por Roger Audemard, pues había olvidado que era su propio nombre. Éste era el hombre a quien las leyes de usted perseguían, tal era Roger Audemard, nuestro hermano.

—¿Hermano de ustedes? —interrogó David—. Pues ¿dónde está el otro?

—El otro es mi hermana.

—¿Cómo?

—Juana María.

—¡Válgame Dios! —exclamó David con asombro—. ¿No miente usted, St. Pierre? ¿No se trata de otro ardid?

—Digo la verdad —afirmó solemnemente Saint Pierre—. Juana María es mi hermana, y Carmina, la que vio usted en mis brazos por la ventana del camarote...

Hizo una pausa, sonriendo ante la mirada de sorpresa que ponía David, y terminó la frase, diciendo:

—... es mi esposa, *m'sieu* David.

Carrigan respiró como si le hubieran quitado un peso de encima.

—Sí, mi esposa, la mujer de corazón más bondadoso, que indudablemente existe en el mundo —exclamó Saint Pierre con acento de noble orgullo—. Ella fue, y no Juana María, la que le disparó cuando estaba usted escondido tras la roca de la faja de arena, *m'sieu* Carrigan ¡*Mon Dieu!*, le digo que entre un millón de mujeres no se encuentra otra que hiciera lo que ella... que le hubiera dejado vivir. ¿Que por qué? Escuche, *m'sieu*, y acabará por comprender. Carmina tenía un hermano algo más joven que ella, y para él era hermana y también madre, lo era todo, porque quedaron sin padres cuando todavía eran casi niños. Carmina lo adoraba, aunque era malo; y cuanto más perverso se hacía, más se acrecentaba su cariño y más rogaba por él. Hace años que es mi esposa, y en aquella ocasión luché con ella por salvar a su hermano; pero el muchacho estaba entregado a los diablos en cuerpo y alma, y al fin nos abandonó y se fue al Sur, donde se convirtió en lo que era cuando usted salió en su busca para capturarlo, *m'sieu* Carrigan. Entonces mi esposa fue a intentar salvarlo una vez más y traerlo a casa, y usted sabe tan bien como yo los trabajos que realizó por él hasta que usted le hizo ahorcar.

Saint Pierre estaba inclinado en la silla, con el rostro encendido.

—Dígame, ¿mi esposa no luchó esforzadamente? —exclamó interrogando—. ¿Y usted no luchó hasta el último momento por encarcelarla con él?

—Ciertamente —murmuró Carrigan.

—Por consiguiente le odiaba —continuó St. Pierre—. Usted ahorcó a su hermano, que constituía para ella algo como parte de su misma existencia. Era perverso, pero desde la infancia había sido suyo, y una madre siempre ama a sus hijos aunque sean demonios. Después... ¡no he de gastar ya muchas palabras! Después, Carmina se enteró por unos amigos de que usted, que había causado la muerte de su hermano, había salido en persecución de Roger Audemard, el cual, como supo usted,

era yo mismo, puesto que había jurado tomar el nombre de mi hermano cuando fuera necesario. Carmina iba en la chalana con Juana María, cuando llegó la persona que trajo la noticia. Mi esposa no apetecía más que salvarme a mí, aunque hubiera de matarle a usted. Si se hubiera tratado de otro... pero era usted precisamente, el mismo que ahorcó a su hermano... Y aquel día desapareció de la nave, armada de un rifle. Ya sabe usted, *m'sieu* David, lo que ocurrió. Juana María oyó los disparos, acudió al lugar sola, y llegó en el momento justo en que usted caía como muerto. Ella fue la primera en socorrerle, mientras Carmina se inclinaba otra vez con el rifle, dispuesta a enviarle otra bala si usted se movía. Juana María fue la que vio usted arrodillada a su lado, y luego...

Hizo St. Pierre una pausa y sonrió, haciendo un ademán, como si quisiera juntar las manos que tan envueltas en trapos tenía.

—David, la suerte baraja las cosas de una manera graciosa —reanudó—. Mi Carmina se acercó y permaneció a su lado de pie, sin dejar de odiarle, pero Juana María estaba de rodillas amándole. Es cierto. Junto a usted las dos luchaban por la vida o la muerte, y venció el amor, porque el amor es siempre más fuerte que el odio. Además, viéndole en aquel estado, tendido en el suelo, sangrando e indefenso, se le antojó a Carmina que era usted distinto de cuando hizo ahorcar a su hermano. Así, pues, entre las dos le arrastraron hasta debajo de un árbol, y luego urdieron un plan, mientras yo iba río arriba en la balsa. La imaginación femenina labora de extraña manera, *m'sieu* David, y acaso lo que se conoce por intuición fue lo que determinó sus propósitos. Juana María comprendía que nunca le agradecería a usted encontrarse con Carmina, así es que al trazar sus planes insistió en pasar por mi mujer, mientras Carmina salió en una canoa a unirse otra vez conmigo. Estaban asustadas, y cuando yo llegué, la cosa había ido demasiado lejos para que pudiera solucionarla o rectificarla, y comprendí que era necesario continuar aquel falso juego hasta el fin. Cuando vi lo que ocurría, que usted estaba enamorado de Juana María de tal manera que se hallaba dispuesto a luchar por su honor, aun creyendo que estaba casada conmigo, me convencí de que todo tendría un buen desenlace; pero no podía aventurarme hasta que supiera qué actitud tomaría usted. De aquí que mandara poner un enrejado de madera en sus ventanas y...

Saint Pierre se encogió de hombros, y los surcos de un gran pesar volvieron a hendirle el rostro. Al proseguir, la voz parecía quebrársele:

—Si Roger no hubiera fallecido por salir a proteger de las llamas las tumbas de sus muertos, yo le habría dicho a usted lo que me hubiera parecido prudente y tenía fe en que el amor que siente por nuestra hermana saldría vencedor de todo. No le revelé nada en el río, porque deseaba que viera usted con sus propios ojos nuestro paraíso, y bien sabía que usted no querría destruirlo en cuanto tuviera esposa, porque esta declaración nos hubiera descubierto a todos, y además aquellos combates que usted libraba contra un amor que suponía deshonroso me interesaron vivamente, pues en ellos vi una prueba admirable de quién era el hombre que podía llegar a ser mi

hermano, si escogía sabiamente entre el amor y lo que él consideraba su deber. Por esta razón le cobré un cariño que sentí aun en el momento en que me echó usted sin sentido en la arena. Ahora también mi Carmina le quiere por haberme sacado del fuego... ¿Pero no me oye usted?

David dirigía la vista por encima de St. Pierre, hacia la puerta, y éste sonrió al ver su semblante.

—¡Nepapinas! —llamó en alta voz—. ¡Nepapinas!

Se oyeron en el acto unas pisadas fuera de la habitación, y luego entró Nepapinas. St. Pierre tendió sus dos manos profusamente vendadas, y David las estrechó entre las suyas, una envuelta y la otra libre. Ni una palabra se cruzaron entonces aquellos hombres; pero sus ojos se revelaban animados y compenetrados en una fe y una conciencia de su fraternidad tan fuerte como la vida misma.

Nepapinas sacó después a St. Pierre de la habitación, empujando el sillón de ruedas, y David se acomodó mejor en las almohadas. Esperó, aguzando el oído a todo, y le pareció que en su interior palpitaban dos corazones en vez de uno.

Se le hizo interminable el rato que pasó hasta que Juana María apareció en la puerta, donde se detuvo un instante, mirando a David, mientras él le tendía el brazo vendado; venía movida del impulso de los anhelantes deseos de su alma y, sin embargo, estaba dispuesta a huir volando como un pájaro en libertad. Por fin, cuando David la llamó por su nombre, la joven corrió a él y cayó de rodillas a su lado.

David la rodeó con sus brazos insensibles a las heridas, y el ardiente rostro de Juana María se apoyó en el cuello del herido, el cual volvió a posar los labios en la embriagadora suavidad de aquel cabello. No se esforzó en hablar, después de llamarla por su nombre. Sintió cómo latía sobre él el corazón de ella hasta que al fin la joven levantó su rostro, gozoso, aproximándolo tanto al del herido que su aliento le llegó a los labios. Viendo luego Juana María lo que manifestaban los ojos de David; sus dulces labios temblaron modulando una sonrisa, y murmuró como en un suspiro:

—¿Ha terminado todo satisfactoriamente, David?

Carrigan atrajo a sus labios la boca encendida de Juana María, y pronunciando una exclamación que más que palabra fue grito inarticulado, hundió la cara entre las lucientes trenzas que tanto amaba. Luego Juana María se retiró un poco y se quedó un rato contemplándole, los ojos claramente radiantes, las mejillas frescas y coloradas como las rosas silvestres. Él percibió el suspirar de la blanca garganta que parecía el latir de un corazón minúsculo.

—¿Me llevará usted consigo? —interrogó con gozoso afán.

—Sí; y cuando te presente a mi compañero el superintendente Mac Vane, y le diga que eres mi esposa, no podrá volverse atrás de una promesa que tiene pendiente conmigo. Me dijo que si arreglaba el asunto de Roger Audemard se me concedería cuanto pidiera, y pediré el retiro. Lo obtendré, pues, en septiembre, y así tendremos tiempo de volver a Chatean Boulain antes de que comiencen las nevadas. Ya ves...

Volvió a extender los brazos, y con el rostro apoyado otra vez en la sedosa cabeza de Juana María añadió:

—Ya ves que he encontrado la mansión de mis ensueños en, esta tierra, donde apetezco vivir siempre. ¿Estás contenta, Juana María?

En una habitación amplia que estaba situada al extremo del saloncito y provista de ventanas que daban sobre la selva en tres direcciones, estaba St. Pierre en su sillón de ruedas esperando refunfuñando impacientemente por lo mucho que estaba tardando Carmina en descubrir ciertas cosas que pasaban fuera de allí. Por fin la oyó acercarse, avanzando de puntillas. Venía de la puerta de la habitación de David Carrigan, y St. Pierre, sonriendo entre dientes al verla con el rostro encendido y los ojos iluminados por el más intenso gozo que pueda animar el corazón de una mujer, hizo como si, a pesar de las vendas, se frotara las manos con satisfacción.

—De haberlo sabido, valía la pena que le hubiéramos puesto una cerradura con el ojo más grande. Lo merecía, *chérie*, lo merecía por habernos espiado a nosotros desde la ventana del camarote. Pero, dime, ¿has visto algo? ¿Qué has oído?

Carmina selló suavemente con una mano la boca de su marido.

—Estás levantando la voz y acabarás por gritar. Calla —le aconsejó—. Acaso no he visto, ni he oído nada, mi Ulises; pero te aseguro que hoy, en Château Boulain, hay cuatro personas que son muy felices. ¿Y a que no aciertas cuál es la más feliz de todas?

—Yo, *cher-coeur*.

—Eso no.

—Si te empeñas, serás tú.

—Eso es. ¿Y luego?

St. Pierre, sonriendo, dijo:

—David Carrigan.

—¡No, no y no!

—Quiero decir que yo, siempre, soy el segundo, a menos que quieras cederme el primer lugar —rectificó Saint Pierre besándole la mano con que ella le acariciaba el rostro.

Después echó atrás la cabeza hacia Carmina, que estaba de pie a su espalda; los dedos de la mujer se posaron en los crespos cabellos quemados, y durante mucho rato permanecieron marido y mujer sin decirse una palabra, fijando la mirada en el otro extremo de la sala, donde, como alejada por la penumbra, estaba la puerta de la habitación de David Carrigan.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de*

Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] Fueron los vikingos formidables piratas de los siglos VIII al X, que, burlando de su país natal, Escandinavia, infestaron las costas de Inglaterra, Francia, etc. (*N. del T.*)
<<

[2] «Los diez mil superiores», con cuyo número se significa en los Estados Unidos a la clase rica. Four Hundred (Los cuatrocientos), es frase ideada en 1889 por Mac Alliatan para señalar los más ricos entre los ricos y que hoy se aplica a la clase millonaria de los Estados Unidos. (*N. del T.*) <<

[3] Así llaman los indígenas de estas regiones al Rey de Inglaterra. (*N. del T.*) <<

[4] *chipewyan*: tribu nativa canadiense que vivían entre las Montañas Rocosas y la bahía de Hudson, en las orillas del Gran Lago del Esclavo, el lago Athabasca y el río Churchill, en el delta del río Mackenzie. Actualmente ocupan cinco reservas en Alberta, seis en Saskatchewan, dos en Manitoba y dos en los Territorios del Noroeste. Todo ello en Canadá. (*N. del Ed.*) <<

[5] El cree es la lengua de los crees, tribu india que tiene muchas ramificaciones en el Norte del Canadá. (*N. del T.*) <<

[6] Famoso verdugo del Canadá. (*N. del T.*) <<

[7] *gato de Cheshire*: gato ficticio de la cultura popular inglesa, conocido principalmente a través de la conocida obra de Lewis Carroll, *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas* —aunque también aparece en *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*— quien se distingue, principalmente, por estar sonriente todo el tiempo. Las referencias a la expresión «*gato de Cheshire*» o «*reír como gato de Cheshire*» datan desde siglo XVIII en Inglaterra. (N. del Ed.) <<

[8] Voz rusa con la cual se designan las extensiones de praderas bajas de Rusia, Siberia y Canadá. (*N. del T.*) <<

[9] Hace referencia a un legendario reino o ciudad de Sudamérica, supuestamente ubicado en el territorio del antiguo Virreinato de Nueva Granada, en una zona donde se creía que existían abundantes minas de oro. La leyenda se origina en el siglo XVI, en Colombia, cuando los conquistadores españoles tienen noticias de una ceremonia realizada más al norte (altiplano *cundiboyacense*), donde un rey se cubría el cuerpo con polvo de oro y realizaba ofrendas en una laguna sagrada. Hoy en día se sabe que este pueblo era *el Muisca* y el sitio donde se realizaba la ceremonia habría sido la *laguna de Guatavita* (Colombia). La noticia de la riqueza *muisca* atrajo hasta la sabana de Bogotá a expediciones originadas en Quito (Ecuador), Santa Marta (Colombia) y Coro (Venezuela). La supuesta existencia de un reino dorado motivó numerosas expediciones y se mantuvo vigente hasta el siglo XIX, aunque su localización se fue trasladando desde Colombia hacia las Guayanas, a medida que avanzaba el proceso de conquista y colonización del territorio sudamericano. (*N. del Ed.*) <<

[10] *facteur*: cartero (del francés). (N. del Ed.) <<

[11] *Moloch*: dios de origen *canaanita* que fue adorado por los fenicios, cartagineses y sirio. Generalmente es representado como una figura humana con cabeza de carnero o becerro, sentado en un trono y con una corona u otro distintivo de realeza, como un báculo. Los sacrificios preferidos por Moloch eran los niños, especialmente los bebés, por ser los seres más impregnados de materia. (*N. del Ed.*) <<

[12] *bannock*: variedad de panes rápidos planos también pudiendo aplicarse a cualquier producto grande y redondo de grano horneado o cocinado. (*N. del Ed.*) <<

[13] *Par les mille cornes du diable*: ¡Por los mil cuernos del diablo! (del francés). (N. del Ed.) <<

[14] *bateliers*: barqueros, navegantes, marineros. (*N. del Ed.*) <<

[15] *coq de bruyère*: urogallo (del francés). (N. del Ed.) <<

[16] *le malade d'amour*: la enfermedad del amor (del francés). (N. del Ed.) <<

[17] *patois* variedad lingüística esencialmente oral, descendiente directa de variedades diferentes del francés estándar, y hablada en un ámbito geográfico limitado, que puede reducirse a una localidad o a un conjunto de localidades, generalmente rurales. (N. del Ed.) <<

[18] *Tonnerre*. Expclamación francesa equivalente a «¡Rayos!». (*N. del Ed.*) <<

[19] *cochon*: puerco, cerdo (del francés). (*N. del Ed.*) <<

[20] Frase proverbial francesa que se utiliza para describir a una persona que tiene suerte, es decir, que tiene éxito en el juego o en su negocio. (*N. del Ed.*) <<

[21] *ma foi!*: ¡Doy fe! ¡Puedo jurarlo! (del francés). (*N. del Ed.*) <<

[22] Sí, lo que la mujer quiere, Dios lo quiere. (del francés). (*N. del Ed.*) <<

[23] *chérie*: querida; cariño (del francés). (*N. del Ed.*) <<

[24] *Cher-coeur!*: ¡Corazón mío! (del francés). (N. del Ed.) <<

[25] *Diable tonnerre!*: ¡Tormenta del diablo! (expresión francesa). (N. del Ed.) <<

[26] *Sapristi!*: exclamación del francés, proveniente de un *Sacristi* (*Sacré, Sacré Christ*) deformado. (*N. del Ed.*) <<

[27] *boxeurs*: luchadores, boxeadores. (N. del Ed.) <<

[28] Compañero de armas. (*N. del Ed.*) <<

[29] Juramento francés que hace referencia a el Viernes Santo o Viente de Saint-Denis. La deformación de la palabra era para evitar la blasfemia. (*N. del Ed.*) <<

[30] *Eolo*: es el dios de todos los vientos, que vivía en la isla de *Eolia*. *Zeus* le dio el poder de controlar a los *Anemoi*, los dioses del viento en la mitología griega, y los tenía encadenados de manera que podía liberarlos cuando quisiera, por eso *Eolo* era tan temido y respetado. (N. del Ed.) <<